



Lawrence
BLOCK

CUANDO EL ANTRO
SAGRADO CIERRA

se

Matt Scudder fue policía de Nueva York. Ahora es un detective sin licencia que saca las castañas del fuego a sus amigos. Se divorció de su mujer, y ahora vive en un modesto hotel del West Side. Pero su verdadero hogar se encuentra en cualquiera de los bares de su zona; la clientela habitual forma su familia. Corre el verano de 1975, y Matt anda comprometido con varios favores a amigos. En primer lugar, debe salvar de sospechas a Tommie Tillary, un hombre de negocios de ropas estridentes cuya mujer ha sido asesinada. Matt Scudder no dejará de beber ni un instante, pero se mantendrá lo suficientemente lúcido como para encontrar la solución, hallando la inspiración en el fondo de la botella.



Lawrence Block

Cuando el antro sagrado cierra

Matt Scudder - 06

ePub r1.0
Titivillus 20.02.15

Título original: *When the Sacred Ginmill Closes*
Lawrence Block, 1986
Traducción: Ester Mendía Picazo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Kenneth Reichel

Y así hemos tenido otra noche
De poesía y poses
Y cada hombre sabe que estará solo
Cuando cierre el antro sagrado.

Dave van Ronk

1

Las ventanas del Morrissey's estaban tintadas. La explosión fue lo suficientemente fuerte y se produjo lo suficientemente cerca como para hacerlas vibrar. Hizo que las conversaciones se cortaran a media frase, petrificó a un camarero que avanzaba con paso enérgico y lo convirtió en una estatua con una bandeja de bebidas sobre su hombro y un pie en el aire. El gran bullicio se desvaneció como el polvo y por un largo momento la sala se quedó en absoluto silencio, como si estuviera mostrando sus respetos.

Alguien dijo: «Por Dios santo» y mucha gente soltó la respiración que había estado conteniendo. En nuestra mesa, Bobby Ruslander sacó un cigarrillo y dijo:

—Ha sonado igual que una bomba.

Skip Devoe dijo:

—Ha sido un petardo.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente. Pon la misma cantidad de explosivo, cúbrelo de metal, en lugar de papel, y ya tienes un arma en vez de un juguete. Enciende uno de esos y, como te olvides de apartarte a tiempo, ya puedes ir aprendiendo a desenvolverte solo con una mano.

—Pues ha sonado como si fuera algo más que un petardo —insistió Bobby—. Como si fuera dinamita o una granada o algo así. ¡Joder! Ha sonado como si estuviéramos en la tercera guerra mundial.

—Aquí mi amigo, el actor —dijo *Skip* afectuosamente—. ¿No os encanta este tío? Sobreviviendo en las trincheras, precipitándose por colinas azotadas por el viento, caminando con dificultad por el fango. Bobby Ruslander, veterano marcado por la batalla en miles de campañas.

—Querrás decir «marcado por la botella» —dijo alguien.

—Jodido actor —dijo *Skip* alargando la mano para alborotar el pelo de Bobby—. «¡Escucha! Oigo el estruendo del cañón». ¿Te sabes ese chiste?

—Yo te conté ese chiste.

—«¡Escucha! Oigo el estruendo del cañón». ¿Cuándo habéis oído un disparo lanzado con saña? La última vez que hubo una guerra, Bobby trajo una nota de su loquero: «Querido Tío Sam, por favor disculpa la ausencia de Bobby, pero es que las balas lo hacen enloquecer».

—Eso fue idea de mi viejo —dijo Bobby.

—Pero tú intentaste quitársela. «Dame una pistola», le dijiste. «Quiero servir a mi país».

Bobby se rio. Con un brazo rodeaba a su chica y con el otro levantaba su copa.

—Lo único que he dicho es que a mí me ha sonado como si fuera dinamita —dijo.

Skip sacudió la cabeza.

—La dinamita es distinta. Las explosiones tienen distintos sonidos. El de la dinamita es más fuerte y más seco que el de un petardo. Suena como un tono bemol. En cambio, el de la granada no tiene nada que ver; suena como un acorde.

—«El acorde perdido»^[1], dijo alguien. Y otra persona añadió: «Escuchad, esto sí que es poesía».

—Iba a llamar a mi garito Horseshoes & Hand Grenades —dijo Skip—. Ya sabéis lo que dice el refrán.^[2]

—Es un buen nombre —dijo Billie Keegan.

—Mi socio lo odiaba —continuó Skip—. El cabrón de Kasabian decía que no era nombre para un bar, que sonaba como el nombre de una tienda pija, como esas del Soho donde venden juguetes para los niños de escuelas privadas. Pero a mí me sigue gustando cómo suena. Horseshoes and Hand Grenades.

—*Horseshit and Hand Jobs*^[3] —dijo alguien.

—Tal vez Kasabian tenía razón si al final todos iban a acabar llamándolo así —le dijo a Bobby—. Si te interesan los diferentes sonidos que hacen, deberías oír un mortero. Que Kasabian te hable del mortero un día. Es una historia alucinante.

—Le diré que me la cuente.

—Horseshoes & Hand Grenades —dijo Skip—. Así es como deberíamos haber llamado al bar.

Pero, en lugar de eso, su socio y él lo habían llamado Miss Kitty's. La mayoría de la gente dio por hecho que el nombre lo habían sacado de *Gunsmoke*^[4], pero en realidad se habían inspirado en un prostíbulo de Saigón. Donde yo solía tomar copas era en Jimmy Armstrong's, en la Novena Avenida, entre la Cincuenta y Siete, y la Cincuenta y Ocho. Miss Kitty's estaba en la Novena, justo debajo de la Cincuenta y Seis, y era un poco más grande y bullicioso de lo que a mí me gustaba. Los fines de semana no pasaba por allí, pero las noches de diario, cuando había menos gente y menos ruido, no era un mal sitio para pasar un rato.

Había estado allí aquella noche. Primero había ido al Armstrong's y sobre las dos y media solo quedábamos cuatro: Billie Keegan detrás de la barra, yo y un par de enfermeras que se iban bien cargaditas de Black Russians. Billie echó el cierre, las enfermeras se marcharon tambaleándose y nosotros dos nos fuimos al Miss Kitty's. Un poco antes de las cuatro, apareció Skip y luego unos cuantos nos marchamos al Morrissey's.

El Morrissey's no cerraba hasta las nueve o las diez de la mañana. La hora legal de cierre para los bares de Nueva York es a las cuatro, una hora antes los sábados, pero el Morrissey's era un establecimiento ilegal y por lo tanto no estaba atado a esa clase de regulaciones. Una escalera lo separaba del nivel del suelo y estaba situado en una casa de cuatro plantas en la calle Cincuenta y Uno, entre la Onceava Avenida y la Doceava. Aproximadamente un tercio de las casas de la calle estaban abandonadas, tenían las ventanas rotas o tapadas con tablas y algunas de sus entradas estaban tapiadas con cemento.

Los hermanos Morrissey tenían su propio edificio. No les podía haber costado mucho. Vivían en las dos plantas de arriba, le tenían alquilada la planta baja a un grupo de teatro irlandés de aficionados y vendían cerveza y güisqui a altas horas de la madrugada en la segunda planta.

Habían eliminado todos los tabiques internos para conseguir un espacio abierto. Habían quitado el papel de una de las paredes hasta dejar el ladrillo al descubierto. Habían lijado, pulido y barnizado los amplios suelos de pino, habían instalado una iluminación tenue y habían decorado las paredes con algunos pósteres enmarcados de las aerolíneas irlandesas Aer Lingus y con una copia de la proclamación de la República de Irlanda de Pearse, de 1916 («Irlandeses e irlandesas: en el nombre de Dios y de las generaciones muertas...»). Había una pequeña barra en una de las paredes, y veinte o treinta mesas cuadradas de madera maciza.

Juntamos dos mesas y nos sentamos. *Skip* Devoe estaba allí, y Billie Keegan, el camarero del *Armstrong's*. También Bobby Ruslander y la novia que había elegido esa noche, una pelirroja con ojos somnolientos llamada Helen. Además, había un tipo llamado Eddie Grillo, que se ocupaba del bar en un restaurante italiano en el *West Forties* y otro llamado Vince, que trabajaba como técnico de sonido, o algo parecido, en la CBS.

Yo estaba bebiendo burbon y debía de ser Jack Daniel's o Early Times, ya que esas eran las únicas marcas que servían los Morrissey. También servían tres o cuatro marcas de güisqui, Canadian Club, y una marca de ginebra y otra de vodka. Dos clases de cerveza, Bud y Heineken. Una de coñac y un par de marcas de licores extraños. Supongo que una sería Kahlúa porque ese año mucha gente bebía Black Russians. Tres marcas de güisqui irlandés, Bushmill's, Jameson y una llamada Power's, por la que los hermanos Morrissey tenían debilidad, aunque nadie más parecía pedirla. Podríaís haber pensado que venderían cerveza irlandesa, Guinness, por lo menos, pero Tim Pat Morrissey me había dicho una vez que no le gustaba la Guinness embotellada, que era horrible, que le gustaba únicamente la cerveza negra y que la bebía solo al otro lado del Atlántico.

Los Morrissey eran corpulentos, con frentes anchas y despejadas y barbas cobrizas. Vestían pantalones negros, zapatos de cuero, también negros, brillantados, camisas blancas con las mangas remangadas hasta el codo y llevaban delantales blancos de carnicero que los cubrían hasta las rodillas. El camarero, un joven delgado y bien afeitado, vestía la misma indumentaria, pero en él parecía más un disfraz. Imagino que sería primo de ellos. Debía de tener alguna clase de parentesco, si trabajaba allí.

Abrían siete días a la semana, desde aproximadamente las dos de la madrugada hasta las nueve o las diez. Cobraban tres dólares por copa, un precio más elevado que en el resto de los bares, pero comparado con la mayoría de los *after hours*, la bebida que servían era buena. La cerveza costaba dos dólares. Mezclaban la mayoría de las bebidas más comunes, pero no era sitio para pedirse un *pousse-café*.

No creo que la policía les hubiera dado un toque nunca. Aunque no se anunciaban con ningún letrero de luces de neón, ese lugar no era el secreto mejor guardado del vecindario. La pasma sabía que estaba allí y aquella noche en particular vi a un par de patrulleros de Midtown North y a un detective que había conocido años atrás en Brooklyn. Había dos hombres negros en el bar y los reconocí; a uno lo había visto en muchos combates de boxeo y su compañero era un senador del Estado. Estoy seguro de que los hermanos Morrissey pagaban dinero para poder mantener su local abierto, pero más allá del dinero que pagaban, tenían una fuerte conexión con la policía local.

No aguaban la bebida y las copas que servían estaban bien cargadas. ¿Qué más se les podía pedir?

Fuera, estalló otro petardo. Parecía estar a dos calles y no detuvo ninguna conversación. En nuestra mesa, el tipo de la CBS se quejaba de que se estuvieran adelantando a la fecha.

—El Cuatro de Julio no es hasta el viernes, ¿no? Hoy ¿qué es? ¿Uno de julio?

—Dos, desde hace dos horas.

—Entonces quedan dos días. ¿A qué viene tanta prisa?

—Se compran esos jodidos fuegos artificiales y no pueden esperar —dijo Bobby Ruslander—. ¿Y sabéis quienes son los peores? Los chinos. Estuve un tiempo con una chica que vivía en Chinatown. Podías conseguir velas romanas, cohetes, cualquier cosa y a cualquier hora del día.

—Mi socio quería llamar al garito Little Saigon —dijo Skip—. Yo le dije: «John, por el amor de Dios, la gente se va a pensar que es un restaurante chino, se nos va a llenar el bar de familias de Rego Park pidiendo un plato de *moo goo gai pan*». Él me dijo que qué coño tenía que ver China con Saigón. Yo le dije: «John, sabes que eso ya lo sé, pero cuando se trata de gente de Rego Park, para ellos todos los asiáticos son iguales y para ellos todo lo chino significa *moo goo gai pan*».

Billie dijo:

—¿Y la gente de Park Slope^[5]?

—¿Y la gente de Park Slope? —Skip frunció el ceño, mientras pensaba en ello—. La gente de Park Slope... ¡Que los jodan!

Helen, la novia de Bobby Ruslander, dijo muy seria que ella tenía una tía que vivía en Park Slope. Skip la miró. Yo cogí mi vaso. Estaba vacío y miré a mi alrededor en busca del camarero imberbe o de uno de los hermanos.

Por eso justo estaba mirando hacia la puerta cuando se abrió de golpe. Dio al hermano que vigilaba la puerta y lo hizo caer sobre una mesa. Las bebidas se cayeron y una silla se volcó.

Dos hombres irrumpieron en el bar. Uno medía alrededor de un metro setenta y cinco y el otro algo menos. Ambos eran delgados. Ambos llevaban vaqueros azules y zapatillas deportivas. El más alto llevaba una chaqueta de béisbol y el otro un cortavientos de nailon azul. Ambos se habían puesto gorras y se habían atado unos pañuelos color rojo sangre alrededor de la cabeza de manera que sus mejillas y sus bocas quedaran ocultas.

Cada uno tenía un arma en la mano. Uno llevaba un revólver de cañón corto y el otro un fusil automático. Este último lo alzó y pegó dos disparos al techo. Y no sonaron ni como un petardo ni como una granada de mano.

Entraron y se largaron a toda prisa. Uno se metió detrás de la barra y salió con la caja de puros García y Vega donde Tim Pat guardaba las propinas. Había un tarro de cristal encima de la barra con una nota escrita a mano en la que se pedían aportaciones para las familias de miembros del IRA encarcelados en Irlanda del Norte. Sacó los billetes, pero dejó dentro las monedas.

Mientras lo hacía, el más alto apuntaba a los Morrissey con el fusil y los obligaba a vaciarse los bolsillos. Cogió el dinero suelto que llevaban en las carteras y un rollo de billetes de Tim Pat. El hombre más bajo dejó la caja de puros un momento y fue hacia la parte trasera del local, donde arrancó un póster enmarcado de los acantilados de Moher que ocultaba un armario cerrado con llave. Disparó a la cerradura y sacó una caja fuerte de metal, se la colocó bajo el brazo, sin detenerse a abrirla, volvió para coger la caja de puros y salió por la puerta.

Su amigo siguió apuntando a los Morrissey hasta que él estuvo fuera del edificio. El arma

apuntaba al pecho de Tim Pat y por un momento pensé que iba a disparar. Su arma era el fusil automático, él había sido el que había disparado al techo y si disparaba a Tim Pat seguro que no fallaría.

Pero yo no podía hacer nada.

Pasó todo. El hombre armado respiró por la boca y al hacerlo infló el pañuelo que le cubría el rostro. Caminó hacia atrás en dirección a la puerta y bajó corriendo las escaleras.

Nadie se movió.

Entonces Tim Pat le susurró algo a uno de sus hermanos, al que había estado vigilando la puerta. El hermano asintió y fue hacia el armario desvalijado. Lo cerró y volvió a colgar el póster de los acantilados de Moher.

Tim Pat le dijo algo a su hermano y se aclaró la garganta antes de decir:

—Caballeros —dijo y se atusó la barba con su enorme mano derecha—. Caballeros, ruego un momento para explicaros lo que acabáis de presenciar. Dos buenos amigos nuestros han venido a pedirnos prestados un par de dólares que nosotros les hemos dado con mucho gusto. Ninguno de nosotros los hemos reconocido ni nos hemos fijado en su aspecto y estoy seguro de que ninguno de los que estáis aquí los reconocería si, por la gracia de Dios, volviéramos a verlos. —Se frotó su ancha frente con los dedos antes de volver a atusarse la barba—. Caballeros —volvió a decir—, nos honraríais a mis hermanos y a mí si compartierais vuestra siguiente copa con nosotros.

Y los Morrissey sirvieron una ronda por cuenta de la casa. Yo tomé burbon. Billie Keegan, tomó Jameson, güisqui para Skip, brandi para Bobby y un güisqui *sour* para su ligue. El tipo de la CBS se tomó una cerveza, Eddie, el camarero, un brandi. Bebidas para todos: para los polis, para los políticos negros, para un montón de camareros, bármanes y gente aficionada a la vida nocturna. Nadie se levantó y se marchó. No, cuando la casa había invitado a una ronda. No, cuando había un par de tíos fuera armados y enmascarados.

El primo bien afeitado y dos de los hermanos sirvieron las copas. Tim Pat se quedó a un lado, con su inexpresivo rostro y sus brazos cruzados por encima de su delantal blanco. Después de que todos quedaran servidos, uno de sus hermanos le susurró algo a Tim Pat y le enseñó el tarro de cristal, que ya no contenía más que unas cuantas monedas. El rostro de Tim Pat se ensombreció.

—Caballeros —dijo y la sala se quedó en silencio—. Caballeros, se nos ha robado dinero; un dinero recolectado para Norad, para ayudar a las desgraciadas esposas e hijos de los prisioneros políticos en el Norte. La pérdida es nuestra y solo nuestra; mía y de mis hermanos, y por ello no volveremos a mencionar esto. Pero en el Norte, sin dinero para comer... —Se detuvo para tomar aire y prosiguió—: pasaremos el tarro y que Dios bendiga a todo aquel que quiera colaborar.

Yo me quedé una media hora más. Me tomé la copa a la que nos invitó Tim Pat y otra más. Billie y Skip se marcharon cuando me fui yo. Bobby y su chica iban a quedarse un rato más. Vince ya se había marchado y Eddie se había unido a otra mesa y estaba intentando ligarse a una chica alta que trabajaba de camarera en el O'Neals.

Ya estaba amaneciendo, las calles estaban vacías, sin movimiento y en silencio. Skip dijo:

—Bueno, pues al final han recogido unos cuantos dólares. No creo que Frank y Jesse se llevaran muchos del tarro y encima la gente ha soltado una buena pasta para volver a llenarlo.

—¿Frank y Jesse?

—Sí, joder, esos de los pañuelos. Frank y Jesse James. Se llevaron billetes de dos y de cinco y la gente ha metido billetes de diez y de veinte, así que las pobres esposas y los hijitos del Norte

han salido bien parados.

Billie dijo:

—¿Qué calculáis que han perdido los Morrissey?

—No sé. Esa caja fuerte podía haber contenido un montón de pólizas de seguros y fotografías de su santa madre. Eso sí que sería una sorpresa, ¿eh? Pero apuesto a que se llevaron lo suficiente como para mandar un montón de pistolas a sus colegas de Derry y Belfast.

—¿Crees que los ladrones eran del IRA?

—¡Joder! —dijo y tiró el cigarrillo a una alcantarilla—. Creo que los Morrissey son del IRA. Creo que ahí es donde va a parar su dinero. Me imagino que...

—¡Eh, tíos! ¡Esperad!

Nos giramos. Un hombre llamado Tommy Tillary nos estaba haciendo señas con la mano desde la entrada del bar de los Morrissey. Era un tipo grueso, con carrillos colgaderos, un torso enorme y una barriga igual de grande. Llevaba una bléiser fina color burdeos, pantalones blancos y corbata. Casi siempre llevaba corbata.

La mujer que estaba con él era baja y delgada, con el pelo castaño claro con reflejos rojizos. Llevaba unos vaqueros desgastados y ajustados y una camisa rosa con las mangas enrolladas. Parecía estar muy cansada y algo borracha.

Él dijo:

—¿Eh, chicos, conocéis a Carolyn? Claro que sí.

Todos la saludamos y él añadió:

—Tengo el coche ahí aparcado. Hay sitio de sobra para todos. Os llevo.

—Hace una mañana agradable —dijo Billie—. Creo que prefiero caminar, Tommy.

—¿Sí?

—Así nos despejamos y se nos pasa un poco la borrachera —dijo Skip—. Ya vale por hoy, nos vamos a la cama.

—¿Estáis seguros? No tengo ningún problema en llevaros a casa.

Y de eso estábamos seguros.

—Bueno, de todos modos, ¿os importa acompañarnos al coche? Lo de antes nos ha puesto un poco nerviosos.

—Claro, Tom.

—Qué mañana tan agradable, ¿verdad? Hoy va a hacer calor, pero ahora mismo es perfecta. Creí que iba a disparar a ese tal Tim Pat. ¿Os fijasteis en su cara?

—Hubo un momento —dijo Billie— en el que podría haber pasado cualquier cosa.

—Yo pensaba que iba a haber un tiroteo. Hasta estaba buscando a ver debajo de qué mesa me podía esconder. ¡Qué mierda de mesas! Son enanas. No hay mucho para ponerte a cubierto.

—No.

—Y yo con lo grande que soy sería una diana fácil. ¿Qué estás fumando, Skip? ¿Camel? Déjame que pruebe uno, si no te importa. Yo fumo cigarrillos con filtro y a estas horas ya no me saben a nada. Gracias. ¿Estaba yo imaginándomelo o había una pareja de polis en el bar?

—Había algunos.

—Tienen que llevar arma estén o no de servicio, ¿no?

Me había preguntado a mí y le respondí que había una normativa que lo marcaba.

—¿Crees que alguno habría intentado hacer algo?

—¿Te refieres a haber disparado a los atracadores?

—Algo de eso.

—Disparando en un sitio tan abarrotado, lo único que se consigue es que mucha gente acabe muerta.

—Sí. Supongo que se corría el riesgo de que las balas rebotaran.

—¿Por qué dices eso?

Él me miró, sorprendido por el tono de mi voz.

—Pues por las paredes de ladrillo, supongo. Incluso cuando disparó al techo de zinc, pudieron haber rebotado las balas, ¿no?

—Supongo —dije. Un taxi con la luz que indicaba que estaba fuera de servicio pasó por delante de nosotros con un pasajero en el asiento del copiloto—. Esté o no de servicio, un poli no haría nada de eso en una situación así, a menos que otro empezara el tiroteo. Había dos que seguro que estaban preparados, con las pistolas agarradas. Si ese tío hubiera disparado a Tim Pat, probablemente se habría marchado intentando esquivar las balas. Eso, contando con que ninguno hubiera acertado y lo hubiera dado.

—Y contando con que hubieran estado lo suficientemente sobrios como para ver con claridad —añadió Skip.

—Claro —dijo Tommy—. Matt, ¿no evitaste tú un atraco en un bar hace un par de años? Alguien estaba contándolo.

—Aquello fue un poco diferente —dije—. Ya habían matado al barman de un disparo antes de que yo actuase. Y yo no disparé dentro del bar, salí corriendo tras ellos.

Me quedé pensando en ello y me perdí lo que siguió en la conversación. Cuando volví de mi momento de ausencia, Tommy estaba diciendo que estaba seguro de que en aquel momento lo iban a atracar a él.

—Había mucha gente hoy en ese bar —dijo—. Trabajadores del turno de noche, gente que acababa de cerrar sus locales y que llevaba dinero encima. ¿No pensasteis que iban a pasarnos la gorra?

—Supongo que llevaban prisa.

—Yo solo llevaba encima unos cien, pero preferiría no tener que dárselos a un tío con un pañuelo en la cara. Te quedas tan aliviado después de que no te hayan robado a ti que no te importa que te pasen el tarro para eso de... ¿cómo era?... ¿Norad? Les he dado veinte dólares a las viudas y a los huérfanos sin pensármelo dos veces.

—Todo estaba preparado —sugirió Billie Keegan—. Los tíos de los pañuelos son amigos de la familia. Hacen lo mismo cada dos semanas o así para aumentar las recaudaciones de Norad.

—¡Jesús! —dijo Tommy riéndose de la idea sugerida por Bobbie—. Ahí está mi coche. Es el Riv. Hay espacio de sobra para todos. ¿Seguro que no queréis cambiar de idea y dejar que os lleve a casa?

Todos nos decidimos por volver caminando. Su coche era un Buick Riviera granate con el interior en cuero blanco. Esperó a que subiera Carolyn, rodeó el coche y abrió su puerta con llave a la vez que hacía una mueca de disgusto porque Carolyn no se había molestado en estirarse para abrirle la puerta desde dentro.

Cuando se alejaron en el coche, Billie dijo:

—Han estado en el Armstrong's hasta la una o una y media. No esperaba volver a encontrarlos

esta noche. Espero que no vuelva conduciendo hasta Brooklyn.

—¿Viven allí?

—Él vive allí —le dijo a Skip—. Ella es de este barrio. Él está casado. ¿Es que no lleva anillo?

—Nunca me he fijado.

—Carolyn, de Carolina —dijo Billie—. Así es como la presenta. Estaba borrachísima, ¿no os parece? Cuando se marchó antes, creía que iba a llevarla a casa... Y bueno, pensándolo bien, supongo que lo hizo. La primera vez que los hemos visto ella llevaba un vestido, ¿no, Matt?

—No me acuerdo.

—Yo juraría que sí. Y si no era un vestido, era ropa de oficina, pero seguro que no eran vaqueros ni una camiseta como los que llevaba ahora. Seguro que la llevó a casa, se la tiró, les entró sed y, como a esa hora todas las tiendas estaban cerradas, se fueron a Morrissey's. ¿Qué te parece, Matt? ¿Tengo madera de detective?

—Se te da bien.

—Él se volvió a poner la misma ropa, pero ella se cambió. Ahora la pregunta es, ¿se irá a casa con su mujer o dormirá en la de Carolyn y mañana aparecerá en la oficina con la misma ropa que ayer? De todos modos, ¿a nosotros qué más nos da?

—Eso mismo iba a preguntar yo ahora —dijo Skip.

—Sí. A propósito, yo también me hice la misma pregunta que él: ¿por qué no han atracado a los clientes? Seguro que había un montón de tíos con varios cientos de dólares encima y por lo menos dos que llevaran más todavía.

—No les merecía la pena.

—Estamos hablando de miles de dólares.

—Lo sé —dijo Skip—. Pero si quieres hacerlo bien, tienes que pasarte otros veinte minutos en un bar lleno de borrachos y ¡Dios sabe cuántos de ellos van armados! Apuesto a que en total habría quince pistolas en el bar.

—¿Lo dices en serio?

—Es más, creo que estoy calculando por lo bajo. Para empezar, teníamos a tres o cuatro policías. También a Eddie Grillo, justo en nuestra mesa.

—¿Eddie lleva una pipa?

—Eddie se junta con algunos matones, por no hablar del dueño del bar en el que trabaja. Había un tipo llamado Check, no lo conozco bien, pero sé que trabaja en el Polly's Cage...

—Ya sé de quién hablas. Va por ahí con una pistola en el bolsillo.

—O eso o es que se pasa el día empalmado. Creedme, hay un montón de tíos que van armados. Si le dices a todo un bar que saque las carteras, algunos te sacarán la pistola. Mientras que entran y salen, ¿cuánto tiempo pasa? ¿Cinco minutos? No creo que pasaran más de cinco minutos desde que la puerta se abrió de golpe y dispararon al techo, hasta que salieron y Tim Pat se quedó allí de pie de brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

—Tienes razón.

—Y además, lo que hubieran sacado de las carteras de los clientes no habría sido más que calderilla.

—¿Crees que la caja fuerte tenía tanto dinero? ¿Cuánto crees que había?

Skip se encogió de hombros.

—Veinte de los grandes.

—¿En serio?

—Veinte mil dólares, cincuenta mil...

—Dinero del IRA, eso es lo que dijiste antes.

—Bueno, ¿en qué otra cosa crees que lo emplean, Bill? No sé cuánto se sacan con el bar, pero hacen negocio siete días a la semana y, ¿dónde están los gastos de infraestructura? Seguro que consiguieron el edificio porque salió a subasta, y viven ahí, así que no tienen que pagar alquiler. Además, imagino que no justifican ningún ingreso ni pagan impuestos. Se sacarán diez o veinte mil dólares a la semana y ¿en qué crees que se lo gastan?

—Tienen que untarle la mano a algunos para que no les cierren el bar —añadí.

—Eso y también contribuciones políticas. Y no conducen buenos coches ni salen a gastarse el dinero en los bares de otros. No me imagino a Tim Pat comprando esmeraldas para alguna jovencita, ni a sus hermanos esnifando cocaína por sus narices irlandesas.

—Arriba esa nariz irlandesa —dijo Billie Keegan.

—Me gustó el discurso de Tim Pat y que nos invitara a una ronda. Por lo que sé, es la primera vez que los Morrissey han servido una ronda por cuenta de la casa.

—¡Putos irlandeses! —dijo Billie.

—¡Joder, Keegan! Estás borracho otra vez.

—Tienes razón. Qué Dios los bendiga a todos.

—¿Tú qué opinas, Matt? ¿Reconoció Tim Pat a Frank y a Jesse?

Pensé antes de responder.

—No lo sé. Pareció querer decir: «No os metáis en esto. Nosotros nos encargamos». A lo mejor es algún asunto político.

—Los demócratas reformistas están detrás de esto —dijo Billie.

—A lo mejor los protestantes —sugirió Skip.

—Qué curioso —siguió Billie—. No parecían protestantes.

—O a lo mejor son de alguna otra facción del IRA. Hay distintas facciones, ¿no?

—Claro que rara vez te encuentras con protestantes que lleven pañuelos en la cara. Normalmente los meten en el bolsillo de arriba de las chaquetas... —dijo.

—¡Por Dios, Keegan!

—Jodidos protestantes —dijo Billie.

—No, ¡jodido Billie Keegan! —exclamó Skip—. Matt, más nos vale llevar a este gilipollas a su casa.

—¡Y jodidas pistolas! —añadió Billie de repente—. Sales a tomarte una copita antes de irte a la cama y te ves rodeado de unas putas pistolas. ¿Tú llevas pistola, Matt?

—Yo no, Billie.

—¿De verdad? —me puso una mano en el hombro para sostenerse—. Pero tú eres un poli.

—Ya no.

—Ahora eres poli privado. Incluso el guardia de seguridad de una librería que te pide que le enseñes tu maletín al entrar lleva un arma.

—Pero esas suelen llevarlas solamente para impresionar.

—¿Quieres decir que no me dispararán si salgo de la tienda con la última edición de *La letra escarlata*? Deberías decírmelo antes de que vaya y la pague. Entonces, ¿de verdad no vas

armado?

—Otra ilusión rota, ¿eh? —dijo Skip.

—¿Y tu amigo el actor? —le preguntó Billie—. ¿Es el pequeño Bobby un pistolero?

—¿Quién? ¿Ruslander?

—Te dispararía por la espalda —dijo Billie.

—Si Ruslander llevara una pistola —dijo Skip—, sería una sacada de algún decorado.

Dispararía balas de fogeo.

—Te dispararía por la espalda —insistió Billie—. Como ese... ¿cómo se llama?... Bobby el Niño.

—Querrás decir Billy el Niño.

—¿Y quién eres tú para decirme lo que quiero decir? ¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¡Que si lleva una pipa, por Dios santo! ¿No estábamos hablando de eso?

—¡Joder, Keegan! No me preguntes de qué estábamos hablando.

—Así que no estabas prestando atención, ¿eh? ¡*Diosss!*

Billie Keegan vivía en una torre de apartamentos en la Cincuenta y Seis cerca de la Octava. Se fue poniendo derecho a medida que nos acercábamos a su edificio de tal modo que cuando saludó al portero parecía estar sobrio. «Matt, Skip. Nos vemos», fue lo que dijo.

—Keegan es majo —me dijo Skip.

—Es un buen hombre.

—Aunque no estaba tan borracho como parecía. Se estaba divirtiendo.

—Seguro.

—¿Sabes? En el Miss Kitty's guardamos una pistola detrás de la barra. Me atracaron una vez, en el bar donde trabajaba antes de que John y yo nos hiciéramos socios. Estaba en la Segunda Avenida en los Eighties. Entró un tipo blanco, me puso una pistola en la cara y se llevó el dinero de la caja registradora. También robó a los clientes. En ese momento había solamente cinco o seis personas, pero se llevó las carteras de todos. Creo que también los relojes, si no recuerdo mal. Un atraco de primera clase.

—Eso parece.

—En todo el tiempo que estuve haciendo de héroe en *Nam*... malditas Fuerzas Especiales... jamás tuve que ver delante de mis ojos el otro lado de una pistola. No sentí nada mientras me estaba ocurriendo, pero después me puse furioso, ¿me entiendes? Me invadió la cólera. Salí, compré un arma y desde entonces ha estado conmigo siempre que estoy trabajando. En ese garito y ahora, en el Miss Kitty's. Aún sigo pensando que deberíamos haberlo llamado Horseshoes & Hand Grenades.

—¿Tienes licencia?

—¿De armas? —Negó con la cabeza—. No la tengo registrada. Cuando trabajas en un bar, no tienes muchos problemas para saber dónde comprar un arma. Pasé dos días preguntando y al tercero ya era cien dólares más pobre. Nos han robado una vez desde que abrimos. John estaba trabajando, dejó la pistola donde estaba y entregó todo lo que teníamos en la caja. El atracador no robó a los clientes. John dijo que parecía un yonqui, dijo que ni siquiera pensó en la pistola hasta

que el chico salió por la puerta. A lo mejor fue así, o a lo mejor lo pensó y luego prefirió no sacarla. Probablemente yo habría hecho lo mismo... o tal vez no. Nunca se sabe hasta que te ves en la situación, ¿no crees?

—Sí.

—¿De verdad que no has llevado una pipa desde que dejaste la poli? Dicen que cuando ya estás acostumbrado a llevarla, luego te sientes desnudo sin ella.

—Yo no. Yo me sentí como si me hubiera liberado de una carga.

—«Oh, Señor, voy a liberarme de mi carga». ¿No?

—Sí. Algo parecido.

—Ya. A propósito, antes no pretendió nada. Al decir eso de las balas que podían haber rebotado.

—¿Eh? Ah, hablas de Tommy.

—De Tommy Tillary, *el Implacable*. Es un poco gilipollas, pero no es mal tipo. Llamarlo «Tommy, *el Implacable*» es como llamar «chiquitín» a un tipo enorme. Estoy seguro de que no lo dijo en serio.

—Sí, seguro que tienes razón.

—Tommy, *el Implacable*. Lo llaman de algún otro modo...

—*Teléfono* Tommy.

—O Tommy *Teléfono*, sí. Se dedica a la venta telefónica. No pensé que los hombres maduritos hicieran eso. Creí que lo hacían amas de casa y que se ganaban 35 centavos a la hora por intentar colarte algo.

—Pues parece que es un negocio muy lucrativo.

—Y tanto. Ya has visto el coche. Todos lo hemos visto. Lo que no hemos visto es que la chica le abriera la puerta, pero el coche sí que lo hemos visto. Matt, ¿te apetece subir y tomarte la última por hoy? Tengo güisqui, burbon y supongo que algo de comida en la nevera.

—Creo que me voy a ir a casa, Skip. Pero gracias.

—No te culpo. —Le dio una calada a su cigarro. Él vivía en el Parc Vendôme, al otro lado de la calle de mi hotel. Tiró el cigarrillo al suelo, nos dimos la mano y, como a una manzana de donde nos encontrábamos, se oyeron seis disparos.

—Por Dios —dijo él—. ¿Eso han sido disparos o media docena de fuegos artificiales? ¿Sabes que puede ser?

—No.

—Yo tampoco. Supongo que fuegos artificiales, teniendo en cuenta la fecha en la que estamos. O los Morrissey que se hayan encontrado con Frank y con Jesse o ¡yo qué sé! Hoy es día dos, ¿verdad? ¿Dos de julio?

—Creo que sí.

—Menudo verano nos espera —dijo.

2

Todo esto sucedió hace mucho tiempo.

Era el verano del 75 y en mi memoria lo guardo como un año en el que no sucedió nada demasiado importante. Nixon había dimitido un año antes y en el siguiente se producirían la convención y las campañas, las olimpiadas y el bicentenario.

Mientras, Ford estuvo en la Casa Blanca y su presencia resultó curiosamente reconfortante, por no decir terriblemente convincente. Un tipo llamado Abe Beame estuvo en Gracie Mansion^[6], aunque jamás me dio la sensación de que él se creyera realmente alcalde de Nueva York, al igual que no creo que Gerry Ford se creyera mucho que era el presidente de los Estados Unidos de América.

Se dio un momento en el que Ford se negó a ayudar a la ciudad a superar una crisis económica, y el *News* plasmó en uno de sus titulares: «Ford le ha dicho a Nueva York: ¡Vete al infierno!».

Recuerdo aquel titular, pero no recuerdo si apareció antes, durante o después de ese verano. Leí ese titular. Casi siempre leía el *News*, lo compraba bien temprano en el camino de vuelta a mi hotel o le echaba un vistazo más tarde durante el desayuno. También leía el *Times* y en alguna ocasión podía leer el *Post* por la tarde. Nunca le prestaba demasiada atención a las noticias internacionales ni a los asuntos políticos, ni a nada aparte de los deportes y el crimen, pero al menos me mantenía parcialmente informado de lo que ocurría en el mundo. Y resulta gracioso cómo todo eso se ha esfumado.

¿Qué recuerdo? Bueno, tres meses después del asalto al Morrissey's, Cincinnati se impuso a los Red Sox en una serie de siete juegos. Recuerdo eso y también recuerdo el *home run* de Fisk en el juego número seis y a Pete Rose dejándose la piel como si el destino de la humanidad dependiera de sus lanzamientos. Ninguno de los equipos de Nueva York llegó a las finales, pero aparte de eso, no podría contaros cómo les fue y eso que sé que fui a ver seis partidos. Llevé a mis hijos al estadio Shea un par de veces y también fui con mis amigos. El estadio de los Yankees estaba siendo remodelado ese año, y los Mets y los Yankees jugaban en el Shea. Billie Keegan y yo estábamos viendo jugar a los Yankees y recuerdo que se detuvo el partido porque unos idiotas estaban tirando basura al campo.

¿Estaba ese año Reggie Jackson con los Yankees? En el 73 todavía jugaba en Oakland para Charlie Finley. Recuerdo que los Mets perdieron. Pero ¿cuándo lo compró Steinbrenner para los Yankees?

¿Qué más...? ¿Boxeo?

¿Luchó Ali aquel verano? Vi el segundo combate contra Norton por circuito cerrado, aquel en el que Ali salió del cuadrilátero con la mandíbula rota, pero eso fue por lo menos un año antes, ¿no? Y después había visto a Ali muy de cerca, al estar junto al cuadrilátero en el Garden. Earnie Shavers había luchado contra Jimmy Ellis y lo había noqueado en el primer asalto. ¡Por Dios santo! Recuerdo el puñetazo que acabó con Ellis, recuerdo la expresión de la cara de su esposa que estaba sentada a dos filas de mí, pero no recuerdo cuándo sucedió.

En el 75 no fue, de eso estoy seguro. Ese verano debí de ir a los combates, pero me pregunto a quién vi.

De todos modos, ¿importa eso? Yo creo que no. Si importara, podría ir a la biblioteca y echarle un vistazo a los archivos del *Times* o a un almanaque de aquel año. Sin embargo, sí recuerdo todo lo que necesito recordar.

Skip Devoe y Tommy Tillary. Cuando pienso en el verano del 75, son sus caras lo que veo.

¿Eran amigos míos?

Lo eran, pero hay que matizar. Eran amigos del bar. Rara vez los veía (o veía a alguien en aquellos días) en un lugar que no fuera un bar lleno de extraños que se reunían para beber alcohol. Por supuesto, por entonces, yo todavía bebía y me encontraba en un punto en el que el alcohol me ayudaba (o eso parecía) más de lo que me perjudicaba.

Un par de años antes, todo mi mundo se había estrechado hasta quedar reducido a unas cuantas calles al sur y al este de Columbus Circle. Había dejado mi matrimonio después de doce años de casado y de dos hijos, y me había mudado de Syosset, en Long Island, a mi hotel, que estaba en la Cincuenta y Siete Oeste entre la Octava y la Novena Avenida. Había dejado el Departamento de Policía de Nueva York prácticamente a la vez, después de haberle dedicado casi los mismos años. Me mantuve, y mandaba cheques a Syosset con irregularidad, haciendo trabajos para la gente. No era un detective privado; los detectives privados tienen licencia, rellenan informes y presentan la declaración de la renta. Lo que yo hacía eran favores por los que me pagaban. Con eso se pagaba mi alquiler, siempre había dinero para bebida y, en alguna ocasión, podía enviar un cheque a Anita y a los chicos.

Como ya he dicho, mi mundo había encogido y se limitaba a la habitación en la que dormía y a los bares donde me pasaba la mayor parte de las horas en las que estaba despierto. Iba al Morrissey's, pero tampoco demasiado. La mayoría de las veces me iba a dormir sobre la una o las dos, en ocasiones me quedaba hasta que los bares cerraban y muy de vez en cuando me pasaba por un *after hours* y remataba la noche.

Iba al Miss Kitty's, el bar de *Skip* Devoe. En la misma calle en la que estaba mi hotel también estaba el Polly's Cage, con su papel de pared rojo que parecía sacado de un burdel, y su grupo de bebedores que acudían allí al salir del trabajo y que empezaba a dispersarse sobre las diez o diez y media. Y también estaba el McGovern's, un garito soso y estrecho, iluminado con unas simples bombillas y frecuentado por clientes que no decían ni una palabra. Me pasaba por allí para tomarme una rápida después de una noche movidita y cuando el camarero me servía la copa, la mano le temblaba la mitad de las veces.

En esa misma calle había dos restaurantes franceses, uno junto al otro. Uno de ellos, el Mont St. Michel solía estar más bien vacío. Llevé allí a varias mujeres a cenar durante varios años y me pasaba solo de vez en cuando para tomar algo en el bar. El establecimiento de la puerta de al lado gozaba de buena reputación y funcionaba mejor, pero creo que nunca llegué a entrar.

Había un sitio en la Décima Avenida llamado Slate. Por allí paraban muchos policías del distrito de Midtown North y de la Escuela John Jay, y yo iba cuando mi humor me permitía juntarme con esa clase de clientela. Allí ponían buenos bistecs y el ambiente era agradable. Había un Martin's Bar en el cruce de Broadway con la Sesenta. Las copas eran baratas, y la ternera y el jamón en conserva que servían estaban buenos. Tenían una pantalla grande de televisión en color encima de la barra y no era un mal sitio para ver algún que otro partido.

Al otro lado del Lincoln Centre estaba el O'Neals Baloon. Una antigua ley que seguía vigente en aquel año prohibía llamarle *saloon* a un local y los dueños no lo sabían cuando encargaron el letrero, así que lo solucionaron cambiando la primera letra. Había entrado algunas tardes, pero por la noche el ambiente era demasiado moderno para mi gusto. También estaba el Antares and Spiro's, un griego, en la esquina de la Novena con la Cincuenta y Siete. La verdad es que no era la clase de sitio que a mí me gusta; demasiados tíos con bigotes espesos bebiendo ouzo, pero todas las noches pasaba por delante al volver a casa y en alguna ocasión me paré a tomarme la última.

En la esquina de la Octava con la Cincuenta y Siete había un quiosco de periódicos que estaba abierto toda la noche. Solía comprar el periódico allí, a menos que se lo comprara a la vagabunda que los vendía a gritos delante del 400 Deli. Los compraba por quince centavos cada uno en el quiosco (creo que ese año todos costaban quince centavos, o tal vez el *News* costaba veinte) y los vendía por el mismo precio, lo cual era un modo bastante complicado de ganarse la vida. Algunas veces le daba un dólar y le decía que se quedara con el cambio. Se llamaba Mary Alice Redfield, pero eso no lo supe hasta unos años después, cuando alguien la mató a puñaladas.

Había una cafetería llamada Red Flame y luego estaba el 400 Deli. Había un par de puestos de *pizza* y un sitio que vendía palitos de queso al que nunca volvía nadie después de haberlos probado una vez.

Había un italiano llamado Ralph's, un par de restaurantes chinos y un tailandés que volvía loco a *Skip* Devoe. Y también estaba el Joel Farrell's en la calle Cincuenta y Ocho; acababan de abrir el invierno anterior. Y había... ¡Joder! ¡Había muchos bares!

Pero por encima de todos ellos estaba el Armstrong's.

¡Jesús! Podía decirse que yo vivía allí. Tenía mi habitación para dormir, y tenía bares y restaurantes adonde ir, pero durante algunos años el Jimmy Armstrong's fue como mi hogar. Si alguien me buscaba, sabía que primero tenía que mirar allí y, en muchas ocasiones, llamaban al Armstrong's incluso antes de llamarme al hotel. Abría sobre las once, con un chaval filipino llamado Denno. Billie Keegan llegaba sobre las siete y cerraba a las dos, a las tres o a las cuatro, dependiendo de la clientela y de cómo se encontrara él. Eso era lo que ocurría durante la semana, pero los fines de semana los camareros eran otros y el personal se renovaba con bastante frecuencia.

Las camareras entraban y salían. Les salían trabajos como actrices, rompían con sus novios o se echaban novios nuevos; se mudaban a Los Ángeles o regresaban a su hogar en Sioux Falls; discutían con el chico dominicano de la cocina, las despedían por robar o simplemente se marchaban sin decir más o por haberse quedado embarazadas. Jimmy no estuvo mucho por allí ese verano. Creo que fue el año en que estaba buscando una tierra para comprar en Carolina del Norte.

¿Qué puedo decir sobre ese sitio? Una larga barra a tu derecha según entrabas y mesas a tu izquierda. Mantel a cuadros azules. Paredes revestidas de madera oscura. Cuadros y anuncios

de revistas antiguas enmarcados. De la pared del fondo colgaba la cabeza de un ciervo, que desentonaba claramente con el resto de la decoración. Mi mesa favorita estaba justo debajo de aquella cosa, así que, de ese modo, me ahorraaba tener que verla.

La clientela era variopinta. Médicos y enfermeras del hospital Roosevelt que se encontraba en la calle de enfrente. Profesores y alumnos de la Universidad de Fordham. Gente de los estudios de televisión: la CBS estaba a una calle y la ABC a un rato caminando. También lo frecuentaba la gente que vivía o que tenía comercios en el vecindario. Una pareja de músicos que interpretaba música clásica, un escritor, dos hermanos libaneses que acababan de abrir una zapatería...

No había muchos jóvenes. Cuando me mudé al barrio, el Armstrong's tenía una máquina de discos con una bonita selección de *jazz* y de *country*, pero Jimmy la quitó enseguida y la sustituyó por un equipo de estéreo en el que ponía cintas de música clásica. Eso evitaba que entraran los chavales, para alegría de las camareras que los odiaban porque se quedaban hasta tarde, consumían poco y rara vez dejaban propina. Además, esa música ambiental propiciaba un consumo moderado de alcohol.

Que era para lo que yo iba allí. Quería beber, pero sin llegar a emborracharme, exceptuando alguna que otra ocasión. Normalmente mezclaba burbon con café para luego, al final de la noche, acabar bebiendo directamente alcohol. Podía leer el periódico allí y tomarme una hamburguesa o una buena comida, y conversar mucho o poco, según me apeteciera. No siempre estaba allí metido día y noche, pero era raro el día en que no me pasara al menos una vez y luego había días en los que llegaba después de que Dennis hubiera acabado de abrir y me marchaba cuando Billie estaba a punto de cerrar. En algún sitio tenía que estar.

Amigos del bar.

Conocí a Tommy Tillary en el Armstrong's. Era uno de los habituales; iba unas tres o cuatro noches a la semana. No recuerdo la primera vez que me fijé en él, pero era difícil estar en la misma habitación que él sin notar su presencia. Era enorme y tenía un tono de voz potente. No era un tipo escandaloso, pero después de unas cuantas copas, su voz llenaba el bar.

Su rostro evidenciaba la mucha ternera que comía y el mucho Chivas Regal que bebía. Debía de tener unos 45. Tenía papada, y las mejillas hinchadas y cubiertas de venitas rotas.

Nunca supe por qué lo llamaban Tommy *el Implacable*. A lo mejor Skip tenía razón y el apodo se empleaba en tono irónico. Lo llamaban Tommy *Teléfono* porque se dedicaba a vender inversiones por teléfono desde una agencia de bolsa fraudulenta situada en la zona de Wall Street. Sé que en ese campo laboral la gente cambia mucho de trabajo. La capacidad de sacar dinero a extraños por teléfono es todo un don y aquellos que lo poseen pueden permitirse el lujo de cambiar de jefe a su antojo.

Aquel verano, Tommy estaba trabajando para una empresa llamada Tannahill & Company y vendía sociedades limitadas en inmobiliarias. Imagino que tenía beneficios fiscales, además de la posibilidad de llevarse comisiones. De esto me enteré por casualidad porque Tommy nunca nos contaba nada al respecto, ni a mí ni a nadie del bar. Yo estaba allí una vez en la que un tocólogo residente del Roosevelt intentó preguntarle qué podía ofrecerle. Tommy se lo quitó de encima con un chiste:

—No, lo digo en serio —insistió el doctor—. Por fin estoy ganando dinero y ya tengo que

empezar a pensar en esas cosas.

Tommy se encogió de hombros.

—¿Tienes tarjeta de contacto?

El médico no la tenía.

—Entonces, escribe tu número aquí y la hora a la que se te puede localizar. Si quieres oír el discursito de un vendedor, te llamaré y te haré una buena demostración. Pero he de advertirte que por teléfono soy irresistible.

Unas semanas después se encontraron y el doctor se quejó de que Tommy no lo había llamado.

—¡Vaya! Pues mira que tenía intención de llamarte... —dijo Tommy—. Así que ahora mismo lo que voy a hacer es apuntármelo en una nota para que no se me olvide.

Digamos que era una compañía aceptable. Contaba chistes sobre dialectos y lo hacía bastante bien. Me partía de risa. Supongo que algunos eran ofensivos, pero no llegaban a ser crueles. Cuando me apetecía recordar mis días en la policía, era un buen oyente y si la historia que le contaba era divertida, su risa se oía por encima de las demás.

Era demasiado chillón y tal vez demasiado risueño. Hablaba mucho y podía sacarte de tus casillas. Como ya he dicho, se pasaba por el Armstrong's unas tres o cuatro noches a la semana y la mitad de las veces ella estaba con él. Carolyn Cheatham; Carolyn, de Carolina. Hablaba con un suave acento sureño que, al igual que le ocurre a ciertas hierbas culinarias, se volvía más fuerte con el aderezo del alcohol. Algunas veces entraba cogida de su brazo. Otras veces él llegaba primero y la esperaba allí. Ella vivía en el barrio y trabajaba con Tommy en la misma oficina y me imaginé... contando con que me molestara en pensar en ello... que ese romance había hecho que Tommy conociera el Armstrong's.

Tommy seguía los deportes. Apostaba con un corredor de apuestas, casi siempre a los partidos de béisbol y a veces a los caballos, y siempre que ganaba te lo decía. Tal vez era demasiado simpático, demasiado agradable y en ocasiones podías ver una frialdad en sus ojos que la amabilidad de su voz no dejaba traslucir. Sus ojos eran pequeños y resultaban fríos y la expresión de su boca denotaba tranquilidad.

Con todo esto ya podéis imaginaros por qué era tan bueno por teléfono.

El nombre de pila de *Skip* Devoe era Arthur, pero Bobby Ruslander era la única persona a la que había oído llamarlo así. Bobby podía permitirse esa libertad. Eran amigos desde cuarto curso, crecieron en la misma calle en Jackson Heights. A Skip lo habían bautizado con el nombre de Arthur Júnior y el apodo se lo habían puesto poco después.

«Porque solía saltarse^[7] las clases todo el rato», decía Bobby, aunque Skip tenía otra explicación.

«Yo tenía un tío que estuvo en la Marina y eso lo marcó mucho», me contó Skip una vez. «Era el hermano de mi madre. Me compró un traje y unas botas de marinero. Yo tenía una flota de juguete y él siempre me llamaba Skipper^[8]. Aunque podía haber sido peor. Había un niño en nuestra clase a quien todo el mundo lo llamaba Gusano. No me preguntes por qué. Imagínate que todavía lo llamen así y que cuando esté en la cama con su mujer ella le diga: “Oh, Gusanito, cariño, un poco más”».

Tenía 34 ó 35 años, era más o menos de mi misma estatura, pero él era delgado y musculoso.

Se le marcaban las venas en los antebrazos y en las palmas de las manos. Tenía los huesos de la cara marcados y los pómulos bien esculpidos. Su nariz era aguileña y tenía unos penetrantes ojos azules que, según la luz, podían llegar a parecer un poco verdes. Todo eso, combinado con una clara seguridad en sí mismo y una gran facilidad para resultarle atractivo a las mujeres, le permitía, sin ningún tipo de problemas, volver a casa con una chica siempre que quisiera. Pero vivía solo, no le duraban mucho sus relaciones y parecía preferir la compañía de otros hombres. Había estado casado o había vivido con alguien, pero había roto con esa persona unos años atrás y no parecía muy dispuesto a volver a tener una relación seria con nadie.

A Tommy Tillary lo llamaban Tommy, *el Implacable*, y a lo mejor, por el modo en que se comportaba, por ese tono de voz tan grave, podía parecer un tipo duro. *Skip Devoe*, sin embargo, sí que era un tipo duro, aunque no lo pareciera a simple vista.

Había estado en las fuerzas armadas, aunque no en la marina, como podríais haber pensado teniendo en cuenta la influencia de su tío. Había estado en las Fuerzas Especiales, en los Boinas Verdes. Se alistó nada más salir del instituto y lo enviaron al sudeste asiático durante el mandato de Kennedy. Salió a finales de los sesenta, se matriculó en la universidad, pero la dejó y fue entonces cuando comenzó a trabajar detrás de la barra en un bar de ligues del Upper East Side. Después de unos años, John Kasabian y él juntaron sus ahorros, alquilaron un local en el que antes había habido una ferretería, se gastaron lo que tenían en remodelarlo y lo abrieron con el nombre de Miss Kitty's.

En ocasiones lo veía en su propio bar, pero normalmente nos veíamos en el Armstrong's, por donde se pasaba cuando no estaba trabajando. Era una compañía bastante agradable; se podía estar con él y no había muchas cosas que lo sacaran de sus casillas.

Sin embargo, había algo en él... No sé, creo que podría ser el hecho de que parecía saberlo todo, poder hacerlo todo, y reaccionar y saber actuar ante cualquier situación. Tal vez había adquirido esa habilidad llevando una boina verde en Vietnam o, tal vez, yo lo daba por hecho porque sabía que había estado allí.

Yo ya había visto esa cualidad, sobre todo en los criminales. He conocido a muchos atracadores que la tenían, tipos que asaltaban bancos y robaban coches blindados. Y también había un conductor de una empresa de mudanzas que la poseía. Lo conocí después de que hubiera vuelto de un viaje desde la costa un día antes de lo previsto. Encontró a su mujer en la cama con un amante y los mató a los dos valiéndose únicamente de sus manos.

3

En los periódicos no salió nada sobre el atraco al Morrissey's, pero durante los días que siguieron, en el vecindario parecía que no se hablaba de otra cosa. La cantidad que se les había robado a Tim Pat y a sus hermanos aumentaba por días. Las cifras que yo pude oír oscilaban entre los diez mil y los cien mil dólares. Dado que los Morrissey y los atracadores eran los únicos que lo sabían y que ninguno de ellos iba a decir nada, daba igual lo que se dijese.

—Creo que son unos cincuenta —me dijo Billie Keegan la noche del Cuatro de Julio—. Pero la cifra sigue subiendo. ¿Sabes que ahora resulta que todos estuvieron allí y lo vieron?

—¿Qué quieres decir?

—Que, hasta el momento, al menos tres tíos me han asegurado que estaban allí cuando ocurrió, pero yo sí que estaba allí y puedo jurar que ellos no estaban. Y dan pelos y señales de cosas que, de algún modo, a mí se me pasaron. ¿Sabías que uno de los atracadores golpeó a una mujer al salir?

—¿En serio?

—Eso me han dicho. ¡Ah!, y dispararon a uno de los hermanos Morrissey pero fue nada más una herida superficial. A mí ya me parecía lo suficientemente emocionante del modo en que sucedió, pero supongo que cuando no estás allí te lo imaginas de otra forma y lo exageras todo. Sabes que, diez años después de la revolución de 1916, dicen que era difícil encontrar a un hombre en Dublín que no hubiera participado en ella. Fue en la mañana de aquel glorioso lunes, cuando treinta hombres valerosos irrumpieron en la oficina de correos y al final resulta que fueron diez mil. ¿Y tú, qué opinas, Matt? ¿Crees que han sido cincuenta mil?

Tommy Tillary había estado allí y me imaginé que no dejaría de hablar de aquello. Y a lo mejor lo hizo. Sin embargo, cuando lo vi después de varios días, no mencionó nada del robo. Había descubierto el secreto de las apuestas de béisbol. Eso era lo que no dejaba de contar a la gente. Si apostabas contra los Mets y también contra los Yankees, uno de los dos nunca te fallaría.

A comienzos de la siguiente semana, Skip se pasó por el Armstrong's a media tarde y me encontró en mi mesa, al fondo. Se había pedido una cerveza negra en la barra. Se sentó enfrente de mí y me dijo que había estado en el Morrissey's la noche antes.

—No he estado allí desde que fuimos juntos —le dije.

—Bueno, yo tampoco había ido hasta anoche. Ya han arreglado el techo. Tim Pat me preguntó por ti.

—¿Por mí?

—Ajá —se encendió un cigarrillo—. Le gustaría que te pasaras por allí.

—¿Para qué?

—Eso no me lo dijo. Tú eres detective, ¿no? A lo mejor quiere que averigües algo. ¿Qué crees que puede haber perdido?

—Yo no quiero meterme en esto.

—Me lo imagino.

—Un conflicto entre irlandeses. Lo último que me faltaba.

Él se encogió de hombros.

—No tienes que ir. Únicamente me dijo que te pidiera que te pasaras a cualquier hora a partir de las ocho de la tarde.

—Imagino que hasta esa hora están durmiendo.

—Si es que duermen.

Dio un trago y se secó el labio superior con la palma de la mano.

Yo le dije:

—¿Cómo estaban las cosas por allí anoche?

—Como siempre. Ya te he dicho que habían arreglado el techo y la verdad es que les ha quedado bien. Tim Pat y sus hermanos se mostraron tan simpáticos como de costumbre. Simplemente les dije que te daría el recado cuando te viera. Tú puedes ir o no ir.

—No creo que vaya —dije.

Pero a la noche siguiente, sobre las diez o las diez y media, se me ocurrió pasarme por allí. En la planta baja, el grupo de teatro estaba ensayando *El hombre del amanecer*, de Brendan Behan. El estreno estaba previsto para el jueves por la noche. Llamé al timbre y esperé a que uno de los hermanos bajara y abriera la puerta. Me dijo que estaba cerrado, que no abrían hasta las dos. Le dije que me llamaba Matthew Scudder y que Tim Pat había dicho que quería verme.

—Oh, claro, no te había reconocido bajo esa luz —dijo—. Pasa. Le diré que estás aquí.

Esperé en el bar que ocupaba la segunda planta. Estaba fijándome en el techo, buscando los agujeros de bala tapados, cuando Tim Pat entró y encendió más luces. Llevaba su típico atuendo, pero sin el delantal de carnicero.

—Gracias por venir —dijo—. ¿Te tomarás una copa conmigo? Bebes burbon, ¿verdad?

Sirvió las copas y nos sentamos en una mesa. A lo mejor era sobre la que se había caído su hermano cuando la puerta lo golpeó al abrirse. Tim Pat alzó la copa y se la bebió de un trago.

—Estuviste aquí la noche del incidente.

—Sí.

—Uno de esos jovencitos se dejó una gorra, pero por desgracia su mamá no le había bordado su nombre en la etiqueta, así que es imposible devolvérsela.

—Ya.

—Ojalá supiera quién es y dónde encontrarlo. Me aseguraría de que recibe lo que le pertenece.

Seguro que lo harías, pensé.

—Fuiste policía.

—Pero ya no.

—A lo mejor has oído algo. La gente habla, ¿no? Y un hombre con los ojos y los oídos bien

abiertos se podría hacer mucho bien a sí mismo.

No dije nada.

Se atusó la barba.

—Mis hermanos y yo —dijo, con la mirada clavada en algún punto por encima de mi hombro — estaríamos encantados de pagarte diez mil dólares por los nombres y los paraderos de los dos chavales que nos visitaron la otra noche.

—Simplemente para devolverles una gorra.

—¡Claro! Nos sentimos en la obligación de hacerlo —dijo—. ¿No fue vuestro George Washington el que caminó kilómetros para devolverle un penique a un hombre?

—Creo que fue Abraham Lincoln.

—Claro. George Washington fue el otro, el del cerezo. «Padre, no puedo mentir». Los héroes de esta nación destacan por su honestidad.

—Antes sí.

—Y luego va y nos dice a todos que no es ningún sinvergüenza. ¡Jesús! —Sacudió la cabeza—. Bueno, entonces, ¿crees que podrás ayudarnos?

—No entiendo cómo podría ayudaros.

—Estuviste aquí y los viste.

—Llevaban gorras y la cara cubierta. Es más, juraría que cuando se fueron los dos seguían con las gorras puestas. ¿No crees que a lo mejor encontrasteis la gorra de otro?

—A lo mejor al chico se le cayó por las escaleras. Si oyes algo, Matt, ¿nos lo contarás?

—¿Por qué no?

—¿Eres irlandés, Matt?

—No.

—Había pensado que tal vez alguno de tus antepasados fue de Ferry. El hombre de Ferry es famoso por responder una pregunta con otra pregunta.

—No sé quiénes son, Tim Pat.

—Si te enteras de algo...

—Si me entero de algo.

—¿Hay alguna pega con el precio? ¿Es una cantidad razonable?

—Ninguna pega —respondí—. Es una cantidad razonable.

Y era una cantidad buena, a pesar de lo que suponía. La próxima vez que vi a Skip se lo conté todo.

—No quería contratarme —dije—. Quería poner una recompensa. Diez mil para el hombre que le diga quiénes son y dónde puede engancharlos.

—¿Lo harías?

—¿El qué? ¿Buscarlos? Ya te dije el otro día que no aceptaría ese trabajo por nada. No voy a investigar nada.

Él sacudió la cabeza.

—Pero ¿y si descubres algo sin querer? ¿Y si doblas una esquina al ir a comprar el periódico y te cruzas con ellos?

—¿Y cómo iba a reconocerlos?

—¿Acaso has visto a muchos tipos con pañuelos rojos a modo de máscara? No, ahora en serio, imagínate que los reconoces. O que te enteraras de algún modo, o que uno de tus antiguos contactos te comentara algo. Porque tú tenías soplones, ¿verdad?

—Chivatos —dije—. Todos los polis los tienen. Sin ellos no tienes nada que hacer. Pero, aun así, yo...

—Pues olvídate de cómo lo descubrirías. Simplemente imagínate que te enteras y ya. ¿Qué harías?

—¿Qué haría...?

—Los descubrirías. Te quedarías con los diez mil.

—No sé nada de ellos.

—Vale, digamos que no sabes si son unos gilipollas o unos monaguillos. ¿Qué diferencia hay? De cualquier modo sería dinero manchado de sangre. Si los Morrissey encuentran a esos chicos, están muertos, ¿verdad?

—Hombre, pues no creo que Tim Pat quiera saber dónde están para mandarles la invitación de un bautizo.

—O para pedirles que se unan a la Sociedad del Sagrado Nombre. Bueno, entonces, ¿qué? ¿Lo harías?

Negué con la cabeza.

—A eso no puedo responderte. Dependería de quiénes fueran y de cuánto necesitara el dinero.

—Pues yo no creo que lo hicieras.

—Yo tampoco.

—Yo no lo haría —dijo. Tiró la ceniza de su cigarrillo—. Pero hay mucha gente que sí que lo haría.

—Hay gente que mataría por menos que eso.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Aquella noche había dos policías. ¿Qué te apuestas a que se enterarán de lo de la recompensa?

—Eso seguro.

—Digamos que un poli descubre quiénes eran los atracadores. Se los entregaría a Tim Pat y se sacaría el sueldo de medio año. No estoy diciendo que todo el mundo lo hiciera. Pero si te dices a ti mismo que esos tipos son escoria, que probablemente hayan matado a gente y que, si no lo han hecho todavía, puede que lo hagan tarde o temprano, la cosa cambia. Además, tampoco sabes con seguridad si los Morrissey van a matarlos. A lo mejor solamente les rompen algunos huesos, solamente los asustan un poco e intentan recuperar el dinero o algo así. Eso también puedes decírtelo si decides aceptar el trabajo.

—¿Y crértelo?

—La mayoría de la gente cree lo que quiere creer.

—Sí —dijo él—. Eso no te lo discuto.

Tu mente decide hacer una cosa, pero luego va tu cuerpo y decide hacer otra. En principio no iba a involucrarme en el asunto de Tim Pat, pero acabé olfateando por todas partes como un perro alrededor de una farola. Así que la misma noche que le aseguré a Skip que no me iba a meter,

terminé en la calle Setenta y Dos en un lugar llamado Poogan's Pub, sentado en una mesa y pidiendo una copa de vodka Stolichnaya a un diminuto negro albino llamado Danny Boy Bell. Danny Boy siempre era una compañía entretenida, pero además era un soplón de primera, un informador que los conocía a todos y que lo oía todo.

Por supuesto, había oído lo del robo en el Morrissey's. Había oído todo tipo de cifras y, según él, la correcta era una cantidad que rondaba entre los cincuenta y los cien mil dólares.

—Quienquiera que se lo llevara —dijo él— no se lo está gastando en bares. A mí me da que es un asunto entre irlandeses, Matthew. Pero entre irlandeses irlandeses. No me imagino a los Westies metiéndose con Tim Pat.

Los Westies son una banda organizada de matones, la mayoría de ellos irlandeses, y han estado operando en Hell's Kitchen desde comienzos de siglo. A lo mejor desde antes, tal vez desde la Hambruna de la Patata.

—No sé —dije—. Con todo ese dinero de por medio...

—Si fueran los Westies, si fuera alguien del vecindario, se habría sabido en menos de ocho horas. Todo el mundo en la Décima Avenida lo sabría.

—Tienes razón.

—Esto es entre irlandeses. Estoy seguro. Estuviste allí, ¿las máscaras eran rojas?

—Eran pañuelos rojos.

—¡Vaya! Si hubieran sido verdes o naranjas habría estado claro que estaban haciendo algún tipo de declaración política. Sé que los hermanos están ofreciendo una recompensa generosa. ¿Por eso estás aquí, Matthew?

—Oh, no —dije—. Claro que no.

—¿Entonces no estás investigándolo?

—Claro que no —respondí.

El viernes por la tarde estaba bebiendo en el Armstrong's y entablé conversación con dos enfermeras de la mesa de al lado. Tenían entradas para una obra de teatro para esa misma noche. Dolores no podía ir y Fran tenía muchas ganas, pero no estaba segura de que le apeteciera ir sola. Además, de cualquier forma, les seguía sobrando una entrada.

Y por supuesto el espectáculo resultó ser *El hombre del amanecer*. Fue pura coincidencia que la obra se representara justo debajo del *after hours* y no había sido idea mía, pero al final acabé allí. Me senté en una endeble silla plegable de madera, vi la obra de Behan, que trataba de unos criminales encarcelados en Dublín, y, mientras, me pregunté qué coño estaba haciendo yo entre el público.

Cuando terminó, Fran y yo nos fuimos al Miss Kitty's con un grupo en el que se encontraban dos de los actores. Uno de ellos, una chica delgada y pelirroja con unos enormes ojos verdes era Mary Margaret, amiga de Fran y la razón por la que esta última había tenido tantas ganas de asistir a la función. Esa era la razón de Fran, pero ¿cuál era la mía?

En la mesa se estuvo hablando del robo. Yo no saqué el tema ni aporté mucho a la conversación, pero tampoco pude mantenerme completamente al margen porque Fran le dijo al grupo que yo era un exdetective y me preguntaron mi opinión sobre el asunto desde un punto de vista profesional. Me mostré un poco evasivo al responder y evité mencionar que había

presenciado el atraco.

Skip estaba allí, tan ocupado detrás de la barra con el local abarrotado al ser viernes por la noche, que no me molesté más que en saludarlo con la mano. El lugar estaba a reventar y había mucho ruido, como siempre ocurría los fines de semana, pero todo el mundo había querido ir allí, así que no tuve más remedio que aceptar.

Fran vivía en la Sesenta y Ocho, entre Columbus y Ámsterdam. La acompañé a casa y al llegar a la puerta, ella me dijo:

—Matt, has sido un encanto al acompañarme. La obra ha estado bien, ¿verdad?

—Ha estado bien.

—Y creo que Mary Margaret también. Matt, ¿te importaría mucho que no te invite a subir? Estoy rendida y mañana tengo que levantarme pronto.

—No pasa nada —dije—. Además, ahora que lo dices, yo también tengo que madrugar.

—¿Te toca hacer de detective?

Negué con la cabeza.

—De padre.

A la mañana siguiente, Anita subió a los niños al tren de Long Island y yo los recogí en la estación de Corona. Los llevé al Shea y vimos cómo los Mets perdían ante los Astros. Los niños se marcharían al campamento durante cuatro semanas en agosto y estaban muy ilusionados. Comimos perritos calientes, cacahuets y palomitas. Se tomaron unas Coca-Colas y yo un par de cervezas. Ese día había una oferta especial o algo así y a los chicos les regalaron gorras o unos banderines..., no me acuerdo.

Después, volvimos a la ciudad en metro y los llevé a ver una película. Tomamos una *pizza* en Broadway, después de ver la película, y cogimos un taxi para volver a mi hotel, donde había alquilado una habitación doble para ellos en una planta más abajo que la mía. Una hora más tarde fui a ver cómo estaban. Dormían. Volví a cerrarles la puerta con llave y me fui al Armstrong's. No me quedé mucho tiempo, tal vez una hora. Después regresé a mi hotel, comprobé una vez más cómo estaban los chicos y subí a mi habitación para meterme en la cama.

Por la mañana fuimos a tomar un buen desayuno: tortitas, beicon y salchichas. Los llevé al museo de los Indios Americanos en Washington Heights. Fue en esa zona donde unos años antes me había estado tomando unas copas al terminar mi turno cuando entraron dos tipos, atracaron el bar y mataron al camarero al huir.

Corrí tras ellos. Hay muchas cuevas en Washington Heights. Tuve que disparar mientras corría cuesta abajo. Los abatí a los dos, pero una de las balas rebotó y mató a una niña llamada Estrellita Rivera.

Esas cosas ocurren. Hubo una vista, siempre la hay cuando matas a alguien, y se concluyó que yo había actuado correctamente y que mis disparos habían estado justificados.

Un poco después, dejé el departamento.

No puedo decir que una cosa propiciara la otra. Lo único que puedo decir es que una cosa llevó a otra. Yo había sido el instrumento involuntario de la muerte de una niña y, después de aquello, algo cambió para mí. La vida que había vivido sin quejarme me dejó de gustar. Y supongo que ya había dejado de gustarme tiempo atrás. Supongo que la muerte de la niña precipitó

un cambio en mi vida que debía haber ocurrido mucho antes. De todos modos, no puedo decirlo con seguridad. Solo sé que una cosa llevó a la otra.

Tomamos el tren hasta Penn Station. Les dije a los niños lo maravilloso que había sido pasar algo de tiempo con ellos, y ellos me dijeron lo bien que se lo habían pasado. Los subí al tren, llamé por teléfono y le dije su madre en qué tren regresarían. Me dijo que los recogería, y luego, vacilante, mencionó que le vendría bien que les mandara dinero pronto. «Pronto», le aseguré.

Colgué y pensé en los diez mil dólares que Tim Pat estaba ofreciendo. Sacudí la cabeza, me imaginaba lo que sería tener ese dinero.

Aquella noche me impacienté y bajé al Village, donde fui parando de bar en bar y me tomé una copa en cada uno. Cogí el tren hasta West Fourth Street y empecé mi ruta en el McBell's. De ahí, continué hacia el este con Jimmy Day's, el 55, el Lion's Head, George Hertz's y el Corner Bistro. Me dije que únicamente estaba tomando unas copas, liberándome después de la presión de haber pasado un fin de semana con mis hijos, calmándome después de haber despertado viejos recuerdos con una visita a Washington Heights.

Pero me engañé a mí mismo. Porque lo que estaba haciendo era dar comienzo a una torpe investigación; estaba intentado toparme con una pista que me llevara hasta esos dos que habían atracado el Morrissey's.

Paré en un bar gay llamado Sinthia's. Kenny, el propietario, se ocupaba del local. Estaba sirviendo copas a hombres vestidos con Levi's y camisetas de *canalé* sin mangas. Kenny era delgado, esbelto, con el pelo teñido de rubio y una cara operada para hacerle parecer no mayor de veintiocho, que era, más o menos, la mitad de años que hacía que había pisado este mundo.

—¡Matthew! —gritó—. Ya os podéis relajar, chicas. La ley y el orden acaban de llegar a Grove Street.

Por supuesto, él no sabía nada del robo en el Morrissey's. Es más, ni siquiera sabía lo que era el Morrissey's; ningún gay tenía que salir del Village para encontrar un lugar donde tomarse una copa después de cerrar. Pero los atracadores perfectamente podrían haber sido gais. O a lo mejor no. De cualquier modo, podrían estar gastándose el botín en los garitos de los alrededores de Christopher Street. Además, así era como se investigaba: olfateabas por todas partes, contactabas con todas tus fuentes, hacías correr la voz y esperabas a ver si te devolvían algún tipo de información.

Pero ¿por qué lo estaba haciendo? ¿Por qué estaba malgastando mi tiempo?

No sé qué habría pasado, no sé si habría seguido dándole vueltas, o habría abandonado el asunto; si habría llegado a alguna parte o me habría alejado de las pistas. No parecía estar llegando a ningún lado, pero eso suele pasar, te vas moviendo sin ver ningún progreso hasta que de pronto tienes suerte. A lo mejor algo así habría sucedido. O a lo mejor no.

Sin embargo, sucedieron otras cosas que me hicieron olvidarme de Tim Pat Morrissey y de sus deseos de venganza.

Para empezar, alguien mató a la mujer de Tommy Tillary.

4

El martes por la noche, llevé a Fran a cenar al tailandés que tanto le gustaba a *Skip Devoe*. Después la acompañé a su casa y, de camino, paramos a tomar una copa en el Joel Farrell's. Delante de su edificio volvió a justificarse diciendo que tenía que madrugar; la dejé allí y me dirigí al Armstrong's, con una o dos paraditas de camino. No estaba de buen humor, y el tener el estómago lleno de comida extraña tampoco ayudaba mucho. Creo que le di al burbon un poco más de lo habitual y salí del bar sobre la una o las dos. Me puse de camino a casa, compré el *Daily News* y, vestido únicamente con mi ropa interior, me senté en el borde de la cama y ojeé un par de noticias.

En una de las páginas interiores leí que a una mujer de Brooklyn la habían asesinado en un robo. Estaba cansado, había bebido mucho, y el nombre de esa mujer no me resultó familiar.

Pero a la mañana siguiente, cuando me desperté, no podía sacarme una cosa de la cabeza; era mitad sueño, mitad recuerdo. Me senté, cogí el periódico y busqué la noticia.

Margaret Tillary, de cuarenta y siete años, había sido apuñalada hasta morir en el dormitorio situado en la planta de arriba de su casa en Colonial Road, en la zona de Bay Ridge, en Brooklyn, después de haber despertado mientras se estaba produciendo el robo. Su marido, el vendedor de valores Thomas J. Tillary, había empezado a preocuparse cuando su mujer no había respondido al teléfono el martes por la tarde. Llamó a un familiar que vivía cerca y que entró en la casa, donde lo encontró todo revuelto y a la mujer muerta.

«Este es un buen barrio», había declarado un vecino. «Aquí no pasan esta clase de cosas». Sin embargo, una fuente policial mencionaba que se había producido un notable aumento de robos en la zona en los últimos meses y otro vecino dejó caer que en el barrio existía la presencia de un «elemento negativo».

No es un nombre común. Hay una calle Tillary en Brooklyn, no lejos de la entrada al puente, pero no tengo ni idea de en honor a qué héroe de guerra o a qué esbirro le pusieron el nombre, como tampoco sé si sería pariente de Tommy. En el listín telefónico de Manhattan aparecen varios Tillery, con «e». Thomas Tillary, vendedor de valores, Brooklyn... Parecía que no podía ser otro más que Tommy *Teléfono*.

Me di una ducha, me afeité y salí a desayunar. Pensé en lo que había leído e intenté comprender cómo me sentía por la noticia. No me parecía real. A él no lo conocía bien, y a ella no la conocía en absoluto; nunca antes había oído su nombre, lo único que había sabido era que existía y que vivía en alguna parte de Brooklyn.

Me miré la mano izquierda, miré mi dedo anular. No había anillo, ni tampoco señal. Había

llevado una alianza de boda durante años, y me la había quitado cuando me marché de Syosset para mudarme a Manhattan. Durante meses había habido una marca ahí, donde antes había estado el anillo, pero entonces, un buen día, me di cuenta de que esa marca ya no estaba.

Tommy llevaba una alianza. Un anillo de oro, tal vez de menos de un dedo de ancho. Y también llevaba un anillo en la mano derecha, en el dedo meñique, como esos que llevan los adolescentes. Eso lo recordé mientras tomaba café en el Red Flame. Un anillo con una piedra azul en el meñique de su mano derecha, una alianza de oro amarillo en el anular de la izquierda.

No sabría decir cómo me sentí.

Esa misma tarde fui a la iglesia de San Pablo y encendí una vela por Margaret Tillary. Había descubierto las iglesias al dejar el servicio y, aunque no rezaba ni asistía a misa, entraba en ellas de vez en cuando y me sentaba en la silenciosa oscuridad. A veces encendía velas por la gente que acababa de morir, o por aquellos que ya lo habían hecho y que seguían en mi memoria. No sé por qué pensaba que era algo que tenía que hacer, como tampoco sé por qué me sentía obligado a echar una décima parte de cualquier dinero que recibiera en el cepillo de las limosnas de cualquier iglesia que visitaba.

Me senté en un banco de la última fila y medité sobre la muerte inesperada. Cuando salí de la iglesia, estaba cayendo una lluvia muy fina. Crucé la Novena Avenida y entré en el Armstrong's. Dennis estaba detrás de la barra. Pedí un burbon, me lo bebí de un trago, indiqué con un gesto que me sirvieran otro y dije que lo tomaría con café.

Mientras echaba el burbon en el café, me preguntó si había oído lo de Tillary. Le dije que había leído la noticia en el *News*.

—También dicen algo en el *Post* de esta tarde. Más de lo mismo. Ocurrió anteanoche. Eso es lo que se cree. Él no fue a casa a dormir, se fue directo al trabajo a la mañana siguiente y cuando llamó varias veces para disculparse y vio que no podía contactar con ella, se preocupó.

—¿Eso pone en el periódico?

—Más o menos. Fue anteanoche. Cuando vino, yo no estaba aquí. ¿Tú lo viste?

Intenté recordar.

—Creo que sí. Anteanoche... sí. Creo que estuvo aquí con Carolyn.

—¿La belleza sureña?

—La misma.

—Me pregunto cómo debe de estar sintiéndose ahora. —Utilizó el pulgar y el índice para peinarse las puntas de su ralo bigote—. Seguro que culpable porque su sueño se ha hecho realidad.

—¿Crees que la quería ver muerta?

—No lo sé. ¿No es la fantasía de toda chica que está liada con un casado? Mira, no estoy casado, ¡yo qué sé!

La historia desapareció de los periódicos durante los días siguientes. En el *News* del jueves pusieron una esquela: «Margaret Wayland Tillary, amada esposa de Thomas, madre del difunto James Alan Tillary, tía del señor Richard Paulsen». Esa noche fue el velatorio y el funeral se celebró la tarde del día siguiente en Walter B. Cooke's, entre la Cuarta y la Avenida Bay Ridge, en Brooklyn.

Esa noche Billie Keegan dijo:

—No he visto a Tillary desde que ocurrió. No estoy seguro de que vayamos a volverlo a ver. Se sirvió una copa de JJ&S, el Jameson de doce años que nunca había pedido nadie.

—Y puedes dar por seguro que ya no lo volveremos a ver con ella —añadió.

—¿Con la novia?

Él asintió.

—No debe de írseles de la cabeza que él estaba con ella mientras a su mujer la estaban apuñalando hasta morir en Brooklyn. Y que si él hubiera estado en casa, que era donde debería haber estado, tal vez ella no habría muerto. Cuando estás por ahí de juerga y te apetece echar un polvo y reírte un poco, lo último que necesitas es que alguien te recuerde que a tu mujer la mataron mientras que tú estabas por ahí con otra.

Pensé en lo que había dicho y asentí.

—El velatorio fue anoche —comenté.

—¿Ah, sí? ¿Fuiste?

Negué con la cabeza.

—No conozco a nadie que fuera.

Me marché antes de que cerraran. Me tomé una copa en el Polly's y otra en el Miss Kitty's. Skip estaba nervioso y se mostraba distante. Me senté en la barra e intenté ignorar al hombre que tenía a mi lado sin resultar demasiado antipático. Quería decirme que todos los problemas de la ciudad eran culpa del antiguo alcalde. Lo cierto era que yo estaba de acuerdo, pero no me apetecía escucharlo.

Me terminé la copa y fui hacia la puerta. A medio camino, Skip me llamó. Me giré y me hizo una señal con la mano.

Volví hacia la barra. Él dijo:

—Ahora no es buen momento, pero me gustaría hablar contigo pronto.

—¿Y eso?

—Necesito tu consejo. ¿Estarás en el Jimmy's mañana por la tarde?

—Puede —dije—, si no voy al funeral.

—¿Quién ha muerto?

—La mujer de Tillary.

—Ah, sí. ¿El funeral es mañana? ¿Has pensado en ir? No sabía que lo conocieras tanto.

—Y no lo conozco.

—Entonces, ¿por qué vas a ir? Bueno, olvídalo, no es asunto mío. Te buscaré en el Armstrong's sobre las dos, dos y media. Si no estás allí, ya te buscaré en otro momento.

Al día siguiente, cuando él llegó sobre las dos y media, yo estaba allí. Acababa de terminar de comer y estaba sentado tomándome una taza de café cuando Skip entró y recorrió el bar con la mirada desde la puerta. Me vio, vino hacia mí y se sentó.

—No has ido —dijo—. Bueno, hoy no es día para un funeral. Acabo de salir del gimnasio. Me estaba sintiendo como un estúpido sentado allí, en la sauna. ¿Si la ciudad entera es ya una sauna! ¿Qué estás tomando? ¿Uno de tus famosos cafés Kentucky?

—No, es café solo.

—Eso no sirve para nada. —Se volvió y le hizo una seña a la camarera—. Tráeme una Prior Dark —le dijo— y algo para que mi amigo le eche a su café.

Trajo una copa para mí y una cerveza para él. Él la vertió lentamente contra el borde de su vaso, lo observó, le dio un sorbo y lo puso sobre la mesa.

—Creo que tengo un problema —comenzó.

Yo no dije nada.

—Esto es confidencial, ¿vale?

—Claro.

—¿Sabes mucho sobre el negocio de los bares?

—Solamente desde el punto de vista de un cliente.

—Me gusta. Ya sabes que lo que importa es la pasta.

—Claro.

—En muchos sitios ya admiten tarjetas. Nosotros no. Cogemos únicamente dinero en metálico. O, si conocemos al cliente, podemos aceptar un cheque o apuntárselo en su cuenta. Pero se trata básicamente de un negocio que funciona con dinero en metálico. Diría que el noventa y cinco por ciento de nuestros ingresos se hace en metálico. De hecho, puede que sea más que eso.

—¿Y?

Sacó un cigarrillo y le dio unos golpecitos al extremo contra la uña de su pulgar.

—Odio hablar de esto —dijo.

—Pues no hables de ello.

Encendió el cigarro.

—Un cierto porcentaje del dinero son beneficios en bruto. No queda reflejado en ninguna parte, no se declara, es como si no existiera. El dólar que no declaras equivale realmente a dos porque no pagas impuestos por él. ¿Me sigues?

—No cuesta tanto seguirte, Skip.

—Todo el mundo lo hace, Matt. La tienda de golosinas, la tienda de prensa, todo el mundo que recibe dinero en metálico. ¡Por el amor de Dios! Es típicamente americano. ¡Hasta el presidente evadiría impuestos si pudiera!

—El último lo hizo.

—Ni me lo recuerdes. Ese gilipollas le dio mala fama al fraude fiscal —le dio una calada al cigarrillo—. Cuando abrimos, John llevaba las cuentas. Yo soy el que grita a la gente, el que contrata y despide a los camareros y él es el que hace las compras y el que lleva la contabilidad. A él le ha tocado la mejor parte.

—¿Y?

—Vale, iré al grano. ¡Joder! Desde el principio teníamos dos tipos de libros de cuentas, unos para nosotros y otros para Hacienda. —Su rostro se ensombreció y sacudió la cabeza—. Yo nunca lo he entendido. ¿Por qué no podemos tener nada más que unos? ¿Los que no registran los datos reales? Pero él dice que de ese modo no sabríamos realmente cómo marcha el negocio. ¿Tú le ves algún sentido? Si cuentas el dinero que tienes, ya sabes cómo te está yendo el negocio ¡No necesitas que te lo digan unos libros de cuentas! Pero, como él es el que entiende de estas cosas, pues siempre lo he aceptado.

Levantó el vaso y bebió un poco de cerveza.

—No están.

—¿Los libros?

—John viene los sábados por la mañana y echa las cuentas de la semana. El domingo pasado todo estaba bien. Pero antes de ayer va porque tiene que comprobar algo, busca los libros y resulta que no están por ninguna parte.

—¿Han desaparecido todos?

—Solamente los de color negro, los buenos —dio otro trago y se secó la boca con la palma de la mano—. Se pasó el día tomando Valium y volviéndose loco. Me lo contó ayer. Y yo me he estado volviendo loco desde entonces.

—¿Pero tan malo es, Skip?

—¡Mierda! Es muy malo. Podríamos ir a la cárcel.

—¿En serio?

Él asintió.

—Ahí está todo anotado desde que abrimos y hemos estado haciendo bastante pasta desde la primera semana. No sé por qué, es únicamente otro garito más, pero hemos atraído mucha clientela. Y también hemos estado robando a mano abierta. Si encuentran esos libros, estamos bien jodidos, ¿sabes? No podemos decir que se trata de ningún error, todo está anotado y bien claro. Hay unas cifras en unos libros y otras completamente distintas en los que entregamos cada año con la declaración de la renta. Ni siquiera podríamos inventarnos ninguna historia, lo único que podemos hacer es preguntarles directamente adónde nos van a mandar, si a la cárcel de Atlanta o a Leavenworth.

Nos quedamos en silencio un momento. Bebí un poco de café. Él encendió otro cigarrillo y echó el humo hacia el techo. La música sonaba desde la pletina. Eran instrumentos de viento.

Dije:

—¿Y qué quieres que haga?

—Que averigües quién se los ha llevado. Y que me los devuelvas.

—A lo mejor John se ha despistado y los ha puesto en otro sitio. Podría haber...

Estaba negando con la cabeza.

—Ayer por la tarde rebusqué por toda la oficina. La puse patas arriba. No están.

—¿Han desaparecido sin más? ¿No hay señales de que hayan forzado la cerradura? ¿Dónde los guardabais? ¿Bajo llave?

—Se supone que sí. A veces se ha olvidado y los ha dejado fuera, en un cajón del escritorio. Ya sabes, descuidos. Como nunca te ha pasado nada, pues no te fijas y no pones cuidado y, si encima tienes prisa, ni te molestas en dejar las cosas en su sitio. Él dice que los guardó con llave el sábado, pero al momento dice que a lo mejor se le pasó. Es algo casi mecánico, lo hace todos los sábados, así que ¿cómo puede estar seguro de si lo olvidó o no? Bueno, de todos modos, eso ya da igual, porque el caso es que no están. No.

—Entonces alguien los ha cogido.

—Eso es.

—Si los presentan ante la Hacienda Federal...

—Entonces estamos muertos. Punto. Nos pueden enterrar al ladito de... ¿cómo se llamaba?... de la mujer de Tillary. Así que al final no has ido al funeral.

—¿Falta alguna otra cosa?

—Creo que no.

—Entonces ha sido un robo muy concreto. Alguien entró, cogió los libros y se largó.

—Exacto.

Le di vueltas a la cabeza.

—Puede ser alguien que os guarde rencor, alguien a quien hayáis despedido, por ejemplo...

—Sí, yo también lo he pensado.

—Si van a los federales, lo sabrás cuando un par de tipos vestidos con traje aparezcan en el bar y se identifiquen. Se llevarán todos los libros de cuentas, investigarán vuestras cuentas bancarias y esas cosas.

—Continua, Matt. Me estás alegrando el día.

—Si no es alguien que os tenga manía, entonces será alguien que simplemente quiera sacarse algo de pasta.

—¿Vendiendo los libros?

—¡Ajá!

—¿Vendiéndonoslos a nosotros?

—Sois los clientes perfectos.

—También lo había pensado. Y Kasabian. «Espera», me dijo. «Espera y quien quiera que sea el que se los ha llevado llamará y entonces ya tendremos tiempo de preocuparnos. Pero mientras, espera a ver qué pasa». ¡Pero yo no puedo quedarme sentado esperando! ¿Te pueden detener bajo fianza por evadir impuestos?

—Claro.

—Entonces creo que cuando saliera podría huir. Podría abandonar el país. Viviría el resto de mi vida en Nepal vendiendo hachís a los jipis.

—Bueno, no adelantes acontecimientos.

—Ya. —Se quedó mirando su cigarrillo pensativo y lo apagó en los posos de la cerveza—. Odio cuando hacen esto —dijo—. Cuando los clientes te dejan los vasos con colillas flotando dentro. ¡Qué asco! —Me miró directamente a los ojos—. ¿Puedes ayudarme? Por supuesto, te pagaríamos.

—Pero es que ahora mismo no sé en qué podría ayudarte.

—Pues me toca esperar. Eso es lo que peor llevo. Esperar. En el instituto hacía atletismo. Los doscientos metros lisos. Entonces estaba más delgado. Fumaba mucho, fumo desde los trece, pero a esa edad puedes hacer lo que sea sin que te perjudique. A los chavales no les pasa nada, por eso se piensan que van a vivir eternamente. —Sacó otro cigarrillo, pero lo volvió a guardar—. Me encantaban las carreras, pero odiaba tener que estar esperando a que empezaran. Algunos chicos vomitaban. Yo nunca, aunque sí que tenía ganas muchas veces. Hacía pis y a los cinco minutos necesitaba mear otra vez. —Sacudió la cabeza al recordar—. Y me pasó lo mismo cuando estuve fuera y tenía que esperar a entrar en combate. Nunca me preocupó, y eso que había mucho por lo que preocuparse. Ahora lo pienso y esas cosas a las que antes no daba importancia sí que me preocupan y me perturban ahora.

—Lo entiendo.

—Pero lo de esperar era otra historia. Eso para mí siempre ha sido una tortura. —Apartó su silla—. ¿Qué te debo, Matt?

—¿Por qué? No he hecho nada.

—Por el consejo.

—Invítame a la copa —dije— y estamos en paz.

—Hecho —dijo y se levantó—. Pero puede que necesite tu ayuda en algún momento.

—Claro —respondí.

Antes de irse, se detuvo para hablar con Dennis. Yo seguí tomándome el café. Cuando terminé, una mujer sentada a dos mesas de mí había pagado su cuenta y se había dejado olvidado el periódico. Lo leí mientras me tomaba otra taza de café y una copita de burbon para endulzarlo.

El bar se estaba llenando con la típica clientela de la tarde cuando llamé a la camarera. Le di un dólar de propina y le dije que me apuntara la consumición en mi cuenta.

—El señor ya lo ha pagado.

La chica era nueva y no se sabía el nombre de Skip.

—No tenía por qué haber pagado —le dije—. De todos modos, yo me he tomado algo después de que él se fuera. Anótalo en mi cuenta, ¿vale?

—Hable con Dennis —dijo ella.

Antes de que pudiera decir algo, ya se había ido a tomar nota a otra mesa. Fui a la barra y le hice señas con el dedo para avisarlo.

—Dice que lo de mi mesa ya está pagado.

—Y así es. —Sonrió. Sonreía a menudo, como si todo lo que veía lo divirtiera—. Devoe ha pagado la cuenta.

—No sé por qué lo ha hecho. Pero aun así me he tomado algo cuando él se ha ido. Le he dicho a la chica que lo anote en mi cuenta y me ha dicho que hablara contigo. ¿Qué pasa? ¿Es que ya no tengo cuenta en este bar?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Siempre que quieras, pero resulta que ahora mismo no tienes ninguna porque el señor Devoe la ha liquidado.

—¿Y a cuánto ascendía?

—Creo que unos ochenta dólares. Pero si quieres, te lo calculo y te digo la cantidad exacta.

—No hace falta.

—Me ha dado cien dólares para saldar tu cuenta, para cobrarme las consumiciones de hoy, para una propina para Lyddie y otra para mí. Supongo que lo último que has tomado no está pagado, pero lo justo es que dé por hecho que sí lo está. —Y volvió a sonreír—. Así que no nos debes nada.

No se lo discutí. Si aprendí algo en el Departamento de Policía de Nueva York fue a aceptar todo lo que la gente me daba.

5

Volví a mi hotel. Pregunté si tenía correo o si me habían dejado algún mensaje. Nada. El recepcionista, un tipo negro y esbelto de Antigua y Barbuda, me dijo que no le importaba el calor, pero que echaba de menos la brisa del océano.

Fui arriba y me di una ducha. En mi habitación hacía calor. Había aire acondicionado, pero la bomba de frío debía de estar rota. Ventilaba, pero no enfriaba ni quitaba la humedad. Podía apagarlo y abrir la ventana, pero el aire de fuera era todavía peor. Me tumbé y me quedé dormido alrededor de una hora y, cuando desperté, necesité darme otra ducha.

Lo hice y después llamé a Fran. Su compañera de piso respondió. Le dije cómo me llamaba y esperé un buen rato hasta que Fran se puso al teléfono.

Le propuse salir a cenar y que, si luego nos apetecía, fuéramos a ver una película.

—Vaya, me temo que esta noche no puedo, Matt —dijo—. Tengo otros planes. ¿Qué tal otro día?

Colgué arrepintiéndome de haberla llamado. Me miré al espejo y, tras decidir que ya no necesitaba afeitarme, me vestí y salí de allí.

En la calle hacía calor, pero en un par de horas empezaría a refrescar un poco. Mientras tanto, había bares por todas partes y sus aires acondicionados funcionaban mejor que el mío.

Curiosamente no bebí demasiado. Estaba cabreado, de mal humor, y eso normalmente me hacía beber más deprisa. Pero me sentía nervioso y por eso no me quedé mucho rato en cada bar. Incluso en algunos simplemente entré y salí sin tomar nada.

En uno de ellos casi me meto en una pelea. En un garito de la Décima Avenida un borracho esquelético al que le faltaban dos dientes se chocó contra mí y me echó parte de su copa encima. Al parecer se ofendió por el modo en que había aceptado sus disculpas. Estaba buscando pelea y yo estaba dispuesto a hacerle el favor. Entonces uno de sus amigos lo agarró de los brazos por detrás y otro se metió entre los dos, yo me calmé y decidí salir de allí.

Caminé hacia el este por la Cincuenta y Siete. Un par de prostitutas negras estaban trabajando en la acera de enfrente del Holiday Inn. Me fijé en ellas más de lo que solía hacer. Una, cuyo rostro parecía una máscara de ébano, me desafió con la mirada. Sentí una oleada de furia, pero no sabía contra quién o contra qué estaba tan furioso.

Caminé hacia la Novena, me encontraba a media calle del Armstrong's. No me sorprendió ver a Fran. Era casi como si hubiera esperado encontrármela allí, sentada en una mesa. Estaba de

espaldas a mí y no se había dado cuenta de que yo había entrado.

Su mesa era para dos y su acompañante no era nadie que yo conociera. Él tenía el pelo rubio y parecía joven. Llevaba una camisa azul oscuro de manga corta con trabillas. Creo que se llama camisa «estilo safari». Estaba fumando en pipa y bebiendo cerveza. La bebida de ella era de color rojo y se la habían servido en un enorme vaso bajo.

Probablemente era un tequila Sunrise. Ese año estaba de moda.

Me giré hacia la barra y allí estaba Carolyn. Las mesas estaban llenas, pero la barra estaba medio vacía y, dado que era viernes por la noche, apenas había camareros atendiéndola. A la derecha de Carolyn, hacia la puerta, había una pareja de pie bebiendo cerveza y charlando sobre béisbol. A su izquierda, había tres taburetes vacíos.

Me senté en el central y pedí un burbon. Doble con agua. Billie lo sirvió mientras comentaba algo sobre el tiempo. Le di un sorbo y miré disimuladamente a Carolyn.

No parecía estar esperando ni a Tommy ni nadie, y tampoco parecía haber llegado hacía pocos minutos. Llevaba unos pantalones pirata amarillos y una camisa sin mangas color lima. Su pelo castaño claro enmarcaba su preciosa cara. Estaba bebiendo algo oscuro de un vaso bajo.

Al menos estaba claro que no era un tequila Sunrise.

Bebí un poco de burbon, miré a Fran, muy a mi pesar, y me sentí irritado por mi propia irritación. Había tenido dos citas con ella, no existía demasiada atracción mutua, ni tampoco existían ni esa magia ni esa química; simplemente habíamos compartido dos noches en las que la había dejado en su puerta. Y esa noche la había llamado, ella había dicho que tenía otros planes, y allí estaba, bebiéndose un tequila Sunrise con su otro plan.

¿De qué me servía cabrearme tanto por eso?

Pensé: *seguro que a él no le dice que mañana tiene que madrugar. Apuesto a que ese tío hoy no tendrá que darle las buenas noches en el descansillo.*

A mi derecha, una voz marcada con el suave acento de Piedmont, dijo:

—He olvidado tu nombre.

Yo alcé la vista.

—Creo que ya nos han presentado —dijo—, pero no recuerdo tu nombre.

—Soy Matthew Scudder —le respondí— y tienes razón, Tommy nos presentó. Tú eres Carolyn.

—Carolyn Cheatham. ¿Lo has visto?

—¿A Tommy? No, desde que ocurrió aquello.

—Yo tampoco. ¿Has ido al funeral?

—No. Lo he pensado, pero al final no.

—¿Y por qué tendrías que haber ido? No la habías visto nunca, ¿no?

—No.

—Yo tampoco. —Se rio. Pero en su risa no denotaba demasiado regocijo—. Qué raro, ¿verdad? Yo no la conocí. Habría ido esta tarde, pero no lo he hecho. —Se mordió el labio inferior—. Matt, ¿por qué no me invitas a una copa? O te invito yo, pero por lo menos ven a sentarte aquí a mi lado para que no tenga que gritar. Venga.

Estaba bebiendo Amaretto, un licor dulce de almendras que estaba tomando con hielo. Sabe como un postre, pero es casi tan fuerte como un güisqui.

—Me dijo que no fuera —continuó ella—. Al funeral. Ha sido en alguna parte de Brooklyn y

eso para mí es como si fuera un país extranjero. Brooklyn. Pero ha ido mucha gente de la oficina. Podría haberme pasado, haberme presentado con el resto de compañeros de trabajo, podría haber presentado mis respetos igual que el resto del mundo. Pero me dijo que no, que no estaría bien.

Sus brazos desnudos estaban ligeramente cubiertos de un vello dorado. Llevaba perfume; un aroma floral con un fondo de almizcle.

—Dijo que no estaría bien —repitió—. Dijo que se trataba de una cuestión de respeto hacia la fallecida. —Levantó su vaso y miró dentro de él.

»Respeto. ¿Qué le importa a él el respeto? ¿Qué sabe él de respeto por los muertos o por los vivos? Yo habría sido una más de los compañeros. Los dos trabajamos en Tannahill y, por lo que todo el mundo sabe, solamente somos amigos. ¡Por Dios! ¡Si eso es lo único que hemos sido desde que nos conocemos!

—Lo que tú digas.

—¡Mierda! —exclamó arrastrando la palabra hasta ponerle una o dos sílabas más—. No quiero decir que no me estuviera acostando con él. Eso no es lo que pretendo decir. Pero lo único que hacíamos era compartir risas y buenos ratos. Él estaba casado y volvía a casa con su mujercita la mayoría de las noches. —Dio un sorbo de Amaretto—. Y a mí me parecía bien que lo hiciera porque ¿qué mujer en su sano juicio querría amanecer al lado de Tommy Tillary? ¡Jesús, Matthew! ¿Qué he hecho con mi copa, tirarla o bebérmela?

Ambos estuvimos de acuerdo en que estaba bebiendo demasiado deprisa. Las bebidas dulces entraban sin que te dieras cuenta. Ella mantenía que la culpa la tenía aquel jodido Amaretto de Nueva York. No era como el burbon con el que había crecido. Con el burbon siempre sabías dónde estabas.

Le recordé que yo era bebedor de burbon y le agradó conocer ese dato. Hay alianzas que se han forjado partiendo de lazos menos fuertes y ella selló la nuestra dando un sorbo de mi vaso. Se lo ofrecí y ella puso su pequeña mano sobre la mía para sujetar el vaso mientras bebía con delicadeza.

—El burbon es pura mierda —dijo ella—. Ya sabes a lo que me refiero, ¿no?

—Pues yo pensaba que era la bebida de los caballeros.

—Es para un caballero al que le guste caer bajo. El güisqui escocés lleva chaleco y corbata, y va al instituto. El burbon es un madurito listo para sacar el animal que lleva dentro y preparado para dar un espectáculo desagradable y lamentable. El burbon es pasarte en vela una noche calurosa y que no te importe si estás sudando.

Pero nadie estaba sudando. Estábamos en su apartamento, sentados en su sofá en un salón situado unos treinta centímetros por debajo del nivel del suelo de la cocina y del de la entrada. Su edificio era un bloque de apartamentos de estilo *art decó* ubicado en la Cincuenta y Siete, unos edificios al este de la Novena. Una botella de Maker's Mark comprada en la tienda de al lado estaba encima de su mesita de café de hierro forjado y cristal. Tenía el aire acondicionado encendido; era más silencioso que el mío y, desde luego, más efectivo. Estábamos bebiendo copas sin hielo.

—Eras poli —dijo ella—. ¿No fue eso lo que él me dijo?

—Puede.

—¿Y ahora eres detective?

—En cierto modo.

—Pero al menos no eres un ladrón. ¿Te imaginas que esta noche me apuñala un ladrón? Él está conmigo y a ella la matan y entonces cuando él está con ella, me matan a mí. Aunque bueno, no creo que él esté ahora con ella, ¿verdad? Porque ahora ella está bajo tierra.

Su apartamento era pequeño, pero acogedor. El mobiliario era de líneas sencillas, las láminas de arte que colgaban de la pared de ladrillo estaban rodeadas de simples marcos de aluminio. Desde su ventana se podía ver una esquina del tejado cobre verdoso del Pare Vendôme a lo lejos.

—Si entrara un ladrón —dijo ella—, yo al menos tendría más oportunidades que ella.

—Porque yo estoy aquí para protegerte.

—*Mmm*. Mi héroe.

Nos besamos. Le alcé la barbilla y volvía a besarla mientras nos abrazábamos. Respiré su perfume, sentí su suavidad. Así nos quedamos durante un momento hasta que nos apartamos y, como si nos hubieran sincronizado, agarramos nuestras copas.

—Aunque estuviera sola —dijo, retomando la conversación con la misma facilidad con la que había retomado el trago—, podría protegerme.

—¿Es que eres cinturón negro de kárate o algo así?

—Cielo, más bien soy cinturón bordado, a juego con mi bolso. No, podría protegerme con esto que tengo aquí. Dame un segundo y te lo enseñaré.

Dos modernas mesitas de color negro mate flanqueaban el sofá. Se echó sobre mí para coger algo que había en el cajón de la mesa que estaba a mi lado. Estaba tumbada sobre mi regazo. Unos centímetros de piel dorada asomaban por los pantalones pirata amarillos y por debajo de su camisa verde. Le puse la mano sobre el trasero.

—¡Estate quieto, Matthew! Se me va a olvidar lo que estoy buscando.

—Vale.

—Aquí está. Mira.

Se sentó con una pistola en la mano. Tenía el mismo tono mate de las mesas. Era un revólver y parecía del calibre 32. Una pistola pequeña, completamente negra, con un cañón de tres centímetros.

—A lo mejor deberías apartar eso —le dije.

—Sé cómo utilizar un arma. Crecí en una casa llena de ellas. Rifles, escopetas, revólveres. Mi padre y mis hermanos cazaban. Codornices y faisanes. También algunos patos. Sé de armas.

—¿Está cargada?

—No serviría de mucho si no lo estuviera, ¿no? No puedo apuntar a un ladrón y gritar ¡*bang!* —dijo—. La cargó antes de dármela.

—¿Te la dio Tommy?

—Ajá. —Extendió el brazo y sostuvo el arma mientras miraba a su alrededor buscando a un ladrón imaginario—. *Bang* —dijo—. No me dejó balas, solamente el arma cargada. Así que si disparara a un ladrón, tendría que pedirle más balas al día siguiente.

—¿Y por qué te la dio?

—Está claro que no para que fuera a cazar patos. —Se rio—. Para protegerme. Le dije que a veces me ponía muy nerviosa, ya sabes, soy una chica que vive sola en esta ciudad y un día me la trajo. Me dijo que la había comprado para ella, para que se protegiera, pero que ella ni se

atrevería a cogerla. —Estalló en una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Es que eso es lo que dicen todos: «Mi mujer nunca cogería un arma». Como puedes ver, tengo una mente muy sucia, Matthew.

—No hay nada de malo en eso.

—Te dije que el burbon era una mierda. Saca lo peor de una persona. Podrías besarme.

—Podrías apartar esa pistola.

—¿Tienes algo en contra de besar a una mujer que tenga un arma en la mano? —Giró sobre el sofá hacia su izquierda, metió el revólver en el cajón y lo cerró—. Lo guardo en la mesilla de noche —explicó—. Así lo tengo a mano en caso de emergencia. Esto se convierte en cama.

—No te creo.

—¿Ah, no? ¿Quieres que te lo demuestre?

—Deberías...

Y así, acabamos haciendo lo que hacen dos adultos cuando se quedan solos. El sofá se convirtió en una cama de tamaño bastante aceptable y nos echamos sobre ella, con las luces apagadas y la habitación únicamente iluminada por dos velas metidas en dos botellas de vino forradas de paja. La música sonaba desde la FM. Su cuerpo era dulce, su boca se mostraba sedienta, su piel era perfecta. Produjo gran cantidad de sonidos ardientes y algún que otro habilidoso movimiento hasta que por fin gimió.

Después, hablamos y tomamos más burbon y al rato ella se quedó dormida. La cubrí con la sábana y con una manta de algodón. Yo también podría haberme dormido, pero decidí vestirme y marcharme a casa. Porque, ¿qué mujer en su sano juicio querría amanecer al lado de Matt Scudder?

De camino a casa, me detuve en el pequeño establecimiento sirio y le pedí al camarero que abriera dos botellas de Molson Ale.

Fui a mi habitación, me senté en la cama con los pies apoyados en el alféizar de la ventana y bebí de una de las botellas.

Pensé en Tillary. ¿Dónde estaría? ¿En la casa donde ella había muerto? ¿Se estaría quedando en casa de algún amigo o de algún familiar?

Me lo imaginé en las barras de los bares o en la cama de Carolyn mientras un ladrón estaba asesinando a su mujer y me pregunté qué pensaría él al respecto... Si es que acaso pensaba en ello.

Y de repente mis pensamientos se centraron en Anita, sola en Syosset con los niños. Temí por ella, la vi amenazada, aterrorizada ante el peligro. Sentí que se trataba de un miedo irracional y, tras un momento, pude comprender que esa sensación era algo que me había traído de casa de Carolyn Cheatham prendido de su aroma. Me la había traído conmigo y estaba cargando con la culpa de Tommy Tillary.

¡Al demonio con todo! No necesitaba el sentimiento de culpa de Tommy. Ya tenía suficiente con el mío propio.

6

Fue un fin de semana tranquilo. Hablé con mis hijos, aunque no vinieron. El sábado por la tarde me gané cien dólares por acompañar a uno de los chicos del anticuario desde el Armstrong's. Fuimos juntos en taxi hasta la calle Setenta y Cuatro Este, donde recogimos ropa y otras posesiones del apartamento de su examante. El exnovio tenía entre diez y veinte kilos de más, parecía estar amargado y tener muy mala leche.

—No me creo esto, Gerald —dijo él—. ¿De verdad has traído un guardaespaldas o es este tío mi sustituto para el verano? De cualquier modo, no sé si sentirme halagado o insultado.

—Seguro que te haces una idea —le dijo Gerald.

En el taxi de vuelta al West Side, Gerald dijo:

—La verdad es que sí que quiero a ese hijo de puta, Matthew, y que me jodan si puedo averiguar el porqué. Gracias por esto, Matthew. Podría haber alquilado a un matón por cinco dólares la hora, pero tu presencia ha sido importantísima. ¿Has visto lo dispuesto que estaba para recordar que la lámpara Handel era suya? ¡Y una mierda suya! Cuando lo conocí ni siquiera sabía quién era Handel; no sabía nada de las lámparas ni tampoco del compositor. Lo único que sabe hacer es negociar con la pasta,^[9] ya sabes, siempre está regateando. Es como si yo ahora intentara pagarte cincuenta dólares en lugar de los cien que habíamos acordado. Es broma, querido. No tengo ningún problema en pagarte los cien, es más, creo que te mereces cada centavo.

El domingo por la noche Bobby Ruslander me encontró en el Armstrong's. Me dijo que Skip me estaba buscando. Que estaba en el Miss Kitty's y, que si tenía un minuto, me pasara por allí. En aquel momento me venía bien y Bobby me acompañó.

Hacía un poco más de fresco; lo peor de la ola de calor había azotado durante el sábado y había caído un poco de lluvia que había refrescado las calles. Un camión de bomberos pasó por delante de nosotros mientras esperábamos a que cambiara el semáforo. Cuando el sonido de la sirena cesó, Bobby dijo:

—Menudo follón.

—¿Sí?

—Ya te contará.

Cuando cruzamos la calle, añadió:

—Jamás lo he visto así, ¿me entiendes? Arthur nunca pierde los nervios.

—Nadie más lo llama Arthur.

—Nadie lo ha llamado nunca así. Ni siquiera cuando éramos niños. Todo el mundo lo llama Skip, pero yo soy su mejor amigo y lo llamo por su verdadero nombre.

Cuando llegamos allí, Skip le lanzó a Bobby un paño y le pidió que ocupara su puesto.

—Como camarero da pena, pero al menos no roba mucho —comentó él.

—Eso es lo que tú te crees —le respondió Bobby.

Entramos en una habitación que había en la parte trasera y Skip cerró la puerta. Había un par de viejos escritorios, dos sillas giratorias y una silla con el respaldo recto; un perchero, un archivador y vieja caja fuerte Mosler, grande, más alta que yo.

—Ahí es donde deberían estar los libros —dijo él, señalando hacia la caja fuerte—. Pero John y yo somos demasiado listos como para haberlos guardado ahí. Si realizan una inspección, es el primer lugar donde van a mirar, ¿verdad? Así que ahí lo único que hay son cien dólares en metálico, algunos papeles sin importancia, el contrato de alquiler del local, el acuerdo de sociedad que firmamos los dos, sus papeles del divorcio y cosas así. Es genial. Hemos salvado toda esa mierda y hemos permitido que alguien se llevara lo que realmente importaba.

Encendió un cigarrillo.

—La caja fuerte ya estaba aquí cuando alquilamos el local —siguió diciendo— y nos salía más caro deshacernos de ella, así que la heredamos. Aquí podrías meter un cadáver, si tuvieras alguno rondando por ahí. Así nadie lo robaría. Ha llamado... ese cabrón que robó los libros.

—¿Sí?

Él asintió.

—Pide un rescate: «Tengo algo vuestro y podéis recuperarlo».

—¿Puso algún precio?

—No. Ha dicho que volverá a llamar.

—¿Reconociste la voz?

—Parecía fingida.

—¿Qué quieres decir?

—Como si no fuera su voz real. De todos modos, no la reconocí. —Entrelazó las manos y estiró los brazos para hacer crujir sus nudillos—. Se supone que tengo que sentarme y esperar a que llame.

—¿Cuándo te llamó?

—Hace unas horas. Estaba trabajando, me llamó aquí. Menudo comienzo de noche.

—Al menos se ha puesto en contacto con vosotros antes de mandar los libros directamente a la Hacienda Federal.

—Ya. Eso he pensado yo. Así tenemos la oportunidad de hacer algo. Si nos lanzara una moneda, lo único que podríamos hacer sería agacharnos y recogerla.

—¿Se lo has contado a tu socio?

—Aún no. He llamado a su casa, pero no estaba.

—Así que te limitas a esperar sentado.

—Eso es. ¿Qué coño he hecho quedándome de brazos cruzados? —Había un vaso en su escritorio con un líquido marrón. Le dio una última calada a su cigarro y lo echó dentro del vaso—. ¡Qué asco! —dijo—. No quiero verte hacer esto nunca, Matt. No fumas, ¿verdad?

—Muy de vez en cuando.

—¿Sí? ¿Puedes fumarte uno cada cierto tiempo sin engancharte? Conozco a un tío que consume

heroína así. Por cierto, tú también lo conoces. Pero estos pequeños cabrones —dijo mientras daba golpecitos sobre el paquete de cigarrillos— creo que son más adictivos que el caballo. ¿Quieres uno ahora?

—No, gracias.

Él se levantó.

—Los únicos a los que no me engancho son los que no me han gustado en un principio. Oye, gracias por venir. No se puede hacer otra cosa más que esperar, pero creo que quería mantenerte al tanto, contarte lo que estaba pasando.

—Está bien —le dije—, pero quiero que sepas que no me debes nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tienes que ir pagándome las cuenta de los bares.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Lo hice porque quise.

—Y te lo agradezco, pero no era necesario.

—Bueno, vale. —Se encogió de hombros—. Pero sí que podré pagarte una copa en mi propio bar, ¿no?

—Eso sí.

—Pues vamos —dijo—. Antes de que el jodido Ruslander me arruine el negocio.

Cada vez que iba al Armstrong's, me preguntaba si me encontraría con Carolyn y, cuando no lo hacía, me sentía más aliviado que decepcionado. Podría haberla llamado, pero sentía que no era, en absoluto, lo más apropiado. El viernes por la noche había ocurrido exactamente lo que los dos habíamos deseado, y me alegraba de ello. Además, me había ayudado para superar lo mal que me habían sentado las negativas de Fran y estaba empezando a dar la impresión de que lo que había sentido por ella no había sido más que un simple calentón. Supongo que media hora con una de las prostitutas de la calle me habría servido igualmente, aunque habría sido menos placentero.

Tampoco me encontré con Tommy y eso también fue un alivio y, de ningún modo, una decepción.

Entonces, el lunes por la mañana compré el *News* y leí que habían detenido a un par de jóvenes hispanos de Sunset Park por el robo y el asesinato de Tillary. El periódico mostraba la típica foto: dos jóvenes delgados, con el pelo revuelto, uno de ellos intentando ocultar su rostro de la cámara, el otro mostrando una sonrisa desafiante, y cada uno de ellos esposado a un irlandés trajeado y de gesto adusto. Había un texto a pie de foto que te decía quiénes eran los buenos, pero esa información sobraba.

Estaba en el Armstrong's aquella tarde cuando el teléfono sonó. Dennis dejó el vaso que estaba secando y contestó.

—Estaba aquí hace un minuto —dijo—. Iré a ver si ha salido. —Cubrió el micrófono del teléfono con su mano y me miró con aire burlón—. ¿Sigues aquí? —preguntó—. ¿O te has marchado sin que me diera cuenta?

—¿Quién quiere saberlo?

—Tommy Tillary.

Nunca sabes lo que una mujer decidirá contarle a un hombre, ni cómo un hombre reaccionará ante ello. Tampoco quería descubrirlo, pero si tenía que hacerlo prefería enterarme por teléfono antes que cara a cara. Asentí con la cabeza y Dennis me pasó el teléfono por encima de la barra.

Dije:

—Soy Matt Scudder, Tommy. Lo sentí mucho cuando me enteré de lo de tu mujer.

—Gracias, Matt. ¡Jesús! Parece como si hubiera pasado un año y hace solamente, ¿cuánto? ¿Algo más de una semana?

—Bueno, al menos han cogido a esos cabrones.

Hubo una pausa. Entonces, él dijo:

—¡Por Dios! No has visto el periódico, ¿verdad?

—Claro que sí. Han sido dos hispanos. Mostraban su fotografía.

—Supongo que has leído el *News* de esta mañana.

—Es lo que leo normalmente, ¿por qué?

—Pero no el *Post* de esta tarde.

—No. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Es que resulta que están limpios?

—Limpios... —dijo y bramó antes de continuar—: Me imaginé que lo sabrías. La poli vino esta mañana antes de que viera la historia en el *News*, así que ni siquiera sabía lo del arresto. ¡Mierda! Sería más fácil si ya lo supieras.

—No te sigo, Tommy.

—Me refiero a los dos *latin lovers*. ¿Conque limpios, eh? Mierda. Igual de limpios que el lavabo de hombres de la estación de metro de Times Square. ¡Así es como están de limpios! La poli registró su casa y encontraron pertenencias nuestras por todas partes. Las joyas que les había descrito, un estéreo cuyo número de serie era el mismo que el que yo les facilité, todo. ¡Y una mierda! De limpios nada, ¡por el amor de Dios!

—¿Entonces?

—Entonces han admitido el robo, pero no el asesinato.

—Los criminales siempre hacen eso, Tillary.

—Deja que termine, ¿vale? Reconocieron el robo, pero según ellos no fue realmente un robo. Resulta que yo les había dado todo.

—Y por eso fueron a recogerlo a mitad de la noche.

—Eso digo yo. Pero su versión es que tenían que hacer que pareciera un robo para que yo pudiera recibir dinero de mi seguro. Yo podría reclamarle una cantidad superior a la que ellos me habían robado y de ese modo todos salíamos ganando.

—¿A cuánto ascendía la suma real?

—Mierda, no lo sé. En su casa había el doble de cosas de las que yo anoté al rellenar el informe. Había cosas que eché en falta algunos días después de rellenar el informe y otras que ni siquiera sabía que hubieran desaparecido hasta que los polis las encontraron. Además, se llevaron cosas que el seguro no cubría. Por ejemplo, un abrigo de piel de Peg que siempre quisimos incluir en la póliza, aunque nunca llegamos a hacerlo. Y lo mismo pasa con algunas de sus joyas. Mi póliza era básica, no cubría muchas de las cosas que se llevaron. También robaron un juego de libras esterlinas, herencia de su tía, y juro que había olvidado que tuviéramos eso. Y eso tampoco

quedaba cubierto.

—Pues no parece un montaje para cobrar un seguro.

—No, claro que no. ¿Cómo demonios iba a serlo? De todos modos, lo importante es que, según ellos, la casa estaba vacía cuando entraron. Peg no estaba allí.

—¿Y?

—Y la versión es que entraron en casa, se lo llevaron todo y entonces yo llegué con Peg, la apuñalé seis veces, u ocho, ya no lo sé, y la dejé allí para que pareciera que había sucedido durante el robo.

—¿Y cómo han podido los ladrones testificar que tú apuñalaste a tu mujer?

—No han podido. Lo único que han dicho es que no fueron ellos, que ella no estaba en casa mientras estuvieron allí y que yo había pactado con ellos lo del robo. La pasma llegó a la otra conclusión.

—¿Y qué han hecho? ¿Te han detenido?

—No. Han venido al hotel donde estoy alojado. Era temprano, acababa de salir de la ducha. Solamente querían hablar, y al principio lo hice, pero luego empecé a darme cuenta de que estaban buscando algo con lo que acusarme. Así que dije que seguiría hablando solo en presencia de mi abogado, y lo llamé y él se dejó el desayuno en la mesa y vino corriendo. No me dejó decir ni una palabra.

—¿Entonces no te han liado para que contaras nada?

—No.

—Pero tampoco se han tragado tu historia, ¿no?

—No. Yo no les he dicho nada porque Kaplan no me ha dejado. No me han podido hacer nada porque aún no me han acusado, pero según Kaplan van a intentarlo. Me dijeron que no saliera de la ciudad. ¿Te lo puedes creer? Mi mujer está muerta, el titular del *Post* dice: «Marido interrogado por el robo con homicidio». ¿Qué creen que voy a hacer? ¿Irme a pescar unas jodidas truchas a Montana? «No salga de la ciudad». Cuando ves esa mierda en televisión, te crees que nadie puede hablar así en la vida real. Aunque seguro que es precisamente de la tele de donde se sacan esas frasecitas.

Esperé a que me dijera lo que quería de mí. Y no tuve que esperar mucho.

—Te he llamado porque —me explicó— Kaplan cree que deberíamos contratar a un detective. Él cree que a lo mejor estos tipos comentaron algo en su vecindario, que tal vez estuvieron jactándose del crimen delante de sus amigos y que puede que haya algún modo de demostrar que ellos cometieron el asesinato. Dice que la poli no se parará a investigar eso si ahora quieren volcarse en involucrarme a mí.

Le expliqué que yo no tenía ningún tipo de permiso oficial, que no tenía licencia y que no podía rellenar informes.

—No hay problema —insistió—. Le he dicho a Kaplan que lo que quiero es alguien en quien pueda confiar. Matt, no creo que puedan acusarme porque tengo coartada y no podría haber estado donde tendría que haber estado si hubiera hecho lo que ellos dicen que hice. Pero cuanto más se alargue todo este proceso, peor será para mí. Quiero que se aclare, quiero ver en los periódicos que esos cabrones hispanos fueron los autores de todo y que yo no tuve nada que ver. Quiero ver eso escrito y lo quiero por mí, pero también por la gente con la que hago negocios, por mis familiares y por los de Peg y por todas las maravillosas personas que me han votado. ¿Recuerdas

aquel concurso, *Amateur Tour*? «Quiero dar las gracias a mamá, a papá, a la tía Edith y a mi profesora de piano, la señorita Pelton y a todas las maravillosas personas que me han votado». Escucha, nos reuniremos con Kaplan en su oficina, escucharás lo que el hombre tiene que decir, me harás un favor grandísimo y además te llevarás unos dólares. ¿Qué me dices, Matt?

Él quería alguien en quien poder confiar. ¿Le habría contado Carolyn de Carolina lo mucho que se podía confiar en mí?

¿Cuál fue mi respuesta? Dije que sí.

7

Tomé el tren hasta Brooklyn. Fue solamente una parada. Me reuní con Tommy Tillary en la oficina de Drew Kaplan en Court Street, a unas calles del Ayuntamiento de Brooklyn. Al lado había un restaurante libanés. En la esquina, una tienda especializada en artículos de Oriente Medio lindaba con un anticuario repleto de mobiliario de madera de roble lavada, de lámparas de bronce y de camas. Delante del edificio de Kaplan había un hombre negro sin piernas sobre una plataforma de ruedas. Junto a él tenía una caja de puros abierta que contenía un par de billetes de un dólar y muchas monedas. Llevaba unas gafas de sol con montura de carey y delante de él había un letrero escrito a mano que decía: «Que no os engañen las gafas de sol. Solamente me faltan las piernas, no estoy ciego».

La oficina de Kaplan estaba revestida de madera y tenía sillas de piel y archivadores de roble que bien podrían haber salido de la tienda de la esquina. Su nombre y los nombres de dos socios estaban pintados sobre el cristal de la puerta de la entrada con un estilo de letra antiguo en dorado y negro. Los diplomas enmarcados que colgaban de la pared de su despacho mostraban que había conseguido su licenciatura en Adelphi y su especialidad en la Facultad de Derecho de Brooklyn. Sobre la mesa victoriana de roble había fotografías de su esposa y de sus hijos pequeños. Un clavo de ferrocarril de bronce servía como pisapapeles. Y de la pared que había junto al escritorio colgaba un reloj de péndulo que iba marcando la tarde. Con su traje fino de raya diplomática gris y su corbata amarilla de lunares, se le veía a la moda, aunque guardando un toque conservador. Debía de tener treinta y pocos años y las fechas de sus diplomas parecían confirmarlo. Era más bajo que yo y, por supuesto, mucho más bajo que Tommy. Era esbelto, estaba cuidadosamente afeitado, tenía el pelo y los ojos oscuros y una sonrisa ligeramente torcida. Su apretón de manos era medianamente firme y su mirada directa, aunque calculadora.

Tommy llevaba su bléiser color burdeos, pantalones de franela grises y unos mocasines blancos. La tensión se apreciaba en el contorno de sus ojos azules y de su boca. Su tez se veía cetrina, como si el nerviosismo hubiera hecho que la sangre no le llegara a la piel.

—Lo que queremos que hagas —dijo Drew Kaplan— es que encuentres una llave en uno de los bolsillos de sus pantalones, en los de Herrera o en los de Cruz. Esa llave pertenece a una de las consignas que hay en Penn Station donde se encuentra un cuchillo de treinta centímetros con las huellas de los dos y la sangre de ella.

—¿De eso se trata?

Él sonrió.

—Digamos que no hay nada que perder. La situación no es tan mala. Lo que ellos tienen es un

testimonio dudoso de un par de latinos que han estado metiéndose en líos desde que salieron de su país. Aunque también tienen lo que ellos creen que es un buen motivo por parte de Tommy.

—¿Y eso es?

Estaba mirando a Tommy cuando pregunté. Apartó la mirada.

Kaplan dijo:

—Un triángulo marital y un fuerte motivo económico. Margaret Tillary recibió algo de dinero la primavera pasada tras la muerte de su tía. Aún no se ha designado albacea, pero la cuantía sobrepasa el medio millón de dólares.

—Pero se quedará en menos cuando estos le metan mano —dijo Tommy—. En mucho menos.

—Y además está el seguro. Tommy y su mujer tenían cada uno un seguro de vida y se habían nombrado beneficiarios el uno al otro. Ambos tenían cláusulas de doble indemnización por un valor de... —Consultó un papel que tenía sobre la mesa—. Ciento cincuenta mil dólares que, al duplicarse por muerte accidental, se convierten en trescientos mil dólares. En este punto tenemos unos siete u ochocientos mil motivos para cometer un asesinato.

—Así se habla —dijo Tommy.

—Y, además, Tommy anda un poco mal de dinero. Este año no le ha ido bien en las apuestas y están empezando a presionarlo un poco.

—Pero eso no significa nada —terció Tommy.

—Estoy exponiendo lo que diría la poli, ¿de acuerdo? Debe dinero por la ciudad, tiene dos pagos atrasados del Buick. Y por si fuera poco se está tirando a esa chica de la oficina, va de bar en bar con ella y muchas noches no vuelve a casa...

—Rara vez, Drew. Casi siempre volvía a dormir a casa y si no me daba lugar a meterme en la cama, al menos pasaba para darme una ducha y desayunar con Peg.

—¿Y qué desayunabas? ¿Dexamyl^[10]?

—Pues a veces sí. Tenía una oficina a la que ir, un trabajo que hacer.

Kaplan se sentó en el borde de su escritorio y cruzó las piernas por encima del tobillo.

—Para ellos todo esto servirá como motivo —dijo—. Pero se les pasan un par de detalles. Uno es que él amaba a su esposa y ¿cuántos maridos engañan? ¿Qué es lo que dicen? El noventa y nueve por ciento admiten que engañan y, ¿el uno por ciento miente? Y dos, tiene deudas pendientes, pero no es ningún muerto de hambre. Es un tío que gana mucha pasta a lo largo del año, pero que despilfarra y que durante años ha estado un mes forrado y corto de dinero al siguiente.

—Acabas acostumbrándote —dijo Tommy.

—Además, las cifras parecen una fortuna, pero son bastante comunes. Medio millón es sustancioso, pero como Tommy ha dicho, después de que le apliquen impuestos se reducirá bastante y parte de ello es el título de propiedad de la casa que ha estado ocupando durante años. Un seguro de ciento cincuenta mil dólares para un cabeza de familia no es tan elevado y es bastante común que el de la esposa tenga la misma cobertura. Hay un montón de compañías de seguros que redactan pólizas de ese tipo. Hacen que parezca bastante lógico y por eso no te fijas en el hecho de que tú realmente no necesitas recibir tanta cobertura de una persona de la que no dependes económicamente. —Extendió las manos—. De todos modos, las pólizas se firmaron hace unos diez años. No se trata de un seguro que haya firmado la semana pasada.

Se levantó y fue hacia la ventana. Tommy había cogido el clavo del escritorio y estaba jugando

con él, golpeándolo contra la palma de su mano y, consciente o inconscientemente, marcaba el ritmo del péndulo del reloj.

Kaplan dijo:

—Uno de los asesinos, Ángel Herrera, porque supongo que él lo pronuncia a la española, hizo algunos trabajos en la casa de los Tillary en marzo o abril. Limpió, retiró trastos del sótano y del ático; en general, distintos trabajos pesados para sacarse algo de dinero por horas. Según Herrera, por eso Tommy lo conocía y por eso contactó con él para fingir el robo. Y también por eso él y su colega Cruz conocían la casa, lo que había dentro y cómo acceder a ella.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Hicieron un pequeño agujero en la puerta lateral, metieron la mano y abrieron la puerta. Según ellos, Tommy la dejó abierta para que pudieran entrar y debió de romper el cristal después. También dicen que lo dejaron todo relativamente ordenado.

—Pero parecía que hubiera pasado un ciclón por allí —dijo Tommy—. Tuve que ir y me puse enfermo al verlo todo.

—Dicen que todo aquello lo hizo Tommy al matar a su mujer. Pero si te fijas bien nada de eso tiene sentido. Las horas que han dado no concuerdan. Ellos entraron a media noche y el médico dice que la muerte se produjo entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana. Él trabajó hasta las cinco, fue a cenar con su amiga y estuvo con ella en muchos sitios públicos a lo largo de la noche. —El abogado miró a su cliente—. Tenemos suerte de que la discreción no sea lo suyo. Su coartada sería mucho más pobre si se hubiera pasado todo el tiempo en el apartamento de ella con las persianas bajadas.

—Era discreto en lo que respectaba a Peg —dijo Tommy—. En Brooklyn yo era un padre de familia. Y lo que hacía en la ciudad nunca le hizo daño.

—Después de la medianoche es más difícil explicar qué estuvo haciendo —siguió Kaplan—. La única justificación para esas horas es la novia, porque estuvieron en su apartamento un rato con las persianas bajadas.

No hubiera hecho falta que bajaras las persianas, pensé yo. Nadie puede ver desde fuera.

—Además, hay un momento en el que ella no puede dar cuenta de lo que él hizo.

—Se quedó dormida, pero yo no pude —dijo Tommy—, así que me vestí y salí a tomarme unas copas. Pero no tardé mucho y se despertó cuando volví. Si hubiera tenido un helicóptero a lo mejor me habría dado tiempo a llegar a Bay Ridge y a volver en ese rato. Pero eso no se puede hacer con un Buick.

—La cuestión es —dijo Kaplan— que incluso suponiendo que le hubiera dado tiempo, o no teniendo en cuenta la coartada de la novia, sino únicamente la del rato en el que pudieron verlo testigos imparciales, ¿cómo podría haberlo hecho? Supongamos que llega a casa después de la visita de los hispanos y antes de las cuatro de la madrugada, que fue lo más tarde que se pudo cometer el asesinato. ¿Dónde estuvo ella todo ese rato? Según Cruz y Herrera, no había nadie más en la casa. ¿Dónde la encontró para matarla? ¿Qué hizo? ¿Llevarla en la furgoneta durante toda la noche?

—Supongamos que la mató antes de que ellos llegaran —propuse yo.

—Voy a contratar a este tío —comentó Tommy—. Mi intuición me lo dice, ¿me entiendes?

—Eso no puede ser —dijo Kaplan—. En primer lugar no concuerdan los tiempos. Su coartada es firme desde antes de las ocho hasta pasada la medianoche, mientras se lo vio en público con la

chica. El forense dice que no hay duda de que a las diez estaba viva y que, como muy pronto, la tendrían que haber matado algo después de esa hora. Además, aunque no tengamos en cuenta las horas sigue habiendo algo que no encaja. ¿Cómo pudieron entrar, robar en toda la casa y no darse cuenta de que había una mujer muerta en la habitación? Estuvieron en esa habitación, tenían en su posesión varios objetos robados sacados de ese dormitorio, creo que han encontrado huellas allí. La policía encontró el cuerpo de Margaret Tillary en aquella habitación y un cadáver allí tirado no les habría pasado desapercibido.

—A lo mejor el cuerpo estaba escondido. —Pensé en la enorme caja de seguridad de Skip—. Metido en un armario en el que no buscaron.

Él negó con la cabeza.

—La causa de la muerte fue un apuñalamiento. Había mucha sangre y estaba por todas partes. La cama estaba empapada y también la alfombra del dormitorio. —Ambos evitamos mirar a Tommy—. No la mataron en ningún otro sitio —concluyó—. La mataron allí mismo y si no fue Herrera entonces fue Cruz, pero, de cualquier modo, el que seguro que no la asesinó fue Tommy.

Intenté buscar algún punto débil a su teoría, pero no encontré ninguno.

—Entonces no entiendo por qué me necesitáis —dije—. La acusación contra Tommy no parece nada sólida.

—Tanto que no hay acusación.

—Entonces...

—La cuestión es que si te llevan ante un tribunal por una cosa así, aunque al final ganes, de todos modos has perdido. Porque por el resto de tu vida lo que todo el mundo recordará de ti es que te llevaron a juicio por el asesinato de tu mujer. Y no importa si saliste absuelto. Mucha gente se imaginaría que algún abogado judío había comprado al juez o al jurado.

—Y si contrato a un abogado de Guinea —dijo Tommy—, se pensarán que ha amenazado al juez y que le ha dado una paliza a los miembros del jurado.

—Además —añadió Kaplan—, nunca se sabe cómo va a reaccionar un jurado. Recuerda que la coartada de Tommy es que estaba con otra mujer mientras se cometió el robo. Tal vez podrían dar como válido el testimonio de la mujer, pero ¿has visto el *Post*? El jurado decidirá que la coartada no es válida porque tu novia está mintiendo por ti y a la vez dirán que eres un cabrón por haber estado tirándotela mientras asesinaban a tu mujer.

—Venga sigue —dijo Tommy—, que tal como lo estás exponiendo, al final yo mismo me voy a ver culpable.

—Y también le costaría ganarse la comprensión del jurado. Es un tío grande y guapo, se viste con estilo y si lo vieras en un garito te encantaría, pero ¿hasta qué punto te caería bien viéndolo sentado en un tribunal? Se dedica a la venta telefónica de valores, lo cual es perfectamente respetable. Te llama y te aconseja sobre cómo invertir tu dinero. Hasta ahí, muy bien. Pero eso significa que todo payaso que haya perdido cien dólares de sus inversiones porque lo hayan aconsejado mal o que se haya suscrito a una revista por teléfono, entrará en esa sala con deseos de venganza. Por eso no quiero que tenga que comparecer ante un tribunal. Ganaré en un juicio, eso lo sé, o, en el peor de los casos, ganaría en la apelación, pero ¿quién quiere que lleguemos a eso? Lo que yo quiero es que se aclare todo para que ni siquiera tengan la oportunidad de presentar una acusación y de llevarlo ante el juez.

—Y queréis que yo...

—Que averigües todo lo que puedas, Matt. Cualquier cosa que desacredite a Cruz y a Herrera. No sé qué se podrá encontrar. Ojalá pudieras encontrar sangre en su ropa o algo parecido. El caso es que no sé qué se puede encontrar, pero tú fuiste poli y puedes ir olfateando por las calles y por los bares. ¿Conoces Brooklyn?

—Algo. He trabajado por aquí alguna que otra vez.

—Entonces sabrás por dónde ir.

—Lo suficiente. Pero ¿no os iría mejor contratar a alguien que hablara español? Sé lo justo para pedir una cerveza, pero mi español no es ni mucho menos fluido.

—Tommy dice que quiere a alguien en quien pueda confiar y fue muy claro al decir que te llamaría a ti. Creo que tiene razón. Es mucho más importante el hecho de que lo conozcas personalmente a que sepas decir: «*Me llamo Mateo*» y «¿*Cómo está usted?*»^[11]».

—Eso es verdad —dijo Tommy Tillary—. Matt, sé que puedo contar contigo y eso vale mucho.

Yo quise decirle que con lo único que podía contar era con los dedos de su mano, pero ¿por qué iba a hacer eso y quedarme sin mis honorarios? Su dinero era tan bueno como el de cualquier otro. No estaba seguro de si me gustaba esa persona, pero en el fondo me alegraba que no me gustaran las personas para las que trabajaba. De ese modo no me sentía tan mal si no les daba demasiada importancia.

Y lo cierto era que no entendía cómo iba a darle importancia al asunto de Tommy. La acusación contra él parecía no tener demasiado fundamento y se desmoronaría incluso sin mi ayuda. Me preguntaba si Kaplan únicamente quería darle algo de movimiento al tema para justificar un aumento de sus honorarios por si acaso su trabajo se daba por concluido en cuestión de una semana. Era posible, pero de todos modos, no era problema mío.

Dije que me alegraría poder ayudar. Dije que esperaba poder encontrar algo útil.

Tommy dijo que estaba seguro de que podía hacerlo.

Drew Kaplan dijo:

—Ahora querrás que te demos una cantidad fija para mantener tus servicios. Supongo que eso servirá como un anticipo, junto a pluses por gastos diarios. O, ¿es que cobras por horas? ¿Por qué estás negando con la cabeza?

—No tengo licencia —dije.

—Eso no es ningún problema. Podemos registrarte en nuestros libros de cuentas como asesor.

—Pero es que no quiero quedar reflejado en los libros. No llevo la cuenta ni del tiempo invertido ni de los gastos. Eso lo pago de mi propio bolsillo. Yo cobro en metálico.

—Y, ¿cómo fijas tus tarifas?

—Pienso una cifra. Si cuando he terminado mi trabajo, creo que debería cobrar algo más, lo digo. Si no estáis de acuerdo, no tenéis que pagarme. No voy a llevar a nadie a los tribunales.

—Parece una forma poco coherente de hacer negocios —dijo Kaplan.

—No es un negocio. Yo hago favores para amigos.

—Y recibes dinero de ellos.

—¿Hay algo malo en recibir dinero a cambio de un favor?

—No lo creo. —Se quedó pensativo—. ¿Y cuánto esperas por este favor?

—No sé cuánto va a suponer este trabajo —dije—. Digamos que hoy os pido mil quinientos dólares. Si la cosa se alarga y considero que merezco más, os lo diré.

—Mil quinientos. Y, por supuesto, Tommy no sabe exactamente lo que él va a recibir a cambio.

—No —dije—. Y yo tampoco.

Kaplan entrecerró los ojos.

—Es una tarifa bastante alta para empezar. Había pensado que, en un principio, la tercera parte de esa cantidad sería suficiente.

Pensé en mi amigo, el que se dedicaba a la compraventa de antigüedades. ¿Sabía yo regatear? Evidentemente, Kaplan sí.

—No es tanto —dije—. Es un porcentaje del dinero del seguro y esa es una de las razones por las que queréis contratar a un detective, ¿no? La compañía no entregará el dinero hasta que Tommy no esté libre de acusaciones.

Kaplan parecía ligeramente perplejo.

—Eso es verdad —admitió—, pero no sé si esa es la razón por la que te contratamos. La compañía pagará tarde o temprano. No creo que tu tarifa sea tan alta, es solo que me parecía una suma desproporcionada para pagarla por adelantado y...

—No discutas la tarifa —interpuso Tommy—. A mí me parece bien, Matt. Pero ahora ando un poco corto y además solamente llevo quince centavos en metálico...

—A lo mejor tu abogado te los puede dar —sugerí.

Kaplan pensó que eso estaba algo fuera de lugar. Salí del despacho mientras ellos hablaban. La recepcionista estaba leyendo la revista *Fate*. Un par de grabados tintados a mano y rodeados de marcos antiguos representaban imágenes del centro de Brooklyn en el siglo XIX. Estaba mirándolos cuando la puerta de Kaplan se abrió y él me hizo una señal para que entrara.

—Tommy va a solicitar un crédito a la espera del dinero del seguro y del patrimonio de su esposa —dijo—. Mientras tanto, yo puedo darte los mil quinientos. Espero que no tengas inconveniente en firmar un recibo.

—Ninguno —respondí. Conté los billetes, doce de cien y seis de cincuenta. Todo el mundo parece tener dinero en metálico, incluso los abogados.

Redactó un recibo y lo firmé. Se disculpó por el modo en que se había comportado al tratar el asunto de la tarifa.

—A los abogados se nos enseña a ser unos seres humanos muy ortodoxos —dijo—. A veces me cuesta reaccionar cuando me encuentro frente a una situación que se sale del procedimiento habitual. Espero no haberte ofendido.

—Para nada.

—Me alegro. No espero informes escritos ni que me tengas al corriente de todos y cada uno de tus movimientos, pero ¿me llamarás para contarme cómo vas progresando y si has encontrado algo? Y por favor, prefiero que me digas demasiado a que me digas demasiado poco. Cuesta diferenciar qué resultará más útil.

—Lo sé.

—Seguro que sí. —Me acompañó a la puerta—. Y por cierto, tu tarifa es únicamente un uno y medio por ciento del dinero del seguro. Creo que mencioné que la póliza tenía una cláusula de indemnización doble y el asesinato se considera muerte accidental.

—Lo sé —dije—. Siempre me he preguntado por qué.

8

El Distrito 68 se encuentra en la calle Sesenta y Cinco, entre la Tercera y la Cuarta Avenida, extendiéndose hacia el límite de Bay Ridge y Sunset Park. En el lado sur de la calle emergía un complejo de viviendas subvencionadas; al otro lado, la comisaría parecía sacada del período cubista de Picasso; cubos salientes y zonas empotradas. La estructura me recordaba a un edificio del East Harlem y más tarde supe que los había diseñado el mismo arquitecto.

El edificio tenía seis años por aquel entonces, según indicaba la placa de la entrada, donde también aparecían los nombres del arquitecto, del jefe de policía, del alcalde y de algunos otros personajes ilustres en un intento de plasmar una inmortalidad municipal. Me quedé allí y leí la placa como si guardara un mensaje especial para mí. Después me dirigí al mostrador de recepción y dije que quería ver al detective Calvin Neumann. El oficial hizo una llamada y me indicó que entrara en la sala de reunión de la brigada.

El interior del edificio era limpio, espacioso y bien iluminado. Aunque ya llevaba demasiados años abierto como para empezar a aparentar lo que realmente era.

La sala en la que entré contenía una hilera de archivadores de metal gris, una fila de consignas de metal y filas dobles de escritorios de acero de metro y medio. Junto al dispensador de agua, un hombre trajeado hablaba con otro hombre en camisa. En el calabozo había un borracho que cantaba algo carente de melodía, en español.

Reconocí a uno de los detectives que estaban sentados, pero no podía recordar su nombre. Él no levantó la vista. Al otro lado de la sala, otro hombre me resultaba familiar. Me dirigí hacia un hombre al que no conocía y él me señaló a Neumann, que se encontraba dos escritorios hacia el otro lado.

Estaba rellenando un informe y me quedé allí hasta que terminó lo que estaba mecanografiando. Alzó la mirada y dijo:

—¿Scudder? —Me indicó que me sentara. Se giró sobre su silla para mirarme a la cara y señaló hacia la máquina de escribir.

»Esto no te lo dicen. No te dicen las horas que te tienes que tirar pasando a máquina semejante cantidad de estupideces. Nadie se da cuenta de que gran parte de este trabajo consiste en labores de oficina.

—Esa parte es la que cuesta menos echar de menos.

—Yo no creo que la echara nada de menos. —Bostezó exageradamente—. Eddie Koehler te dio unas calificaciones muy altas. Lo llamé, como me sugeriste. Me dijo que eres bueno.

—¿Conoces a Eddie?

Negó con la cabeza.

—Pero sé la clase de teniente que es —dijo—. No tengo mucho que ofrecer, pero te contaré lo poco que sé con mucho gusto. Puede que no obtengas la misma colaboración del Departamento de Homicidios de Brooklyn.

—¿Y por qué?

—Nos quitaron el caso. El aviso lo pasaron al 104, lo cual fue un error, porque nos debería haber llegado a nosotros. Sin embargo, estas cosas suceden mucho. Los de Homicidios de Brooklyn lo recibieron y les quitaron el caso a los chicos del distrito.

—¿Y cuándo conseguiste la información?

—Cuando uno de mis soplones favoritos oyó muchas cosas en algunos bares y panaderías de la Tercera Avenida, justo debajo de la autopista. Un bonito abrigo de visón a un buen precio, pero tienes que guardar esto en secreto porque la cosa está que arde. Bien, julio es una época bastante rara para vender abrigos de piel en Sunset Park. Un tío compra un abrigo para su *señora*^[12] y quiere que ella se lo pueda poner esa misma noche. Así que mi chico viene y me cuenta que tiene la impresión de que Miguelito Cruz tiene una casa llena de cosas que quiere vender y de las que no tiene comprobantes de venta. Entre el visón y algunos otros artículos que mencionó se me vino a la cabeza el caso Tillary en Colonial Road y fue suficiente para pedir al juez una orden de registro.

Se pasó la mano por el pelo. Era medio castaño, aclarado en algunas zonas por el sol, y lo llevaba algo enmarañado. En aquella época, los policías estaban empezando a llevar el pelo un poco más largo y los más jóvenes estaban empezando a dejarse barba y bigote. Neumann, sin embargo, estaba perfectamente afeitado y sus rasgos eran bastante armoniosos a excepción de una nariz rota que no le habían arreglado muy bien.

—El equipo estuvo en la casa de Cruz —dijo—. Vive en la calle Cincuenta y Uno, al otro lado de la autopista Gowanus. Si la quieres, tengo la dirección por algún lado. Es una zona bastante marginal cerca de la Bush Terminal, si es que sabes dónde está eso. Hay muchos solares vacíos y edificios clausurados con tablas y otros en los que nadie se molestaría en entrar porque si lo haces te puedes encontrar a un grupo de yonquis acampados allí. El edificio de Cruz, sin embargo, no está tan mal. Lo verás si vas.

—¿Vive solo?

Negó con la cabeza.

—Con su *abuela*^[13]. Es una señora mayor, no habla inglés y yo creo que debería estar en un asilo. A lo mejor la llevan al Marien-Heim que está justo allí, en el barrio. La pobre anciana viene desde Puerto Rico y antes de que pueda hablar inglés ya se ve metida en un asilo con nombre alemán. «Estamos en Nueva York, ¿verdad?»

—¿Encontrasteis las posesiones de Tillary en el apartamento de Cruz?

—Claro. De eso no hay duda. Los números de serie coincidían con el vídeo. Intentó negarlo. Ya sabes: «He comprado esto en la calle, me lo vendió un tío que conocí en un bar. No sé cómo se llama». Le dijimos: «Claro que sí, Miguelito, pero a una mujer la rajaron en la casa de donde ha salido esto, así que todo apunta a que se te va a involucrar en el asesinato». Al minuto siguiente ya estaba admitiendo el robo, pero insistía en que cuando estuvieron allí, no había ninguna mujer muerta.

—Debía de saber lo del asesinato.

—Claro, no importa quién la matara. Salió en los periódicos, ¿no? Primero dice que no lo había leído, luego dice que no reconoce la dirección. Ya sabes cómo van modificando las versiones.

—¿Y qué pasa con Herrera?

—Son primos o algo así. Herrera vive en una habitación en la Cuarenta y Ocho, entre la Quinta y la Sexta Avenida. Ahora los dos viven en el Correccional de Brooklyn y allí seguirán hasta que se los lleven al norte del estado.

—¿Estaban fichados?

—Sería toda una sorpresa que no lo hubieran estado, ¿no? —Sonrió—. Son los típicos capullos. Algunos arrestos por peleas de bandas. Hace como un año y medio se libraron de los cargos por robo porque un juez dictaminó que no había una causa que justificara el cachearlos. —Sacudió la cabeza—. ¡Putas reglas! Bueno, el caso es que se libraron de aquello y en otra ocasión les echaron el guante por robo y se llegó a un acuerdo con el fiscal cuando reconocieron que no habían cometido ningún robo y que lo que ellos habían cometido había sido un allanamiento de morada. Los libraron de las penas. Y otra vez, otro caso de robo en una casa, pero en esa ocasión no llegó a nada porque desaparecieron las pruebas.

—¿Que desaparecieron?

—Se perdieron o se traspapelaron, no lo sé. En esta ciudad es un milagro que se meta a alguien en la cárcel. Hay que tener muchas ganas de morir para acabar en prisión.

—Entonces, ¿cometieron muchos robos en casas?

—Eso parece. Pero lo que era entrar y salir. Eran cosas de poca monta. Abrían la puerta, cogían una radio, salían corriendo y la vendían en la calle por diez dólares. Cruz era peor que Herrera. Herrera trabajaba de vez en cuando, tiraba de una carretilla en un almacén de ropa o repartía comida, todos trabajos con un salario mínimo. Pero no creo que Miguelito haya tenido nunca un trabajo.

—Pero ninguno había matado a nadie antes.

—Cruz sí.

—¿Sí?

Asintió con la cabeza.

—En una pelea en un bar; él y otro gilipollas se estaban peleando por una mujer.

—En su ficha no aparece eso.

—Porque nunca llegó a los tribunales. No hubo cargos. Hubo una docena de testigos que dijeron que el tipo muerto había atacado primero a Cruz con una botella rota.

—¿Y qué arma usó Cruz?

—Un cuchillo. Dijo que no era suyo y había testigos preparados para jurar que habían visto a alguien tirarle el cuchillo. Pero, por supuesto, ninguno había visto quién le había pasado el cuchillo. No tuvimos suficiente para formular una acusación de posesión de armas, así que mucho menos para una acusación de homicidio.

—¿Pero Cruz normalmente llevaba un cuchillo?

—Habría más probabilidades de pillarlo saliendo de casa sin ropa interior que sin su cuchillo.

Eso sucedió a primera hora de la tarde, el día después de que hubiera recibido los mil quinientos dólares de Drew Kaplan. Aquella mañana había enviado dinero a Syosset. Pagué mi alquiler del mes de agosto por adelantado, pagué una o dos cuentas que tenía pendientes en los bares y fui en metro hasta Sunset Park.

Está en Brooklyn, por supuesto, en el extremo oeste del distrito, más arriba de Bay Ridge y al sur y al oeste del cementerio de Green-Wood. Actualmente se están construyendo muchas casas de ladrillo rojo por Sunset Park y los jóvenes de la ciudad están huyendo de los alquileres de Manhattan y, mientras renuevan las casas antiguas de la zona, aburguesan así el barrio. Pero, por aquel entonces, los jóvenes aún no habían descubierto aquella zona y no habían comenzado a instalarse allí, de tal modo que la población era una mezcla de latinos y escandinavos. La mayoría de los primeros eran puertorriqueños, y la mayoría de los segundos eran noruegos, pero esa media estaba cambiando gradualmente de Europa a las islas.

Ya había caminado por allí antes de mi visita al Distrito 68, principalmente por la Cuarta Avenida, por la principal calle comercial, y me había ido orientando guiándome por la iglesia de San Miguel. Pocos de los edificios sobrepasaban los tres pisos y la cúpula en forma de huevo de la iglesia, que descansaba sobre una torre de más de sesenta metros, era visible desde una larga distancia.

Caminé hacia el norte por la Tercera Avenida, por el lado derecho de la calle, a la sombra de la autopista que pasaba por encima. A medida que me acercaba a la calle de Cruz me detuve en dos bares, más para ir introduciéndome un poco en el barrio que para hacer preguntas. Me tomé una copa de burbon en un sitio para evitar la cerveza.

El barrio donde Miguelito Cruz había vivido con su abuela era tal y como Neumann lo había descrito. Había varios solares libres, uno de ellos estaba protegido con vallas de alambre y los otros estaban abiertos y llenos de escombros. En uno había unos niños jugando en el esqueleto quemado de un Volkswagen Escarabajo. Cuatro edificios de tres plantas con fachadas de ladrillo festoneado formaban una fila en la zona norte del vecindario, más cerca de la Segunda Avenida que de la Tercera. Los edificios que los rodeaban a ambos lados habían sido derribados y los nuevos flancos de ladrillo estaban cubiertos de grafitis por la parte de abajo.

Cruz había vivido en el edificio más cercano a la Segunda Avenida, el más cercano al río. En el vestíbulo, los azulejos que no habían desaparecido estaban partidos y la pintura se caía a cachos. En una pared había empotrados seis buzones de correo cuyas cerraduras se habían roto y arreglado una y otra vez. No había timbres a los que llamar, ni tampoco había cerrojo en la puerta principal. La abrí y subí dos tramos de escaleras. El hueco de la escalera encerraba aroma a comida, olor a roedor y un ligero hedor a orina. Todos los viejos edificios que alojaban a los pobres olían así. Las ratas morían junto a las paredes, los niños y los borrachos se meaban. El edificio de Cruz no era peor que otros miles.

La abuela vivía en el piso de arriba en un apartamento perfectamente arreglado y lleno de estampas de santos y de pequeños santuarios iluminados por velas diminutas. Si hablaba algo de inglés, no me dio la oportunidad de saberlo.

Nadie respondió cuando llamé a la puerta del apartamento que se encontraba al final del pasillo.

Al bajar hacia la calle, pasé por un apartamento de la segunda planta. Se encontraba justo debajo del de los Cruz y estaba ocupado por una mujer hispana de piel muy oscura y lo que parecían cinco niños de menos de seis años. La televisión y la radio estaban encendidas en el salón y había otra radio en la cocina. Los niños no paraban de moverse y al menos dos de ellos estaban llorando o gritando. La mujer me ayudó todo lo que pudo, pero no sabía mucho inglés y resultaba imposible concentrarse en nada en aquel lugar.

En una puerta al otro lado del pasillo nadie respondió a mi llamada. Podía oír la televisión encendida y seguí llamando. Finalmente, la puerta se abrió. Un hombre gordísimo en ropa interior abrió la puerta y volvió a entrar sin decir una palabra, evidentemente asumiendo lo que vendría a continuación. Tras él, pasé por delante de varias habitaciones repletas de viejos periódicos y de latas vacías de Pabst Blue Ribbon, hasta llegar al salón, donde se sentó en un sillón de muelles para seguir viendo un concurso. El color de la televisión estaba distorsionado y hacía que las caras de los concursantes cambiaran de un modo muy curioso, pasando del rojo al verde en un momento.

Era blanco, con un pelo lacio que antes habría sido rubio, pero que ya se había vuelto casi completamente gris. El gran peso con el que cargaba hacía difícil calcular su edad, pero tendría entre cuarenta y sesenta. No se había afeitado en varios días y no debía de haberse bañado ni cambiado las sábanas de su cama en meses. Apestaba, su piso apestaba, pero a pesar de ello, yo me quedé allí e hice preguntas. Cuando entré, le quedaban tres cervezas de un paquete de seis; se las bebió una tras otra y atravesó el piso descalzo para regresar al salón con otras seis cervezas recién sacadas de la nevera.

Se llamaba Illing, dijo, Paul Illing y había oído hablar de Cruz por televisión; le parecía horrible, pero no le sorprendía. No le sorprendió en absoluto. Me dijo que había vivido allí toda su vida y que antes había sido un barrio agradable, con gente decente que se respetaban a sí mismos y a sus vecinos. Pero ahora existía ese elemento negativo y, ¿qué se podía esperar?

—Viven como animales —me dijo—. No te lo puedes imaginar.

La pensión en la que vivía Ángel Herrera era un edificio de ladrillo rojo de cuatro plantas y la planta de abajo estaba ocupada por una lavandería con lavadoras que funcionaban con monedas. Un par de hombres de veintitantos años estaban tirados en la entrada, bebiendo cerveza de unas latas metidas en bolsas de papel marrón. Pregunté por la habitación de Herrera. Se dieron cuenta de que era un poli; lo pude apreciar en sus caras y en la tensión que se marcó en sus hombros. Uno de ellos me dijo que probara en la cuarta planta.

Por encima del resto de olores que flotaban en el vestíbulo, destacaba el olor a marihuana. Una mujer diminuta, con el pelo negro y los ojos brillantes, estaba de pie en el rellano de la tercera planta. Llevaba un delantal y sostenía un periódico doblado, *El Diario*, uno de los periódicos redactados en español. Le pregunté por la habitación de Herrera.

—Veintidós —dijo y señaló hacia las escaleras que llevaban hacia arriba—. Pero no está. —Fijó su mirada en la mía—. ¿Sabes dónde está?

—Sí.

—Entonces sabes que no está aquí. Su puerta está cerrada.

—¿Tienes la llave?

Me miró con aspereza.

—¿Eres poli?

—Ya no.

Su risa resultó brusca, inesperada.

—¿Es que te echaron? ¿No tienen trabajo para los polis porque todos los sinvergüenzas están encerrados? Si quieres entrar en la habitación de Ángel, venga, te abro.

Un candado barato protegía la puerta de la habitación 22. Probó con tres llaves antes de dar con la correcta, abrió la puerta y entró delante de mí. Un cordón colgaba de una bombilla del techo y caía sobre el estrecho cabecero de hierro de la cama. Ella tiró del cordón y levantó una persiana para iluminar la habitación un poco más.

Miré por la ventana, caminé por la habitación, examiné el contenido del armario y de la pequeña cómoda. Había varias fotografías en marcos cutres sobre el pequeño mueble y media docena de instantáneas sueltas. Dos mujeres distintas y varios niños. En una de ellas, un hombre y una mujer vestidos en traje de baño miraban a la cámara con los ojos entrecerrados por el sol, con el oleaje de fondo. Le mostré la fotografía a la mujer e identificó al hombre como Herrera. Yo había visto su foto en el periódico, junto a Cruz y a los dos oficiales de policía que los acompañaban, pero en la primera instantánea parecía un hombre completamente distinto.

La mujer era la novia de Herrera. La mujer que aparecía en otras fotos con los niños era la mujer de Herrera en Puerto Rico. Era un buen chico. Herrera era un buen chico. Eso fue lo que la mujer me aseguró. Era educado, mantenía limpio su cuarto, no bebía demasiado ni ponía la radio alta por la noche. Y adoraba a sus hijos. Siempre que tenía dinero, lo enviaba a Puerto Rico.

La Cuarta Avenida tenía una iglesia de media por barrio: la Metodista noruega, la Luterana alemana, la del Séptimo Día de Adviento española y una llamada el Tabernáculo de Salem. Todas estaban cerradas y, para cuando quise llegar, la de San Miguel también lo estuvo. Era lo suficientemente ecuménico a la hora de dar mi diezmo, pero los católicos se llevaban la mayor parte de mi dinero porque estaban abiertos más horas. Sin embargo, para cuando salí del hostel de Herrera y me paré a tomar una rápida en un bar de la esquina, San Miguel ya estaba cerrada a cal y canto, al igual que la de sus vecinos protestantes.

A dos manzanas de allí, entre una *bodega*^[14] y un salón de apuestas, un cristo demacrado se retorció de dolor sobre una cruz en el ventanal de la fachada de una *iglesia*. Había un par de bancos sin respaldo dentro, delante de un pequeño altar y en uno de ellos dos mujeres sin forma vestidas de negro estaban acurrucadas la una junto a la otra en silencio y sin moverse.

Entré y me senté un rato en uno de los bancos. Tenía mi diezmo de ciento cincuenta dólares preparado y habría estado encantado de entregarlo tanto allí como en otra iglesia más imponente, pero no sabía cómo hacerlo disimuladamente. No veía ningún cepillo para los pobres, ni ningún otro receptáculo diseñado para recoger las donaciones. No quería llamar la atención al buscar a alguien que estuviera a cargo y entregarle el dinero. Y tampoco me sentía cómodo dejándolo allí, en el banco, donde cualquiera podría encontrarlo y largarse con él.

De modo que salí de allí sin ser más pobre de lo que había entrado.

Pasé la noche en Sunset Park.

No sé si se trataba de trabajo ni si le estaría haciendo algún bien a Tommy Tillary. Vagué por

las calles y entré en los bares, pero no estaba buscando a nadie y tampoco hice muchas preguntas.

En la calle Sesenta, al este de la Cuarta Avenida, encontré una oscura taberna con olor a cerveza llamada Fiordo. Estaba decorada con motivos náuticos en las paredes, pero parecía que los habían ido colocando sin orden ni concierto a lo largo de los años: un trozo de red, un salvavidas y, curiosamente, un banderín de los Vikings de Minnesota. Había una televisión en blanco y negro sobre un extremo de la barra con el volumen al mínimo. Había hombres mayores sentados con sus copas y sus cervezas, pero no hablaban mucho, simplemente estaban dejando que pasara la noche.

Cuando salí de allí paré un taxi y dije al conductor que me llevara a Colonial Road, en Bay Ridge. Quería ver la casa en la que Tommy Tillary había vivido, la casa en la que su mujer había muerto. Pero no estaba seguro de cuál era la dirección. Ese tramo de Colonial Road estaba ocupado principalmente por bloques de pisos de ladrillo y estaba seguro de que la casa de Tommy era una vivienda individual. Había casas de ese tipo encajonadas en medio de los bloques de pisos, pero no tenía el número apuntado y no estaba seguro de las calles que cruzaban. Le dije al taxista que estaba buscando la casa en la que asesinaron a una mujer a puñaladas y no sabía de qué demonios estaba hablando; parecía no fiarse de mí, como si pensara que podría hacerle algo en cualquier momento.

Supongo que yo estaba un poco borracho. Se me pasó en el camino de vuelta a Manhattan. No parecía muy dispuesto a llevarme, pero me puso un precio de diez dólares, lo acepté y me recosté sobre mi asiento. Tomó la autopista; por el camino vi la torre de San Miguel y le dije al conductor que eso no estaba bien, que las iglesias deberían estar abiertas las veinticuatro horas. No dijo nada, yo cerré los ojos y cuando los abrí, el taxi se estaba deteniendo delante de mi hotel.

Había algunos mensajes para mí en la recepción. Tommy Tillary había llamado dos veces y quería que lo llamara. *Skip* Devoe había telefoneado también.

Era demasiado tarde para llamar a Tommy, y probablemente demasiado tarde también para llamar a Skip. En resumidas cuentas, era demasiado tarde para poder rematar la noche.

9

Al día siguiente volví a Brooklyn. Fui en tren hasta pasar las estaciones de Sunset Park y me bajé en la avenida Bay Ridge. La entrada al metro estaba justo al otro lado de la calle donde se encontraba la funeraria que había enterrado a Margaret Tillary. El entierro había sido en el cementerio Green-Wood, dos millas al norte. Me giré y miré hacia la Cuarta Avenida, como si estuviera recorriendo con los ojos la ruta del cortejo funerario. Después, caminé hacia el oeste por la avenida Bay Ridge, en dirección al agua.

En la Tercera Avenida miré a mi izquierda y vi el puente Verrazano a lo lejos, extendiéndose sobre el Narrows, entre Brooklyn y Staten Island. Seguí caminando por un barrio mejor que en el que había estado el día antes y en Colonial Road giré a la derecha y caminé hasta que encontré la casa de los Tillary. Había buscado la dirección antes de salir de mi hotel y me resultó fácil encontrarla. Podía haber sido una de las casas que estuve mirando la noche anterior. Parte del viaje en taxi se me había borrado de la memoria. Era como si, al recordarlo, viera las imágenes a través de un velo, como si no estuvieran definidas.

La casa era una enorme construcción de ladrillo de tres plantas, justo en la acera de enfrente de la zona sur del parque Owl's Head. Bloques de ladrillo rojo de cuatro plantas flanqueaban la casa. Tenía un amplio porche, un toldo de aluminio y un tejado a dos aguas. Subí los escalones que llevaban al porche y llamé a la puerta. Dentro se oyó un repique de cuatro notas.

Nadie respondió. Giré el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. La cerradura no parecía difícil de abrir, aunque no había ninguna razón para forzarla.

El camino de entrada quedaba a la izquierda de la casa. Llegaba hasta una puerta lateral que también estaba cerrada y continuaba hasta el garaje, que tenía el candado echado. Los ladrones habían roto el cristal de la puerta lateral y alguien lo había tapado con un cartón rectangular fijado con cinta metálica.

Crucé la calle y me senté en el parque durante un rato. Entonces cambié de posición y fui al otro lado de la calle desde donde podía observar la casa de los Tillary. Estaba intentando visualizar el robo. Cruz y Herrera habían llevado un coche y me preguntaba dónde habrían aparcado. ¿En el camino de entrada, junto a la puerta lateral por donde entraron? ¿O tal vez en la calle, optando por una típica huida? El garaje podía haber estado abierto entonces; a lo mejor metieron el coche dentro, para que nadie lo viera en el camino de entrada ni se extrañara.

Almorcé judías, arroz y salchichas. Me dirigí a la iglesia de Saint Michael sobre media tarde. En esa ocasión estaba abierta; me senté un rato en un banco y luego encendí unas velas. Mis ciento cincuenta dólares finalmente acabaron en el cepillo para los pobres.

Hice lo que se hace en esos casos. Rondé por allí, llamé a las puertas e hice preguntas. Volví a las residencias de los dos, a la de Herrera y a la de Cruz. Hablé con los vecinos de Cruz que no habían estado por allí el día antes y también hablé con algunos de los otros inquilinos del hostel. Fui hacia el Distrito 68 a buscar a Cal Neumann. No estaba allí, pero hablé con algunos policías de la comisaría y salí a tomar café con uno de ellos.

Hice un par de llamadas, pero mi actividad se centró principalmente en patearme las calles, en hablar con la gente cara a cara y en tomar algunas notas. Seguí el procedimiento habitual e intenté no cuestionar el motivo de mis actos. Estaba recopilando una buena cantidad de notas, pero no tenía la más mínima idea de si llevaban a alguna parte. No sabía qué estaba buscando exactamente o si había algo que buscar. Supongo que estaba intentando moverme, actuar y recopilar información para justificarme, ante mí mismo y ante Tommy y su abogado. Para justificar el pago que ya había recibido y dilapidado en gran parte.

Al llegar la noche, ya había tenido suficiente. Tomé el tren a casa. Había un mensaje en la recepción para mí de parte de Tommy Tillary, con el número de su oficina. Lo metí en mi bolsillo, salí a la calle y doblé la esquina. Billie Keegan me dijo que Skip me estaba buscando.

—Todo el mundo me reclama —dije.

—Eso es bueno —respondió Billie—. Tuve un tío al que reclamaban en cuatro estados. También te han dejado un mensaje. ¿Dónde lo he puesto? —Me entregó un papel. Una vez más, era de Tommy Tillary, pero en esta ocasión el número de contacto que había dejado era distinto—. ¿Quieres tomar algo, Matt? ¿O solo has pasado para ver si tenías mensajes?

En Brooklyn me lo había tomado con calma y había tomado solo tazas de café en pastelerías y bodegas y algunas cervezas en los bares. Dejé que Billie me sirviera un burbon doble y me sentó muy bien.

—Te hemos estado buscando hoy —dijo Billie—. Hemos ido al hipódromo. Pensamos que te apetecería venir.

—Tenía trabajo que hacer —dije—. Y de todos modos, no me van mucho las carreras de caballos.

—Es divertido. Si no te lo tomas en serio.

El número que había dejado Tommy Tillary había resultado ser el de la centralita de un hotel en Murria Hill.

—¿Sabes dónde está? La Treinta y Siete con Lex.

—Debería poder encontrarla.

—Allí hay un bar. Es un local pequeño, pero bastante agradable. Está lleno de esos ejecutivos japoneses vestidos con trajes de Brooks Brothers. De vez en cuando dejan sus güisquis para hacerse fotos. Luego sonríen y piden más bebida. Te encantará.

Tomé un taxi y fui hacia allí. Y lo cierto es que no había exagerado en absoluto. La lujosa sala de cóctel, iluminada por una luz tenue, tenía una clientela primordialmente japonesa aquella noche. Tommy estaba en la barra y, cuando me acerqué, me apretó la mano y me presentó al camarero.

Nos llevamos las bebidas a una mesa.

—Este lugar es una locura —dijo—. Mira. Pensabas que estaba de coña cuando te dije lo de

las cámaras, ¿verdad? Me pregunto qué hacen con todas esas fotos. Se necesitaría toda una habitación para poder guardarlas.

—Las cámaras no tienen carrete.

—Eso sí que sería bueno, ¿eh? —Se rio—. ¡Que no hubiera carrete en las cámaras! Joder. Seguro que tampoco son japoneses de verdad. Donde más voy es al Blueprint, a una manzana del parque, y también hay otro sitio, del estilo de un *pub*, que se llama Dirty Dick's o algo así. Pero me estoy alojando aquí y quería que pudieras localizarme. ¿Te parece bien este sitio o quieres que vayamos a otra parte?

—Está bien.

—¿Estás seguro? Nunca he tenido a un detective trabajando para mí y quiero asegurarme de tenerlo contento. —Sonrió antes de que su gesto se volviera serio—. Me preguntaba si estabas... ya sabes... haciendo algún progreso. Si estabas descubriendo algo.

Le dije algo de lo que me había encontrado hasta el momento. Se alegró de oír lo del apuñalamiento en el bar.

—Es genial —dijo—. Eso le debería bastar a nuestros amiguitos hispanos, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Es un artista del cuchillo —dijo— y ya mató a alguien una vez y salió impune. ¡Jesús! Esto es fantástico, Matt. Sabía que lo mejor era que te metieras en esto. ¿Ya has hablado con Kaplan?

—No.

—Pues deberías. Estas son la clase de cosas que puede utilizar.

Pensé en ello. Para empezar, me sorprendió que Drew Kaplan hubiera tenido que recurrir a un detective privado para llegar a enterarse de que Miguelito Cruz se había librado de una acusación de homicidio. Tampoco me parecía que la información tuviera algún peso para una defensa ante un tribunal ni que, siquiera, pudiera llegar a utilizarse como argumento. En resumidas cuentas, Kaplan dijo que estaba buscando algo que evitara que su cliente acabara ante un tribunal y yo, por mi parte, no entendía que los datos que yo había destapado pudieran servirle para ese propósito.

—Tienes que informar a Drew de todo con lo que te vayas encontrando —me dijo Tommy—. Un mínimo detalle que para ti pueda ser insignificante, a él puede serle clave para completar una información que ya tenga, ¿entiendes? Puede ser justo lo que necesita, aunque no parezca importante por sí solo.

—Entiendo.

—Claro. Llámalo un día y dale toda la información que tienes. Sé que no rellenas informes, pero no te importa mantenernos al tanto regularmente por teléfono, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Genial —dijo—. Es genial, Matt. Deja que te invite a otra ronda de esto. —Fue a la barra y volvió con dos copas—. Así que has estado dando vueltas por mi mundo, ¿eh? ¿Te ha gustado?

—Me gusta tu barrio más que el de Cruz y el de Herrera.

—¡Joder! Eso espero. Así que, ¿has estado por la casa? ¿Por mi casa?

Asentí con la cabeza.

—Para hacerme una idea de lo que pudo pasar. ¿Tienes una llave, Tommy?

—¿Una llave? ¿Una llave de la casa? Claro, ¿cómo no iba a tener una llave de mi casa? ¿Por qué? ¿La quieres, Matt?

—Si no te importa.

—¡Jesús! Por allí ha pasado todo el mundo. La pasma, la compañía de seguros, y como no, los hispanos. —Sacó un llavero del bolsillo, quitó una llave y me la dio—. Es la de la puerta principal. ¿Quieres también la de la lateral? Por ahí entraron. Ahora hay un trozo de cartón tapando el agujero que hicieron para abrir la puerta por dentro.

—Lo he visto esta tarde.

—Entonces, ¿para qué quieres la llave? Quita el cartón y abre. Y cuando estés dentro, mira a ver si hay algo que merezca la pena robar y sácalo metido en una funda de almohada.

—¿Así fue como lo hicieron?

—¿Quién sabe cómo lo hicieron? Eso es lo que hacen en algunas películas, ¿no? ¡Mira! Mira eso. Se sacan fotografías, se intercambian las cámaras, y vuelven a sacar fotos. Muchos de ellos están alojados en mi hotel, por eso vienen aquí. —Se miró las manos, que estaban entrelazadas y apoyadas sobre la mesa. El anillo del dedo meñique se había dado la vuelta y se lo colocó—. El hotel no está mal —dijo—, pero no puedo quedarme ahí para siempre. No puedo permitirme pagar tantos días de alojamiento.

—¿Vas a volver a Bay Ridge?

Negó con la cabeza.

—¿Para qué necesito yo esa casa? Ya era demasiado grande para los dos. No soportaría estar allí solo y, eso, sin tener en cuenta los recuerdos que me traería.

—¿Cómo es que vivíais en una casa tan grande para los dos, Tommy?

—Bueno, no era para dos. —Apartó la mirada, como si estuviera recordando—. Era la casa de la tía de Peg. Ella puso el dinero para comprar la casa. Le quedaba algo del dinero del seguro que había recibido tras la muerte de su marido y nosotros necesitábamos una casa porque estábamos esperando un bebé. ¿Sabías que teníamos un hijo y que murió?

—Creo que lo ponía en el periódico.

—Sí, en la esquila. Lo puse yo. Teníamos un hijo, Jimmy. No estaba sano, tenía una lesión coronaria congénita y retraso mental. Murió, poco antes de su sexto cumpleaños.

—Debió de ser duro, Tommy.

—Lo fue más para ella. Creo que habría sido peor de no ser por que no había vivido en casa desde que tenía pocos meses de edad. No podíamos ocuparnos de sus problemas de salud en casa, ya sabes. Además, el doctor me habló en privado y me dijo: «Señor Tillary, cuanto más se una su esposa a su hijo, más duro será cuando ocurra lo inevitable». Porque ellos sabían que no iba a vivir más que unos pocos años.

Sin decir nada, se levantó y fue a por otra ronda.

—Así que éramos tres —siguió—. Peg, yo y la tía. Ella tenía su habitación y su propio cuarto de baño en la tercera planta y aun así seguía resultando una casa grande para tres personas, pero ellas dos se hacían compañía y por eso vivíamos allí. Y luego, cuando su tía murió, pensamos en mudarnos, pero Peg estaba hecha a la casa y al barrio. —Tomó aire y dejó caer los hombros—. ¿Para qué necesito una casa tan grande y encima estar siempre metido en el coche o pasarme horas en el metro? Eso me sentaría como una patada en el culo. En cuanto todo este asunto se aclare, venderé la casa y me buscaré un apartamento pequeño en la ciudad.

—¿En qué parte?

—Pues no sé. Por Gramercy Park, por ejemplo. Me gusta ese sitio. O tal vez en el Upper East Side. A lo mejor me compro un piso de cooperativa en un edificio bueno. Yo no necesito mucho

espacio —bramó—. O podría irme con esa chica, ya sabes, con Carolyn.

—¿Sí?

—Ya sabes que trabajamos en el mismo sitio. La veo allí todos los días. Ya me entiendes, «yo ya he donado pasta en la oficina». —Suspiró—. Quiero estar alejado de mi casa y de mi barrio hasta que todo se aclare.

—Claro.

Y entonces sacamos el tema de las iglesias, pero no recuerdo cómo. Fue por algo como que el horario de los bares era mejor que el de las iglesias; que las iglesias cerraban temprano.

—Bueno, es que es lo que tienen que hacer, ya sabes, por los temas de vandalismo y por los crímenes. Matt, cuando éramos niños, ¿cuándo se oía que se robara en una iglesia?

—Pero supongo que ocurría.

—Supongo que sí, ¿pero se oía? Hoy en día hay mucha gente que no respeta nada. Claro que está esa iglesia en Bensonhurst, que supongo que está abierta siempre que quieren.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que es Bensonhurst. Es una iglesia grande, pero no recuerdo el nombre. San no sé qué o algo así.

—¡Anda que no hay iglesias que empiecen por «San»!

—¿No te acuerdas? Hace unos años dos chicos negros robaron algo del altar. Unos candelabros de oro o yo qué sé. Y resulta que la madre de Dominic Tutto va allí a misa todas las mañanas. El capo que controla medio Brooklyn.

—¡Ah, sí!

—Se corrió la voz y una semana después los candelabros ya estaban en el altar otra vez. Los candelabros o lo que fuera que se hubieran llevado. Pero sí, creo que eran unos candelabros.

—Bueno, da igual.

—Y los gamberros que se los llevaron —dijo— desaparecieron. Y lo que he oído es que... bueno, no sé si es verdad o no. Yo no estaba allí y no recuerdo quién me lo contó, pero el que me lo contó tampoco estuvo allí, ¿sabes?

—¿Qué oíste?

—Oí que llevaron a los dos negros al sótano de Tutto —dijo— y que los colgaron de los ganchos esos donde se cuelga la carne. —La luz de una lámpara parpadeó a dos mesas de nosotros—. Y que los despellejaron vivos —dijo—. Pero ¿quién sabe? Se oyen muchas historias y uno ya no sabe qué creer.

—Deberías haber estado con nosotros esta tarde —me dijo Skip—. Conmigo, con Keegan y con Ruslander. Cogimos mi coche y fuimos al Big A —comenzó a hablar imitando a W. C. Fields^[15]—: Participamos en el deporte de los reyes y pusimos nuestro granito de arena para la mejora de la raza, ¡sí señor!

—Estaba trabajando.

—Yo habría estado mejor trabajando. ¡Puto Keegan! Llevaba un bolsillo lleno de botellas en miniatura y se ventiló una por carrera. Lleva los bolsillos llenos de esas botellitas. Y encima estuvo apostando a los caballos basándose en sus nombres. Está Jill la Reina, que por cierto no ha ganado ninguna carrera desde que Victoria fue reina, pero que a Keegan le recuerda a Jill, la chica

por la que estaba loco en sexto. Y, claro, ¡cómo no!, va y apuesta por ese caballo.

—Y el caballo ha ganado.

—Por supuesto que ha ganado. Entonces le han dado un tique por valor de diez dólares y encima va y dice que ha cometido un error. ¿Pero qué error? «Se llamaba Rita», ha dicho. «Era su hermana la que se llamaba Jill. Me he confundido».

—Ya sabes cómo es Billie.

—Pues toda la tarde ha sido así —dijo Skip—. Apuesta por sus exnovias y por las hermanas, se bebe casi medio litro de güisqui de esas botellitas y encima Ruslander y yo hemos perdido, no sé, unos cien o ciento cincuenta dólares mientras que el cabrón de Billie Keegan ha acabado llevándose seiscientos dólares por apostar a los nombres de sus exnovias.

—¿Y cómo habéis elegido Ruslander y tú vuestros caballos?

—Bueno, ya conoces a nuestro amigo el actor. Encorva los hombros y se pone en situación, como muy misterioso, para ir a hablar con otros tipos que parecen de esos que venden pronósticos en las apuestas. Pero seguro que los tíos con los que habló eran actores como él.

—¿Y los dos os habéis fiado de lo que le han dicho?

—¿Estás loco? Yo he apostado basándome en datos científicos.

—Te leíste el folleto de las estadísticas.

—No le encuentro ningún sentido a eso. Lo que he hecho ha sido fijarme en los caballos que hacen que caigan las probabilidades cuando entra el dinero de los entendidos y también he bajado y he observado cuál de ellos había cagado la mierda más grande.

—Muy científico.

—Totalmente. ¿Quién quiere invertir su dinero en un jodido caballo estreñado? Algunos estaban tan estreñidos que se retorcían de dolor. Mis caballos están en perfecto estado.

—Y Keegan está loco.

—Ahí le has dado. Ese tío trivializa con una actividad casi científica. —Se inclinó hacia delante y apagó su cigarro—. ¡Ah! ¡Dios! Adoro esta vida —dijo—. Juro que he nacido para ella. Me paso la mitad de mi vida dirigiendo mi propio bar y la otra metido en los bares de otros. Y, de vez en cuando, en alguna tarde soleada, me alejo de eso para acercarme a la naturaleza y estar en comunión con la obra de Dios. —Clavó su mirada en la mía—. Me encanta —dijo con ecuanimidad—. Por eso voy a pagar a esos hijos de puta.

—¿Te han vuelto a llamar?

—Antes de que nos fuéramos a las carreras. Me dijeron lo que pedían y que no era negociable.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente como para que lo de las carreras no pueda ayudarme. ¿Qué más da si pierdo o gano? Porque no apuesto a lo grande, no me resulta divertido si se trata de apostar dinero en serio. En cambio, lo que ellos me piden sí que es una cantidad bastante seria.

—¿Y vas a pagarla?

Cogió su copa.

—Mañana vamos a reunimos con el abogado y con los contables. Bueno, nos reuniremos si es que para entonces Kasabian ha dejado de vomitar.

—¿Y luego?

—Y luego supongo que intentaremos negociar lo innegociable para acabar pagando como unos cabrones. ¿Qué más van a decirnos los abogados y los contables? ¿Que reunamos un ejército?

¿Que luchemos en plan guerrilla? Eso no es lo que te dicen unos abogados y unos contables. — Sacó otro cigarrillo del paquete, le dio un golpecito, lo sostuvo en alto, lo miró y volvió a darle otro golpe antes de encenderlo—. Soy como una máquina de fumar y de beber —dijo, cubierto por una nube de humo— y la verdad es que no sé por qué coño me importa si fumo o bebo.

—Pues hace un minuto te encantaba esta vida.

—¿Yo he dicho eso? ¿Te sabes la historia del tipo que compró un Volkswagen y su amigo le pregunta que cuánto le gusta? «Bueno, es como comérselo a las mujeres», responde el tío. «Me encanta, pero no me siento demasiado orgulloso de hacerlo».

10

La mañana anterior llamé a Drew Kaplan antes de partir hacia Brooklyn. Su secretaria me dijo que estaba reunido y que me llamaría más tarde. Le dije que yo lo llamaría y eso fue lo que hice cuarenta minutos después, al salir del metro en Sunset Park. Entonces resultó que había salido a almorzar. Le dije a su secretaria que lo volvería a llamar.

Aquella tarde conseguí reunirme con una mujer que era amiga de la novia de Ángel Herrera. Tenía unos rasgos indígenas muy marcados y un rostro lleno de acné. Dijo que era una pena que Herrera tuviera que ir a la cárcel, pero que probablemente eso era mejor para su amiga, porque Herrera nunca se casaría con ella, ni siquiera viviría con ella, porque él consideraba que seguía casado con esa mujer que vivía en Puerto Rico.

—Y su mujer quiere el divorcio, pero él no lo acepta —dijo—. Así que mi amiga quiere quedarse embarazada, pero él ni la deja embarazada ni quiere casarse. No sé por qué quiere estar con él. Así que mejor para ella que lo encierren. Mejor para todos.

Volví a llamar a Kaplan desde una cabina y por fin pude hablar con él. Saqué mi libreta y le di la información que tenía. En mi opinión, no había nada interesante, excepto el hecho de que Cruz ya hubiera estado arrestado por homicidio, algo que, por otro lado, él ya debería haber sabido, como se apresuró a señalar.

—Esto no es la clase de información que se le pide a un detective privado. Y es cierto que eso no se puede presentar ante el tribunal, pero le podemos sacar algún provecho. Puede que te hayas ganado el sueldo con ese pequeño dato. Y con esto no intento desanimarte a que sigas indagando.

Pero cuando colgué el teléfono, no me sentía con muchas ganas de seguir investigando. Fui al Fiordo y me tomé unas copas, pero entonces un chaval larguirucho con una enorme mata de pelo rubio y un bigote rubio a lo Zapata entró e intentó convencerme para que echara una partida con él a la máquina de bolos. No me apetecía, ni tampoco al resto de los que estaban en el bar, así que acabó jugando él solo y fingiendo una borrachera de lo más escandalosa; supongo que lo hizo con la intención de hacernos creer que si nos animábamos a jugar contra él podríamos sacarle mucho dinero. El escándalo que estaba montado me obligó a salir de allí y acabé caminando en dirección a la casa de Tommy en Colonial Road.

La llave que me dio abrió la puerta delantera. Entré, esperaba encontrarme parcialmente la escena con la que se había topado el descubridor del cuerpo de Margaret Tillary, pero por supuesto, todo se había limpiado y ordenado después de que los del laboratorio y el fotógrafo

hubieran terminado su labor.

Entré en las habitaciones del primer piso y encontré la puerta lateral que daba a un pasillo por el que se accedía a la cocina. Caminé por la cocina y por el comedor, intentando ponerme en la piel de Cruz y de Herrera mientras se movieron por las habitaciones de aquella casa vacía.

Pero con la diferencia de que entonces no había estado vacía. Margaret Tillary había estado arriba, en su dormitorio. ¿Haciendo qué? ¿Durmiendo? ¿Viendo la televisión?

Subí las escaleras. Algunos tablones del suelo crujieron bajo mis pies. ¿Lo habían hecho también la noche del robo? ¿Los había oído Peg Tillary y se había levantado? A lo mejor se había pensado que sería Tommy y había salido de la cama para recibirlo. O a lo mejor sabía que se trataba de otra persona. Algunas personas reconocen las pisadas tanto que las de un intruso pueden despertarles del sueño al no resultarles familiares.

La habían matado en su dormitorio. ¿Habían subido las escaleras, abierto la puerta y se habían encontrado allí a una mujer encogida de miedo antes de apuñalarla? O a lo mejor ella había abierto la puerta de la habitación esperando encontrarse detrás a Tommy, o tal vez no; tal vez la había abierto sin pararse a pensar, decidida a enfrentarse al ladrón, indignada por la invasión a su hogar y como si esa misma indignación pudiera servirle como arma.

Después habría visto el cuchillo en la mano del ladrón y había vuelto a entrar en la habitación caminando hacia atrás, quizá había intentado cerrar la puerta, pero él habría entrado tras ella, y a lo mejor ella gritó y él la agarró para hacerla callar y...

Seguía viendo a Anita huyendo de un cuchillo; seguía viendo esa escena representada en nuestro dormitorio en Syosset.

Qué estúpido.

Me dirigí a las cómodas. Abrí los cajones y los cerré. La de ella era larga y baja. La de él era una cómoda alta, del mismo estilo de la Provenza a juego con la cama, la mesilla de noche y el tocador con espejo. Abrí y cerré los cajones de la cómoda de Tommy. Se había dejado mucha ropa allí, pero seguro que tenía mucha más que sí se habría llevado.

Abrí la puerta del armario. Ella podía haberse escondido allí dentro, aunque no parecía un lugar demasiado cómodo. Estaba lleno, la balda estaba cargada de cajas de zapatos y la barra llena de perchas con ropa. Él debía de haberse llevado algunos trajes y chaquetas, pero la ropa que se había dejado allí era mucho más de la que yo tenía.

Había botes de perfume sobre el tocador. Destapé uno y lo olí. Tenía aroma a lirios del valle.

Estuve en la habitación un buen rato. Hay gente que percibe cosas mediante el tacto y que se dedica a tocar cosas del escenario del crimen. Y, tal vez, en realidad todos somos capaces de percibirlo, pero hay unos que pueden interpretar exactamente qué les está comunicando el objeto en cuestión. No tuve la impresión de recibir ningún tipo de vibración; ni de la habitación, ni de la ropa, ni de los muebles. El olfato es el sentido que está más directamente relacionado con la memoria, pero lo único que me recordó su perfume fue que una tía mía olía a ese mismo aroma floral.

No sé qué pensé que estaba haciendo allí.

En la habitación había un televisor. Lo encendí y lo apagué. Tal vez ella lo había estado viendo y por eso no había oído al ladrón hasta que él abrió la puerta de su dormitorio. Pero, en ese caso, ¿no habría él oído la televisión? ¿Por qué habría entrado en la habitación si sabía que había alguien dentro cuando perfectamente podría haber robado sin que lo descubrieran?

Por supuesto, cabe la posibilidad de que tuviera una violación en mente. Pero en la autopsia no se habían encontrado signos de violación, aunque eso difícilmente demostraba que no se hubiera producido un intento. A lo mejor él había sentido placer sexual al cometer el asesinato, a lo mejor le había excitado ese acto de violencia, a lo mejor...

Tommy había dormido en esa habitación, había vivido con la mujer que olía a lirios del valle. Lo conocía de los bares, lo conocía por llevar una chica del brazo y una copa en la mano. Y también conocía su risa, esa que retumbaba por las paredes. Pero no lo conocía como la persona que había dormido en una habitación como esa, que había vivido en una casa como esa.

Entré y salí de las otras habitaciones del segundo piso. En lo que se suponía que era el salón de esa planta había fotos en marcos de plata agrupadas sobre un fonógrafo hecho de madera de caoba. Había fotografías de la boda con Tommy vestido de esmoquin y la novia de blanco con su ramo de flores blancas y rosas. En la foto, Tommy aparecía delgado e increíblemente joven. Llevaba el pelo rapado, lo cual resultaba demasiado extravagante para el año 75 y chocaba con la vestimenta tan formal.

Margaret Tillary (que, a lo mejor, aún era Margaret Wayland cuando se tomó esa foto), había sido una mujer alta y de rasgos duros. La miré e intenté imaginarla con más edad. Probablemente habría engordado con el paso de los años. A la mayoría de la gente le pasaba.

El resto de las fotos eran principalmente de gente que no reconocía. Familiares, supongo. No vi ninguna del hijo del que Tommy me había hablado.

Una puerta daba al armario de la ropa blanca. Otra, al cuarto de baño. Y una tercera a las escaleras que llevaban al tercer piso. Allí arriba había una habitación con una ventana que ofrecía una buena vista del parque. Acerqué un sillón cuyo asiento y respaldo estaban bordados y observé el tráfico de Colonial Road y un partido de béisbol que se estaba jugando en el parque.

Me imaginé a la tía sentada donde estaba yo, contemplando el mundo a través de su ventana. Si había oído su nombre, no lo recordaba, y cuando pensé en ella la imagen que me vino a la cabeza fue la de la típica tía mayor: una mezcla de las caras femeninas que había visto abajo, en las fotografías, con rasgos de algunas de mis tías. Ella estaba muerta, esa tía sin nombre y con un físico creado por mi imaginación. Su sobrina también lo estaba y, en no mucho tiempo, la casa se vendería y otra gente viviría en ella.

Y sería un gran trabajo eliminar las huellas de la ocupación de los Tillary. La habitación y el baño de la tía ocupaban un tercio de la tercera planta; el resto era un enorme espacio abierto utilizado como almacén, con baúles y cajas de cartón colocados bajo el tejado a dos aguas junto con muebles que ya no servían. Algunos estaban tapados con telas. Otros no. Todo estaba ligeramente cubierto por una capa de polvo; polvo que se podía oler en el aire.

Volví a la habitación de la tía. Sus ropas seguían en la cómoda y en el armario y sus artículos de tocador en el armario del baño. Como no necesitaban la habitación, lo más fácil debió de ser dejarlo todo como estaba.

Me pregunté qué habría sacado Herrera. Así fue como entró por primera vez en la casa, llevándose algunos trastos después de la muerte de la tía.

Me volví a sentar en el sillón. Podía oler el polvo de la habitación que servía como trastero y el aroma de las ropas de la señora mayor, pero aún tenía metido en la nariz el aroma a lirios del valle y ese aroma predominaba por encima de todos los demás. Me empezó a resultar empalagoso y deseé que se desvaneciera. Me parecía estar oliendo el recuerdo del aroma más que el aroma en

sí mismo.

En el parque de enfrente, dos niños jugaban con un tercero que corría entre ambos intentado atrapar el balón de rayas que se estaban pasando. Me incliné hacia delante y apoyé los codos sobre el radiador para observarlos más detenidamente. Pero me cansé del juego antes que ellos. Dejé el sillón de cara a la ventana, salí y bajé las escaleras.

Estaba en el salón, preguntándome qué tendría Tommy para beber y dónde lo guardaría, cuando alguien se aclaró la garganta unos metros detrás de mí.

Me quedé helado.

11

—Sí —dijo una voz—. Me imaginé que podrías ser tú. ¿Por qué no te sientas, Matt? Estás pálido como un fantasma. Parece que hubieras visto uno.

No podía identificar la voz. Me giré, con la respiración todavía atascada en mi pecho, y vi al hombre. Lo conocía. Estaba sentado en un sillón, entre las sombras, al fondo de la larga habitación. Llevaba una camisa de manga corta desabrochada en el cuello. Su chaqueta estaba tirada sobre el brazo del sillón y el final de su corbata asomaba por uno de los bolsillos.

—Jack Diebold —dije.

—El mismo —dijo él—. ¿Qué pasa, Matt? Serías el peor ladrón del mundo. Cuando has estado ahí arriba parecía que hubiera metida toda una caballería.

—Me has dado un susto de muerte.

Se rio suavemente.

—¿Y qué querías que hiciera, Matt? Ha llamado un vecino diciendo que las luces de la casa estaban encendidas, *bla, bla, bla...*, y como estaba por aquí y, además, es mi caso, he decidido pasarme. Me imaginé que probablemente serías tú. Un tío del Distrito 68 me llamó el otro día y me dijo que estabas haciendo algo para ese gilipollas de Tillary.

—¿Te llamó Neumann? ¿Ahora estás en el Departamento de Homicidios de Brooklyn?

—Ah, sí. Soy inspector. ¡Joder! Ya hace casi dos años.

—Felicidades.

—Gracias. Lo que pasa es que cuando he llegado no estaba completamente seguro de que fueras tú y no quería subir las escaleras, así que he pensado que, para variar, dejaría que fuera Mahoma el que fuera hasta la montaña. No pretendía asustarte.

—Y una mierda que no.

—Bueno, has pasado justo por delante de mí y estabas tan gracioso por ahí buscando. Por cierto, ¿qué estabas buscando ahora mismo?

—¿Ahora mismo? Estaba intentando averiguar dónde guarda la bebida.

—Pues venga, adelante. Ya que te pones, busca dos vasos también.

Dos decantadores de cristal tallado descansaban en un aparador en el comedor. Unas pequeñas placas de plata colocadas alrededor de sus cuellos indicaban que uno contenía güisqui escocés y el otro güisqui de centeno. Se necesitaba una llave para sacarlos de su bandejita de plata. El aparador guardaba mantelerías en sus cajones centrales, una cristalería en el lado derecho y botellas de güisqui y licores en el izquierdo. Encontré más de medio litro de Wild Turkey y un par de vasos y le mostré la botella a Diebold. Asintió y serví las dos copas.

Era un tipo grande, pocos años mayor que yo. Se le había caído el pelo desde la última vez que lo había visto y estaba gordo, aunque lo cierto es que siempre lo había estado. Miró su vaso un momento, lo alzó hacia mí y le dio un sorbo.

—Es bueno —dijo.

—No está mal.

—¿Qué hacías ahí arriba, Matt? ¿Buscabas pistas? —preguntó alargando la última palabra.

Negué con la cabeza.

—Estaba echando un vistazo.

—Trabajas para Tillary.

Asentí.

—Él me dio la llave.

—¿Me importa una mierda! Por mí, como si has entrado por la chimenea como Santa Claus. ¿Qué quiere que hagas?

—Que lo limpie.

—¿Que lo limpie? Pero si el muy hijo de puta está tan limpio que casi se puede ver a través de él. No vamos a ir a por él.

—Pero pensáis que lo hizo él.

Me dirigió una mirada hosca.

—Yo no creo que él lo hiciera —dijo—, si hacerlo significa clavarle el cuchillo a su mujer. Me encantaría pensar que fue él, pero tiene una coartada perfecta. Estuvo en público con la tipa esa, un millón de personas lo vieron, tiene recibos de la tarjeta con la que pagó en el restaurante, ¡por Dios! —Se bebió lo que le quedaba de güisqui—. Pero creo que él lo organizó todo.

—¿Que los contrató para que la mataran?

—Algo parecido.

—Pero ellos no son asesinos a sueldo, ¿no?

—Joder, claro que no lo son. Cruz y Herrera, miembros de bajo rango del sindicato del crimen organizado de Sunset Park. Los asesinatos son una especialidad.

—Y, de todos modos, crees que los contrató.

Se acercó, me quitó la botella y se llenó el vaso hasta la mitad.

—Lo preparó él —dijo.

—¿Cómo?

Negó con la cabeza, impaciente por responder.

—Ojalá yo hubiera sido el primero en interrogarlos —dijo—. Los del 68 fueron con la orden de registro para analizar los objetos robados, así que hablaron con los puertorriqueños antes que yo.

—¿Y?

—Lo negaron todo. «He comprado todo esto en la calle». Ya sabes cómo va esto.

—Ya.

—Entonces no sabían nada sobre la mujer que habían asesinado. Pero eso es una gilipollez. Soltaron esa historia y luego la cambiaron porque está claro que lo sabían, salió en los periódicos y en la tele. Luego dijeron que no había ninguna mujer cuando cometieron el robo y que siempre estuvieron en la planta baja. Eso es muy bonito y queda muy bien, pero sus jodidas huellas estaban en el espejo de la habitación, en el tocador y en otros sitios.

—¿Encontrasteis huellas en el dormitorio? No lo sabía.

—A lo mejor no debería habértelo dicho. Aunque, de todos modos, qué más da. Pues sí, encontramos huellas.

—¿De quién? ¿De Herrera o de Cruz?

—¿Por qué?

—Porque me imagino que sería Cruz el que la apuñaló.

—¿Y por qué él?

—Por sus antecedentes. Además, llevaba un cuchillo.

—Una navaja automática. Pero no se la clavó a la mujer.

—¿No?

—La mataron con algo que tenía una hoja de quince centímetros de largo y cinco o seis de ancho. Lo que sea. Como un cuchillo de cocina.

—Y no lo habéis recuperado.

—No. Ella tenía muchos cuchillos en la cocina, había muchos juegos distintos. Después de veinte años en la misma casa, acabas acumulando muchos cuchillos. Tillary no supo decir si faltaba alguno. Los del laboratorio se llevaron todos los que encontramos, pero no vieron sangre en ninguno de ellos.

—Así que piensas que...

—Que uno de los dos cogió un cuchillo de la cocina, subió con él, la mató y luego lo tiró por alguna alcantarilla, o al río o quién sabe.

—Cogieron un cuchillo de la cocina.

—O lo traían ya. Cruz siempre llevaba encima una navaja automática, pero a lo mejor no quiso utilizarla para matar a la mujer.

—Eso, imaginándonos que llegara a la casa con la idea de matarla.

—¿Qué otra cosa te puedes imaginar?

—Yo me imagino que fue un robo y que no sabían que ella estaba allí.

—Sí, claro, a lo mejor quieres imaginar eso porque estás intentando limpiar a ese gilipollas. Sube y se lleva un cuchillo. ¿Por qué el cuchillo?

—Por si se encuentra a alguien arriba.

—Está buscando dinero. Mucha gente guarda dinero en su dormitorio. El sube, abre la puerta, ella está ahí, le da un ataque de pánico, él se pone nervioso...

—Y la mata.

—¿Por qué no?

—Joder, Matt. Eso suena muy bien. —Dejó su vaso sobre la mesa de café—. Una sesión más con ellos —dijo— y lo habrían soltado todo.

—Hablaron mucho.

—Lo sé. ¿Sabes qué es lo más importante que se le enseña a un poli nuevo? Cómo leerles los derechos^[16] sin que le den importancia. «Tiene derecho a permanecer en silencio. Pero ahora quiero que me cuentes exactamente lo que pasó». Una charla con ellos y habrían visto que la forma de echarle la culpa a Tillary habría sido decir que los había contratado para matarla.

—Pero eso sería como admitir que lo habían hecho ellos.

—Lo sé, pero cada vez estaban admitiendo un poco más. No sé, tengo la sensación de que podría haberles sacado más información. Pero en cuanto recibieron asistencia legal, nuestra

investigación se fue a la mierda.

—¿Por qué te gusta pensar que fue Tillary? ¿Porque tenía un lío con otra?

—Todo el mundo tiene líos.

—Pues por eso te lo digo.

—Los que matan a sus mujeres son los que quieren liarse con otras, pero no pueden. O los que están enamorados de una cosita dulce y más joven, y quieren casarse con ella y tenerla para siempre. Él no está enamorado de nadie más que de sí mismo. ¡Ah! O también los doctores. Los doctores siempre matan a sus mujeres.

—Entonces...

—Tenemos cientos de motivos, Matt. Él debía un dinero que no tenía. Y ella estaba dispuesta a dejarlo.

—¿La novia?

—La mujer.

—No lo sabía.

—¿Y quién te lo iba a contar? ¿Él? Ella habló con una vecina y con un abogado. La muerte de la tía fue la clave. Por un lado, ella pasó a ser propietaria y, por otro, ya no tenía la compañía de la anciana. Tenemos muchos motivos, amigo mío. Si eso fuera suficiente para ahorcar a un hombre, ya podríamos ir a comprar la cuerda.

Jack Diebold dijo:

—Es amigo tuyo, ¿verdad? ¿Por eso te has metido en esto?

Habíamos salido de la casa de Tillary ya al anochecer. Recuerdo que todavía había luz, pero eso era porque estábamos en julio y en julio sigue habiendo luz bien entrada la noche. Apagué las luces y guardé la botella de Wild Turkey. No quedaba mucho. Diebold bromeó diciendo que debería limpiar mis huellas de la botella y de los vasos que habíamos usado.

Condujo su propio coche, un Ford Fairlane bastante oxidado. Él eligió el sitio; un lujoso restaurante de marisco y carnes cerca del puente de Verrazano. Lo conocían y me dio la impresión de que no nos cobrarían nada. La mayoría de los policías tienen una serie de restaurantes en los que pueden tomar gratis varios platos. Eso les molesta a algunas personas, aunque nunca he entendido por qué.

Comimos bien: cócteles de langostino, solomillos, panecillos de centeno calientes y patatas asadas rellenas.

—Cuando éramos pequeños —dijo Diebold— se decía que un hombre que comía así era un hombre que se cuidaba. Nunca oías una palabra sobre el jodido colesterol. Pero ahora no se oye hablar de otra cosa.

—Ya.

—Tenía un compañero, no sé si lo llegaste a conocer. Ferry O'Bannon. ¿Lo conoces?

—Creo que no.

—Bueno, pues le dio por cuidarse. Empezó por dejar de fumar. Yo nunca he fumado, así que nunca he tenido que dejarlo, pero él lo dejó y luego fue una cosa tras otra. Perdió mucho peso, cambió su dieta, empezó a correr. Tenía un aspecto espantoso, estaba todo demacrado. ¿Sabes lo que te digo? Pero estaba feliz, estaba encantado consigo mismo. Ya no bebía, únicamente pedía

cerveza y se la tomaba muy despacio, o a lo mejor se tomaba una y luego agua con gas. De esa francesa. ¿Perrier?

—Ajá.

—Muy popular de repente, pero no es más que agua y cuesta más que una cerveza. Pues cuando lo entiendas, a ver si me lo puedes explicar: se pegó un tiro.

—¿O'Bannon?

—Sí. No digo que tenga relación el perder peso y empezar a beber agua con gas con darse un tiro. Pero ya sabes, esta vida que llevamos y las cosas que vemos hacen que un poli acabe comiéndose su pistola. Ya me entiendes, ¿no?

—Te entiendo.

Me miró.

—Sí —dijo—. Claro que me entiendes.

Y entonces la conversación dio un giro en otra dirección y un rato después, con un plato de tarta de manzana caliente cubierta de queso Cheddar, delante de Diebold, y dos tazas de café, una para cada uno, él volvió a sacar el tema de Tillary y a preguntarme si era mi amigo.

—Una especie de amigo —dije—. Lo conozco de los bares.

—Ella vive en tu barrio, ¿no? La novia, he olvidado su nombre.

—Carolyn Cheatham.

—Ojalá fuera su única coartada. Pero, aunque se hubiera apartado de ella unas horas, ¿qué estuvo haciendo su mujer durante el robo? ¿Esperando a que Tommy llegara a casa para matarla? A ver, supongamos que ella se esconde debajo de la cama mientras ellos desvalijan el dormitorio y dejan sus huellas por todas partes. Cuando se marchan, ella llama a la poli, ¿no?

—Él no podría haberla matado.

—Lo sé y eso me desespera. ¿Cómo puede caerte bien?

—No es un mal tío. Y además, Jack, estoy cobrando por esto. Le estoy haciendo un favor, pero me están pagando por ello. Aunque es un desperdicio de mi tiempo y de su dinero porque vosotros no tenéis nada contra él; no lo podéis acusar.

—No.

—No, ¿verdad?

—No nos podemos ni acercar. —Comió un pedazo de tarta y bebió café—. Me alegro de que te estén pagando. No solamente porque me gusta ver que un tío sabe ganarse el pan, sino porque odiaría ver que te estás dejando las pelotas por él gratis.

—No me estoy dejando nada.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Se me escapa algo, Jack?

—¿Eh?

—¿Qué hizo? ¿Robar pelotas de béisbol de la Liga Atlética de la Policía? ¿Por qué le tienes tanta manía?

Él se quedó pensativo. Su mandíbula se movía inquieta. Frunció el ceño.

—Vale, te lo diré —dijo al rato—. Es un farsante.

—Bueno, vende acciones y mierda de esa por teléfono. Claro que es un farsante.

—Pero es más que eso. No sé cómo explicártelo para que tenga sentido, pero, joder, tú has sido poli. Ya sabes que a veces tenemos como presentimientos, sensaciones.

—Por supuesto.

—Pues yo tengo como un presentimiento con ese tío. Hay algo en él que no me gusta, algo que tiene que ver con la muerte de la mujer.

—Te diré lo que es —le dije—. Está feliz de que haya muerto, pero está fingiendo que no lo está. Su muerte lo ha librado de un lío y está contento por eso, pero está actuando como un moralista hijo de puta y eso es lo que a ti te mosquea.

—A lo mejor, en parte, es eso.

—Yo creo que lo es todo. Tú notas que está actuando como si se sintiera culpable. Y lo está. Se siente culpable. Se alegra de que esté muerta, pero a la vez vivió con esa mujer... no sé, he olvidado cuántos años, pero compartió una vida con ella mientras una parte de él actuaba como un marido y la otra la estaba engañando...

—Ya, ya, ya te sigo.

—¿Y?

—Hay algo más.

—Pero ¿por qué tiene que haber más? Mira, a lo mejor sí que lo planeó todo con Cruz y con el otro, ¿cómo se llama...?

—Hernández.

—No, Hernández no. ¿Cómo coño se llama?

—Ángel. Ojos de ángel.

—Herrera. A lo mejor lo preparó todo para que entraran en la casa, para que cometieran el robo. Y a lo mejor, en su interior, contaba con que, de paso, pudieran acabar con ella.

—Continúa.

—Pero lo dudo. Creo que simplemente se siente culpable por haber deseado que la mataran o por haberse alegrado de ello una vez que ocurrió. Tú estás percibiendo ese sentimiento de culpabilidad y por eso quieres pensar que él es el asesino.

—No.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de estar seguro de nada. Mira, que me alegro de que estés cobrando por esto. Espero que le salgas por un pastón.

—No es para tanto.

—Bueno, pues desplúmalo todo lo que puedas. Porque al menos le está costando dinero y es dinero que no tendría ni que pagar porque nosotros no podemos tocarlo. Incluso aunque esos dos cambiaran la historia, aunque admitieran el asesinato y dijeran que lo planearon con él, no tendríamos suficiente para acusarlo. Y ellos no van a cambiar su versión y de todos modos, ¿quién iba a contratarlos/a ellos para cometer un asesinato? Y, ¿cómo iban ellos a aceptar ese tipo de trabajo? Sé que ellos no lo harían. Cruz es un miserable, un pequeño cabrón, pero Herrera es un tonto y... ¡mierda!

—¿Qué?

—No puedo soportar que se salga con la suya.

—Pero él no lo hizo, Jack.

—Se va a librar —dijo— y odio tener que verlo. ¿Sabes lo que quiero? Ojalá se salte un semáforo en rojo en ese tanque que lleva. ¿Qué es? ¿Un Buick?

—Creo que sí.

—Espero que se salte un semáforo y que lo pueda pillar por eso, eso es lo que espero.

—¿Es eso a lo que se dedica últimamente el Departamento de Homicidios de Brooklyn? ¿A los asuntos de tráfico?

—Espero que eso ocurra —dijo—. Solamente te digo eso.

12

Diebold insistió en llevarme a casa. Cuando dije que tomaría el metro, me dijo que no fuera ridículo, que ya era medianoche y que no estaba en condiciones de usar el transporte público.

—Te quedarás dormido —dijo— y algún vagabundo te quitará los zapatos.

Y probablemente tenía razón. De hecho, me dormí en el camino de vuelta a Manhattan y me desperté cuando se detuvo en la esquina de la Cincuenta y Siete con la Novena. Le di las gracias y le pregunté si tenía tiempo de tomarse una copa antes de irse.

—Me parece que ya es suficiente —dijo—. Ya no puedo salir toda la noche como hacía antes.

—Bueno, yo creo que también lo dejo por esta noche —dije.

Pero no lo hice. Vi como se marchaba, comencé a caminar hacia mi hotel, pero giré y doblé la esquina que me llevaba al Armstrong's. Estaba casi vacío. Entré y Billie me saludó con la mano.

Fui hacia la barra. Y allí estaba ella, sola, con la cabeza agachada mirando dentro de su vaso. Carolyn Cheatham. No la había visto desde aquella noche en la que me había ido a su casa con ella.

Mientras estaba intentando decidir si decirle algo o no, ella levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Su rostro parecía estar paralizado por algún dolor persistente. Tuvo que parpadear una o dos veces hasta reconocermelo y, cuando lo hizo, un músculo se tensó en su mejilla y las lágrimas empezaron a formarse en los rabillos de sus ojos. Las secó con el dorso de su mano. Había estado llorando antes; había un pañuelo de papel arrugado sobre la barra, manchado de máscara de pestañas negra.

—Mi amigo, el que bebe burbon —dijo ella—. Billie, este hombre es un caballero. ¿Puedes traerle a mi amigo, el caballero, un buen vaso de burbon?

Billie me miró. Yo asentí. Me trajo un poco de burbon y una taza de café solo.

—Te he llamado mi amigo, el caballero —dijo Carolyn Cheatham—, pero no lo digo con ninguna intención. —Pronunciaba sus palabras con el deliberado cuidado de un borracho—. Eres un amigo y un caballero, pero no un amigo caballeroso.

Bebí un poco de burbon y vertí otro poco en el café.

—Billie —dijo ella—, ¿sabes por qué se puede decir que el señor Scudder es un caballero?

—Porque siempre desnuda a su dama sin quitarse el sombrero.

—Porque bebe burbon —dijo ella.

—¿Y eso lo hace un caballero, eh, Carolyn?

—Lo hace ser distinto de un hipócrita hijo de puta, bebedor de güisqui escocés.

No habló en voz alta, pero su tono fue suficiente como para cortar las otras conversaciones

que se estaban manteniendo por el bar. Únicamente había tres o cuatro mesas ocupadas y la gente que estaba sentada en ellas eligió el mismo momento para dejar de hablar. Por un instante, la música de la cinta se oía sorprendentemente alta. Era una de las pocas piezas que podía identificar; era uno de los conciertos de Brandeburgo. Allí los ponían tanto que hasta fui capaz de reconocerlo.

Entonces Billie dijo:

—Supón que un hombre bebe güisqui irlandés, Carolyn. ¿Qué dice eso de él?

—Que es irlandés —respondió ella.

—Tiene sentido.

—Estoy bebiendo burbon —dijo ella y empujó su copa hacia delante—. ¡Maldita sea! Soy una dama.

Él la miró a ella y luego me miró a mí. Yo asentí, él se encogió de hombros y le llenó el vaso.

—Yo invito —dije.

—Gracias —respondió ella—. Gracias, Matthew. —Sus ojos empezaron a humedecerse y ella sacó un pañuelo limpio de su bolso.

Quería hablar de Tommy. Dijo que él se estaba portando bien con ella. Que la llamaba, que le mandaba flores. Pero que no serviría de nada que ella montara una escena en la oficina y que él tenía que tratarla bien para no ponerla en su contra porque podría tener que testificar cómo pasó la noche en la que asesinaron a su mujer.

Sin embargo, no quedaba con ella porque decía que no estaría bien. No para un hombre que se acababa de quedar viudo; no para un hombre que había sido prácticamente acusado de cómplice en la muerte de su esposa.

—Envía flores sin tarjeta —dijo ella—. Me llama desde teléfonos públicos. El muy hijo de puta.

—A lo mejor el florista olvidó meter la tarjeta.

—Venga, Matt. No lo disculpes.

—Y está en un hotel, así que está claro que utiliza un teléfono público.

—Pero podría llamar desde su habitación. Dijo que no quería que la llamada pasara por la centralita del hotel, por si acaso la teleoperadora estaba escuchando. No había tarjeta con las flores porque no quiere que se refleje nada por escrito. Vino a mi apartamento la otra noche, pero dice que nadie puede verlo conmigo, que no puede salir conmigo y... ¡oh! ¡Qué hipócrita! ¡Qué bebedor de güisqui, hijo de puta!

Billie me llamó para que me apartara y decirme algo.

—No querría echarla —dijo—. No a una mujer tan agradable y en el estado en que está, pero creo que tengo que hacerlo. ¿Puedes asegurarte de que llega bien a su casa?

—Claro.

Primero tuve que dejarla que nos invitara a otra ronda. Ella insistió. Después la saqué de allí y juntos doblamos la esquina que daba a su edificio. Iba a llover, se podía oler en el aire y, cuando pasamos del aire acondicionado del Armstrong's a la sofocante humedad que anuncia una tormenta de verano, pareció embargada por la aflicción. Me agarró del brazo mientras caminábamos, se aferró a él casi con desesperación. En el ascensor, se dejó caer de espaldas contra la pared.

—Oh, Dios —dijo.

Le cogí las llaves y abrí la puerta. La metí dentro. Se quedó en el sofá, medio sentada, medio

tumbada. Tenía los ojos abiertos, pero no sé si llegaba a ver algo. Tuve que usar el baño y cuando volví sus ojos estaban cerrados y ella roncaba suavemente.

Le quité los zapatos, la llevé a una silla, me peleé con el sofá hasta que logré convertirlo en cama y la tendí sobre él. Supuse que tenía que aflojarle la ropa, pero ya que estaba, la desvestí completamente. Permaneció inconsciente todo ese rato y recordé lo que un trabajador de una funeraria me contó una vez sobre lo difícil que era vestir y desvestir a los muertos. Sentí náuseas ante la imagen y pensé que iba a vomitar, pero me senté y mi estómago se calmó.

La cubrí con la sábana y me volví a sentar. Había una cosa más que hubiera querido hacer, pero no pude saber qué era. Intenté pensar y supongo que acabé quedándome dormido. No creo que fueran más de unos pocos minutos; solamente el tiempo suficiente para perderme en un sueño que se desvaneció en el momento en que abrí los ojos y parpadeé.

Salí de allí. Su puerta tenía una cerradura de resbalón. Había un pestillo añadido que se podía echar con la llave para más seguridad, pero me limité a cerrarla. Con eso ya estaba razonablemente segura. Cogí el ascensor, bajé y salí a la calle.

No había empezado a llover. En la esquina de la Novena Avenida pasó un hombre haciendo *footing*, corría obstinadamente hacia el norte, a la contra del poco tráfico que había en aquel momento. Su camiseta estaba impregnada de sudor y el hombre parecía que fuera a caerse. Pensé en O'Bannon, el antiguo compañero de Jack Diebold, que se puso en forma antes de volarse los sesos.

Y entonces recordé lo que había querido hacer en el apartamento de Carolyn. Había estado pensando en llevarme la pequeña pistola que le había dado Tommy. Si iba a beber tanto y a deprimirse de ese modo, lo que menos necesitaba era tener un arma en la mesilla de noche.

Pero la puerta estaba cerrada. Y ella estaba inconsciente, no iba a despertarse y a suicidarse.

Crucé la calle. El cierre del Armstrong's estaba medio echado y las luces de fuera estaban apagadas, pero dentro había luz. Me acerqué. Vi que las sillas estaban encima de las mesas, listas para que el chico dominicano que llegaba a primera hora de la mañana barrierá el bar. Al principio no vi a Billie, pero luego lo vi sentado en un taburete al final de la barra. La puerta estaba cerrada, pero él me vio y vino a abrirme.

Volvió a cerrar con llave cuando entré, me acompañó a la barra y se metió detrás. Sin decirle nada, me sirvió un vaso de burbon. Lo rodeé con mi mano, pero no lo levanté de la barra.

—Ya no me queda café —dijo él.

—Vale. Ya no quería tomar más.

—¿Está bien? ¿Carolyn?

—Bueno, mañana tendrá una buena resaca.

—Casi todo el mundo que conozco tendrá resaca mañana —dijo—. Hasta puede que yo tenga resaca mañana. Va a llover, así que creo que me quedaré en casa y me inflaré a aspirinas.

Alguien aporreó la puerta. Billie hizo un gesto con la cabeza, indicándole que se fuera. El hombre volvió a llamar. Billie lo ignoró.

—¿Pero es que no ven que está cerrado? —protestó—. Aparta ese dinero, Matt. Estamos cerrados. La caja registradora está cerrada. Esto es como una fiesta privada. —Alzó su vaso hacia la luz y lo miró—. Un color precioso —dijo—. Qué graciosa, Carolyn. Así que uno que bebe burbon es un caballero y uno que bebe güisqui es un... ¿Qué dijo que era uno que bebía güisqui?

—Creo que dijo hipócrita.

—Y luego va y me dice que uno que bebe güisqui irlandés es irlandés.

—Bueno, fuiste tú el que lo preguntó.

—En lo que sí se convierte uno que bebe güisqui irlandés es en un borracho, pero un borracho simpático. Yo solo me emborracho de la manera más agradable posible. ¡Vaya, Matt! ¡Jesús! Estos son los mejores momentos del día. Puedes quedarte con tu Morrissey's. Esto es como tener tu *after hours* privado, ¿sabes? El garito vacío y oscuro, la música apagada, las sillas sobre las mesas, una o dos personas haciéndote compañía, y un cerrojo separándonos del resto del mundo. Genial, ¿eh?

—No está mal.

—No, no lo está.

Estaba llenándome el vaso. Aunque, no recordaba haber bebido nada.

—¿Sabes? Mi problema es que no puedo irme a casa —dije.

—Eso fue lo que dijo Thomas Wolfe: «No puedes volver a casa otra vez». Ese problema lo tiene todo el mundo.

—No, pero yo lo digo en serio. Mis pies siempre me llevan a un bar. He estado en Brooklyn, he llegado a casa tarde, estaba cansado, ya estaba casi a punto de irme a la cama, he empezado a caminar hacia mi hotel, pero he doblado la esquina y he venido aquí. Y luego la he llevado a dormir, a Carolyn, y he tenido que salir corriendo antes de quedarme dormido en su silla; pero en lugar de irme a casa, como habría hecho toda persona normal, he vuelto aquí como una paloma mensajera atontada.

—Pues eres una golondrina y esto es Capistrano.

—¿Es eso lo que soy? Ya no sé qué más soy.

—Venga, no digas gilipolleces. Eres un tío, eres un ser humano. Otro pobre hijo de puta que no quiere estar solo cuando el antro sagrado cierra.

—¿El qué? —Comencé a reírme—. ¿Eso es lo que es este sitio? ¿El antro sagrado?

—¿No conoces esa canción?

—¿Qué canción?

—La canción de Van Ronk: «Y así hemos pasado otra noche...». —Se detuvo—. Joder, no puedo cantarla, no me sale el tono. *Last Call*, de Dave van Ronk. ¿No la conoces?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Dios! —dijo—. Tienes que oírla. ¡Joder! Tienes que oír esta canción. Es de lo que hemos estado hablando y, por encima de todo, es el jodido himno nacional. Venga.

—Venga ¿qué?

—Venga —dijo. Sacó un bolso de mano de las Aerolíneas Piedmont y salió de la barra con dos botellas sin abrir, una de su apreciado Jameson de doce años y otra de Jack Daniel's—. ¿Te parece bien? —me preguntó.

—¿Bien para qué?

—Para echártela por la cabeza y usarla como matapijos. ¿Para qué crees? Para bebería. Has estado tomando Forrester, pero no puedo encontrar ninguna botella cerrada y Ta ley no permite sacar a la calle botellas de alcohol sin el precinto.

—¿Existe esa ley?

—Debería. Nunca robo botellas abiertas ¿Podrías responder a mi pregunta? ¿Te parece bien el Jack Black?

—Pues claro que me parece bien, pero ¿adónde demonios vamos?

—A mi casa —respondió—. Tienes que oír ese disco.

—Los camareros beben gratis —dijo—. Incluso en casa. Es un incentivo. A otros les dan planes de pensiones o seguros dentales. Nosotros tenemos todo el alcohol que podemos robar. Te va a encantar esta canción, Matt.

Estábamos en su apartamento, un estudio en forma de «L» con suelos de madera y una chimenea. Vivía en el piso veintidós y su ventana daba al sur. Tenía una buena vista del Empire State Building y, más a la derecha, del World Trade Center.

Estaba escasamente amueblado. Tenía una cama y un aparador de mica blanca en el hueco habilitado para dormir y un sofá y una silla en medio de la habitación. Libros y discos desbordaban una estantería y se amontonaban formando columnas sobre el suelo. Había partes del equipo de música por todo el estudio: un tocadiscos sobre una de esas cajas que se utilizan para guardar las botellas de leche de cristal y altavoces por el suelo.

—¿Dónde lo habré puesto? —se preguntó Billie.

Fui hacia la ventana y contemplé la ciudad. Llevaba reloj, pero preferí no mirarlo porque no quería saber qué hora era. Supongo que debían de ser cerca de las cuatro. Aún no había empezado a llover.

—Aquí está —dijo, con el disco en la mano—. Dave van Ronk. ¿Lo conoces?

—Jamás había oído ese nombre.

—Tiene nombre holandés, físicamente parece irlandés y al cantar *blues* suena como un negro. También lleva un guitarrista, pero en este tema no toca nada. *Last Call*. La canta al fresco.

—Muy bien.

—No, al fresco, no. He olvidado esa expresión. ¿Cómo se dice cuando cantas sin acompañamiento?

—¿Y qué más da?

—¿Cómo se me puede olvidar algo así? Tengo una memoria que parece un puto colador. Te va a encantar esta canción.

—Me encantará si es que alguna vez puedo oírla.

—A capela. Eso es. A capela. En cuanto he dejado de pensar en ello, se me ha venido a la cabeza ¿Dónde he puesto el irlandés?

—Justo detrás de ti.

—Gracias. ¿Te apetece el Daniel's? Lo tienes justo ahí. Vale, escucha esto. ¡Huy! Me he equivocado de ranura al poner la aguja. Es la última del disco. Como tiene que ser. Porque después de esto, no podría venir nada más. Escucha.

Y así hemos tenido otra noche
de poesía y poses,
y cada hombre sabrá que estará solo
cuando cierre el antro sagrado.

La melodía sonaba como una canción tradicional irlandesa. Era cierto que el cantante cantaba sin acompañamiento. Tenía una voz áspera, pero delicada.

—Ahora escucha esto —dijo Billie.

Y así nos beberemos la última copa,
a su salud y a su pesar,
y esperaremos que el entumecimiento dure
hasta que vuelva a abrir mañana.

—¡Jesús! —exclamó Billie.

Y cuando volvemos a tropezar
como bailarines paralíticos.
cada uno sabe la pregunta que debe formular
y cada uno sabe la respuesta.

Tenía una botella en una mano y un vaso en la otra. Me serví un trago mientras Billie decía:
—Atento a lo que viene ahora.

Y así nos beberemos la última copa,
la que corta el cerebro en pedazos,
donde las respuestas no significan nada
y ya no hay preguntas.

Billie estaba diciendo algo, pero sus palabras se perdían. Lo único que se oía era la canción.
El otro día rompí mi corazón,
mañana se recuperará.

Si hubiera estado borracho cuando nací,
desconocería lo que es el dolor.

—Ponla otra vez —dije.

—Espera. Hay más.

Y así beberemos después de hacer el último brindis.

el que nunca se puede decir,
por el corazón que es lo suficientemente sabio
como para saber cuándo está mucho mejor roto.

—¿Y? —preguntó.

—Quiero escucharla otra vez.

—«Tócala otra vez, Sam. La tocaste para ella, ahora tócala para mí. ¡Tócala!» ¿No es genial?

—Otra vez, por favor.

La escuchamos unas cuantas veces más. Al final, él quitó el disco, lo metió en su funda y me preguntó si entendía por qué me había llevado hasta su casa y me había puesto el disco. Yo me limité a asentir.

—Escucha —dijo—. Puedes quedarte a dormir, si quieres. Ese sofá es más cómodo de lo que parece.

—Me iré a casa.

—No sé... ¿Está lloviendo ya? —Miró por la ventana—. No, pero podría empezar de un momento a otro.

—Correré el riesgo. Quiero estar en mi cama cuando me despierte.

—Tengo que respetar a un hombre que puede hacer planes a tan largo plazo. ¿Estás bien como para salir a la calle? Sí, seguro que estás bien. Toma, te daré una bolsa de papel para que te lleves a casa el Jack Daniel's. O toma, el bolso de mano. Así parecerá que eres un piloto.

—No, quédatela, Billie.

—¿Y qué voy a hacer yo con ella? Yo no bebo burbon.

—Ya he bebido suficiente.

—Pero a lo mejor te apetece un trago antes de irte a dormir. O a lo mejor te apetece mañana por la mañana. Venga, es como si hubieras estado en un restaurante y te llevaras las sobras en una bolsa. ¡Por Dios! ¿Desde cuándo te has vuelto tan fino como para no llevarte a casa la bolsa con las sobras?

—Es que alguien me dijo que es ilegal sacar a la calle una botella abierta.

—No te preocupes. En tu caso sería la primera vez que cometes un delito. Tendrías todas las de ganar para que te dejaran en libertad condicional. Matt. Gracias por venir.

Volví a casa con las frases de la canción resonando en mi cabeza. «Si hubiera estado borracho cuando nací, desconocería lo que es el dolor». ¡Jesús!

Volví a mi hotel, subí las escaleras sin parar antes en la recepción para comprobar si tenía mensajes. Me quité la ropa, la tiré en la silla, bebí un trago de la botella y me metí en la cama.

Cuando me estaba quedando dormido, la lluvia comenzó a caer.

13

La lluvia no cesó en todo el fin de semana. Estaba azotando mi ventana cuando abrí los ojos el viernes al mediodía, pero debió de ser el teléfono lo que me despertó. Me senté en el borde de la cama, pero decidí no responder y después de unos tonos, dejó de sonar.

La cabeza me dolía a rabiar y parecía que me hubieran disparado en la tripa. Me volví a tumbar, aunque me incorporé inmediatamente cuando la habitación comenzó a dar vueltas. En el baño me tomé un par de aspirinas con medio vaso de agua, pero las vomité.

Recordé la botella que me había dado Billie. La busqué y al final la encontré metida en el bolso de mano. No recordaba haberla metido allí después del último trago de la noche, pero bueno, había muchas otras cosas que tampoco recordaba, como la mayor parte de mi camino de vuelta al hotel. Esa especie de laguna temporal no me preocupaba demasiado. Después de haber hecho un viaje en coche era imposible recordar todas las vallas publicitarias, todos los kilómetros de la autopista. ¿Por qué tendría uno que preocuparse por recordar cada minuto de su vida?

Me había bebido tres tercios de la botella y eso me sorprendió. Podía recordar haber tomado un vaso con Billie mientras escuchábamos el disco y, luego, un trago antes de apagar las luces. Ahora no me apetecía beber más, pero con el alcohol ocurre que unas veces te apetece y otras lo necesitas. A mí me pasaba lo último. Eché un poco en el vaso de agua y temblé cuando lo tragué. Tampoco pude retenerlo en mi estómago, pero al menos me sirvió para asentármelo un poco para que el siguiente trago sí que se quedara allí. Y entonces, ya pude tomarme las aspirinas con otro medio vaso de agua sin vomitarlas.

«Si hubiera estado borracho cuando nací...»

Me quedé allí, en mi habitación. El tiempo me estaba dando motivos para no salir, pero de todos modos tampoco necesitaba ningún pretexto. Tenía la clase de resaca de la que sabía que me tenía que ocupar con respeto. Si alguna vez me hubiera encontrado así de mal sin haber bebido la noche antes, me habría ido directo al hospital. Así que allí me quedé y cuidé de mí mismo como si fuera un hombre con una enfermedad, lo cual, ahora, en retrospectiva, resultó ser más que una metáfora.

El teléfono volvió a sonar por la tarde. Podría haber dicho en recepción que no me pasaran las llamadas, pero ni siquiera me sentía con ganas de molestarme en llamar y pronunciar esas palabras. Me parecía más fácil dejar que el teléfono sonara.

Sonó una tercera vez cuando cayó la noche y en esa ocasión contesté. Era *Skip Devoe*.

—Te estaba buscando —dijo—. ¿Vas a salir luego?

—No me apetece salir con la que está cayendo.

—Sí, está cayendo bien otra vez. Parecía que había amainado, pero ahora está diluviando. El tío del tiempo dice que va a seguir así. Ayer vimos a esos tipos.

—¿Ya?

—Pero no a los de los sombreros negros, no a los malos. Vimos a los abogados y a los contables. Nuestro contable va armado con lo que él llama «un revólver judío». ¿Sabes lo que es?

—Una pluma estilográfica.

—Ya lo habías oído, ¿eh? Bueno, pues nos dijeron lo que ya sabíamos, lo cual es tremendo, teniendo en cuenta que nos cobrarán por el consejo. Tenemos que pagar.

—Bueno, es lo que os imaginabais.

—Sí, pero eso no significa que me guste. Volví a hablar con ese tipo, con el señor Voz por Teléfono. Le dije a Tommy que necesitábamos el fin de semana para encontrar el dinero.

—¿Se lo has contado a Tillary?

—¿Tillary? ¿De qué estás hablando?

—Acabas de decir...

—Ah, ya. No había caído en el apellido. No, no a Tillary. Simplemente he dicho Tommy, como podría haber dicho Teddy o cualquier otro nombre que empezara por «t». Aunque ahora no se me ocurra ninguno. Dime más nombres que empiecen por «t».

—¿Es necesario?

Hubo una pausa.

—No pareces muy animado —dijo—.

—Keegan me tuvo hasta el amanecer escuchando discos —dije—. Todavía no me he recuperado del todo.

—Keegan, ¡será cabrón! —dijo—. Todos le damos bien, pero él va a acabar matándose.

—Sí que le da.

—Sí. Escucha, no quiero entretenerte. Solamente quiero saber si estarás libre el lunes. Día y noche. Porque creo que es cuando vamos a mover este asunto. Si tenemos que hacerlo, quiero que sea cuanto antes.

—¿Y qué quieres que haga?

—Eso ya lo hablaremos. De momento, intenta solucionar lo del lunes, ¿vale?

¿Qué tenía que hacer el lunes? Aún seguía trabajando para Tommy Tillary, pero no me preocupaba mucho el tiempo que le dedicara. Mi conversación con Jack Diebold había confirmado lo que me suponía, que estaba malgastando mi tiempo y el dinero de Tillary, que no tenían caso contra él y que lo más probable era que jamás lo pudieran acusar de nada. Además, la diatriba de Carolyn Cheatham me había dejado sin muchas ganas de hacer nada por Tommy ni de sentirme culpable por sacarle el dinero.

Tenía que decirle un par de cosas a Drew Kaplan la próxima vez que lo viera. E investigaría algo más por el camino. Pero no dedicaría muchas más horas en los bares y bodegas de Sunset Park.

Le dije a Skip que el lunes estaría libre.

Más tarde aquella noche, llamé a la tienda de licores de enfrente. Pedí dos litros de Early Times y les dije que el chico de los recados se pasara por la tienda de ultramarinos y me trajera seis

cervezas y algunos sándwiches. Me conocían y sabían que les daría una buena propina por mandarme al chico con ese servicio especial. Sabían que merecería la pena. Y a mí también me mereció la pena.

Me lo tomé con calma. Primero me bebí una lata de cerveza y me comí medio sándwich. Me di una ducha caliente y eso me ayudó. Luego acabé el resto del sándwich y me bebí otra lata de cerveza.

Me fui a dormir y cuando desperté puse la tele y vi a Bogart y a Ida Lupino, creo, en *El último refugio*. No le presté demasiada atención a la película, pero me hizo compañía. De vez en cuando me acercaba a la ventana y veía llover. Me comí parte de otro sándwich, bebí un poco más de cerveza y le di un trago a la botella de burbon. Cuando la película acabó, apagué la tele, me tomé un par de aspirinas y volví a la cama.

El sábado fue un poco más movido. Volví a necesitar beber nada más despertarme. Di un pequeño trago y, en aquella ocasión, no vomité. Me di una ducha, me bebí una última lata de cerveza, bajé y desayuné en el Red Flame. Dejé la mitad de los huevos, pero me comí las patatas y una doble ración de tostadas de pan de centeno y bebí mucho café. Leí el periódico, o lo intenté. No lograba entender lo que estaba leyendo.

Después del desayuno me paré en McGovern's para una rápida. Luego doblé la esquina en dirección a San Pablo y me senté allí, en la agradable tranquilidad, durante media hora aproximadamente.

Luego regresé al hotel.

Vi el partido de béisbol en mi habitación y un combate de lucha en el Wide World of Sports, además del campeonato mundial de pulsos y unas mujeres que hacían una exhibición de algo parecido al esquí acuático. Lo que estaban haciendo era evidentemente difícil, pero no demasiado interesante como para verlo. Apagué la tele y me marché. Me paré en el Armstrong's y charlé con algunas personas, luego fui al Joel Farrell's a tomarme un cuenco de chile picantísimo y unas cervezas Carta Blanca.

Me tomé un brandi con el café antes de volver al hotel a pasar la noche. En la habitación tenía demasiado burbon como para que me llegara hasta el domingo, pero me detuve y compré unas cervezas porque casi se me habían acabado y las tiendas no pueden venderlas antes del mediodía los domingos. Nadie sabe por qué. A lo mejor las iglesias están detrás del asunto, a lo mejor quieren que los fieles aparezcan con sus resacas, a lo mejor es más fácil vender el arrepentimiento a los que están más afligidos.

Bebí y vi películas. Me quedé dormido delante de la televisión, me desperté en mitad de una película bélica, me di una ducha, me afeité y me senté en ropa interior a ver el final de esa película y el principio de otra mientras bebía burbon y cerveza hasta volver a quedarme dormido.

Cuando desperté otra vez, ya era domingo por la tarde y seguía lloviendo.

Alrededor de las tres y media el teléfono sonó. Contesté al tercer tono y dije hola.

—¿Matthew? —Era una mujer y, por un instante, pensé que era Anita. Luego ella dijo—: Te llamé anteayer, pero no lo cogiste. —En su voz aprecié el *tarheel*^[17]—. Quiero darte las gracias.

—No tienes nada que agradecerme, Carolyn.

—Quiero darte las gracias por ser un caballero —dijo ella y se rio delicadamente—. Un caballero bebedor de burbon. Me parece recordar haber hablado mucho de eso.

—Por lo que yo recuerdo, te mostraste bastante elocuente.

—Y también lo hago al tratar otros temas. Me disculpé ante Billie por no comportarme como una dama y me dijo que no pasaba nada, pero eso es lo que dicen todos los camareros, ¿no? Quiero darte las gracias por acompañarme a casa. —Hubo una pausa—. Ah, ¿nosotros...?

—No.

Un suspiro.

—Bien. Me alegro, pero solamente porque odiaría no recordarlo. Espero no haberme comportado de un modo vergonzoso, Matthew.

—Estuviste perfecta.

—Claro que no estuve perfecta. Eso lo recuerdo. Matthew, dije cosas muy duras sobre Tommy. Estuve hablando pestes de él y espero que sepas que lo hice únicamente porque había bebido.

—Jamás pensé otra cosa.

—Él me trata bien. Es un buen hombre. Tiene sus defectos. Es fuerte, pero tiene debilidades.

Una vez, en el velatorio de un compañero policía, oí a una mujer irlandesa hablar así de la bebida: «Sí, es la debilidad de un hombre fuerte».

—Se preocupa por mí —dijo Carolyn—. No hagas caso de lo que dije.

Le dije que nunca había dudado que él se preocupara por ella y que tampoco tenía muy claro lo que había dicho o dejado de decir aquella noche, que esa noche yo también había bebido bastante.

El domingo por la noche caminé hasta el Miss Kitty's. Una fina lluvia estaba cayendo.

Me había pasado por el Armstrong's primero, un momento, y el Miss Kitty's tenía el mismo ambiente de domingo por la noche. Un montón de clientes habituales y gente del barrio creaban un escenario que era la otra cara de la moneda del esperado viernes por la tarde. Junto a la máquina de discos una chica cantaba una canción que decía algo sobre un par de patines recién estrenados. Su voz parecía no encajar en las notas y encontraba sonidos que ni siquiera estaban en la escala.

No conocía al camarero. Cuando pregunté por Skip, señaló hacia el despacho que había en la parte trasera.

Skip estaba allí y también su socio. John Kasabian tenía una cara redonda y llevaba gafas con montura de acero y lentes circulares que aumentaban el tamaño de sus ojos oscuros y hundidos. Sería de la misma edad de Skip, pero parecía más joven, parecía el típico niño sabiondo. Tenía ambos antebrazos tatuados, pero en absoluto tenía el aspecto de la clase de persona que se tatuaba.

Uno de los tatuajes era la clásica representación de una serpiente enrollada alrededor de una daga que rondaba lo chabacano. La serpiente estaba lista para atacar y de la punta de la daga caía sangre. El otro tatuaje era más sencillo, hasta de buen gusto: una pulsera rodeándole la muñeca derecha.

—Si al menos me lo hubiera hecho en la otra muñeca —había dicho—, habría podido tapanlo con el reloj.

No sé cómo se sentiría en realidad por los tatuajes. Fingía desdén por ellos, desprecio por el joven que había elegido marcarse a sí mismo y parecía sentirse realmente avergonzado de ellos. Sin embargo, en ocasiones daba la impresión de sentirse orgulloso de llevarlos.

Yo no lo conocía tan bien. Su personalidad no era tan abierta como la de Skip. No le gustaba ir de bares, no hacía el turno de noche y no era el bebedor que era su socio. Le gustaba tomar cerveza, pero no le daba a la botella tanto como Skip.

—Matt —dijo, y señaló hacia una silla—. Tenemos que estar aquí a las ocho en punto. El teléfono va a sonar.

—¿Y?

—Nos han dado instrucciones. Tengo que tener un coche preparado. Es parte de las instrucciones.

—¿Tienes coche?

—Tengo mi coche, lo puedo tener preparado en cualquier momento.

—¿Y John tiene coche?

—Lo sacaré del garaje —dijo John—. ¿Crees que deberíamos llevar dos coches?

—No sé. Te dijo que tuvieras un coche y supongo que te dijo que tuvieras el dinero listo...

—Sí, por muy raro que parezca, sí que mencionó algo al respecto.

—... pero no dijo nada de a dónde quiere que conduzcas.

—No.

Pensé en ello.

—Lo que me preocupa...

—Es que caigamos en alguna encerrona.

—Eso es.

—Yo tengo la misma preocupación. Nos exponemos mucho, salimos ahí fuera y pueden dispararnos. Pagar un rescate ya es malo, pero ¿quién nos dice que vayan a darnos lo que estamos pagando? Podría tratarse de un secuestro y podrían liquidarnos mientras nos tienen retenidos.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—No sé. «Los muertos no hablan». Eso dicen, ¿no?

—Puede, pero el asesinato atrae a la poli. —Estaba intentando concentrarme y no estaba pensando con la claridad que me hubiera gustado. Pregunté si podía tomar una cerveza.

—¡Por Dios! Pero ¿dónde están mis modales? ¿Qué quieres? ¿Burbon o una taza de café?

—Creo que una cerveza.

Skip fue a buscarla. Mientras, su socio dijo:

—Esto es una locura. Es surrealista, ¿sabes? Libros de cuentas robados, extorsión, voces por teléfono. No tiene nada de realidad.

—Supongo que no.

—El dinero en sí no tiene nada de real. No logro entenderlo. El número...

Skip me trajo una botella de Carlsberg y un vaso acampanado. Bebí un poco y fruncí el ceño mientras pensaba. Skip se encendió un cigarrillo, me ofreció el paquete y dijo:

—No, claro que no quieres uno, porque no fumas. —Y volvió a guardar el paquete.

Yo dije:

—No debería ser un secuestro. Pero hay un modo en el que podría serlo.

—¿Cómo?

—Si no tienen los libros.

—Claro que tienen los libros. Los libros han desaparecido y tenemos esa voz que nos llama por teléfono.

—Supongamos que alguien no tiene los libros, pero sabe que han desaparecido. Si ese alguien no tiene que demostrar que se encuentran en su posesión, puede aprovechar la oportunidad de sacar algunos dólares.

—Algunos dólares —dijo John Kasabian.

Skip dijo:

—Pero entonces, ¿quién tiene los libros? ¿Los federales? Quieres decir que podrían tenerlos y estar preparando una acusación contra nosotros mientras nosotros pagamos un rescate a alguien que tiene esa mierda. —Se levantó y rodeó el escritorio—. Joder, me encanta —dijo—. Esta idea me encanta. Me gusta tanto que podría casarme y tener hijos con ella. ¡Por Dios!

—No es más que una posibilidad, pero creo que tenemos que tenerla en cuenta y estar preparados.

—¿Cómo? Todo está listo para mañana.

—Cuando él llame, dile que te lea una página de uno de los libros.

Me miró.

—¿Se te ha ocurrido eso ahora? ¿Ahora mismo? Quedaos aquí. —Kasabian le preguntó adónde iba—. A por dos Carlsbergs más —respondió—. La jodida cerveza estimula las ideas. Deberían utilizar esta frase en los anuncios.

Trajo dos botellas. Se sentó en el borde del escritorio y balanceó los pies mientras se bebía la cerveza directamente de la botella marrón. Kasabian seguía en su silla y estaba despegando la etiqueta de su botella. No tenía prisa por bebérsela. Teníamos nuestro consejo de guerra reunido, estábamos planeándolo todo. John y Skip irían y, por supuesto, yo.

—Y también estaba pensando que podría venir Bobby —sugirió Skip.

—¿Ruslander?

—Es mi mejor amigo, sabe lo que está pasando. No sé si podría hacer algo cuando la mierda empiece a salpicar, pero ¿quién podría? Yo iré armado, pero si se trata de una trampa, imagino que ellos dispararán primero, así que, de todos modos, no creo que una jodida pistola pueda servirme de mucho. ¿Conoces a alguien que quiera unirse?

Kasabian negó con la cabeza.

—Había pensado en mi hermano —dijo—. Es la primera persona que se me ha ocurrido, pero ¿qué tiene que ver Zeke en toda esta mierda? ¿Me entiendes?

—¿Y qué tienen que ver los demás? Matt, ¿tú tienes a alguien a quien quisieras traer?

—No.

—Estaba pensando en Billie Keegan —dijo Skip—. ¿Qué opinas?

—Es una buena compañía.

—Sí. Es verdad. Pensándolo bien, ¿quién necesita buena compañía? Lo que necesitamos es artillería pesada y apoyo aéreo. Hay que organizar el encuentro y colocar barreras de mortero en sus posiciones. John, cuéntale lo de las palas con el mortero.

—Oh —exclamó Kasabian.

—Cuéntaselo.

—No es más que una cosa que vi.

—Una cosa que vio. Escucha.

—Fue no sé cuándo, hace un mes o así. Estaba en la casa de mi chica, ella vive en el West End, en los Eighties. Resulta que voy a sacar a su perro y al salir del edificio y cruzar la calle en diagonal, me encuentro a estos tres tíos negros.

—Así que se da la vuelta y vuelve a entrar en el edificio —añadió Skip.

—Ellos ni siquiera miran en mi dirección —continuó Kasabian—. Llevan chaquetas como militares y uno lleva una gorra. Parecen soldados.

—Cuéntale lo que hicieron.

—Bueno, cuesta creer que yo viera esto de verdad —dijo. Se quitó las gafas y se masajeó el puente de su nariz—. Echaron un vistazo alrededor y, si me vieron, decidieron que no tenían que preocuparse por mí...

—Eran unos tíos con un buen ojo para la gente —terció Skip.

—... y entonces van y colocan el mortero, como si lo hubieran hecho miles de veces antes, uno de ellos mete una bala y disparan al Hudson. Es una diana fácil, están en la esquina y pueden ver el río con claridad. Siguen sin fijarse en mí y se hacen una señal con la cabeza, bajan el mortero, lo guardan y salen corriendo.

—¡Jesús! —dije.

—Ocurrió muy deprisa —dijo— y pasó casi desapercibido. Me pregunté si me lo habría imaginado. Pero ocurrió.

—¿Sonó muy fuerte el disparo?

—No, no mucho. Se oyó el *¡Bump!* que hace un mortero, pero si hubo una explosión cuando el disparo dio al agua, eso no lo oí.

—Probablemente fue un cartucho de fogeo —dijo Skip—. Seguro que estaban, ya sabéis, probando el mecanismo, comprobando la trayectoria.

—Sí, ya, pero ¿para qué?

—Joder, pues nunca se sabe cuándo vas a necesitar un mortero en esta ciudad. —Levantó su botella de cerveza, le dio un buen trago y golpeteó el escritorio con sus talones—. No sé —dijo—, estoy bebiéndome esto, pero no estoy pensando con más claridad que antes. Matt, hablemos de dinero.

Pensé que se estaba refiriendo al dinero del rescate. Pero se refería a dinero para mí y yo no supe qué decir. No sabía qué precio poner, así que me limité a decir algo sobre que éramos amigos.

Él dijo:

—¿Y? Así es como te ganas la vida, ¿no? Haciéndoles favores a tus amigos.

—Ya, pero...

—Nos estás haciendo un favor. Kasabian y yo no sabemos qué coño hacer. ¿No es así, Kasabian?

—Totalmente.

—A Bobby no le voy a dar nada por venir, él no lo aceptaría, y si Keegan viene, no será por dinero. Pero tú eres un profesional y a los profesionales se les paga. Tillary te está pagando, ¿no?

—Pero hay una diferencia.

—¿Qué diferencia?

—Que tú eres amigo mío.

—¿Y él no?

—No de la misma manera. De hecho, cada vez me cae peor. Él es...

—Es un gilipollas —dijo Skip—. Pero no discutas. No hay ninguna diferencia. —Abrió un cajón del escritorio, contó el dinero, dobló los billetes y me los entregó—. Toma —dijo—. Ahí van veinticinco. Dime si es suficiente o no.

—No lo sé —dije lentamente—. Veinticinco dólares no parece mucho, pero...

—Son veinticinco billetes de cien, ¡imbécil! —Todos nos reímos—. «Veinticinco dólares no parece mucho». Johnny, ¿por qué hemos tenido que contratar a un cómico? No, en serio, Matt. ¿Te parece bien?

—En serio, me parece demasiado.

—¿Sabes cuánto piden por el rescate?

Negué con la cabeza.

—Todo el mundo está teniendo la precaución de no mencionarlo.

—Bueno ya sabes que en la casa del ahorcado, nombrar la sogá es pecado, ¿no? Les vamos a pagar a esos cabrones cincuenta mil.

—¡Jesús! —dije.

—¡Mira!, ya se te ha ocurrido alguien —dijo Kasabian—. ¿Es amigo tuyo, por casualidad? Tráetelo mañana, si no tiene nada que hacer por la noche.

14

Intenté acabar pronto esa noche. Me fui a casa, me metí en la cama y, alrededor de las cuatro, supe que no iba a poder dormir. Tenía suficiente burbon a mano como para caer inconsciente, pero tampoco quería eso. No quería tener resaca el día que teníamos que vernos con los chantajistas.

Me levanté e intenté quedarme sentado, pero no podía mantenerme quieto y no había nada en televisión que me apeteciera ver. Me vestí y salí a dar un paseo. Ya me encontraba a medio camino cuando me di cuenta de que mis pies me estaban llevando hacia el Morrissey's.

Uno de los hermanos estaba en la puerta de abajo. Me dirigió una brillante sonrisa y me dejó pasar. Arriba, otro hermano estaba sentado en un taburete enfrente de la puerta. Tenía la mano derecha escondida bajo su delantal blanco de carnicero y me había dado a entender que escondía un arma. No había ido al Morrissey's desde que Tim Pat me había hablado de la recompensa que él y sus hermanos estaban ofreciendo, pero había oído que los hermanos hacían turnos de guardia y que todo aquel que cruzaba la puerta se topaba con un arma cargada. Había distintas versiones sobre la clase de arma que era. Había oído hablar desde de un revólver, a una pistola automática, pasando por una escopeta recortada. En mi opinión, había que estar loco para usar una escopeta, recortada o no, en un bar lleno de tus propios clientes, pero a saber cuál era la situación mental de los Morrissey.

Entré y miré a mi alrededor. Tim Pat me vio, me hizo una señal y, justo cuando di un paso adelante, *Skip Devoe* pronunció mi nombre desde una mesa situada junto a la ventana con los cristales tintados. Estaba sentado con Bobby Ruslander. Alcé mi mano para indicarles que estaría con ellos en un minuto y entonces Bobby se llevó la mano a la boca y el sonido de un silbato de la policía atravesó la sala y cortó todas las conversaciones con la misma efectividad que si se hubiera tratado de un disparo. Skip y Bobby se rieron y los demás clientes comprendieron que se había tratado de una broma, que no era una redada. Así que, después de que algunos le hubieran dicho a Bobby que era un gilipollas, se reanudaron las conversaciones. Seguí a Tim Pat hacia la parte trasera del bar, donde nos sentamos a ambos lados de una mesa vacía.

—No te hemos visto desde que hablamos —dijo—. ¿Me traes noticias?

Le dije que no tenía ninguna noticia que darle.

—He venido solo a tomarme una copa —dije.

—¿Y no has oído nada?

—Nada, he estado por ahí, he hablado con gente. Si hubiera habido algún comentario, lo habría oído. Creo que debe de ser alguna cosa entre irlandeses, Tim Pat.

—Cosa entre irlandeses.

—Un asunto político —dije yo.

—En ese caso, nosotros sí que habríamos oído algo. A algún fanfarrón se le habría escapado algo. —Se atusó la barba—. Sabían exactamente dónde encontrar el dinero y hasta se llevaron los dólares del tarro de Norad.

—Pues por eso lo digo...

—Si hubieran sido los irlandeses protestantes, lo habríamos oído. Y también si hubiera sido una facción de los nuestros —dijo con una sonrisa que escondía seriedad—, porque nosotros tenemos discrepancias dentro de nuestra facción, ¿sabes? La causa tiene más de una voz.

—Eso he oído.

—Si fuera una «cosa entre irlandeses» —dijo, pronunciando las palabras deliberadamente—, se producirían más incidentes. Pero el nuestro ha sido el único.

—Que tú sepas —dije yo.

—Eso es —dijo—. Que yo sepa.

Fui a reunirme con Skip y con Bobby. Bobby llevaba una sudadera gris con las mangas recortadas. Alrededor de su cuello tenía un silbato de plástico azul que colgaba de un cordón de plástico en forma de trenza, de esos que hacen los chavales en los campamentos de verano.

—El actor se ha metido en el papel —dijo Skip, señalando a Bobby con el pulgar.

—¿Qué?

—Me han llamado para hacer un anuncio —aclaró Bobby—. Soy un entrenador de baloncesto. Aparezco con unos chavales en un patio. Todos son mucho más altos que yo. Ahí está la clave del anuncio.

—¿Que todos sean más altos que tú? —preguntó Skip—. Pero ¿qué están vendiendo? Porque si lo que anuncian es desodorante, deberías llevar otra sudadera.

—Se trata de una fraternidad —dijo Bobby.

—¿Fraternidad?

—Chicos negros, blancos, hispanos, todos unidos en fraternidad mientras intentan encestar el balón. Es como un anuncio del servicio público, lo ponen durante la publicidad en el programa de Joe Franklin.

—¿Y te pagan por eso? —preguntó Skip.

—Joder, pues claro. Creo que las agencias de publicidad donan su tiempo, la cadena de televisión lo emite gratuitamente, pero el talento sí que se paga.

—El talento —dijo Skip.

—*Le talent, c'est moi* —dijo Bobby.

Pedí una copa. Skip y Bobby siguieron tomando lo que tenían. Skip encendió un cigarrillo y el humo se quedó flotando en el aire. Llegó mi bebida y le di un trago.

—Creí que tenías la intención de acabar la noche pronto —dijo Skip.

Yo dije que no había podido dormir.

—¿Por lo de mañana?

Negué con la cabeza.

—Todavía no estoy cansado. Pero estoy inquieto.

—Ya. Te entiendo. *Hey*, actor —dijo—, ¿a qué hora es tu audición?

—Se supone que a las dos.

—¿Se supone?

—Es que luego te puedes tirar allí mucho más rato esperando. Pero se supone que tengo que estar a las dos.

—¿Llegarás a tiempo para echarnos una mano?

—No hay problema —dijo—. Los tipos de la agencia tienen que grabar el tren de las 5.48 a Scarsdale. Hay dos papas en el vagón restaurante y quieren saber qué tal les ha ido a Jason y a Tracy en el colegio.

—Jason y Tracy están de vacaciones de verano, estúpido.

—Pues entonces tienen que leer la postal que les han mandado desde el campamento. Van a ese campamento pijo en Maine donde el personal escribe las postales y los niños solo tienen que firmarlas.

Mis hijos se marcharían al campamento en un par de semanas. Uno de ellos me había hecho un cordón como el que Bobby llevaba atado al cuello. Lo tenía por alguna parte, lo habría metido en algún cajón. O, ¿estaría todavía en Syosset? Si fuera un padre como Dios manda, llevaría esa cosa al cuello, con un silbato colgando y todo.

Skip le estaba diciendo a Bobby que tenía que irse a dormir para estar fresco y guapo al día siguiente.

—Tengo que tener el aspecto de un deportista —dijo Bobby.

—Pues entonces más vale que te saquemos de aquí ya. —Miró su cigarrillo y lo tiró en el líquido que quedaba dentro de su vaso—. No quiero verte hacer esto nunca —me dijo—. No quiero veros a ninguno de los dos hacer esto nunca. Es una costumbre asquerosa.

Fuera, el cielo estaba empezando a iluminarse. Caminamos despacio, sin decir mucho. Bobby iba delante de nosotros, botando un balón de baloncesto imaginario y corriendo a encestarlo. Skip me miró y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó—. Este tío es mi amigo. ¿Qué más puedo decir?

—Estás celoso —dijo Bobby—. Tienes la altura, pero no sabes moverte así. Hasta un tío pequeño puede darte una buena paliza.

—¿Qué coño ha sido eso?

Una explosión retumbó aproximadamente a un kilómetro al norte de donde nos encontrábamos.

—El mortero de Kasabian —dijo Bobby.

—¡Jodido estúpido! Tú no sabrías ni distinguir un mortero de guerra de un mortero de cocina. Un mortero no suena así.

—Lo que tú digas.

—Ha sonado igual que cuando derrumban un edificio —dijo—. Pero es demasiado pronto, los vecinos matarían a cualquiera que estuviera demoliendo un edificio a estas horas. ¿Sabéis? Me alegro de que haya dejado de llover.

—Sí, ya ha caído bastante, ¿verdad?

—Supongo que hacía falta —dijo—. Eso es lo que dicen siempre, ¿no? Cuando llueve a cántaros, siempre hay alguien que dice que hacía falta. Porque las reservas se están secando o porque los granjeros lo necesitan y cosas así.

—Esta conversación es maravillosa —dijo Bobby—. Jamás mantendrías una conversación así en una ciudad que no fuera tan sofisticada.

—¡Que te jodan! —dijo Skip. Encendió un cigarro y empezó a toser. Controló el golpe de tos y le dio otra calada al cigarrillo. No volvió a toser. Pensé que era igual que cuando bebes por la

mañana. Una vez que el primer trago ha pasado, ya estás bien.

—El aire que se respira después de una tormenta es agradable —dijo Skip—. Creo que la lluvia lo limpia.

—Lo lava —dijo Bobby.

—A lo mejor. —Miró a su alrededor—. Casi odio decir esto —añadió—, pero hoy debería ser un día precioso.

15

A las ocho y seis minutos, el teléfono del escritorio de Skip sonó. Billie Keegan había estado hablando de una chica a la que había conocido el año anterior durante unas vacaciones de tres semanas en el oeste de Irlanda. Detuvo su historia en mitad de una frase. Skip colocó la mano sobre el teléfono y me miró. Yo cogí el teléfono que estaba sobre el archivador. Me hizo una señal con la cabeza y los dos levantamos los auriculares a la vez.

Él dijo:

—Sí.

Una voz masculina preguntó:

—¿Devoe?

—Sí.

—¿Tienes el dinero?

—Está listo.

—Entonces coge un lápiz y toma nota. Tenéis que meteros en el coche y conducir hasta...

—Espera —dijo Skip—. Primero tenéis que demostrarme que tenéis lo que decís que tenéis.

—¿Qué quieres decir?

—Léeme las entradas de la primera semana de junio. De este junio. De junio del 75.

Hubo un silencio. Entonces la voz, ahora con un tono muy tenso, dijo:

—No nos des órdenes. Sois vosotros los que tenéis que hacer lo que os digamos.

Skip se echó hacia delante en su silla. Alcé una mano para indicarle que se guardara lo que estaba a punto de decir.

Dije:

—Queremos confirmar que estamos tratando con la gente que corresponde. Queremos comprar siempre que sepamos que tenéis algo que vendernos. Dejadnos eso claro y soltaremos la pasta.

—Tú no eres Devoe. ¿Quién coño eres?

—Soy un amigo del señor Devoe.

—¿Y tienes nombre, amigo?

—Scudder.

—Scudder. ¿Quieres que leamos algo?

Skip volvió a decir lo que quería que leyera.

—Ya hablaremos —dijo el hombre y la comunicación se cortó.

Skip me miró con el auricular todavía en la mano. Yo colgué el mío. Él se pasó el suyo de una mano a otra, como si se tratara de una patata caliente. Tuve que decirle que colgara.

—¿Por qué han hecho eso? —quería saber.

—A lo mejor tenían que reunirse —sugerí—, o ir a por los libros para poder leerte lo que quieres oír.

—O a lo mejor es que nunca los han tenido.

—No lo creo. En ese caso habrían intentado rajarse.

—Pues colgarle el teléfono a alguien puede ser una buena forma de hacerlo. —Encendió un cigarrillo y se guardó el paquete en el bolsillo de su camisa. Llevaba una camisa de manga corta color verde con las palabras «Estación de servicio Texaco» bordadas sobre el bolsillo—. A ver, ¿por qué han colgado? —preguntó con aire petulante.

—A lo mejor pensaba que podíamos localizar la llamada.

—¿Podríamos hacerlo?

—Ya es difícil hasta para la pasma que tiene la ayuda de la compañía telefónica —dije—. Así que imagínate para nosotros. Pero ellos eso no tienen por qué saberlo.

—¡Nosotros localizando la llamada! —terció John Kasabian—. Con lo que nos ha costado instalar el segundo teléfono esta tarde.

Lo habían hecho unas horas antes; habían sacado unos cables desde la terminal de la pared y le habían añadido una extensión que habían tomado prestada del apartamento de la novia de Kasabian para añadirla a la línea y que Skip y yo pudiéramos escuchar la misma conversación a la vez. Mientras Skip y John se habían estado ocupando de eso, Bobby había ido a su audición para el papel de entrenador en el anuncio ese de la fraternidad y Billie Keegan había estado buscando a alguien que lo sustituyera detrás de la barra en el Armstrong's. Yo había dedicado ese tiempo a donar doscientos cincuenta dólares a una parroquia, a encender unas velas y a telefonar para dar otro informe insignificante a Drew Kaplan en Brooklyn. Pero ya estábamos los cinco en el despacho del Miss Kitty's, esperando a que el teléfono sonara otra vez.

—Parecía un acento sureño —dijo Skip—. ¿Te has fijado?

—Creo que era fingido.

—¿Eso crees?

—Cuando se cabreó —dije— o fingió que se había cabreado, no sé. Cuando dijo eso de que eran ellos los que mandaban.

—Pues no era el único que estaba cabreado en ese momento.

—Ya me he fijado. Pero la primera vez que se ha enfadado, no tenía el acento y luego, cuando ha empezado a decir que nosotros obedeciéramos le ha vuelto a salir, pero como más exagerado, más marcado que al principio.

Él frunció el ceño, parecía como si estuviera recapitulando.

—Tienes razón —dijo secamente.

—¿Era el mismo tipo con el que hablaste la primera vez?

—No sé. Aquella vez su voz también parecía fingida, pero no era la misma que he oído hoy. A lo mejor es el hombre de las mil voces, aunque no logre convencer con ninguna.

—Ese tío podría poner la voz en *off* en esos jodidos anuncios de fraternidades —sugirió Bobby.

El teléfono volvió a sonar.

En esa ocasión ya no nos molestamos en sincronizarnos para levantar el auricular, porque yo ya me había dado a conocer. Cuando ya tenía el auricular junto a mi oreja, Skip dijo: «¿Sí?» y la

voz que ya había oído antes preguntó qué tenía que leer. Skip respondió y la voz comenzó a leer las entradas del libro de contabilidad. Skip tenía la otra colección de libros, los que guardaban los datos falsos, sobre el escritorio.

Después de medio minuto, el lector se detuvo y nos preguntó si ya estábamos satisfechos. Skip pareció sentirse ofendido por la pregunta, pero se limitó a encogerse de hombros y a asentir con la cabeza. Yo dije que ya estábamos seguros de que estábamos tratando con las personas indicadas.

—Pues esto es lo que tenéis que hacer —dijo, y los dos cogimos un lápiz y anotamos las direcciones.

—Dos coches —estaba diciendo Skip—. Lo único que saben es que Matt y yo vamos a ir, así que nosotros dos iremos en mi coche. John, tú llevas a Billie y a Bobby. ¿Tú qué opinas, Matt? ¿Crees que nos seguirán?

Sacudí la cabeza.

—Puede que alguien nos vea salir de aquí —dije—. John, ¿por qué no vais saliendo vosotros tres? ¿Tienes el coche por aquí?

—Lo tengo aparcado a dos calles de aquí.

—Los tres podéis salir ya. Bobby, tú y Bill adelantaos y esperad en el coche. Creo que es mejor que no salgáis los tres juntos, por si hay alguien vigilando la puerta. Vosotros os adelantáis y tú, John, dales dos o tres minutos, y luego ve a reunirte con ellos en el coche.

—Y luego vamos hasta... ¿dónde? ¿La avenida Emmons?

—En la bahía Sheepshead. ¿Sabéis dónde está?

—No muy bien. Sé que está en la otra punta de Brooklyn. Alguna vez he salido a pescar desde allí, pero he ido en el coche de otros, así que no me he fijado en el camino.

—Podéis tomar la Shore Parkway.

—Vale.

—Y luego saliros... déjame pensar... creo que lo mejor es que salgáis por la avenida Ocean. Supongo que veréis la señal.

—Espera —dijo Skip—, creo que tengo un mapa por algún lado, lo vi el otro día.

Encontró un mapa y los tres lo estudiamos. Bobby Ruslander se apoyó en el hombro de Kasabian. Billie Keegan cogió una cerveza que alguno nos habíamos dejado hacía un rato, le dio un trago y puso cara de asco. Marcamos una ruta y Skip le dijo a John que se llevara el mapa.

—Nunca puedo doblar estas cosas bien —dijo Kasabian.

Skip preguntó:

—¿A quién le importa si puedes o no doblar este puto mapa? —Le quitó el mapa a su socio y lo rompió siguiendo la marca de algunos dobleces. Luego le entregó a Kasabian un trozo cuadrado de unos veinte centímetros y tiró el resto de papeles al suelo—. Toma. La bahía Sheepshead. ¿Quieres saber por dónde salirte de la carretera, no? Pues entonces, ¿para qué necesitas un mapa entero del jodido Brooklyn?

—¡Por Dios! —dijo Kasabian.

—Lo siento, Johnny. Joder, estoy muy nervioso. Johnny, ¿llevas un arma?

—No quiero llevar ningún arma.

Skip abrió el cajón del escritorio y puso una pistola automática de acero azul sobre la mesa.

—La guardamos detrás de la barra —me dijo—, por si acaso queremos volarnos los sesos después de haber hecho el recuento de la noche. ¿No la quieres, John?

Kasabian sacudió la cabeza.

—¿Matt?

—No creo que yo vaya a necesitarla.

—¿No quieres llevarla?

—Preferiría no hacerlo.

Levantó la pistola y buscó un lugar donde ponerla. Era una 45 y parecía de esas que les dan a los oficiales en el Ejército. Un arma grande y pesada, con una potencia que compensaría la mala puntería ya que puede derribar a un hombre solo con darle en el hombro.

—¡Joder! Pesa una tonelada —dijo Skip. La metió entre la cinturilla de sus vaqueros y puso cara rara cuando vio la impresión que daba. Se sacó la camisa y dejó que cayera por encima tapando la pistola. Sin embargo, no era la clase de camisa que se lleva por fuera de los pantalones y resultaba sospechoso.

—¡Jesús! —se quejó—, ¿dónde voy a poner esta cosa?

—Ya se te ocurrirá algo —le dijo Kasabian—. Mientras, nosotros nos vamos. ¿No crees, Matt?

Yo estaba de acuerdo. Volvimos a repasarlo todo mientras Keegan y Ruslander se iban adelantando. Conducirían hasta la bahía Sheepshead y aparcarían delante del restaurante, pero no justo enfrente. Esperarían allí, con el motor y las luces apagadas, y se quedarían vigilando.

—No intentéis hacer nada —le dije—. Si veis algo sospechoso, limitaos a observar.

—¿Debería intentar seguirlos?

—¿Y cómo sabrías a quién estás siguiendo?

Él se encogió de hombros.

—Ya iremos viendo sobre la marcha —dijo—, pero sobre todo mantened los ojos bien abiertos.

—Entendido.

Cuando se fue, Skip colocó un maletín encima del escritorio y lo abrió. Estaba lleno de fajos de billetes.

—Ahí tienes cincuenta de los grandes —dijo—. ¿A que viéndolos ahí, no parece tanto?

—No es más que papel.

—¿Mirarlo no te dice nada?

—La verdad es que no.

—A mí tampoco. —Puso la 45 encima de los billetes y cerró el maletín. Pero la pistola no encajaba bien. Colocó los billetes en forma de nido, puso la pistola dentro y volvió a cerrarlo.

—La dejaré ahí hasta que subamos al coche —dijo—. No quiero ir caminando por la calle como si fuera Gary Cooper en *Solo ante el peligro*. —Volvió a meterse la camisa por dentro del pantalón. De camino al coche, dijo—: A lo mejor piensas que la gente me está mirando. Voy vestido como un ayudante de mecánico y llevo un maletín de banquero.

Pero no. Estos cabrones de Nueva York no se volverían para mirarme, ni aunque llevara puesto un disfraz de gorila. Oye, recuérdame en cuanto entremos al coche que saque la pistola del maletín.

—Vale.

—Ya es malo que nos disparen, así que ¡solamente faltaba que encima lo hagan con mi pistola! Tenía el coche en un garaje de la calle Cincuenta y Cinco. Le dio al chico un dólar de propina,

salió y se detuvo delante de una boca de incendios. Abrió el maletín, sacó la pistola y comprobó el cargador antes de dejarla sobre el asiento, en medio de los dos. Se lo pensó mejor y la metió en el hueco que quedaba entre el asiento y el respaldo.

El coche era un Chevy Impala con unos dos años de antigüedad. Era blanco, largo, bajo y flojo de muelles. Tenía el interior en beis y blanco, y parecía que no hubiera pasado por un túnel de lavado desde que salió de Detroit.^[18] En el cenicero no había una colilla más y el suelo estaba lleno de porquería.

—El coche es mi vida —dijo cuando pillamos un semáforo en la Décima Avenida—. Es un desastre bastante acogedor. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Seguimos la misma ruta que le hemos trazado a Kasabian?

—No.

—¿Te sabes un camino mejor?

—No es que sea mejor, es diferente. Tomamos la carretera del West Side, pero luego en vez de ir por el Belt, iremos callejeando para atravesar Brooklyn.

—Pero tardaremos más, ¿no?

—Puede. Dejemos que lleguen antes.

—Lo que digas. ¿Por alguna razón en particular?

—Así nos será más fácil ver si nos están siguiendo.

—¿Crees que nos siguen?

—No lo entendería si lo hicieran porque ya saben a dónde vamos. Pero no hay forma de saber si vamos a enfrentarnos a un hombre o a todo un ejército.

—Tienes razón.

—Gira por la primera a la derecha y coge la carretera del West Side en la calle Cincuenta y Seis.

—Vale. Matt, ¿quieres algo?

—¿A qué te refieres?

—¿Te apetece un trago? Mira en la guantera, debería tener algo ahí.

Había una botella de Black & White en la guantera. Recuerdo la botella: de cristal verde, ligeramente curvada, como una petaca para encajar perfectamente en un bolsillo.

—No sé tú —dijo—, pero yo estoy nervioso. No quiero emborracharme, aunque tampoco me vendría mal algo para calmarme.

—Vale. Un trago y ya está. —Y abrí la botella.

Tomamos la carretera del West Side hasta Canal Street, cruzamos Brooklyn por el puente de Manhattan y cogimos la avenida Flatbush hasta que se cruza con la avenida Ocean. Seguimos pillando semáforos en rojo y en ocasiones me fijé en que Skip dirigía la mirada hacia la guantera. Pero no dijo nada, así que dejamos la botella de Black & White intacta tras el trago que los dos habíamos dado al principio.

Condujo con su ventanilla bajada todo el camino, con su codo izquierdo apoyado en ella y sus dedos enganchados al techo del coche, sobre el que, de vez en cuando, tamborileaban. Unas veces hablamos y otras nos quedamos en silencio.

En un momento dijo:

—Matt, quiero saber quién ha montado todo esto. Tiene que ser alguien conocido, ¿no crees? Alguien que vio una oportunidad y la aprovechó, alguien que le echó un vistazo a los libros y que sabía lo que estaba haciendo. Alguien que trabajaba para mí, aunque de ser así, ¿cómo habrían entrado? Si echo a algún cabrón, a un camarero borracho o a una camarera tarada, ¿cómo van a entrar en mi bar pavoneándose, meterse en mi despacho y salir con mis libros? ¿Cómo crees que puede pasar eso?

—No es tan difícil entrar en tu despacho, Skip. Cualquiera que conozca la distribución del local puede hacer que va al baño y colarse en tu despacho sin que nadie se dé cuenta.

—Supongo. Supongo que tuve suerte de que no se mearan dentro del cajón de arriba mientras estuvieron allí. —Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de su camisa y le dio un golpecito contra el volante—. Le debo cinco mil dólares a Johnny —dijo.

—¿Y eso?

—Por el rescate. Él puso treinta y yo veinte. Su caja de seguridad del banco estaba en mejores condiciones que la mía. Y, por lo que sé, tiene otros cincuenta guardados. —Frenó para dejar a un taxista cambiar de carril delante de nosotros—. Fíjate en ese gilipollas —dijo, sin rencor—. ¿Es que todo el mundo conduce así o esto solamente pasa en Brooklyn? Seguro que la gente empieza a hacer el loco al volante en cuanto cruza el río. ¿De qué te estaba hablando?

—Del dinero que ha puesto Kasabian.

—Ah, sí. Así que se quedará con unos cuantos billetes de más cada semana hasta que reúna los cinco mil. Matt, tenía veinte mil dólares en el banco y ahora los tengo guardados para entregárselos a alguien y en unos minutos dejarán de ser míos. Esto no tiene sentido. ¿Entiendes lo que digo?

—Creo que sí.

—No es simplemente papel. Es más que papel. Si simplemente fuera papel, la gente no cometería locuras por él. Pero cuando estaba guardado en el banco no parecía de verdad, no parecía real y tampoco lo será cuando ya no lo tenga. Tengo que saber quién me está haciendo esto, Matt.

—A lo mejor lo descubrimos.

—¡Joder! Tengo que saberlo. Confío en Kasabian, ¿sabes? Porque en este negocio, si no confías en tu socio, estás muerto. Dos tíos llevando un bar y vigilándose continuamente el uno al otro pueden acabar locos en seis meses. Y además, aunque estuvieras vigilando a tu socio veintitrés horas al día, él podría robarte sin que te dieras cuenta en esa hora que te has despistado. ¡Por el amor de Dios! Kasabian se encarga de las compras para el bar.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo una voz en mi cabeza que me dice que a lo mejor con esto Johnny me está quitando veinte mil dólares limpiamente, pero es que eso no tiene sentido, Matt. Tendría que dividirlo con su cómplice, tendría que poner parte de su propio dinero para hacerlo y, ¿por qué montaría esta trama para robarme? Además, confío en él, no tengo razones para no confiar en él. Siempre ha sido muy recto conmigo y si quería sacarme pasta podría haberlo hecho de muchas otras formas que le dieran más dinero y sin que yo me enterara. Pero aun así, sigo escuchando esa voz en mi cabeza y apuesto a que él se está dando cuenta porque antes lo he pillado mirándome de una forma rara y puede que a lo mejor yo lo haya estado mirando a él de la misma manera. Y esto es lo último que necesitamos. Lo que quiero decir es que esto es peor que el hecho del dinero que

nos está costando. Es la clase de cosa que hace que un bar cierre de la noche a la mañana.

—Creo que la siguiente es la avenida Ocean.

—¿Sí? Y pensar que llevamos solamente seis días y seis noches conduciendo. ¿Giro a la izquierda?

—A la derecha.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Siempre me pierdo en Brooklyn —dijo—. Me apuesto lo que sea a que este sitio lo colonizaron las diez tribus perdidas. No podían encontrar el camino de vuelta a casa, así que abrieron caminos y construyeron casas. Instalaron un sistema de alcantarillado y de electricidad. Se pusieron todas las comodidades de su hogar.

Los restaurantes de la avenida Emmons estaban especializados en marisco. Uno de ellos, el Lundy's, era un sitio enorme donde los comilones se hinchaban de mariscadas sentados en unas mesas gigantes. El lugar al que nos dirigíamos estaba a dos calles de allí, en una esquina. Se llamaba Carlo's Clam House y su letrero de luz de neón roja parpadeaba mostrando una almeja que se abría y se cerraba.

Kasabian estaba aparcado al otro lado de la calle, dos locales más arriba del restaurante. Nos detuvimos junto a ellos. Bobby estaba en el asiento del copiloto. Billie Keegan estaba sentado solo detrás. Y Kasabian, por supuesto, estaba sentado tras el volante. Bobby dijo:

—Habéis tardado mucho. Si pasa algo, desde aquí no se puede ver nada.

Skip asintió. Avanzamos un poco y se detuvo junto a una boca de incendios.

—Aquí no se lleva el coche la grúa, ¿no?

—Creo que no.

—Lo que nos faltaba —dijo. Apagó el motor, intercambiamos miradas y luego miró hacia la guantera.

Preguntó:

—¿Has visto a Keegan? ¿En el asiento de atrás?

—Sí.

—Seguro que se ha tomado ya dos copas desde que se marcharon.

—Probablemente.

—Nosotros vamos a esperar, ¿vale? Ya lo celebraremos más tarde.

—Claro.

Se metió la pistola entre la cinturilla de los pantalones y se sacó la camisa para taparla.

—A lo mejor este estilo se lleva por aquí —dijo al abrir la puerta y sacar el maletín—. La bahía Sheepshead, el lugar donde se llevan las camisas tipo faldón. ¿Estás nervioso, Matt?

—Un poco.

—Bien. No quiero ser el único.

Cruzamos la ancha calle y nos acercamos al restaurante. Esa noche hacía una temperatura agradable y se podía oler el salitre del mar. Me pregunté por un momento si debería ser yo el que llevara la pistola. Me pregunté si él llegaría a disparar o si únicamente la llevaba porque le hacía sentirse más seguro. Me pregunté si sabría hacerlo. Había hecho la mili, pero eso no significaba

que supiera dominar un arma.

A mí se me habían dado bien los revólveres. Bueno, exceptuando aquella vez en la que rebotó la bala.

—Fíjate en el cartel —dijo—. Una almeja que se abre y se cierra. ¡Qué obscenidad! «Venga, cielo, a ver cómo abres tu almeja». Parece que este sitio está vacío.

—Es lunes por la noche y ya es tarde.

—Seguro que por aquí el mediodía también lo consideran tarde. ¿Alguna vez te has fijado en lo que pesa una pistola? Si parece que se me vayan a caer los pantalones y todo.

—¿Quieres dejarla en el coche?

—¿Estás de coña? «Esta es tu arma, soldado. Puede salvarte la vida». Estoy bien, Matt. Solamente un poco nervioso.

—Vale.

Abrió la puerta y la sostuvo para que yo pasara. El local era poco más que un simple restaurante con pretensiones, todo de formica y de acero inoxidable, con una gran barra a nuestra izquierda, reservados a la derecha y más mesas en la parte trasera. Cuatro chicos que no llegaban a los veinte años estaban sentados en un reservado comiendo con los dedos patatas fritas de un mismo plato. Algo más atrás, una mujer canosa con un montón de anillos en ambas manos estaba leyendo un libro de tapa dura forrado con un plástico que decía que pertenecía a una biblioteca.

El hombre que estaba tras la barra era alto, gordo y completamente calvo. Supongo que se había afeitado la cabeza. El sudor cubría su frente y le estaba calando la camisa. En el local hacía bastante fresco; el aire acondicionado estaba al máximo. Había dos clientes en la barra; uno era un hombre de hombros caídos que vestía una camisa blanca de manga corta y tenía aspecto de contable fracasado. El otro era una chica con las piernas enormes y una piel muy estropeada. Al final de la barra, la camarera estaba tomándose un descanso y fumando un cigarrillo.

Nos sentamos en la barra y pedimos café. Alguien se había dejado la edición vespertina del *Post* en el taburete de al lado.

Skip encendió un cigarrillo y se lo fumó mientras miraba a la puerta cada pocos segundos. Los dos nos tomamos nuestros cafés. Él cogió una carta y la ojeó.

—Tienen un millón de cosas distintas —dijo—. Di lo que sea, seguro que está aquí. ¿Pero qué estoy mirando? Sería incapaz de comer nada ahora mismo.

Encendió otro cigarrillo y dejó el paquete sobre la barra. Yo cogí uno y lo coloqué entre mis labios. Él enarcó las cejas, sorprendido, pero no dijo nada. Se limitó a darme fuego. Le di dos o tres caladas y lo apagué.

Debí de haber oído el teléfono sonar, pero no me di cuenta realmente hasta que la camarera, que ya había contestado, se dirigió al hombre de hombros caídos y le preguntó si era Arthur Devoe. Él se quedó sorprendido. Skip fue a atender la llamada y yo lo seguí.

Cogió el teléfono, escuchó por un momento y luego me hizo señas para que cogiera papel y lápiz. Saqué mi libreta y anoté lo que él me repetía.

Desde el fondo del restaurante nos llegó una risotada. Los chavales se estaban tirando patatas fritas. El camarero de la barra, con su mole de cuerpo apoyada sobre la formica, les estaba diciendo algo. Aparté mi mirada de ellos y me concentré en anotar lo que Skip me estaba diciendo.

16

Skip dijo:

—Dieciocho con Ovington. ¿Sabes dónde está?

—Creo que sí. Conozco Ovington, atraviesa Bay Ridge, pero la Decimoctava Avenida queda al oeste. Así que creo que debe de estar por Bensonhurst, al sur del cementerio Washington.

—¿Cómo puede alguien saber toda esa mierda? ¿Has dicho «Decimoctava Avenida»? ¿Hay tantas?

—Creo que hay hasta veintiocho, pero me parece que únicamente abarca dos manzanas. Va desde Cropsey hasta Stillwell.

—¿Dónde está eso?

—En Coney Island. No muy lejos de donde estamos ahora.

Skip sacudió una mano, como si quisiera olvidarse del distrito y de sus calles imposibles.

—Bueno, tú sabes a donde vamos y, de todos modos, le cogemos el mapa a Kasabian. ¡Oh, joder! ¿Estará esta zona en el trozo de mapa que llevan?

—Creo que no.

—¡Joder! ¿Por qué he tenido que rajar el mapa? ¡Dios!

Ya estábamos fuera del restaurante. Justo delante, con el cartel de neón parpadeando detrás de nosotros. Skip dijo:

—Matt, no me siento nada seguro. ¿Por qué nos han hecho venir hasta aquí para luego llamarnos y mandarnos a la iglesia?

—Para que puedan vernos primero, supongo. Y para interrumpir nuestras líneas de comunicación.

—¿Crees que alguien nos está observando ahora? ¿Cómo voy a decirle a Johnny que nos siga? ¿Es eso lo que deberían hacer? ¿Seguirnos?

—Probablemente tendrían que marcharse a casa.

—¿Por qué?

—Porque los verán seguirnos y, de todos modos, los verán cuando vayamos a decirles lo que está ocurriendo.

—¿Crees que nos están observando?

—Es posible. Puede ser la razón que explique por qué han organizado las cosas así.

—¡Mierda! —dijo—. No puedo decirle a Johnny que se marche. Si yo sospecho de él, es probable que él sospeche de mí y no puedo... ¿Por qué no vamos todos en un mismo coche?

—Dos coches sería mejor.

—Pero has dicho que sería un problema que vieran dos coches.

—Vamos a probar una cosa —dije y le cogí el brazo para guiarlo. Caminamos no hacia el coche en el que estaban Kasabian y los demás, sino hacia el Impala de Skip. Le dije que arrancara el coche, que encendiera y apagara las luces dos veces y que condujera hasta la esquina, que luego girara a la derecha, condujera una manzana y se detuviera.

Unos minutos después, el coche de Kasabian se detuvo junto a ellos.

—Tenías razón —me dijo Skip antes de decirles a los demás—: Chicos, sois más listos de lo que pensaba. Nos han telefoneado y quieren que vayamos a la caza del tesoro, aunque en este caso somos nosotros los que tenemos el tesoro. Nos esperan en una iglesia que está en la Decimoctava Avenida con no sé qué.

—Ovington —dije.

Ninguno sabía dónde estaba.

—Seguidnos —les dije—. Quedaos media manzana por detrás de nosotros y, cuando aparquemos, dad una vuelta a la manzana y aparcad detrás de nuestro coche.

—¿Y si nos perdemos? —quería saber Bobby.

—Os vais a casa.

—¿Cómo?

—Seguidnos y ya está —dije—. No os perderéis.

Tomamos la avenida de Coney Island y la Kings Highway hasta la Bay Parkway, pero nos desorientamos y tuve que dar varias vueltas hasta que me centré y supe dónde estaba. Cruzamos una de las calles numeradas, cogimos la Decimoctava Avenida y encontramos la iglesia que estábamos buscando en la esquina de Ovington. En Bay Ridge la avenida Ovington es paralela a la avenida Bay Ridge por una manzana al sur. En algún punto de la carretera de Fort Hamilton, vuelve a enlazar con la Avenida Bay Ridge y es paralela a ella, pero esta vez una manzana al norte, justo donde antes estaba la calle Sesenta y Ocho. Aun conociendo la zona, esos líos de calles te vuelven loco y Brooklyn está lleno de eso.

Había una zona de «prohibido estacionar» enfrente de la iglesia, y Skip aparcó justo ahí. Apagó las luces y el motor. Nos quedamos sentados en silencio hasta que el coche de Kasabian nos había rebasado y había doblado la esquina.

—¿Nos habrá visto? —se preguntó Skip. Le dije que sí, que por eso había torcido en la esquina—. Sí, supongo que sí —dijo.

Me giré y miré por la ventanilla de atrás. Unos minutos después vi sus luces. Encontraron aparcamiento media manzana detrás de nosotros y apagaron las luces.

El vecindario estaba formado principalmente por casas de madera de antes de la guerra; eran casas grandes, situadas en parcelas con jardines y árboles en la parte delantera. Skip dijo:

—Esto no se parece a Nueva York. ¿Sabes a qué me refiero? Parece como un sitio normal de cualquier otra parte del país.

—Brooklyn es así en su mayoría.

—Y también algunas zonas de Queens. Pero no donde yo nací. ¿Sabes a qué me recuerda? A Richmond Hill. ¿Conoces Richmond Hill?

—No muy bien.

—Una vez el equipo de atletismo tuvo que participar en una competición allí. Nos arrebataron el título. Pero las casas se parecían mucho a estas. —Tiró su cigarrillo por la ventana—. Bueno, creo que deberíamos movernos —dijo—. ¿Te parece?

—Esto no me gusta —dije.

—¿Que no te gusta esto? A mí no me ha gustado nada desde que desaparecieron los libros.

—El otro sitio era un lugar público —dije. Abrí mi libreta y leí lo que había anotado—. Se supone que hay unas escaleras en el lado izquierdo de la iglesia que llevan al sótano. La puerta está abierta. Pero ni siquiera veo luz encendida, ¿y tú?

—No.

—Me parece que lo tendrían muy fácil si quisieran hacernos algo. Creo que sería mejor que te quedaras aquí, Skip.

—¿Crees que estarás más seguro solo?

Sacudí la cabeza.

—Creo que por el momento estaremos más seguros si nos mantenemos separados. Tú te quedas con el dinero. Yo quiero bajar y ver qué clase de recibimiento nos tienen preparado. Si me parece que es un sitio seguro para hacer el cambio, les diré que apaguen y enciendan las luces tres veces.

—¿Qué luces?

—Cualquiera que tú puedas ver desde aquí. —Me eché sobre él y señalé por la ventanilla—. Ahí abajo están las ventanas del sótano. Tiene que tener luz y desde aquí podrás verla.

—Entonces si enciendes y apagas las luces tres veces, yo voy con el dinero. Pero ¿y si no te parece un sitio seguro?

—Entonces les digo que tengo que salir a buscarte y cuando salga nos volvemos a Manhattan.

—Eso contando con que lo encontremos. —Frunció el ceño—. ¿Y si...? Bueno, no importa.

—¿Qué?

—Iba a decir que qué pasa si no sales.

—Tarde o temprano acabarías encontrando el camino de vuelta a casa.

—Muy gracioso. ¿Qué estás haciendo?

Había quitado la cubierta de la luz interior del coche y estaba desenroscando la bombilla.

—Por si acaso nos están vigilando —dije—. No quiero que sepan cuándo abro la puerta.

—¡Este hombre piensa en todo! Es una suerte que no seas polaco; necesitaríamos quince tíos que le dieran la vuelta al coche mientras tú quitabas la bombilla. Matt, ¿quieres la pistola?

—Creo que no.

—«Y desarmado se enfrentó solo contra un ejército». Coge la jodida pistola, ¿vale?

—Trae.

—¿Y qué me dices de un trago?

Estiré el brazo para abrir la guantera.

Salí y me agaché, de modo que el coche quedó entre mí y las ventanas del sótano. Caminé hacia el otro coche y les expliqué la situación. Le dije a Kasabian que se quedara en el coche y que arrancara el motor cuando viera a Skip entrar en la iglesia. Les dije a los otros dos que dieran una vuelta a la manzana a pie. Si los que tenían los libros escapaban por una puerta trasera de la iglesia, Bobby y Billie podrían verlos. No creía que pudieran hacer mucho, pero tal vez podrían coger el número de alguna matrícula o algo así.

Volví al Impala y le dije a Skip lo que había hecho. Volví a colocar la bombilla y cuando abrí la puerta, la luz iluminó el interior del coche. Cerré la puerta y crucé la calle.

Llevaba la pistola metida entre la cinturilla de mis pantalones, la culata sobresalía, la pistola cruzaba la parte delantera de mi cuerpo y estaba colocada por si tenía que empuñarla. Habría preferido llevarla en una funda junto a mi cadera, pero no tuve elección. Al caminar, se movía, así que cuando estuve en la penumbra en uno de los laterales de la iglesia, saqué la pistola y la llevé en la mano. Pero tampoco quería que estuviera al descubierto, así que volví a ponerla donde la había tenido antes.

El tramo de escaleras era empinado. Tenía unos escalones de cemento y una verja de hierro oxidado que caía sobre el muro contiguo. Estaba claro que se habían soltado unos cuantos tornillos. Bajé los escalones y sentí cómo iba adentrándome en la oscuridad. Había una puerta al final de la escalera. Busqué a tientas hasta que encontré el pomo y dudé una vez que puse la mano en él. Escuché detenidamente, intentaba oír algo dentro.

Nada.

Giré el pomo, empujé la puerta hacia adentro lo justo como para asegurarme de que no estaba cerrada con llave. Luego la cerré y llamé a la puerta.

Nada.

Volví a llamar. En esta ocasión oí movimiento dentro y una voz gritó algo ininteligible. Volví a girar el pomo y crucé el umbral de la puerta.

El tiempo que había pasado en la profunda oscuridad de la escalera me había beneficiado. En el sótano se filtraba un poco de luz procedente de las ventanas de la parte delantera y mis pupilas se habían dilatado lo suficiente como para ver bien. Me encontraba en una habitación que debía de medir unos nueve metros por quince. Había sillas y mesas por el suelo. Cerré la puerta detrás de mí y me quedé junto a un muro, en la penumbra.

Una voz dijo:

—¿Devoe?

—Scudder —dije yo.

—¿Dónde está Devoe?

—En el coche.

—No importa —dijo otra voz. No podía identificar ninguna de las voces como la misma que había oído por teléfono. Aquella había sido enmascarada y, al parecer, ahora lo estaban haciendo también. No parecían ser de Nueva York, pero tampoco tenían un acento muy particular de ningún otro lado.

El primero en hablar dijo:

—¿Traes el dinero, Scudder?

—Está en el coche.

—Con Devoe.

—Con Devoe —asentí.

Seguían siendo dos las únicas voces que se oían. Una estaba al fondo de la habitación, y la otra a su derecha. Podía situar su posición gracias a sus voces, pero la oscuridad los envolvía y uno de ellos sonaba como si pudiera estar hablando desde detrás de algo, como de una mesa colocada en vertical o algo parecido. Si hubiera podido verlos, podría haber sacado mi arma y dispararlos en caso necesario. Por otro lado, era más que posible que ellos ya tuvieran armas

apuntándome y que hubieran podido abatirme antes de que me sacara la pistola de los pantalones. E incluso, aunque yo disparara antes y les diera a los dos, podría haber más tipos armados ocultos entre las sombras que me llenarían de agujeritos antes de que ni siquiera supiera que estaban allí.

Además, yo no quería disparar a nadie. Lo único que quería era hacer el cambio del dinero por los libros y largarme de allí.

—Dile a tu amigo que traiga el dinero —dijo uno de ellos. Me pareció que esa voz sí que era la del teléfono porque hablaba con un acento más suave, como del sur—. A menos que quiera que le entregemos los libros a la Hacienda Federal.

—Él no quiere que hagáis eso —dije—, pero tampoco se va a meter en un callejón sin salida.

—Continúa.

—Antes de nada, encended una luz. No queremos tratar esto en la oscuridad.

Se oyeron unos susurros y luego mucho movimiento. Uno de ellos le dio a un interruptor que había en la pared y un fluorescente instalado en el centro del techo se encendió. La luz parpadeó, como ocurre siempre que se está encendiendo un fluorescente.

Yo también parpadeé. Por un momento pensé que eran jipis o montañeros. Luego me di cuenta de que estaban disfrazados.

Dos de ellos eran más bajos que yo y delgados. Ambos llevaban barbas y unas pelucas horribles que además de cubrirles el pelo, les cubrían la frente y la forma de la cabeza. Entre el cogote y el comienzo de la barba, cada uno llevaba un antifaz ovalado sobre los ojos y la parte alta de la nariz. El más alto de los dos, el que había encendido la luz, tenía una peluca amarillo cromo y un antifaz negro. El otro, medio oculto por una mesa con sillas colocadas encima, lucía una peluca marrón oscura y un antifaz blanco. Ambos tenían barbas negras y el más bajo sostenía una pistola.

Con la luz encendida, creo que los tres nos sentíamos vulnerables, casi desnudos. Sé que yo sí me sentía así y por sus posturas se podía apreciar que ellos también tenían la misma sensación. El de la pistola no estaba apuntándome directamente a mí, pero tampoco se podía decir que estuviera apuntando en otra dirección. La oscuridad nos había protegido a los tres, pero ahora estábamos expuestos.

—El problema es que nos tenemos miedo —le dije yo—. Vosotros tenéis miedo de que cojamos los libros sin daros el dinero. Y nosotros tenemos miedo de que nos timéis y no nos deis nada a cambio del dinero, que nos volváis a chantajear con los libros o que se los vendáis a otros.

El alto sacudió la cabeza.

—Es un único trato.

—Tanto para vosotros como para nosotros. Os pagamos una vez y eso es todo. Si habéis hecho copias de los libros, libraos de ellas.

—No hay copias.

—Bien —dije—. ¿Tenéis los libros aquí? —El más bajo, el de la peluca oscura, le dio una patada a una bolsa azul marino, como esas bolsas que dan en la lavandería. Su socio la levantó y la volvió a dejar en el suelo. Les dije que podía ser cualquier cosa, que podía ser ropa sucia y que tenían que enseñarme lo que contenía la bolsa.

—Cuando veamos el dinero —dijo el alto—, verás los libros.

—No quiero examinarlos. Simplemente sacadlos de la bolsa antes de que le diga a mi amigo que traiga el dinero.

Se miraron. El de la pistola se encogió de hombros. Movi6 la pistola para apuntarme mientras el otro deshacía un nudo y sacaba unos libros de contabilidad parecidos a los que había visto en la mesa de Skip.

—Vale —dije—. Encended y apagad la luz tres veces.

—¿A quién quieres hacer señas?

—A los guardacostas.

Intercambiaron miradas y el que estaba junto al interruptor apag6 y encendi6 la luz tres veces. El fluorescente parpadeaba a ritmo entrecortado. Los tres nos quedamos allí esperando; ese tiempo pareció casi una eternidad. Me preguntaba si Skip había visto la seña, me preguntaba si ese rato que había estado solo en el coche le había servido para tranquilizarse.

Entonces lo oí en las escaleras y junto a la puerta. Le grité que entrara. La puerta se abrió y entr6 con el maletín en la mano.

Me mir6 y a continuación vio a los dos con sus barbas, sus pelucas y sus antifaces.

—¡Jesús! —dijo.

Yo dije:

—Dos de nosotros cubrirán con las pistolas y los otros dos harán el intercambio. Así nadie podrá timar a nadie y los libros y el dinero pasaran de una mano a otra a la vez.

El más alto, el que estaba junto al interruptor de la luz, dijo:

—Hablas como si fueras todo un experto en esto.

—Lo he estado planeando. Skip, te cubro. Trae el maletín, ponlo a mi lado. Bien. Ahora tú y uno de nuestros amigos podéis colocar una mesa en el centro y apartar el resto de muebles.

Los dos hombres se miraron; el más alto le dio una patada a la bolsa para pasársela a su compañero y luego se acerc6 a mí. Me pregunt6 qué quería que hiciese y le puse a él y a Skip a colocar los muebles.

—No sé qué va a decir el sindicato de esto —dijo. La barba escondía su boca y el antifaz cubría sus ojos, pero pude notar que estaba sonriendo.

Bajo mi dirección, él y Skip colocaron la mesa en el centro de la habitación, casi justo debajo del fluorescente. La mesa tenía dos metros y medio de largo y algo más de un metro de ancho y sirvió para dividir la habitación en dos zonas.

Me agaché apoyándome en una sola rodilla detrás de un grupo de sillas. En el otro extremo de la habitación, el de la pistola también se estaba cubriendo. Le dije a Skip que retrocediese para coger el maletín lleno de dinero y le dije al de la peluca amarilla que cogiera los libros. Así, cada uno coloc6 su parte en un extremo de la larga mesa. Skip dej6 el maletín y le quit6 los seguros. El hombre de la peluca rubia sac6 los libros y los dej6 en la mesa lentamente, luego dio un paso atrás, con las manos en el aire.

Les dije a los dos que retrocedieran y giré la mesa. Skip comprob6 que los libros eran los mismos por los que había estado negociando. Su hom6logo abri6 el maletín y sac6 un fajo de billetes. Lo hoje6, lo volvi6 a meter y sac6 otro fajo.

—Son estos —dijo Skip. Los cerr6 y los metió en la bolsa de la lavandería y se dirigi6 a mí.

El de la pistola dijo:

—Esperad.

—¿Por qué?

—Quedaos donde estáis hasta que él lo cuente.

—¿Que tengo que quedarme aquí hasta que cuente cincuenta mil dólares? ¡Anda ya!

—Date prisa —le dijo el de la pistola a su compañero—, pero asegúrate de que está todo. No queremos irnos a casa con una bolsa llena de recortes de periódico.

—Como que yo iba a hacer eso —dijo Skip—. Como que iba a presentarme aquí, mientras nos estáis apuntando con una pistola, con un maletín lleno de dinero del Monopoly. Apunta hacia otro lado, ¿quieres? Me estoy poniendo nervioso.

No hubo respuesta. Skip se mantuvo en su posición, balanceándose sobre sus pies. Me tiraba la espalda y la rodilla sobre la que estaba agachado me estaba dando algún que otro problema. Por fin el del pelo amarillo terminó de revisar todos los fajos y de asegurarse de que no estaban formados ni por recortes de periódico ni por billetes de un dólar. Probablemente lo hizo tan deprisa como pudo, pero pareció pasar una eternidad hasta que al final se quedó satisfecho, cerró el maletín y echó los seguros.

—Muy bien —dije—. Ahora los dos...

Skip dijo:

—Espera un minuto. Tenemos la bolsa de la lavandería y ellos tienen el maletín, ¿no?

—¿Y?

—Que no estamos en igualdad de condiciones. Ese maletín me costó unos doscientos pavos y tiene menos de dos años. ¿Cuánto puede costar una bolsa de lavandería? ¿Dos pavos?

—¿A dónde quieres ir a parar, Devoe?

—Podríais decirme algo a cambio —dijo con la voz tensa—. Podríais decirme quién ha preparado todo esto.

Ambos lo miraron.

—No os conozco —dijo él—. No os conozco a ninguno de los dos. Me habéis sacado un montón de pasta, muy bien, a lo mejor es porque vuestra hermanita pequeña necesita una operación o algo parecido. Es cierto que todo el mundo tiene que ganarse la vida, ¿no?

No hubo respuesta.

—Pero está claro que esto lo ha organizado alguien, alguien que conozco, alguien que me conoce. Decidme quién ha sido. No os pido más.

Se produjo un largo silencio. Entonces el de la peluca marrón dijo:

—Olvidalo.

Skip dejó caer los hombros, resignado.

—Lo intentaremos —dijo él.

Y él y el hombre de la peluca amarilla se apartaron de la mesa, uno con el maletín y el otro con la bolsa de la lavandería. Era yo el que daba las órdenes; mandé a Skip a la puerta por la que había entrado, mientras observaba al otro moverse hacia un arco cubierto por una cortina en la parte trasera. Skip abrió la puerta y estaba caminando hacia atrás cuando el de la peluca marrón dijo:

—Un momento.

Su pistola de cañón largo se había movido para apuntar a Skip y por un momento creí que iba a disparar. Agarré mi 45 con ambas manos y lo apunté. Entonces él apartó la pistola, la alzó y dijo:

—Nosotros nos marcharemos primero. Quedaos donde estáis diez minutos. ¿Entendido?

—Vale —dije yo.

Apuntó al techo y disparó dos veces. Los tubos del fluorescente explotaron y sumieron a la habitación en la oscuridad. El ruido de los disparos sonó fuerte y todavía más, los tubos al explotar, pero por alguna razón ni el estruendo ni la repentina oscuridad me inquietaron. Observé, mientras él se dirigía al arco; era una sombra entre sombras y la 45 seguía centrada en él y mi dedo permanecía en el gatillo.

No esperamos los diez minutos que nos dijo. Nos largamos corriendo. Skip con la bolsa de los libros y yo con la pistola en una mano. Antes de que pudiéramos cruzar la calle hasta el Chevy, Kasabian había arrancado su coche y se había detenido junto a nosotros haciendo chirriar los frenos. Nos metimos en el asiento trasero y le dijimos que diera una vuelta a la manzana, pero el coche ya se había puesto en marcha antes de que nos hubiera dado tiempo a pronunciar esas palabras.

Giramos a la izquierda y luego a la izquierda otra vez. En la Decimoséptima Avenida nos encontramos a Bobby Ruslander apoyado en un árbol con la respiración entrecortada. Al otro lado de la calle, Billie Keegan venía caminando hacia nosotros lentamente, se detuvo y se encendió un cigarrillo con una cerilla.

Bobby dijo:

—Joder, no estoy en forma. Han pasado por aquí corriendo, tenían que ser ellos, llevaban el maletín con el dinero.

—Yo estaba cuatro casas más abajo, los he visto, pero no he querido alcanzarlos, ¿sabes? Es que creo que uno llevaba una pistola.

—¿No has oído los disparos?

No los había oído, ni tampoco ninguno de los otros. No me sorprendió. El pistolero de la peluca marrón había usado una pistola de un calibre pequeño y, aunque el ruido había sonado muy fuerte dentro de una habitación cerrada, no habría llegado muy lejos.

—Se subieron a un coche —dijo Bobby señalando hacia el lugar en el que había estado aparcado el coche— y se largaron a toda prisa. Hasta dejaron la señal de los neumáticos. Empecé a correr entonces, cuando se subieron al coche, porque pensaba que podría ver el número de la matrícula; los seguí, pero la luz era una mierda y... —Se encogió de hombros—. Nada —dijo.

Skip dijo:

—Al menos lo intentaste.

—No estoy en forma —dijo Bobby. Se dio unos golpecitos en la barriga—. No me funcionan las piernas, ni tengo energía y tampoco ando muy bien de la vista. No podría arbitrar un partido de baloncesto de verdad corriendo de un lado para otro de la cancha. ¡Joder! Me moriría allí mismo.

—Podrías haber tocado el silbato —propuso Skip.

—Si lo hubiera tenido, a lo mejor lo habría hecho. ¿Crees que se habrían detenido al oírlo y se habrían rendido?

—Creo que seguramente te habrían disparado —dije—. Olvida lo de la matrícula.

—Por lo menos lo he intentado —dijo. Miró hacia Billie—. Keegan estaba más cerca, pero no se ha movido. Ha estado sentado debajo del árbol como el toro Ferdinando, oliendo las flores.

—Oliendo mierda de perro —dijo Keegan—, que es lo que tenía más a mano.

—¿Le has estado dando a las botellitas, Billie?

—Nada, lo justo para mantenerme —respondió Keegan.

Le pregunté a Bobby si se había fijado en la marca del coche. Arrugó la boca, resopló y sacudió la cabeza.

—Un sedán negro último modelo —dijo—. No sé, hoy en día, todos se parecen mucho.

—Eso es verdad —dijo Kasabian y Skip asintió. Yo iba a empezar a formular otra pregunta cuando Billie Keegan dijo que el coche era un Mercury Marquis, de unos tres o cuatro años, y que era de color negro o azul marino.

Todos nos quedamos quietos, mirándolo. Su rostro carecía de expresión, sacó un trozo de papel del bolsillo de su camisa y lo desdobló.

—LJK-914 —leyó—. ¿Os dice algo? —Y mientras seguíamos mirándolo, añadió—: Es el número de la matrícula. La placa es de Nueva York. Para no morir de aburrimiento antes he estado entreteniéndome apuntando todas las marcas y las matrículas de los coches. Me parecía más sencillo que ponerme a correr detrás de los coches como un jodido cocker spaniel.

—¡Hay que joderse con Billie Keegan! —dijo Skip asombrado. Se acercó a él y lo abrazó.

—Vosotros corréis a juzgar al hombre que bebe un poco —dijo Keegan. Sacó una botellita del bolsillo, giró el tapón hasta que el sello se rompió, echó su cabeza hacia atrás y se bebió el güisqui—. Mantenimiento —dijo—. Eso es todo.

17

Bobby no podía soportarlo. Casi le dolía la ingenuidad de Billie.

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntó—. Yo también podría haberme puesto a anotar números, podríamos haber apuntado más coches.

Keegan se encogió de hombros.

—Supuse que era mejor no decir nada —dijo—. Así no quedaría como un gilipollas si pasaban corriendo al lado de los coches y cogían un autobús en la avenida Jerome.

—La avenida Jerome está en el Bronx —dijo alguien. Billie dijo que sabía dónde estaba la avenida porque tenía un tío que había vivido allí. Pregunté si los dos estaban disfrazados cuando aparecieron corriendo por la calle.

—No sé —dijo Bobby—. ¿Cómo se supone que iban? Llevaban puestos unos pequeños antifaces. —Unió los dedos pulgares con los índices para formar dos círculos y se los acercó a la cara, como si llevara un antifaz.

—¿Y todavía llevaban barba?

—Claro que llevaban barba. ¿Qué te crees? ¿Que se pararon un rato para afeitarse?

—Las barbas eran postizas —dijo Skip.

—¡Ah!

—¿También llevaban puestas las pelucas? ¿Una oscura y otra clara?

—Supongo. No sabía que fueran pelucas. Yo... no se veía una mierda, Arthur. Hay farolas ahí y ahí, pero aparecieron corriendo por la carretera y se metieron al coche. No se han parado para dar una conferencia ni han posado para los fotógrafos.

Yo dije:

—Será mejor que nos larguemos de aquí.

—¿Y eso por qué? Me gusta estar así, en medio de Brooklyn, me recuerda a cuando era pequeño y me quedaba hasta las tantas en la calle. ¿Es que crees que vendrá la pasma?

—Bueno, ha habido disparos. Lo último que necesitamos es llamar la atención quedándonos aquí en medio de la calle.

—Tiene sentido.

Caminamos hasta el coche de Kasabian, entramos y dimos otra vuelta a la manzana. Paramos en un semáforo en rojo y le dije a Kasabian por dónde ir para volver a Manhattan. Teníamos los libros, habíamos pagado el rescate y todos seguíamos vivos, podíamos contarlo. Además de eso, teníamos que celebrar la inventiva de Keegan en estado de embriaguez. Todo aquello hizo que nuestro humor cambiara para mejor, y entonces sí que pude indicarle bien para volver a la ciudad

y Kasabian, por su parte, pudo entender mis indicaciones.

Al pasar cerca de la iglesia, vimos un grupo de gente delante, hombres con camisetas de interior, adolescentes, todos parecían estar esperando a alguien. En la distancia, pude oír el sonido ondulante de la sirena de la policía.

Quería decirle a Kasabian que nos llevara a todos a casa, que podíamos volver a por el coche de Skip al día siguiente. Pero estaba aparcado junto a una boca de incendios y llamaría la atención. Se detuvo, no debió de relacionar la multitud con el sonido de la sirena, y Skip y yo bajamos. Uno de los hombres que había al otro lado de la calle, un tipo medio calvo y con barriga cervecera, estaba mirando hacia nosotros.

Le grité, le pregunté qué ocurría. Él quería saber si yo era de la comisaría. Negué con la cabeza.

—Alguien ha entrado en la iglesia —dijo—. Niños, probablemente. Tenemos las salidas cubiertas y la pasma está de camino.

—Niños —dije en alto, y él se rio.

—Creo que me he puesto más nervioso ahora que cuando estaba en el sótano de la iglesia —dijo Skip, después de habernos alejado unas cuantas manzanas—. Yo allí, de pie, con una bolsa colgada del hombro como si hubiera cometido un robo y tú con una 45 metida en tu pantalón. Pensé que estábamos jodidos si veían la pistola.

—Me he olvidado de que la llevaba ahí.

—Y encima nos hemos bajado de un coche lleno de borrachos. Otro punto a nuestro favor.

—Keegan era el único que iba borracho.

—Y era el que estaba más lúcido. ¡Imagínate! Hablando de beber...

Saqué el güisqui de la guantera y le quité el tapón. Él le dio un buen trago y luego me lo pasó. Y así, nos fuimos pasando la botella hasta que nos la acabamos. Skip dijo:

—A la mierda Brooklyn. —Y tiró la botella por la ventana. Hubiera preferido que no lo hubiera hecho porque el aliento nos apestaba a alcohol y teníamos una pistola sin licencia, pero me lo guardé.

—Eran muy profesionales —dijo Skip—. Con sus disfraces y todo. ¿Por qué le disparó a la luz?

—Para que no saliéramos corriendo.

—Por un momento creí que iba a dispararme. ¿Matt?

—¿Qué?

—¿Cómo es que no lo disparaste?

—¿Cuando te estaba apuntando? Lo habría hecho, si hubiera sentido que iba a disparar. Lo tenía cubierto. Del modo en que estábamos, si yo lo disparaba, él te dispararía a ti.

—Quiero decir después. Después de que le disparara a la luz. Todavía lo estabas apuntando. Seguías haciéndolo cuando salió por la puerta.

Me tomé un momento para responder y entonces dije:

—Decidiste pagar el rescate para que no les entregaran los libros a los de la Hacienda Federal. ¿Qué te crees que ocurre si te relacionan con un tiroteo en una iglesia en Bensonhurst?

—¡Jesús! No había pensado en eso.

—Además, disparándolo no habrías recuperado el dinero. Ya lo tenía el otro.

—Ya. No había pensado en eso. Pero yo sí que lo habría disparado. No porque fuera lo correcto, sino porque me habría dejado llevar por la tensión del momento.

—Bueno —dije—, nunca se sabe lo que uno puede llegar a hacer en una situación así.

En el siguiente semáforo, saqué mi libreta y comencé a hacer unos bosquejos. Skip me preguntó qué estaba dibujando.

—Orejas —dije.

—¿Y eso?

—Es algo que nos dijo un instructor cuando estuve en la Academia de Policía. La forma de las orejas de la gente es muy distintiva y es algo que no se suele enmascarar o cambiar mediante cirugía plástica. No había mucho que ver de esos dos, así que quiero hacer unos dibujos de sus orejas antes de que se me olvide cómo eran.

—¿Te acuerdas de cómo eran sus orejas?

—Bueno, me fijé en ellas a propósito.

—Ah, eso es otra cosa. —Se llevó el cigarrillo a la boca—. Yo ni siquiera podría decir si tenían o no orejas. ¿No se las cubrían las pelucas? Supongo que no, porque si no, no estarías haciendo esos dibujos. No se pueden comparar sus orejas, ¿verdad? Como se hace con las huellas dactilares.

—Lo que quiero es tener un modo de reconocerlos —dije—. Creo que podría reconocer sus voces, eso contando con que hubieran usado sus voces reales esta noche y creo que sí que lo han hecho. Con respecto a su altura, uno medía un metro setenta y cinco, aproximadamente, y el otro era un poco más bajo, o lo parecía, porque estaba más atrás. —Sacudí la cabeza mientras miraba mi libreta—. Pero no sé qué par de orejas es de quién. Debería haber hecho esto antes. Esos detalles se borran rápido de la memoria.

—¿Crees que de verdad importa, Matt?

—¿Que si importa cómo son sus orejas? —Pensé en ello—. Probablemente no —reconocí—. Por lo menos el noventa por ciento de lo que haces durante una investigación no te lleva a ninguna parte. Digamos mejor un noventa y cinco por ciento y me refiero a la gente con la que hablas o el tiempo que inviertes en comprobar datos.

Pero si haces suficientes cosas, entre ellas puede estar la clave.

—¿Lo echas de menos?

—¿Ser poli? No demasiado.

—Puedo entender que lo echaras de menos —dijo—. Pero, de todos modos, no me referiría únicamente a las orejas. Lo que quiero decir es si crees que todo esto tiene sentido. Nos han chantajeado y se han salido con la suya. ¿Crees que la matrícula nos llevará a alguna parte?

—No. Creo que son lo suficientemente listos como para haber usado un coche robado.

—Eso es lo que yo creo también. Antes no he querido decir nada porque me apetecía sentir algo por lo que alegrarme y también porque no quería desilusionar a Billie, pero después de la que han montado, con los disfraces, haciéndonos dar vueltas antes de mandarnos al sitio en concreto, no creo que fueran a pillarse los dedos con el número de una matrícula.

—A veces ocurre.

—Supongo. A lo mejor nos viene mejor que hayan robado un coche.

—¿Por qué lo dices?

—A lo mejor los pillan por eso, a lo mejor un patrullero con ojos de lince ve el coche y lo relaciona con uno que esté en esa hoja de los coches birlados. ¿Es así cómo la llamáis?

—La lista de los coches birlados. Pero para que un coche entre en esa lista, tiene que pasar un tiempo.

—A lo mejor lo tenían planeado desde hace tiempo. A lo mejor han robado el coche hace una semana. ¿Por qué otra cosa los podrían fichar? ¿Por profanar una iglesia?

—¡Oh, joder! —dije yo.

—¿Qué pasa?

—La iglesia.

—¿Qué pasa con la iglesia?

—Para el coche, Skip.

—¿Por?

—Que pares un minuto, ¿vale?

—¿Lo dices en serio? —Me miró—. Lo dices en serio —dijo y se detuvo junto al bordillo. Cerré los ojos, intentaba centrarme.

—La iglesia —dije—. ¿Qué clase de iglesia era? ¿Te has fijado por casualidad?

—Para mí todas son iguales. Era, no sé, de ladrillo, de piedra. ¿Qué cojones importa?

—Lo que quiero saber es si era protestante o católica.

—¿Y cómo voy a saber yo eso?

—Había un letrero en la entrada. Estaba acristalado y tenía letras blancas sobre un fondo negro. Ahí te pone los horarios de las misas y de qué van a tratar los sermones.

—Siempre tratan de lo mismo. Tienes que imaginarte todas las cosas que te gustaría hacer, pero que no vas a hacer.

Podía cerrar los ojos y ver esa maldita cosa, pero no podía visualizar las palabras.

—¿No te fijaste?

—Tenía otras cosas en las que pensar, Matt. ¿Pero qué coño importa?

—¿Era católica?

—Que no lo sé. ¿Es que tienes algo a favor o en contra de los católicos? ¿Las monjas te pegaban con una regla cuando eras pequeño? «Conque pensamientos impuros... ¡zas! Toma eso, pequeño cabroncete». ¿Vas a tardar mucho, Matt? —Cerré los ojos, estaba lidiando una batalla con mi memoria, y no le respondí—. Porque hay una tienda de licores ahí enfrente y por mucho que odie gastarme dinero en Brooklyn, creo que voy a ir, ¿vale?

—Claro.

—Puedes imaginarte que es vino del altar —dijo.

Volvió con una botella de medio litro de Teacher's en una bolsa marrón. Rompió el precinto y destapó la botella sin sacarla de la bolsa, dio un trago y me la pasó. La tuve un rato en la mano y finalmente bebí.

—Ya podemos irnos —dije.

—¿Ir adónde?

—A casa. Volvemos a Manhattan.

—No tenemos que volver ya, ¿quieres que esperemos a que reces una novena o algo?

—La iglesia debía de ser luterana o algo así.
—¿Y eso significa que podemos volver a Manhattan?
—Eso es.

Arrancó el motor y se incorporó al tráfico. Estiró la mano, le di la botella, bebió y me la devolvió.

Dijo:

—No quiero entrometerme, detective Scudder, pero...

—¿Pero a qué ha venido todo eso?

—Eso es.

—Me da vergüenza decirlo —dije—. Es algo que me dijo Tillary hace unos días. Ni siquiera sé si es verdad, pero se supone que se trataba de una iglesia en Bensonhurst.

—¿Una iglesia católica?

—Supongo que sí —le dije y le conté la historia que me había contado Tommy, la de los dos chavales que habían robado en la iglesia de la madre de un capo de la mafia y lo que se suponía que les habían hecho después para vengarse.

Skip dijo:

—¿En serio? ¿Eso ha pasado de verdad?

—No lo sé. Y Tommy tampoco lo sabe. Es una historia que se cuenta por ahí.

—Colgados de unos ganchos de carnicería y despellejados vivos... ¡Joder!

—Se ve que a Tutto le atraía eso. Lo llaman Dom, el Carnicero. Creo que está interesado en el comercio de la carne al por mayor.

—¡Jesús! Si la de antes es su iglesia...

—La de su madre.

—Me da igual. ¿Es que vas a seguir agarrando la botella hasta que el cristal se derrita?

—Perdona.

—Si la de antes es su iglesia, o la de su madre, o lo que sea...

—No me gustaría que se enterara de que nosotros estábamos allí cuando se produjeron los disparos. No es que sea lo mismo que robar dentro de la iglesia, pero aun así podría tomárselo como algo personal. ¿Quién sabe cómo podría reaccionar?

—¡Dios!

—Pero está claro que era una iglesia protestante y que su madre iría a una católica. Y aunque fuera católica, seguro que hay otras cuatro o cinco iglesias católicas más en Bensonhurst. O tal vez más, no lo sé.

—Algún día tenemos que contarlas. —Le dio una calada a su cigarrillo, tosió y lo tiró por la ventanilla—. ¿Por qué alguien haría algo así?

—Te refieres a...

—A colgar a dos chavales y a despellejarlos. A eso me refiero. ¿Cómo puede alguien hacer algo así? ¿A dos chicos que lo único que han hecho ha sido robar alguna que otra mierda de una iglesia?

—No lo sé —dije—. Pero creo que sé por qué lo hizo Tutto.

—¿Por qué?

—Porque quería darles una lección.

Él meditó sobre lo que había dicho.

—Bueno, pues me apuesto lo que sea a que funcionó —dijo—. Seguro que esos pequeños cabrones no vuelven a robar en otra iglesia.

18

Para cuando volvimos a casa, la botella de medio litro de Teacher's estaba vacía. Yo no había bebido mucho. Skip no había dejado de beber y al final la había tirado vacía al asiento trasero. Creo que tiraba las botellas por la ventanilla solo cuando estaba al otro lado del río.

No habíamos hablado mucho desde nuestra conversación sobre Dom, el Carnicero. El alcohol ya estaba empezando a hacerle efecto y se reflejaba en su forma de conducir. Se saltó algún que otro semáforo y tomó una curva demasiado deprisa, pero no chocamos con nada ni con nadie. Tampoco nos paró la policía de tráfico. Aquel año en Nueva York no te citaban por haber cometido una infracción a menos que hicieras algo muy grave como, por ejemplo, atropellar a una monja.

Cuando habíamos aparcado delante del Miss Kitty's, él se echó hacia delante y apoyó los codos en el volante.

—Bueno, el garito sigue abierto —dijo—. Encontré a un chaval para que trabajara esta noche, seguro que me ha birlado tanto como hicieron los chicos de Bensonhurst. Vamos dentro, quiero esconder los libros.

En su despacho sugerí que guardara los libros en la caja fuerte. Él me miró y marcó la combinación.

—Los dejo aquí por esta noche —dijo—. Mañana toda esta mierda irá directa a dos incineradores distintos. Nada de libros que registren los datos reales del negocio. Lo único que consigues con eso es exponerte demasiado.

Metió los libros en la caja fuerte y comenzó a cerrar la enorme puerta. Le puse la mano sobre su brazo para detenerlo.

—A lo mejor también deberías meter esto —dije, y le di la 45.

—Olvídate de eso —dijo él—. No la voy a guardar en la caja fuerte. No se le puede decir a un atracador: «Por favor, discúlpame un minuto. Quiero ir a sacar la pistola de la caja fuerte para volarte la cabeza». La guardamos detrás de la barra. —Me la quitó y se quedó pensando en la forma menos sospechosa de llevarla encima. Había una bolsa de papel blanco sobre el escritorio, manchada de los vasos de café y de los sándwiches que había contenido, y Skip metió la pistola dentro.

—Ahí —dijo. Cerró la caja fuerte, giró la rueda de la combinación y tiró de la puerta para asegurarse de que la caja había quedado cerrada—. Perfecto —dijo—. Ahora déjame que te invite a una copa.

Salió del despacho y se metió detrás de la barra. Sirvió dos copas del mismo güisqui que

habíamos tomado en el coche.

—A lo mejor te apetecía más burbon —dijo—. No lo he pensado. Y tampoco se me ha ocurrido antes cuando he comprado la botella.

—No pasa nada.

—¿Seguro? —Se alejó un poco y escondió la pistola en alguna parte detrás de la barra. El camarero que tenía trabajando aquella noche se acercó porque quería hablar con él, así que se apartaron y conversaron unos minutos. Skip volvió, se terminó su copa y dijo que quería meter su coche en el garaje antes de que se lo llevara la grúa, pero que volvería en unos minutos. Me dijo también que si quería, podía acompañarlo.

—Ve —le dije—. Creo que yo me voy a ir a casa.

—¿Hoy vas a acabar pronto la noche?

—No sería mala idea.

—No. Bueno, si cuando vuelva ya te has ido, te veo mañana.

No me fui a casa directo. Primero me pasé por algunos bares. No fui al Armstrong's.

No me apetecía hablar con nadie. Y tampoco quería emborracharme. No estoy seguro de lo que quería.

Estaba saliendo del Polly's Cage cuando vi pasar por la Cincuenta y Siete un coche que se parecía al Buick de Tommy. No me fijé mucho en la persona que iba detrás del volante. Caminé tras él y vi que se detuvo en una zona de aparcamiento en medio de la siguiente manzana. Para cuando el conductor salió y cerró el coche, yo ya estaba lo suficientemente cerca como para ver que se trataba de Tommy. Llevaba una chaqueta, una corbata y cargaba con dos paquetes. Uno, en forma de abanico, parecía un ramo de flores.

Lo vi entrar en el apartamento de Carolyn.

Por alguna razón, fui hasta la acera de enfrente del edificio y me quedé allí. Localicé su ventana, o la que creía que era su ventana. Tenía la luz encendida. Me quedé allí un rato, hasta que la luz se apagó.

Fui a una cabina de teléfono y marqué el 411. La teleoperadora de información me dijo que efectivamente aparecía una Carolyn Cheatham con la dirección que yo le había dado, pero que el número de teléfono no había sido facilitado. Volví a llamar, hablé con otra teleoperadora y seguí el procedimiento que emplea un policía para conseguir un número que no figura en la guía. Me lo dieron y lo anoté en mi libreta, en la misma página en la que tenía mi estúpido boceto de las orejas. La verdad es que eran unas orejas bastante corrientes, no tenían nada de especial. Pasarían totalmente desapercibidas.

Eché una moneda de diez centavos y marqué el número. Sonaron cuatro o cinco tonos y, entonces, ella lo cogió y dijo «hola». No sé que más me esperaba oír. No dije nada, ella volvió a decir hola una segunda vez y colgó.

Sentía tensión en la espalda y en los hombros. Quería meterme en una pelea. Quería golpear algo.

¿De dónde venía toda esa rabia? Quería subir allí, apartarlo de ella y golpearlo en la cara, pero ¿qué coño me había hecho él? Hacía unos días había estado furioso con él por haberla desatendido. Y ahora me había enfurecido por no hacerlo.

¿Estaba celoso? Pero ¿por qué? Si yo no estaba interesado en ella.
Debía de estar loco.

Volví y me fijé en la ventana. La luz seguía apagada. Una ambulancia que venía por Roosevelt aceleró en la Novena Avenida; la sirena no paraba de gemir. Música rock resonaba dentro de un coche esperando a que el semáforo cambiara. Entonces el coche salió a toda prisa, la sirena de la ambulancia se desvaneció en la distancia y, por un momento, la ciudad pareció sumirse en un absoluto silencio. Pero ese silencio se perdió en cuanto fui consciente de todos los sonidos de fondo que nunca llegan a desaparecer del todo.

Me vino a la mente aquella canción que Keegan me había puesto. No la canción entera. No me salía la melodía y no recordaba más que algunos fragmentos de la letra. Decía algo sobre una noche de poesía. Sí, algo así. Y algo sobre saber que estás solo cuando el antro sagrado cierra.

De camino a casa, me paré a comprar unas cervezas.

19

La comisaría del Distrito 6 se encuentra en la calle Diez Oeste, entre Bleecker y Hudson, en el Village. Años antes, cuando estuve allí haciendo un turno, se encontraba en un edificio mucho más ornamentado al oeste de la calle Charles. Ahora ahí se han construido pisos de una cooperativa y el edificio se llama el Gendarme.

La nueva comisaría es un edificio feo, de nueva construcción que jamás podrá ser convertido en un bloque de pisos. Estuve allí un rato el martes por la mañana, pasé por delante del mostrador de recepción y fui directo al despacho de Eddie Koehler. No tuve que preguntar, ya sabía dónde estaba.

Levantó la vista de un informe que estaba leyendo y me miró.

—Lo malo de esa puerta —dijo— es que cualquiera puede entrar.

—Tienes buen aspecto, Eddie.

—Bueno, ya sabes. Vida sana. Siéntate, Matt.

Me senté y charlamos un poco. Recordamos viejos tiempos. Cuando la pequeña charla llegó a su fin, él dijo:

—Has venido a verme porque pasabas por aquí, ¿verdad?

—Es que me he acordado de ti y he pensado que necesitarías un sombrero nuevo.

—¿Con este tiempo?

—A lo mejor un sombrero panamá. Los sombreros de paja te protegen bien del sol.

—O a lo mejor un salacot. Pero en *este* barrio *laz chicaz ze* burlarían de mí —dijo ceceando.

Saqué mi libreta.

—Un número de matrícula —dije—. Pensé que tal vez podrías decirme algo.

—¿Quieres que llame al registro de vehículos?

—Primero comprueba la lista de coches birlados.

—¿De qué se trata? ¿Ha habido un atropello y el conductor se ha dado a la fuga? ¿Tu cliente quiere saber quién lo ha atropellado para sacarle pasta a cambio de presentar cargos contra él?

—Tienes mucha imaginación.

—¿Me traes un número de matrícula y directamente quieres que la busque entre las matrículas de coches robados? Joder. ¿Cuál es el número?

Se lo dicté. Él lo anotó y se levantó de su escritorio.

—Tardaré un minuto —dijo.

Mientras estuvo fuera, yo estuve mirando los dibujos que había hecho de las orejas. Las orejas sí que se diferencian mucho unas de otras. Lo que pasa es que tienes que entrenarte para poder

fijarte bien en ellas.

No tardó mucho. Volvió y se dejó caer en su silla.

—En la lista de los coches birlados no aparece —dijo.

—¿Podrías mirar en el registro de vehículos?

—Podría, pero no tengo que hacerlo. Los coches no se anotan en la hoja tan rápidamente. He llamado y, sí, el coche es robado, pero entrará en la lista la semana que viene. Llamaron anoche para denunciarlo; lo robaron por la tarde o cuando empezó a anochecer.

—Me lo imaginaba —dije.

—Un Mercury del 73, ¿no? ¿Un sedán, azul oscuro?

—Eso es.

—¿Es eso lo que querías saber?

—¿Dónde lo robaron?

—En Brooklyn. En Ocean Parkway, en una zona bastante alejada.

—Tiene sentido.

—¿Sí? ¿Por qué?

Sacudí la cabeza.

—No es nada —dije—. Creí que el dato del coche sería importante, pero si es robado no nos lleva a ninguna parte. —Cogí mi cartera, saqué veinticinco dólares, el precio que suele costar un sombrero en la jerga policial. Puse los billetes sobre la mesa. Él los cubrió con la mano, pero no los cogió.

—Ahora yo tengo una pregunta que hacerte —dijo.

—¿Sí?

—¿Por qué?

—Es privado —dije—. Estoy trabajando para alguien, no puedo...

Él estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué gastarse veinticinco dólares en algo que podrías haber conseguido gratis con una simple llamada de teléfono? ¡Por Dios santo, Matt! ¿Cuánto tiempo hace que no llevas tu placa? ¿Tanto como para que se te haya olvidado cómo conseguir un listado del registro de vehículos? Llamas, te identificas, ya sabes cómo va eso, ¿no?

—Pero pensé que era robado.

—Pues si quieres comprobarlo en la lista de coches robados, llamas a alguien del departamento. Dices que eres un poli que está en turno de vigilancia, o algo así, y que has visto un coche que crees que podría ser robado y que necesitas que lo comprueben. Eso te ahorra tener que venir hasta aquí y también te ahorra el dinero de un sombrero.

—Pero eso sería suplantar a un agente de policía —dije.

—¿Sí? ¿De verdad? —Le dio un golpecito al dinero—. Pues técnicamente, esto —dijo— es sobornar a un agente de policía. Has elegido el mejor lugar para hacerlo, ¿eh?

La conversación me estaba haciendo sentir incómodo. Hacía menos de doce horas que había suplantado a un agente de policía, al conseguir el número de teléfono de Carolyn Cheatham que no aparecía en la guía de teléfonos. Dije:

—A lo mejor es que te echaba de menos y quería verte, Eddie. ¿Qué te parece?

—A lo mejor. O a lo mejor es que se te está oxidando el cerebro.

—Es posible.

—A lo mejor deberías dejar el alcohol y volver a ser una persona normal. ¿Es posible?
Me levanté.

—Siempre es un placer verte, Eddie. —Él tenía más cosas que decir, pero yo no tenía por qué quedarme allí a oír las.

Había una iglesia cerca, Santa Verónica; era una pila de ladrillos rojos en la calle Christopher, cerca del río. Un vagabundo se había colocado en las escaleras, tenía una botella vacía de Night Train en la mano. Por un momento pensé que Eddie había llamado a alguien para que pusiera a ese hombre allí, para que yo viera una nefasta muestra de lo que podría esperarme en el futuro. No supe si reírme o temblar.

Subí las escaleras y entré. La iglesia era grande y tenebrosa y estaba vacía. Me senté y cerré los ojos un minuto. Pensé en mis dos clientes, Tommy y Skip, y en el pésimo trabajo que estaba haciendo para ellos. Tommy no necesitaba mi ayuda y, de todos modos, tampoco se la estaba dando. En cuanto a Skip, tal vez le había ayudado con el intercambio, pero había cometido errores. ¡Por Dios! Tendría que haberles dicho a Billie y a Bobby que anotaran las matrículas, no debería haber dejado que a Billie se le ocurriera esa idea por su cuenta.

Casi me alegraba de que al final el coche fuera robado. Así, la pista de Keegan no nos llevaría a ninguna parte y mi falta de previsión no tendría importancia.

Estúpido. Bueno, de todos modos, había sido yo el que los había colocado allí, ¿no? No habrían visto el coche, y no digamos el número de la matrícula, si hubieran estado con Kasabian al otro lado de la manzana.

Me levanté, metí un dólar en la ranura y encendí una vela. Había una mujer de rodillas a pocos metros de mí. Cuando se levantó, vi que era un transexual. Era como cinco centímetros más alta que yo. Sus rasgos eran mitad latinos, mitad orientales. Sus hombros y sus brazos eran musculosos y sus pechos, del tamaño de un melón cantalupo, tensaban su top atado al cuello y de espalda descubierta.

—Bueno... Hola —dijo ella.

—Hola.

—¿Has venido a ponerle una vela a Santa Verónica? ¿Sabes algo de ella?

—No.

—Yo tampoco. Pero prefiero pensar en ella como si fuera —dijo mientras se colocó un mechón de pelo para que le cayera sobre la frente— Santa Verónica Lake.

El tren N me dejó a varias manzanas de la iglesia que estaba en Ovington con la Decimoctava Avenida. Una mujer que se encontraba sola, vestida con unos pantalones que parecían tener salpicaduras de pintura y una camisa de militar, me indicó dónde se encontraba el despacho del pastor. Allí no había nadie más que un joven rechoncho con la cara llena de pecas. Tenía un pie apoyado sobre el brazo de la silla y estaba afinando una guitarra.

Le pregunté dónde estaba el pastor.

—Soy yo —dijo, poniéndose derecho—. ¿En qué puedo ayudarle?

Le dije que había oído que se había cometido un acto vandálico en el sótano la noche anterior. Él me sonrió.

—¿Así que fue eso? Alguien le disparó al fluorescente de la luz. El daño no ascenderá a

mucho. ¿Le gustaría ver dónde ocurrió?

No tuvimos que utilizar las escaleras por las que yo había bajado la noche anterior. Bajamos unas escaleras interiores y entramos en la habitación cruzando el arco cubierto por una cortina por el que nuestros amigos ataviados con pelucas y barbas habían salido. Todo estaba colocado; las sillas apiladas y las mesas plegadas. La luz del día se filtraba por la ventana.

—Ahí está —dijo señalando al techo—. Había cristales por el suelo, pero ya los hemos barrido. Supongo que habrá visto el informe policial.

No dije nada, me limité a mirar a mi alrededor.

—¿Está con la policía, verdad?

Él no me estaba investigando, únicamente quería asegurarse. Pero algo me detuvo. Tal vez el final de mi conversación con Eddie Koehler.

—No —dije—. No lo estoy.

—Ah. Entonces su interés se debe a...

—Anoche estuve aquí.

Él me miró, esperando que continuara. Me pareció un hombre muy paciente. Podías sentir que quería escuchar lo que tuvieras que decirle y que podías tomarte el tiempo que necesitaras. Supongo que esa cualidad sería muy útil para un pastor.

Yo dije:

—Antes era policía. Ahora soy detective privado —lo cual quizá era técnicamente incorrecto, pero se acercaba bastante a la verdad—. Anoche estuve aquí para intercambiar dinero por unas cosas que le pertenecían a mi cliente y que se habían llevado para pedir un rescate.

—Entiendo.

—La otra parte, los criminales que habían robado las pertenencias de mi cliente, eligieron este sitio para el intercambio. Ellos fueron los que dispararon.

—Entiendo —volvió a decir—. ¿Alguien... resultó herido? La policía ha buscado manchas de sangre. Yo no sé si todas las heridas sangran.

—No dispararon a nadie. Se produjeron dos disparos solamente y ambos fueron directos al techo.

Él suspiró.

—Es todo un alivio. Bueno, señor *eh...*

—Scudder. Matthew Scudder.

—Yo soy Nelson Fuhrmann. Creo que antes nos hemos saltado las presentaciones. —Se pasó la mano por su pecosa frente—. Supongo que la policía no sabe nada de esto.

—No. No sabe nada.

—Y usted preferiría que no lo hiciera.

—Sería más sencillo si no supieran nada.

Tras pensarlo, asintió.

—De todos modos dudo que vaya a tener la ocasión de contárselo —dijo—. No creo que vuelvan por aquí, ¿y usted? No es un crimen de importancia.

—A lo mejor alguien se pasa. Pero no se sorprenda si no vuelve a saber de ellos.

—Rellenarán un informe —dijo él— y todo se quedará ahí. —Volvió a suspirar—. Bueno, señor Scudder, debe de tener una razón para haberse arriesgado a que yo le mencionara su visita a la policía. ¿Qué espera descubrir?

—Me gustaría saber quiénes fueron.

—¿Los villanos? —Se rio—. No sé de qué otro modo llamarlos. Si fuera policía, supongo que los llamaría autores del crimen.

—Podría llamarlos pecadores.

—Ah, pero bueno, todos lo somos, ¿no? —Me sonrió—. ¿No conoce su identidad?

—No. Y llevaban disfraces, pelucas y barbas postizas, así que ni siquiera sé qué aspecto tienen.

—No sé cómo podría ayudarle. No cree que estén relacionados con la iglesia, ¿verdad?

—Estoy casi seguro de que no. Pero eligieron este lugar, reverendo Fuhrmann y...

—Llámeme Nelson.

—... y eso puede indicar que conocen la iglesia y esta habitación en particular. ¿Encontró la policía algún signo de que hubieran forzado la cerradura?

—Creo que no, no.

—¿Le importa si echo un vistazo a la puerta? —Examiné la cerradura de la puerta que daba a las escaleras. Si la forzaron, yo no pude ver ninguna señal. Le pregunté qué otras puertas daban al exterior, me llevó a ellas, lo comprobamos y ninguna tenía signos de que alguien hubiera entrado ilegalmente.

—La policía dijo que una puerta debió de quedarse abierta —explicó él.

—Eso sería lógico si esto fuera un simple caso de vandalismo o alguna travesura. Unos niños se encuentran una puerta abierta, entran y lo revuelven todo un poco. Pero esto fue planeado, estaba preparado. No creo que nuestros pecadores contaran con que la puerta estuviera abierta. ¿O acaso aquí lo de cerrar las puertas con llave es algo que se deja al azar?

Él negó con la cabeza.

—No, siempre cerramos con llave. Tenemos que hacerlo, incluso en un barrio decente como este. Cuando la policía llegó anoche, había dos puertas abiertas; esta puerta y la de detrás. Está claro que no nos habríamos dejado las dos sin cerrar.

—Si una estaba abierta, ¿la otra podría abrirse desde dentro?

—Oh, claro. Sin embargo...

—Debe de haber muchas llaves en circulación, reverendo. Estoy seguro de que muchos grupos de la comunidad utilizan las dependencias de la iglesia.

—Oh, por supuesto —dijo—. Sentimos que es parte de nuestra función el cederle nuestro espacio a los demás cuando nosotros no lo necesitamos. Y el alquiler que recibimos por ello supone una parte importante de nuestros ingresos.

—Entonces el sótano suele ser utilizado por las noches.

—Oh, claro. Veamos... el grupo de Alcohólicos Anónimos se reúne aquí todos los jueves por la noche y hay otro grupo de Al-Anon que utiliza la habitación los martes; por cierto, esta noche vendrán. Y los viernes, ¿quién está aquí los viernes? En los pocos años que llevo aquí, este lugar se ha utilizado para un sinnúmero de actividades. Tuvimos un pequeño grupo de teatro que venía a ensayar, tenemos una reunión de exploradores una vez al mes, tenemos... bueno, puede ver que hay muchos grupos distintos con acceso a nuestras áreas.

—Pero aquí no se reúne nadie los lunes por la noche.

—No. Había un grupo de feministas que se reunían los lunes hasta hace tres meses, pero creo que luego decidieron ir quedando en sus propias casas. —Ladeó la cabeza—. Está sugiriendo

que... *em...* los pecadores estarían en condición de saber que este sitio estaría vacío anoche.

—Eso es lo que estaba pensando.

—Pero podrían haber llamado y haberse informado. Cualquiera podría haber llamado y haber fingido que era alguien interesado en utilizar la sala y que quería comprobar si estaba disponible.

—¿Han recibido alguna llamada de ese tipo?

—Bueno, las recibimos constantemente —dijo—. Así que no es algo que alguien de aquí recordaría especialmente.

—¿Por qué siempre vienes por aquí y le preguntas a todo el mundo por el Ratón Mickey? —quería saber la mujer.

—¿Quién?

Ella soltó una carcajada.

—Miguelito Cruz. Ya sabes, Miguelito en inglés se dice *little Michael*. Y eso es igual que Mickey. La gente lo llama Ratón Mickey. O al menos, yo lo hago.

Estábamos en un bar puertorriqueño en la Cuarta Avenida, situado entre un herbolario y una tienda que alquilaba ropa de etiqueta. Había tomado el tren N después de mi visita a la iglesia luterana en Bensonhurst con la intención de volver a la ciudad, pero en lugar de eso había acabado levantándome repentinamente en la calle Cincuenta y Tres en Sunset Park y me había bajado del tren allí. No tenía nada más que hacer, no sabía por dónde continuar la investigación para Skip, así que pensé que podría hacer algo para justificar el dinero que recibía de Tommy Tillary.

Además, era la hora del almuerzo y me apetecía un plato de judías negras con arroz.

Estaban tan buenas como me había imaginado. Las bajé con una botella de cerveza fría y luego pedí un flan de postre y me tomé un par de *espressos*. Los italianos te sirven lo que entra en un dedal. Los puertorriqueños te sirven una taza llena.

Luego fui de bar en bar, me pedí cervezas y me las tomé despacio y fue entonces cuando me encontré con esa mujer que quería saber a qué se debía mi interés por el Ratón Mickey. Tendría unos 35 años, el pelo y los ojos oscuros y una dureza en su rostro que hacía juego con la dureza de su voz. Su voz, marcada por el tabaco, el alcohol y la comida picante, era esa clase de voz que podría cortar el cristal.

Sus ojos eran grandes y dulces y lo que se podía ver de su cuerpo indicaba que tendría la misma suavidad y dulzura que esos ojos. Iba vestida con muchos colores vivos. Tenía el pelo recogido con un pañuelo rosa chillón, su camisa era de color azul eléctrico, sus pantalones a la altura de la cadera eran amarillo canario y sus tacones de aguja de color naranja fosforito. La blusa dejaba ver parte de sus voluminosos pechos. Su piel parecía cobre, pero tenía cierto rubor, como si estuviera encendida por dentro.

Yo pregunté:

—¿Conoces al Ratón Mickey?

—Claro que lo conozco. Lo veo siempre en los dibujos animados. Es un ratón muy divertido.

—Me refiero a Miguelito Cruz. ¿Conoces a ese Ratón Mickey?

—¿Eres poli?

—No.

—Pues lo pareces, te mueves como un poli y haces preguntas como un poli.

—Antes lo era.

—¿Te echaron por robar? —Se rio mostrando un par de dientes de oro—. ¿Por aceptar sobornos?

Negué con la cabeza.

—Por disparar a niños —dije.

Ella se rio con más fuerza.

—Anda ya —dijo ella—. No te despiden por eso. Por eso te ascienden, te hacen jefe de policía.

No tenía acento de ser de la isla. Era una chica de Brooklyn. Volví a preguntarle si conocía a Cruz.

—¿Por qué?

—Olvidalo.

—¿Eh?

—Que lo olvides —le dije, le di la espalda y seguí con mi cerveza. No pensé que fuera a dejarme en paz. Miré por el rabillo del ojo. Estaba bebiendo algo con color con una pajita y, mientras la observaba, se terminó la bebida.

—¿Eh! —dijo—. Invítame a una copa.

La miré. Sus ojos no vacilaron. Le hice una seña al camarero, un hosco hombre gordo que parecía estar peleado con el mundo. Le preparó lo que fuera que ella estaba bebiendo. Para hacerlo necesitó usar la mayoría de las botellas que había en el bar. Lo puso delante de ella, me miró y yo levanté mi vaso para que viera que no quería más.

—Lo conozco muy bien —dijo ella.

—¿Sí? ¿Y sonrías alguna vez?

—No me refiero a él, te hablo del Ratón Mickey.

—Ajá.

—¿Qué quieres decir con «ajá»? Es un crío. Cuando crezca, entonces podrá venir a verme. Si es que crece, claro.

—Háblame de él.

—¿Qué quieres que te cuente? —Le dio un sorbo a su bebida—. Se mete en problemas por enseñarle a todo el mundo lo duro y lo listo que es. Pero no es tan duro, ¿sabes?, y tampoco es tan listo. —El gesto de su boca se suavizó—. Pero es guapo. Siempre lleva ropa chula, siempre va muy peinado y recién afeitado. —Extendió la mano para acariciarme la mejilla—. Es suave, ¿sabes? Y es pequeño, es muy mono y te dan ganas de achucharlo, de acurrucarlo y llevártelo a casa.

—¿Pero eso nunca lo has hecho?

Ella volvió a reírse.

—Hey, tío, ya tengo bastantes problemas.

—¿Crees que te causaría problemas?

—Si me lo llevara a casa —dijo ella—, se pasaría todo el rato pensando: «¿Y ahora cómo voy a hacer que esta zorra me deje ponerla en la calle?».

—¿Es un chulo? Eso no lo había oído.

—Si estás pensando en un chulo con sombrero morado y un Cadillac Eldorado, olvidalo. —Y se rio—. Eso es lo que le gustaría a la «Rata» Mickey. Un buen día va y conoce a esa chica nueva,

recién llegada de Santurce, de un pueblecito al lado de Santurce, ¿sabes? Y él la convence para que trabaje fuera de su apartamento, para que se vea con uno o dos tipos al día, ya sabes, tíos que él encuentra.

—«Hey, Joe, ¿quieres tirarte a mi hermanita?» —dije yo intentando reproducir un acento puertorriqueño.

—Tío, te sale fatal el acento puertorriqueño. Pero tienes una ligera idea. Ella trabaja unas dos semanas, sabes, se harta y coge un avión de vuelta a la isla. Y esta es la historia de Mickey el chulo.

En ese momento necesitó otra copa y yo estaba listo para tomarme otra cerveza. Le dijo al camarero que nos trajera una bolsa de plátanos fritos y al abrirla la rajó, de modo que el contenido se salió y cayó sobre la barra. Sabían como a una mezcla entre patatas fritas y virutas de madera.

Me dijo que el problema del Ratón Mickey era que se esforzaba demasiado en demostrar algo. En el instituto había demostrado que era un machito yéndose a Manhattan con unos colegas a patearse las calles del West Village en busca de homosexuales a los que dar una paliza.

Ella dijo:

—Él era el cebo, ¿sabes? Pequeño y guapo. Y luego cuando conseguían al tipo, se volvía como loco, casi quería matarlo. Los tíos que iban con él al principio decían que tenía valor, pero luego empezaron a decir que no tenía sesos. —Sacudió la cabeza—. Así que jamás me lo he llevado a casa —dijo ella—. Es mono, pero eso desaparece en cuanto apagas la luz, ¿sabes? No creo que me hubiera hecho mucho bien. —Me tocó la barbilla con una uña pintada—. No quiero a un hombre que sea demasiado mono, ¿me entiendes?

Fue una insinuación, pero supe que no quería caer en ella. El darme cuenta de eso produjo una oleada de tristeza en mi interior que surgió de la nada. No tenía nada que ofrecerle a esa mujer y ella no tenía nada para mí. Ni siquiera sabía su nombre; si nos habíamos llegado a presentar, no lo recordaba. Y, de todos modos, no creo que lo hiciéramos. Los únicos nombres mencionados habían sido Miguelito Cruz y el Ratón Mickey.

Yo mencioné otro, el de Ángel Herrera. Ella no quería hablar de Herrera. Dijo que era simpático. Que no era tan mono y, tal vez, no tan listo, pero que quizá eso fuera mejor. Sin embargo, no quiso hablar de Herrera.

Le dije que me tenía que ir. Dejé un billete sobre la barra y le pedí al camarero que le mantuviera el vaso lleno. Ella se rio, bien burlándose de mí o porque le hacía gracia la situación. No lo sé. Su risa sonaba como si alguien estuviera tirando un saco de cristales rotos por una escalera. Esa risa me siguió hasta la puerta y hasta la calle.

20

Cuando volví a mi hotel, había un mensaje de Anita y otro de Skip. Primero llamé a Syosset, hablé con Anita y con los niños. Hablamos de dinero y le dije que había recibido una paga y que pronto le enviaría algo. Hablé con mis hijos sobre béisbol y sobre el campamento al que irían en poco tiempo.

Llamé a Skip al Miss Kitty's. Otra persona respondió el teléfono y esperé hasta que él se puso.

—Quiero reunirme contigo —dijo—. Esta noche trabajo, ¿quieres pasarte luego?

—Vale.

—¿Qué hora es? ¿Las nueve menos diez? ¿Llevo aquí menos de dos horas? Pues me parece como si llevara cinco. Matt, lo que voy a hacer es cerrar sobre las dos. Pásate sobre esa hora y nos tomamos algo.

Ví el partido de los Mets. Jugaban fuera de la ciudad. En Chicago, creo. Tenía los ojos fijados en la pantalla, pero no podía tener la mente puesta en el partido.

Me quedaba una cerveza de la noche anterior. Me la bebí durante el partido, pero ni siquiera eso me animó. Cuando el partido acabó, vi casi la mitad del informativo, apagué la tele y me tumbé en la cama.

Tenía una edición en rústica de *Las vidas de los santos* y busqué a santa Verónica. Leí que no se sabía con certeza que hubiera existido, pero que se suponía que había sido una mujer de Jerusalén que secó el sudor de la cara de Cristo con un paño mientras él estaba sufriendo en su camino hacia el Calvario y que en ese mismo paño se quedó marcada una imagen de su rostro.

Me imaginé la escena que le había dado veinte siglos de fama y tuve que reírme. La mujer que yo estaba viendo, la que alargaba la mano para secar la frente de Cristo, tenía la misma cara y el mismo peinado que Veronica Lake.

El Miss Kitty's estaba cerrado cuando llegué y por un momento pensé que Skip lo había mandado todo a la mierda y se había ido a casa. Luego vi que los cierres metálicos, aunque estaban echados, no tenían el candado echado y que por detrás de la barra se veía una bombilla de pocos vatios encendida. Corrí el cierre unos treinta centímetros, llamé a la puerta y él vino y me abrió; luego volvió a echar los cierres y giró la llave de la puerta.

Parecía cansado. Me dio una palmadita en el hombro, me dijo que se alegraba de verme y me

llevó al final de la barra, a la zona más apartada de la puerta. Sin preguntar, me sirvió una buena copa de Wild Turkey y llenó su vaso hasta arriba de güisqui escocés.

—El primero del día —dije yo.

—¿Sí? Estoy impresionado. Pero claro, hace solamente dos horas y diez minutos que ha empezado el día.

Negué con la cabeza.

—Es la primera copa desde que me he levantado. He tomado cerveza, pero tampoco demasiada. —Le di un buen trago a mi copa de burbon.

—Sí, bueno, yo también soy así —dijo él—. Hay días en los que no bebo. Incluso tengo días en los que no bebo más que cerveza. ¿Sabes lo que es? Para ti y para mí, el beber es algo que nosotros decidimos hacer. Es una elección.

—Hay mañanas en las que no me parece que beber sea mi elección más inteligente.

—¡Joder! Cuenta. Pero de todos modos, sigue siendo una elección para nosotros. Es la diferencia entre tú y yo, y un tipo como Billie Keegan.

—¿Tú crees?

—¿Tú no? Matt, ese hombre siempre está bebiendo. Quiero decir, acuérdate de anoche. El resto de nosotros, vale, somos bebedores, pero anoche nos lo tomamos con calma, ¿no? Porque unas veces es apropiado, pero otras no. ¿Tengo razón o no?

—Supongo.

—Lo de tomarse las copas luego es otra historia, porque luego uno quiere relajarse. Pero es que Keegan ya estaba borracho antes de llegar allí, ¡por el amor de Dios!

—Pero al final resultó ser el héroe.

—Sí, imagínate. Ah, por cierto, lo de la matrícula, ¿has...?

—Robado.

—Mierda. Bueno, ya nos lo imaginábamos.

—Sí.

Le dio un trago a su copa.

—Keegan —dijo— tiene que beber. En mi caso, yo podría dejarlo en cualquier momento. No lo hago porque me gusta la sensación que me produce. Pero podría dejarlo cuando quisiera y supongo que a ti te pasa lo mismo.

—Oh, creo que sí.

—Claro que sí. Pero Keegan, no sé. No me gusta decir que es un alcohólico...

—Es muy fuerte llamarle eso a un hombre.

—Estoy de acuerdo contigo. No estoy diciendo que lo sea y bien sabe Dios que ese tipo me cae muy bien, pero creo que tiene un problema. —Se estiró—. A la mierda. Podría estar vagabundeando por Bowery perfectamente. Ojalá el coche no hubiera sido robado. Vamos detrás, vamos a echarnos un rato a relajarnos.

En el despacho, con las dos botellas de güisqui sobre el escritorio en medio de los dos, él se recostó en su silla y puso los pies encima.

—Has comprobado la matrícula —dijo—, así que supongo que ya te has puesto a trabajar en ello.

Yo asentí.

—También he ido a Brooklyn.

—¿Adónde? ¿No será adonde estuvimos anoche?

—A la iglesia.

—¿Y qué creías que podías averiguar allí? ¿Crees que alguno se dejó la cartera en el suelo?

—Nunca se sabe lo que puedes encontrar, Skip. Tienes que mirar por todas partes.

—Supongo. Yo no sabría por dónde empezar.

—Empiezas por cualquier parte. Y haces cualquier cosa que se te ocurre.

—¿Y descubres cosas?

—Algunas.

—¿Cómo cuáles? Bueno, no importa, no quiero meter las narices en tu investigación. Pero ¿has descubierto algo?

—Puede. Hasta que pasa un tiempo no sabes si lo que has encontrado es útil o no. Podríamos decir que todo lo que averiguas es útil. Por ejemplo, el hecho de saber que el coche fue robado me dice algo, aunque no me diga quiénes eran los que lo conducían.

—Al menos así puedes descartar al propietario. Ahora sabes qué persona, de entre ocho millones, no podría haberlo hecho. ¿Quién era el propietario? ¿Una ancianita que conduce solamente para ir al bingo?

—No lo sé, pero se lo llevaron de Ocean Parkway, no muy lejos del bar con el letrero de la almeja al que nos mandaron primero.

—¿Quieres decir que viven en Brooklyn?

—O que condujeron hasta allí en su propio coche, lo aparcaron y robaron el primero que vieron. O que fueron en metro o en taxi. O...

—Vamos, que no sabemos mucho.

—Todavía no.

Se echó hacia atrás con las manos detrás de la cabeza.

—A Bobby lo han llamado para ese anuncio —dijo—. El del árbitro de baloncesto en un partido contra los prejuicios. Tiene que ir mañana. Ahora la cosa está entre él y cuatro tíos más, así que quieren volver a verlos a todos.

—Eso es bueno.

—¿Cómo puedes saberlo? En esa profesión tienes que dejarte el culo y pelear en una prueba para poder salir por la tele veinte segundos. ¿Sabes cuántos actores se necesitan para cambiar una bombilla? Nueve. Uno para subir y cambiarla y otros ocho para quedarse alrededor de la escalera y decir: «¡Yo debería estar ahí arriba!».

—No es malo.

—Bueno, ese chiste me lo contó el actor. —Cogió su copa y se recostó en la silla—. Matt, lo de anoche fue todo tan raro. Fue una noche jodidamente rara.

—En el sótano de la iglesia.

Él asintió.

—Con esos disfraces que llevaban... Lo que necesitaban eran unas gafas, unas narices y unos bigotes de Groucho, esos que llevan los niños. Porque era eso lo que parecían; las pelucas y las barbas ni siquiera parecían de verdad y tampoco eran graciosas. La pistola les quitaba toda la gracia.

—¿Por qué se disfrazarían?

—Para que no los reconociéramos. ¿Por qué crees que se disfraza la gente?

—¿Los habrías reconocido?

—No sé, no pude verlos sin los disfraces. Pero ¿quiénes somos? ¿Abbott y Costello?

—No creo que ellos nos reconocieran —dije—. Cuando entré en el sótano, uno de ellos dijo tu nombre. Estaba oscuro, pero a ellos les había dado tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Tú y yo no nos parecemos.

—Yo soy el guapo. —Le dio una calada a su cigarrillo y soltó una gran nube de humo—. ¿Adónde quieres llegar?

—No sé. Es que me pregunto por qué se molestarían en llevar disfraces si de todos modos no los conocíamos.

—Para que luego no nos fuera fácil encontrarlos, supongo.

—Supongo. Pero ¿por qué pensaron que íbamos a molestarnos en buscarlos? No hay mucho que podamos hacerles. Hicimos un trato, intercambiamos dinero por tus libros. Por cierto, ¿qué has hecho con los libros?

—Los he quemado, como te dije. ¿Y qué quieres decir con eso de que no podemos hacerles mucho? Podríamos asesinarlos mientras duermen.

—Claro.

—Podríamos encontrar la iglesia, cagarnos en el altar y luego decirle a Dominic Tutto que lo han hecho ellos. Ahora que lo pienso, esa idea tiene cierto encanto. Podríamos concertarles una cita con «el Carnicero». A lo mejor llevaron disfraces por la misma razón por la que robaron el coche. Porque son profesionales.

—¿Te resultan familiares, Skip?

—¿Quieres decir sin tener en cuenta las barbas ni las pelucas ni toda esa mierda? Las voces no las reconocí.

—No.

—Había algo en ellos que me resultaba familiar, pero no sé que era. Tal vez la forma que tenían de moverse. Eso es.

—Creo que sé lo que quieres decir.

—Se movían de una manera muy ligera. —Se rio—. Vamos a llamarlos, a ver si quieren ir a bailar.

Mi vaso estaba vacío. Me eché un poco de burbon, me recosté en la silla y me lo bebí despacio. Skip apagó su cigarrillo dentro de una taza de café y, ¡cómo no!, me dijo que jamás quería verme haciendo eso. Le aseguré que no me vería. Encendió otro cigarrillo y nos quedamos allí sentados en el agradable silencio.

Después de un rato, él dijo:

—Explícame algo y olvídate de lo de los disfraces. Dime por qué dispararon a la luz.

—Para cubrir la salida. Para darles ventaja.

—¿Crees que pensaban que saldríamos corriendo tras ellos en estampida? ¿Que perseguiríamos a unos hombres armados por patios traseros y carreteras?

—A lo mejor querían hacerlo a oscuras, pensaban que así lo tendrían más fácil. —Me quedé pensativo—. Pero habría bastado con que uno hubiera dado un paso y hubiera apagado el interruptor. ¿Sabes qué es lo peor de los disparos?

—Sí, que me acojonan.

—Que atrajeron a la pasma. Una cosa que sabe todo profesional es que no se hace nada que

atraiga a la policía. No, si puedes evitarlo.

—A lo mejor se figuraron que merecía la pena. Era como una manera de avisarnos: «No intentéis devolvérmola».

—A lo mejor.

—O querían darle dramatismo a la cosa.

—A lo mejor.

—Y bien sabe Dios que lo consiguieron. Cuando la pistola me estaba apuntando creí que me iba a disparar. De verdad. Luego, cuando disparó al techo, no sabía si iba a cagarme en los pantalones o si iba a quedarme ciego. ¿Qué pasa?

—Oh, por el amor de Dios —dije.

—¿Qué?

—Te apuntó con la pistola y luego disparó dos veces al techo.

—¿Se supone que eso lo hemos pasado por alto? ¿De qué crees que hemos estado hablando? Levanté la mano.

—Piensa un minuto —dije—. Había estado pensando que dispararía a las luces, por eso se me pasó.

—¿Se te pasó el qué? Matt, no...

—¿Dónde has estado últimamente y alguien apuntó a otro con una pistola, pero no lo disparó? ¿Y luego pegó dos disparos al techo?

—¡Por Dios!

—¿Y?

—La madre que me parió. Frank y Jesse.

—¿Tú qué crees?

—No sé qué creer. Es una locura. No parecían irlandeses.

—¿Y cómo sabemos que los del Morrissey's eran irlandeses?

—No lo sabemos. Supongo que lo di por hecho. Esos pañuelos cubriéndoles la cara y encima se llevaron el dinero para la ayuda al norte y todo hacía pensar que estaba relacionado con algún asunto político. ¿Sabes? Tenían esa misma forma de moverse, muy ligeros. Eran muy precisos en sus movimientos, no daban un paso en falso y en aquel robo parecían que estuvieran haciendo una coreografía.

—Tal vez son bailarines.

—Sí —dijo él—. El *balé* de los forajidos del 75. Aún intento asimilar todo esto. Dos payasos camuflados con pañuelos rojos atracan a los hermanos Morrissey por cincuenta de los grandes y luego nos sacan a Kasabian y a mí... ¡hey! Es la misma cantidad. Parece que se repite el mismo patrón.

—No sabemos cuánto perdieron los Morrissey.

—No, y ellos no sabían cuánto iba a haber en la caja fuerte, pero un patrón es un patrón. ¿Y sus orejas? Hiciste unos dibujos de sus orejas. ¿Son las orejas de Frank y Jesse? —Empezó a reírse—. No puedo creer lo que estoy diciendo. «¿Son las orejas de Frank y Jesse?» Suena como una frase traducida de otra lengua. Bueno, ¿lo son?

—Skip, yo no me fijé en sus orejas.

—Creía que vosotros los detectives nunca dejabais de trabajar.

—Estaba ocupado pensando cómo salir de la línea de fuego. Si es que estaba pensando en

algo. Tenían la piel clara. Me refiero a Frank y a Jesse. Y los de anoche tenían la piel clara.

—¿Viste sus ojos?

—No vi el color.

—Yo estaba lo suficientemente cerca como para ver los ojos del que hizo el intercambio conmigo. Pero si los vi, no estaba prestando atención. Aunque total, da igual. ¿Alguno de ellos dijo algo en el Morrissey's?

—Creo que no.

Él cerró los ojos.

—Estoy intentando recordar. Creo que todo fue una pantomima. Dos disparos y luego silencio hasta que salieron por la puerta y bajaron las escaleras.

—Así es como lo recuerdo.

Él se levantó, y caminó de un lado a otro.

—Es una locura —dijo—. *Hey*, a lo mejor deberíamos dejar de buscar a la víbora entre mis conocidos. No es un trabajo que se ha hecho desde dentro. Estamos tratando con una temeraria banda de dos, especializada en sacarle el dinero a los bares de Hell's Kitchen. ¿No crearás que esa banda irlandesa... cómo los llaman...?

—Los Westies. No. Lo habríamos oído. O Morrissey lo habría oído. Si alguno de ellos hubiera tenido algo que ver, la recompensa de los Morrissey lo habría aclarado todo en un día. —Cogí mi vaso y me bebí todo lo que quedaba. Vaya, ahora sí que me sabía bien. Los teníamos. Sabía que los teníamos. No sabía sobre ellos más de lo que había sabido hacía media hora, pero lo que sí que sabía era que iba a cazarlos.

»Por eso llevaban disfraces —dije—. Tal vez los habrían llevado de todos modos, pero en cualquier caso los llevaron porque no querían que los viéramos. Cometieron un error. Vamos a cogerlos.

—Joder, Matt, mírate. Estás un poco atacado. ¿Cómo coño vas a cogerlos? Todavía no sabes quiénes son.

—Sé que son Frank y Jesse.

—¿Y? Morrissey lleva mucho tiempo intentando encontrar a Frank y a Jesse. De hecho, quiso contratarte para que los buscaras. ¿Por qué ahora sí puedes hacerlo?

Me serví otro trago de Wild Turkey y dije:

—Cuando colocas un micrófono oculto en un coche y quieres recibir la señal, necesitas dos coches más. Con uno no haces nada, pero con dos puedes triangular la señal y localizarla.

—Me estoy perdiendo algo.

—No es exactamente lo mismo, pero se le parece. Los tenemos en Morrissey's y los tenemos en el sótano de esa iglesia en Bensonhurst. Esos son dos puntos de referencia. Ahora podemos ubicarlos, podemos triangular su señal. Dos disparos en el techo: es su jodida marca. Poniéndole a sus trabajos esa clase de marca, se podría pensar que quieren que los cojan.

—Sí, lo siento por ellos —dijo—. Apuesto a que se están cagando en los pantalones. Hasta el momento, este mes solamente han conseguido cien de los grandes. Lo que no saben es que Matt «Bulldog» Scudder está tras su pista y esos pobres cabrones no podrán gastarse ni diez centavos de lo que se han sacado.

21

El teléfono me despertó. Me senté y parpadeé ante el reflejo del sol. Seguía sonando.

Lo cogí. Tommy Tillary dijo:

—Matt, ese poli ha estado aquí. Ha venido, ¿te lo puedes creer?

—¿Adónde?

—A la oficina. Estoy en mi oficina. Lo conoces. Al menos él dice que te conoce. Un detective, un hombre muy desagradable.

—No sé de quién estás hablando, Tommy.

—He olvidado su nombre. Dijo...

—¿Qué dijo?

—Dijo que los dos estuvisteis en mi casa.

—Jack Diebold.

—Eso es. Entonces, ¿tenía razón? ¿Estuvisteis juntos en mi casa?

Me froté las sienes y miré mi reloj. Pasaban unos minutos de las diez. Intenté imaginar a qué hora me habría ido a dormir.

—No fuimos juntos —dije—. Yo estaba allí, echando un vistazo y él apareció. Lo conozco de hace años.

Era inútil. No podía recordar nada después de que le hubiera asegurado a Skip que Frank y Jesse tenían los días contados. A lo mejor me fui a casa justo después de aquello o, a lo mejor me quedé sentado y bebiendo con él hasta el amanecer. No podía recordarlo.

—¿Matt? Ha estado molestando a Carolyn.

—¿Molestándola?

Mi puerta tenía el pestillo echado. Era una buena señal. Si me había acordado de echar el cerrojo, entonces no habría llegado en tal mal estado. Por otro lado, mis pantalones estaban tirados sobre la silla. Habría sido mejor si hubieran estado colgados en el armario. Pero, de nuevo, no estaban arrugados sobre el suelo y tampoco los llevaba puestos. El gran detective, analizando las pistas, intentando descubrir lo borracho que había estado la noche anterior.

—Molestándola. La ha llamado un par de veces y ha ido a su casa una vez. Matt, todo esto está inquietando a Carolyn y además también me pone en una situación muy incómoda en la oficina.

—Puedo imaginármelo.

—Matt, entiendo que lo conoces de hace tiempo. ¿Crees que podrías hacer que me dejara en paz?

—Jesús, Tommy, no sé cómo. Un poli no da de lado la investigación de un homicidio por

hacerle un favor a un viejo amigo.

—Oh, Matt, no estaba sugiriendo nada que estuviera fuera de la ley, Matt. No me malinterpretes. Pero la investigación de un homicidio es una cosa y el acoso es otra, ¿no crees? — No me dio oportunidad de responder—. La cuestión es que al tipo le ha dado conmigo. Se le ha metido en la cabeza que soy un delincuente y si tú pudieras, ya sabes, hablar con él. Dile que soy buena gente.

Intenté recordar lo que le había dicho a Jack sobre Tommy. No podía acordarme, pero tampoco creo que hubiera sido muy significativo como para formarse una imagen de él.

—Y mantente en contacto con Drew, hazme ese favor, ¿de acuerdo? Justo ayer me preguntó si sabía algo de ti, si te habías puesto en contacto conmigo. Sé que estás trabajando mucho para mí, Matt, y a lo mejor también deberíamos hacerle partícipe. No te olvides de él, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Claro, Tommy.

Después de que él colgara, me tomé dos aspirinas con un vaso de agua del grifo. Me di una ducha y, ya había empezado a afeitarme, cuando me di cuenta de que prácticamente había accedido a decirle a Jack Diebold que dejara de molestar a Tommy. Por primera vez entendí lo bueno que debía de ser el muy hijo de puta convenciendo a la gente para que comprara sus valores en bienes inmuebles o lo que fuera que él vendía. Como decía todo el mundo, por teléfono era muy persuasivo.

Afuera el día era claro, el sol brillaba demasiado. Me pasé por McGovern's para tomarme una copa rápida. Le compré un periódico a la mujer de la bolsa de la esquina, le di un dólar y me marché cubierto por una nube de bendiciones. Las acepté. Me venía bien toda la clase de ayuda que me pudieran dar.

Me tomé un café y una magdalena en el Red Flame y leí el periódico. Me molestó no poder recordar haberme marchado del despacho de Skip. Me dije que no podía haber estado tan borracho ya que no sentía el malestar de una gran resaca, aunque tal vez eso no tenía nada que ver. A veces me levantaba con la cabeza despejada y sin malestar físico después de una noche de mucho beber y de una gran laguna en mi memoria. En otras ocasiones, una resaca que me tenía en cama todo el día llegaba después de una noche en la que ni siquiera me había sentido borracho y en la que no había pasado nada malo, no había perdido la memoria.

Bueno, no importa. Olvidadlo.

Pedí que me rellenaran la taza de café y pensé en mi discurso sobre lo de triangular a los dos hombres a los que habíamos puesto el nombre de Frank y Jesse. Recordé lo seguro que me había sentido de mí mismo y me pregunté qué había pasado con esa sensación. A lo mejor había tenido un plan, a lo mejor se me había ocurrido algo brillante con lo que seguirles la pista. Miré en mi libreta por si acaso hubiera escrito alguna idea y no lo recordara. Pero no hubo tal suerte. No había nada escrito desde que había salido del bar en Sunset Park.

Pero sí que tenía esas anotaciones sobre el Ratón Mickey y sobre su adolescencia en la que se había dedicado a dar palizas a homosexuales en el Village. Hay muchos jóvenes de clase trabajadora que se dedican a ese deporte y que seguro que actúan sintiendo verdadera ira y demostrando su masculinidad, sin darse cuenta de que al hacerlo están intentando matar una parte

de ellos mismos que no se atreven a reconocer. En ocasiones rinden más de lo esperado, y acaban lisiando y matando a un hombre gay. Yo había hecho algunas detenciones en esa clase de casos y en una ocasión los chicos se habían quedado impresionados al descubrir que se habían metido en un problema de verdad, al descubrir que los polis no estaban de su parte y que no se librarían después de lo que habían hecho.

Empecé a guardar mi libreta, pero luego me levanté y eché diez centavos en el teléfono. Busqué el número de Drew Kaplan y lo llamé. Pensé en la mujer que me había hablado del Ratón Mickey y me alegré de no tener que ver su llamativa ropa en una mañana como aquella.

—Scudder —dije, cuando la chica me puso con Kaplan—. No sé si esto ayudará, pero tengo una pequeña prueba para demostrar que nuestros amigos no son del coro de la iglesia.

Después, fui a dar un largo paseo. Caminé por la Novena Avenida y me paré en Miss Kitty's para saludar a John Kasabian, aunque no me quedé mucho rato. Entré en una iglesia en la calle Cuarenta y Dos y luego continué por el centro de la ciudad, pasé por delante de la entrada trasera de la terminal de autobuses de Port Authority y atravesé Hell's Kitchen y Chelsea en dirección al Village. Caminé por el Meatpacking, me paré en un bar de carniceros que había en la esquina de Washington con la Trece y allí me quedé un rato entre hombres con delantales ensangrentados que bebían copas y luego cervezas. Salí afuera y vi grandes piezas de ternera y corderos suspendidos de ganchos de acero, con moscas zumbando alrededor de ellos bajo el calor del mediodía.

Caminé un poco más y me resguardé del sol, tomándome algo en el Corner Bistro, en Jane con la Cuarta, y luego en el Cookie Bar en Hudson. Me senté en una mesa en el White Horse y me tomé una hamburguesa con una cerveza.

Durante todo ese tiempo no dejé de darle vueltas a la cabeza.

Juro por Dios que no sé cómo alguien puede descubrir algo, yo incluido. Puedo ver una película en la que alguien explica cómo descubrió algo, cómo fue enlazando las pruebas hasta que apareció la solución, y a medida que escucho me parece que tiene todo el sentido del mundo.

Pero en mi trabajo eso no suele pasar. Cuando estaba en la policía, la mayoría de mis casos se solucionaban, si es que eso sucedía, de una o dos maneras. O yo no conocía la respuesta hasta que algún dato se hacía evidente repentinamente, o yo sabía desde el principio quién había hecho qué y lo único que necesitaba entonces eran pruebas suficientes para demostrarlo ante un tribunal. En el diminuto porcentaje de casos en los que fui yo el que los resolvió, lo hice mediante un proceso que no entendía entonces y que sigo sin entender ahora. Tomaba lo que tenía, lo observaba, lo observaba y lo observaba y, entonces, de repente, veía lo mismo, pero con una nueva luz, y a partir de ese momento tenía la respuesta en mi mano.

¿Alguna vez habéis hecho un rompecabezas? ¿Y os habéis quedado atascados por un momento, habéis cogido piezas y las habéis sostenido en distintas posiciones hasta que al final habéis cogido una pieza que probablemente ya habíais tenido cientos de veces entre vuestros dedos, una que habíais estado probando y colocando en distintas posiciones? Y entonces resulta que esa pieza ahora ha encajado; encaja en un sitio en el que jurarías que habías probado hacía un minuto, encaja a la perfección, encaja de un modo que debería haber resultado obvio desde el principio.

Estaba en una mesa en el White Horse, una mesa en la que alguien había grabado sus iniciales; una mesa marrón oscura con el barniz desgastado por todas partes. Me había terminado mi

hamburguesa, me había terminado mi cerveza y estaba bebiendo una taza de café con un poco de burbon. Fragmentos de imágenes revoloteaban por mi cabeza. Oí a Nelson Fuhrmann hablar sobre la gente con acceso al sótano de su iglesia. Vi a Billie Keegan sacar un disco de su chaqueta y ponerlo sobre el plato. Vi a Bobby Ruslander colocarse el silbato azul entre sus labios. Vi al pecador de peluca amarilla, a Frank o a Jesse, accediendo de mala gana a mover los muebles. Vi *El hombre del amanecer* con la enfermera Fran, fui con ella y sus amigas al Miss Kitty's.

Hubo un momento en que no tenía la respuesta y hubo otros en que sí.

No puedo decir que hiciera algo para que ocurriera. No hice nada. Seguí cogiendo piezas del puzle, seguí dándoles la vuelta y, de pronto, ya tenía todo el rompecabezas con una pieza enganchándose a la siguiente sin problema y encajando en su sitio de manera infalible.

¿Había pensado en todo eso la noche antes, con todos mis pensamientos desenmarañados como el tapiz de Penélope? No lo creo, aunque en eso consisten las pérdidas temporales de memoria, en que nunca podré decir con certeza una cosa u otra. Sin embargo, casi me parecía que había sido así. A medida que las respuestas me venían a la mente, resultaban tan obvias... Justo como ocurre con los puzles, que una vez que las piezas encajan, no puedes creerte que no lo hubieras visto antes. Todo me parecía tan obvio que sentí que estaba descubriendo algo que ya sabía de antes.

Llamé a Nelson Fuhrmann. Él no tenía la información que yo quería, pero su secretaria me dio un número de teléfono y pude contactar con una mujer que respondió algunas de mis preguntas.

Me dispuse a llamar a Eddie Koehler y entonces me di cuenta de que estaba solo a algunas manzanas del Distrito 6. Caminé hacia allí, lo encontré sentado en su escritorio y le dije que tenía la oportunidad de ganarse el resto del sombrero que le había comprado el día anterior. Realizó algunas llamadas de teléfono sin levantarse de su mesa y cuando lo dejé allí me fui con más anotaciones en mi libreta.

Hice algunas llamadas desde una cabina telefónica de la esquina, luego fui hacia Hudson y tomé un taxi en dirección al norte. Me bajé en la esquina de la Onceava Avenida con la calle Cincuenta y Uno, y caminé hacia el río. Me detuve enfrente del Morrissey's, pero no llamé a la puerta ni al timbre. En lugar de eso, me tomé un momento para leer el cartel del grupo de teatro. *El hombre del amanecer* había terminado su breve temporada. Para la noche siguiente había pendiente una obra de John B. Keane. *El hombre de Clare*, se llamaba. Había una fotografía del actor que interpretaba el papel principal. Tenía un pelo rojo con aspecto áspero y un rostro inquietante, cargado de angustia.

Intenté abrir la puerta que daba al teatro. Estaba cerrada con llave. Llamé y cuando nadie respondió, volví a llamar varias veces más. Al rato, se abrió.

Una mujer muy baja de veintitantos años levantó la vista hacia mí.

—Lo siento —dijo—. La taquilla se abrirá mañana por la tarde. Ahora mismo estamos escasos de personal, estamos con los ensayos finales y...

Le dije que no había ido a comprar entradas.

—Solamente quiero unos minutos —dije.

—Eso es lo que quiere todo el mundo, pero no tengo tanto tiempo —dijo, como si un dramaturgo le hubiera escrito esa frase—. Lo siento —dijo luego con total naturalidad—. Tendrá

que ser en otro momento.

—No, tiene que ser ahora.

—Dios mío, ¿pero qué es esto? No eres policía, ¿verdad? ¿Pero qué hemos hecho? ¿Acaso le debemos dinero a alguien?

—Trabajo para el tipo de ahí arriba —dije indicando con mi mano—. Le gustaría que cooperaras conmigo.

—¿El señor Morrissey?

—Llama a Tim Pat y pregúntale, si quieres. Me llamo Scudder.

Desde la parte trasera del teatro, alguien con un marcado acento irlandés gritó:

—¡Mary Jean! ¡Me cago en Dios! ¿Qué te está entreteniendo tanto?

Ella puso los ojos en blanco, suspiró y me abrió la puerta.

Después de salir del teatro, llamé a Skip a su apartamento y lo busqué en su bar. Kasabian me sugirió que probara en el gimnasio.

Antes me pasé por el Armstrong's. No estaba allí y tampoco se había pasado, pero Dennis me dijo que sí que lo había hecho otra persona.

—Un tipo te estaba buscando —me dijo.

—¿Quién?

—No ha dejado su nombre.

—¿Qué aspecto tenía?

Él reflexionó sobre la pregunta.

—Si estuvieras haciendo dos grupos para jugar a polis y cacos —dijo meditabundo—, a él no lo elegirías como uno de los cacos.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No. Y tampoco propina.

Fui al gimnasio de Skip, un enorme local en la segunda planta sobre una charcutería en Broadway. Una bolera se había ido a la ruina en ese mismo local uno o dos años antes y el gimnasio tenía el aspecto de un lugar que no superaría la fecha del vencimiento del alquiler. Un par de hombres estaban trabajando con unas pesas. Un hombre negro, brillante por el sudor, levantaba pesas tumbado en un banco mientras un compañero blanco lo observaba. A la derecha, un hombre grande trabajaba con el saco de boxeo con las dos manos.

Encontré a Skip haciendo poleas en la máquina de dorsales. Llevaba unos pantalones de chándal grises, no tenía la camiseta puesta y estaba sudando exageradamente. Los músculos trabajaban en su espalda, en sus hombros y en la parte superior de sus brazos. Me quedé de pie a unos metros mientras terminaba una tanda. Lo llamé y él se volvió, me vio y me sonrió sorprendido; luego, volvió a hacer otra polea antes de levantarse y acercarse para darme la mano.

Me preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Cómo me has encontrado?

—Tu socio me lo dijo.

—Pues llegas en buen momento. Puedo tomarme un descanso. Deja que vaya a por mis cigarrillos.

Había una zona en la que se podía fumar, con unos cuantos sillones agrupados en torno a un

dispensador de agua fría. Él encendió su cigarro y dijo:

—Hacer ejercicio ayuda. Me dolía bastante la cabeza cuando me he levantado. Anoche sí que le dimos bien, ¿eh? ¿Llegaste bien a casa?

—¿Por qué? ¿Es que estaba muy mal?

—No peor que yo. Te sentías muy bien, la verdad. Por el modo en que hablabas, tenías a Frank y a Jesse cogidos por los huevos.

—¿Crees que me mostré demasiado optimista?

—¡Hey! Eso está bien. —Le dio una calada a su cigarrillo—. Yo estoy empezando a sentirme humano otra vez. Esto hace que la sangre se mueva, sudas algo del veneno y se nota. ¿Alguna vez has hecho pesas, Matt?

—No desde hace años y años.

—¿Pero antes sí lo hacías?

—Bueno, hace cientos de años creí que podía gustarme boxear.

—¿En serio? ¿Le dabas a los puños?

—Fue en el instituto. Empecé a pasarme por el gimnasio del centro juvenil, levantaba pesas un poco y entrenaba. Luego luché en algunos combates de la Liga Atlética de la Policía y descubrí que no me gustaba que me golpearan en la cara. Además, era un torpe en el cuadrilátero, me sentía un patoso y eso no me gustaba.

—Y por eso te buscaste un trabajo en el que te dejaban llevar una pistola.

—Y una placa y una porra.

Él se rio.

—El corredor y el boxeador —dijo—. Míralos ahora. Bueno, has venido aquí por algo.

—Ajá.

—¿Y?

—Sé quiénes son.

—¿Frank y Jesse? Estás de coña.

—No.

—¿Quiénes son? ¿Y cómo lo has conseguido? ¿Y...?

—Me preguntaba si podríamos reunir al equipo esta noche. Después de la hora de cierre.

—¿El equipo? ¿A quién te refieres?

—A todos los que vinieron con nosotros a recorrer Brooklyn la otra noche. Necesitamos ayuda masculina y no le veo sentido a involucrar a gente nueva.

—¿Necesitamos ayuda masculina? ¿Qué vamos a hacer?

—Esta noche, nada, pero me gustaría reunir un consejo de guerra. Si a ti te parece bien.

Él tiró la ceniza en un cenicero.

—¿Si a mí me parece bien? —preguntó—. Claro que me parece bien. ¿A quién quieres? ¿A los Siete Magníficos? No, somos cinco. Los Siete Magníficos menos dos. Tú, yo, Kasabian, Keegan y Ruslander. ¿Qué es hoy? ¿Miércoles? Billie cerrará sobre la una y media si se lo pido de buen grado. Llamaré a Bobby y hablaré con John. ¿De verdad sabes quiénes son?

—De verdad.

—Quiero decir si lo sabes en concreto o...

—Todo —dijo—. Nombres, direcciones, trabajos.

—Todo. Pues, ¿quiénes son?

—Me pasaré por tu oficina sobre las dos.
—Que te jodan. Imagínate que de aquí a que den las dos te atropella un autobús.
—En ese caso el secreto morirá conmigo.
—Gilipollas. Voy a hacer unos cuantos levantamientos más. ¿Quieres hacer unos cuantos para calentar los músculos?
—No —dije—. Quiero beber algo.

No me tomé nada. Eché una ojeada en un bar, pero estaba lleno y cuando volví a mi hotel, Jack Diebold estaba sentado en una silla en el vestíbulo.

Dije:

—Me imaginaba que serías tú.
—¿Conque el camarero chino me ha descrito?
—Es filipino. Dijo que era un tipo gordo y viejo que no había dejado propina.
—¿Quién deja propinas en los bares?
—Todo el mundo.
—¿En serio? Yo dejo propinas si estoy sentado en una mesa, no dejo propinas por estar de pie en un bar. No creía que nadie lo hiciera.

—Oh, venga. ¿Dónde has estado bebiendo? ¿En el Blarney Stone? ¿En el White Rose?

Él me miró.

—Estás de buen humor —dijo—. Animado y vivaz.

—Bueno, estoy en medio de algo.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes cómo es cuando todo encaja. Eso me ha pasado esta tarde.

—No estamos hablando del mismo caso, ¿verdad?

Lo miré.

—Tú no has hablado de nada —dije—. ¿Qué caso estás...? Oh, Tommy, ¡Dios! No, yo no estoy hablando de eso. Ahí no tengo nada que solucionar.

—Lo sé.

Recordé cómo había empezado mi padre.

—Me ha llamado esta mañana —dije— para quejarse de ti.

—¿Sí?

—Ha dicho que lo estás acosando.

—Sí, y eso me está sentando muy bien.

—Se supone que tengo que decirte cómo es, que tengo que decirte que es muy buena gente.

—¿Y es así? ¿De verdad es buena gente?

—No, es un capullo. Pero a lo mejor estoy lleno de prejuicios.

—Claro. Después de todo, es tu cliente.

—Eso es. —En todo ese rato, él se había levantado de su silla y los dos habíamos salido a la acera de enfrente del hotel. Junto al bordillo, un taxista y el conductor de una empresa de envíos de flores estaban discutiendo.

Yo dije:

—Jack, ¿por qué has estado buscándome hoy?

—Estaba por aquí y he pensado en ti.

—Ajá.

—Oh, joder —dijo—. Me preguntaba si tendrías algo.

—¿Sobre Tillary? No habrá nada sobre él y, si lo encontrara... él es mi cliente.

—Me refería a los chavales hispanos. —Suspiró—. Porque estoy empezando a temerme que vamos a perder ese caso ante los tribunales.

—¿En serio? Pero si has conseguido que admitieran el robo.

—Sí y si alegan robo ahí acaba todo. Pero la oficina del fiscal de distrito quiere ir a por algún cargo de homicidio y, si eso va a juicio, podría ver que todo se echa a perder.

—Tienes objetos robados que coinciden con los números de serie encontrados en su residencia, tienes las huellas, tienes...

—¡Ah, mierda! —dijo—. Ya sabes lo que puede pasar en la sala de un tribunal. De pronto los objetos robados dejan de ser una prueba por algún detalle técnico con respecto a la búsqueda; encontraron una máquina de escribir robada cuando estaban autorizados a buscar únicamente una calculadora robada o lo que sea. Y las huellas, bueno, uno de ellos estuvo trabajando tirando basura para Tillary hace unos tres meses, así que eso podría justificar las huellas, ¿no? Ya puedo ver a un abogado astuto cargándose un caso sólido. Y bueno, pensé que si habías encontrado algo bueno, me gustaría saberlo. Y a tu cliente le ayuda si eso sirve para encerrar a Cruz y a Herrera, ¿verdad?

—Supongo que sí. Pero no tengo nada.

—¿Nada de nada?

—Nada, por lo que yo veo.

Acabé llevándolo al Armstrong's y pagando unas copas para los dos. Le dejé a Dennis una propina de un dólar solamente por el placer de ver la reacción de Jack. Luego volví a mi hotel y pedí en recepción que me avisaran a la una de la mañana, aunque preparé mi despertador para mayor seguridad.

Me di una ducha, me senté en el borde de mi cama y contemplé la ciudad. El cielo se estaba oscureciendo, se estaba volviendo de ese azul cobalto que muestra por demasiado poco tiempo.

Me tumbé, me estiré sin esperar dormirme. Lo siguiente que supe fue que el teléfono estaba sonando y apenas lo había descolgado y vuelto a colgar cuando sonó mi despertador. Me puse la ropa, me eché un poco de agua fría en la cara y salí a ganarme el sueldo.

22

Cuando llegué allí, aún estaban esperando a Keegan. Skip tenía la parte de arriba de un archivador a modo de barra de bar, con cuatro o cinco botellas y un cubo de hielos. Una nevera portátil de Styrofoam que había en el suelo estaba llena de cervezas frías. Pregunté si quedaba algo de café. Kasabian dijo que probablemente habría en la cocina y volvió con un termo de plástico lleno de café, una taza y algo de leche en polvo y azúcar. Me serví un café solo y, en un principio, no le añadí nada de alcohol.

Le di un sorbo al café y alguien llamó a la puerta del bar. Skip fue a abrir y volvió con Billie.

—El tardón de Billie Keegan —dijo Bobby y Kasabian le preparó una copa del mismo güisqui irlandés de doce años que Billie bebía en el Armstrong's.

Estuvimos bromeando y contando chistes un buen rato. Luego se fueron apagando y antes de que pudieran empezar otra vez, yo me levanté y dije:

—Hay algo de lo que os quiero hablar a todos.

—Un seguro de vida —dijo Bobby Ruslander—. «Chicos, ¿habéis pensado en ello? ¿De verdad que habéis pensado en ello?»

Yo dije:

—Skip y yo estuvimos hablando la otra noche y caímos en algo. Se trata de los dos tipos de las pelucas y las barbas, nos dimos cuenta de que los habíamos visto antes. Unas semanas antes; eran los del atraco en el Morrissey's.

—Llevaban pañuelos en la cara —dijo Bobby—. Y la otra noche llevaban pelucas, barbas y antifaces, así que, ¿cómo podéis saberlo?

—Eran ellos —dijo Skip—. Creedlo. Dos disparos al techo. ¿Os acordáis?

—No sé de lo que estás hablando —dijo Bobby.

Billie dijo:

—Bobby y yo los vimos el lunes por la noche, pero a lo lejos, y tú no los viste nada, ¿no John? No, claro que no, estabas dando vueltas a la manzana. ¿Y estabas en el Morrissey's la noche del atraco? No recuerdo haberte visto allí.

Kasabian dijo que él nunca iba al Morrissey's.

—Así que ninguno de los tres podemos opinar —siguió diciendo Billie—. Si decís que eran los mismos tipos, yo digo que vale, ¿no? Porque a menos que me haya perdido algo, aún no sabemos quiénes son.

—Sí, lo sabemos.

Todos me miraron.

Yo dije:

—Anoche me puse muy chulito diciéndole a Skip que los teníamos, que una vez que supiéramos que fueron los autores de ambos trabajos luego no quedaba más que centrarnos en ellos. Creo que, sobre todo, fue la clase de conversación típica que surge del Wild Turkey, pero había algo de cierto en ella y hoy he tenido suerte. Sé quiénes son. Skip y yo teníamos razón anoche, fue la misma pareja la que realizó los dos trabajos y sé quiénes son.

—¿Y esto adónde nos lleva? —quería saber Bobby—. ¿Qué hacemos ahora?

—Eso vendrá más tarde —dije—. Primero quiero decirte quiénes son.

—Pues oigamos entonces.

—Sus nombres son Gary Atwood y Lee David Cutler —dije—. Skip los llama Frank y Jesse, como los hermanos James, y ha acertado al darse cuenta de un parecido familiar. Atwood y Cutler son primos. Atwood vive en el East Village, cerca de Alphabet City, en la calle Nueve entre la B y la C. Cutler vive con su novia. Ella es maestra y vive en Washington Heights. Se llama Rita Donegian.

—Una armenia —dijo Keegan—. Debe de ser prima tuya, Kasabian. Esto se pone cada vez más interesante.

—¿Cómo los has encontrado? —preguntó Kasabian—. ¿Habían hecho esto antes? ¿Tienen antecedentes?

—No creo que tengan antecedentes —dije—. Es algo que no he comprobado todavía porque no me parecía importante. Puede que tengan carnés del Sindicato de Actores.

—¿Cómo?

—Carnés del Sindicato de Actores —dije—. Son actores.

Skip dijo:

—Estás de coña.

—No.

—¡La madre que me parió! Encaja. Joder, encaja.

—¿Lo ves?

—Claro que lo veo —dijo—. De ahí los acentos. Por eso parecían irlandeses cuando atracaron el Morrissey's. No hicieron ningún ruido, no hicieron nada irlandés, pero se notaba que el asunto era irlandés porque estaban actuando. —Se giró y miró a Bobby Ruslander—. Actores —dijo—. Los putos actores me han robado.

—Te han robado dos actores —dijo Bobby—. No ha sido la profesión al completo.

—Actores —dijo Skip—. John, hemos pagado cincuenta mil dólares a un par de actores.

—Pero en sus pistolas tenían balas de verdad —le recordó Keegan.

—Actores —dijo Skip—. Les teníamos que haber pagado con dinero de mentira.

Me serví más café del termo. Dije:

—No sé qué me hizo pensar en ello. Ese pensamiento estaba justo ahí. Y cuando lo tuve, pude ver que podía haber venido de muchos sitios. Uno era una cuestión de impresión general, había algo en ellos que me daba la impresión de que estábamos presenciando una actuación. Y estaba la diferencia entre la actuación del Morrissey's y la que representaron para nosotros el lunes por la noche. En cuanto supimos que habían sido los mismos hombres las dos veces, la diferencia en su comportamiento se hizo notable.

—Pues no entiendo por qué eso los convierte en actores —dijo Bobby—. Los hace unos

farsantes.

—Había más cosas —dije—. Se movían como gente consciente de sus movimientos de un modo profesional. Skip, tú comentaste que podrían haber sido bailarines, que parecía que sus movimientos estuvieran coreografiados. Y también hubo una frase que dijo uno de ellos; fue tan poco típica que no le quedaba otra que ser típica; quiero decir que era propia para la persona y no para el papel que estaba representando.

Skip dijo:

—¿Qué frase fue? ¿Estaba yo allí?

—En el sótano de la iglesia. Cuando tú y el de la peluca amarilla apartasteis los muebles.

—Ya me acuerdo. ¿Qué dijo?

—Algo sobre no saber si el sindicato lo aprobaría.

—Sí, recuerdo cuando lo dijo. Fue una frase rara, pero no le presté atención.

—Yo tampoco, pero se me quedó grabada. Además, su voz fue distinta cuando la soltó.

Él cerró los ojos, recordando.

—Tienes razón —dijo.

Bobby preguntó:

—¿Y cómo lo convierte eso en actor? Eso lo convierte solamente en el miembro de un sindicato.

—Los tramoyistas tienen un sindicato muy fuerte —dije yo— y se aseguran de que los actores no cambien de escenario ni que hagan trabajos similares. Fue una frase muy típica de un actor y encajaba con esa interpretación.

—¿Y cómo llegaste a ellos en particular? —preguntó Kasabian—. Una vez que supiste que eran actores, aún estabas a mucha distancia de saber sus nombres y direcciones.

—Orejas —dijo Skip.

Todos lo miraron.

—Él dibujó las orejas —dijo señalándome—. En su libreta. Las orejas son las partes del cuerpo más difíciles de esconder. No me miréis a mí; él fue quien me lo dijo. Hizo dibujos de sus orejas.

—¿Y luego qué hizo? —quiso saber Bobby—. ¿Organizar una audición y fijarse en las orejas de todos?

—Se podría mirar en álbumes de fotos —dijo Skip—. Mirar las fotos de publicidad de los actores para buscar el par de orejas en cuestión.

—Cuando te hacen las fotos para el pasaporte —dijo Billie Keegan—, se tienen que ver tus dos orejas.

—¿Y si no qué?

—Si no, no te dan el pasaporte.

—Pobre Van Gogh —dijo Skip—. El hombre sin país.

—¿Cómo los encontraste? —Kasabian seguía queriéndolo saber—. No ha podido ser por las orejas.

—No, claro que no —dije yo.

—El número de matrícula —dijo Billie—. ¿Es que todos os habéis olvidado del número de matrícula?

—El número de matrícula apareció en el listado de coches robados —le dije—. Una vez que

tuve la idea de que eran actores, fui a echar otro vistazo a la iglesia. Vi que no habían elegido, ni entrado en esa iglesia en particular, al azar. Tenían acceso a ella, probablemente con una llave. Según el pastor, había muchos grupos de la comunidad que tenían acceso y probablemente muchas llaves en circulación. Uno de los grupos que él mencionó era un grupo de teatro amateur que había utilizado el sótano para audiciones y ensayos.

—Ajá —dijo alguien.

—Llamé a la iglesia y conseguí el nombre de alguien relacionado con el grupo de teatro. Logré hablar con esa persona y expliqué que estaba intentando contactar con un actor que había trabajado en el grupo durante los últimos meses. Le di una descripción física que podría haber encajado con cualquiera de los dos hombres. Recordad que, aparte de los cinco centímetros de altura que los diferencia, tenían un físico muy parecido.

—¿Y conseguiste algún nombre?

—Conseguí varios nombres. Uno de ellos fue Lee David Cutler.

—¿Y entonces te sonó el nombre? —dijo Skip.

—¿Cómo que le sonó? —dijo Kasabian—. Era la primera vez que había oído ese nombre, ¿no? ¿O es que me estoy perdiendo algo?

—No. Tienes razón —le dije—. En ese momento, no era más que uno de varios nombres en mi lista. Lo que tenía que hacer era relacionar uno de esos nombres con el otro crimen.

—¿Qué crimen? Ah, ya, el del Morrissey's. ¿Cómo? Él es el único dueño de un bar que no contrata a actores en paro como camareros y bármanes. Él ya tiene a su propia familia para que lo haga.

Pregunté:

—¿Qué hay en el piso de abajo, Skip?

—Oh —dijo él.

Billie Keegan dijo:

—Ese teatro irlandés. La Donkey Repertory Company o como se llame.

—He ido allí esta tarde —dije—. Estaban con los ensayos finales para su última obra, pero dejé caer el nombre de Tim Pat y conseguí que una joven me diera unos minutos. Tienen carteles en el vestíbulo, fotografías promocionales de cada miembro del reparto. Fotos en primer plano, creo que se llaman. Me enseñó los carteles de los distintos repartos de las obras que han representado en el último año. Sus obras no tienen mucha permanencia en cartel y por eso han representado varias.

—¿Y?

—Lee David Cutler actuó en *Donnybrook*, una obra de Brian Friel que se estuvo representando la última semana de mayo y la primera de junio. Reconocí su fotografía antes de ver el nombre escrito debajo. Y también reconocí la foto de su primo. El parecido familiar es incluso más fuerte cuando no llevan disfraces. De hecho, no da lugar a dudas. A lo mejor eso los ayudó a conseguir los papeles, ya que no son miembros regulares de la compañía de teatro. Pero hacían de dos hermanos, así que el parecido físico era un punto a su favor.

—Lee David Cutler —dijo Skip—. ¿Y cuál era el nombre del otro? Algo como Atwood.

—Gary Atwood.

—Actores.

—Eso es.

Él le dio un golpecito a su cigarrillo contra la palma de su mano, se lo puso en la boca y lo encendió.

—Actores. Estaban en la obra que se representaba en la planta baja y decidieron prosperar, ¿no es eso? Estar allí les dio la idea de atracar el Morrissey's.

—Probablemente. —Tomé un trago de café. La botella de Wild Turkey estaba justo allí, sobre el archivador y mis ojos se sintieron atraídos hacia ella, pero en ese momento no quería que nada afectara a mis ideas. Estaba contento de no estar bebiendo e igual de contentos estaban los demás.

Dije:

—Debieron de tomarse una o dos copas arriba mientras se estuvo representando la obra. A lo mejor oyeron algo sobre la caja fuerte, a lo mejor vieron a Tim Pat meter o sacar dinero. De cualquier modo, debió de ocurrírseles que ese sitio escondería buenas ganancias.

—Si es que vives lo suficiente como para gastártelo.

—A lo mejor no sabían lo mucho que debían temer a los Morrissey. Eso es posible. A lo mejor empezaron a planear el trabajo en broma, como si estuvieran haciendo teatro, asignándose los papeles de miembros de alguna otra facción irlandesa; unos silenciosos pistoleros sacados de alguna obra sobre «los Disturbios»^[19]. Después, se emocionaron demasiado con las posibilidades de esa actuación y salieron a por unas pistolas y representaron su obra.

—Así de simple.

Yo me encogí de hombros.

—O a lo mejor ya habían cometido atracos antes. No hay razón para dar por hecho que el asalto al Morrissey's fue su debut.

—Supongo que es mejor que sacar a pasear los perros de otros y trabajar de administrativo con un contrato temporal —dijo Bobby—. ¡Joder! Un actor tiene que ganarse la vida. A lo mejor yo tendría que comprarme un antifaz y una pistola.

—Tú a veces atiendes el bar —dijo Skip—. Es la misma idea y no necesitas objetos de atrezo.

—¿Y cómo llegaron hasta nosotros? —preguntó Kasabian—. ¿Empezaron a tomarse algo aquí mientras trabajaban en el teatro irlandés?

—Tal vez.

—Pero eso no explicaría cómo supieron lo de los libros —dijo—. Skip, ¿han trabajado para nosotros alguna vez? ¿Atwood y Cutler? ¿Conocemos sus nombres?

—Creo que no.

—Yo tampoco lo creo —dije—. Puede que conocieran el bar, pero eso no es importante. Es casi seguro que no trabajaran aquí porque no sabían cómo era Skip.

—A lo mejor eso entraba dentro de su actuación —sugirió Skip.

—A lo mejor. Como he dicho, eso realmente no importa. Tenían un hombre que trabajaba dentro y que robó los libros y se los dio para que ellos pudieran pedir el rescate.

—¿Un hombre desde dentro?

Yo asentí.

—Eso es lo que supusimos desde el principio, ¿te acuerdas? Por eso me contrataste, Skip. En parte para asegurarte de que el intercambio se resolvía sin complicaciones y en parte para descubrir quién fue el que te tendió la trampa.

—Sí.

—Bueno, así es como consiguieron los libros y así es como se pusieron en contacto con

vosotros en un principio. Por lo que sé, jamás han puesto un pie en el Miss Kitty's. No tuvieron que hacerlo. Lo tenían todo preparado.

—Los ayudó un hombre desde dentro.

—Eso es.

—¿Y sabes quién es ese hombre?

—Sí —dije—. Lo sé.

La habitación se quedó en silencio. Rodeé el escritorio y cogí la botella de Wild Turkey de encima del archivador. Me serví una copa en un vaso con hielo y dejé la botella donde estaba. Tuve la copa en mi mano, pero no bebí. No deseaba la copa tanto como deseaba prolongar el momento y dejar que aumentara la tensión.

Dije:

—El hombre de dentro también tenía un papel que interpretar después. Tenía que dejar que Atwood y Cutler supieran que teníamos su número de matrícula.

Bobby dijo:

—Creía que el coche era robado.

—Se informó de que el coche había sido robado. Por eso acabó apareciendo en la lista de coches robados. Robado entre las cinco y las siete de la tarde. El lunes. De una dirección en Ocean Parkway.

—¿Y?

—Eso decía el informe y en ese momento no le di más vueltas. Pero esta tarde he hecho lo que probablemente debería haber hecho en un principio y he conseguido el nombre del propietario del coche. Rita Donegian.

—La novia de Atwood —dijo Skip.

—La de Cutler. Aunque eso da igual.

—Estoy hecho un lío —dijo Kasabian—. ¿Robó el coche de su novia? No lo entiendo.

—Todo el mundo se mete con los armenios —dijo Keegan.

Yo dije:

—Se llevaron su coche. Atwood y Cutler se llevaron el coche de Rita Donegian. Después recibieron una llamada de su cómplice diciéndoles que habían visto la matrícula. Así que llamaron y dijeron que el coche había sido robado tantas horas antes en un lugar de Ocean Parkway. Cuando he indagado un poco más esta tarde he podido averiguar que no se informó del robo hasta cerca de la medianoche.

»Tengo algunas cosas que no concuerdan. El listado de coches robados no incluía el nombre del propietario del Mercury como Rita Donegian. Era un nombre irlandés, Flaherty o Farley, lo he olvidado, y la dirección era la de Ocean Parkway. Había un número de teléfono, pero resultó ser un número erróneo y no pude encontrar ninguno que coincidiera con el tal Flaherty o Farley en esa dirección. Así que comprobé el registro de vehículos guiándome por la matrícula y el propietario del coche resultó ser Rita Donegian, con dirección en Cabrini Boulevard, que está en Washington Heights y a mucha distancia de Ocean Parkway o de cualquier otra parte de Brooklyn.

Bebí un poco del Wild Turkey.

—He llamado a Rita Donegian —dije—. Me presenté como un policía que estaba comprobando el listado de coches robados únicamente para asegurarme de qué coches habían sido recuperados y cuáles seguían desaparecidos. Oh, sí, me ha dicho que ya ha recuperado el coche.

No pensaba que lo hubieran robado después de todo; su marido se tomó unas copas y olvidó dónde lo había aparcado, luego lo encontró aparcado a unas manzanas después de que ella hubiera informado del robo. Yo he dicho que debemos de haber cometido un error administrativo porque teníamos el coche como robado en Brooklyn y ella estaba en el norte de Manhattan. Ella me ha dicho que estaban visitando al hermano de su marido en Brooklyn. Le he dicho que también teníamos un error con el nombre, que el que teníamos era Flaherty o lo que sea. Ella ha dicho que no había ningún error, que era el nombre del hermano. Luego se ha puesto un poco nerviosa y ha explicado que más bien era el cuñado de su marido, que la hermana de su marido se había casado con un hombre llamado Flaherty.

—Una pobre chica armenia —dijo Keegan— echada a perder por el irlandés. Piensa en ello, Johnny.

Skip dijo:

—¿Algo de lo que ha dicho es verdad?

—Le he preguntado si ella es Rita Donegian y que si es la propietaria de un Mercury Marquis con número de matrícula LJK-914. Me ha respondido que sí a ambas preguntas. Y ha sido la última vez que me ha dicho la verdad. Me ha contado toda una sarta de mentiras y ella sabía muy bien que los estaba encubriendo porque, de lo contrario, no habría sido tan inventiva. No tiene marido. Puede que se refiera a Cutler como su marido, pero lo estaba llamando señor Donegian y el único señor Donegian que hay es su padre. No he querido presionar demasiado porque no quería que se hiciera la idea de que mi llamada no era una llamada rutinaria.

Skip dijo:

—Alguien los ha llamado después del pago. Les ha dicho que teníamos el número de matrícula.

—Eso es.

—¿Pero quién lo sabía? ¿Nosotros cinco y quién más? Keegan, ¿se te fue la pinza y dijiste en un sitio lleno de gente que eras el héroe y que habías anotado el número de la matrícula? ¿Es eso lo que ha pasado?

—Fui a confesarme —dijo Billie— y se lo conté al padre O'Houlian.

—Lo digo en serio, joder.

—Nunca me había fiado de ese cabrón de mirada sospechosa —añadió Billie.

Con delicadeza, John Kasabian dijo:

—Skip, no creo que nadie se lo contara a nadie. Creo que a eso es a lo que quiere llegar Matt. Ha sido uno de nosotros, ¿no es eso, Matt?

Skip preguntó:

—¿Uno de nosotros? ¿Uno de los que estamos aquí?

—¿No es eso, Matt?

—Eso es —dijo—. Ha sido Bobby.

23

Se hizo el silencio; todos miraban a Bobby. Entonces Skip dejó escapar una feroz carcajada que retumbó con fuerza en toda la habitación.

—Matt, que te jodan —dijo él—. Me hiciste ir allí. Casi hiciste que me lo tragara.

—Es verdad, Skip.

—¿Porque soy actor, Matt? —Bobby me sonrió—. Te crees que todos los actores nos conocemos, igual que Billie se pensó que Kasabian tendría que conocer al maestro. Por el amor de Dios, seguro que en esta ciudad hay más actores que armenios.

—Dos grupos muy vilipendiados —comentó Keegan—. Los actores y los armenios; se les deja morir de hambre.

Yo dije:

—No va a colar, Bobby. Estuviste en ciase con Gary Atwood en la Academia de Arte Dramático de Nueva York. Estuviste en un espectáculo en el Galinda Theater en la Segunda Avenida el año pasado y fue uno de los logros de Lee David Cutler.

—¿Estás hablando de esa cosa de Strindberg? ¿Seis representaciones para una sala llena de asientos vacíos y con un director que ni siquiera sabía de qué trataba la obra? ¿Así que Cutler era ese tío delgado que hacía el papel de Berndt? ¿Te refieres a él?

Yo no dije nada.

—El «Lee» me ha despistado. Todos lo llamaban Dave. Supongo que lo recuerdo, pero...

—Bobby, hijo de puta, ¡estás mintiendo!

Él se volvió y miró a Skip. Preguntó:

—¿Lo estoy, Arthur? ¿Es eso lo que crees?

—Es lo que sé, joder. Te conozco, te conozco de toda la vida. Sé cuándo estás mintiendo.

—El polígrafo humano. —Suspiró—. Pues resulta que tienes razón.

—No me lo creo.

—Bueno, decidete, Arthur. Es difícil ponerse de acuerdo contigo. O estoy mintiendo o no. ¿Qué prefieres?

—Me has robado. Me robaste mis libros, me has traicionado. ¿Cómo has podido hacerlo? Tú, cabronazo, ¿cómo has podido hacerlo?

Skip se estaba levantando. Bobby seguía sentado en su silla con un vaso vacío en su mano. Keegan y John Kasabian estaban a ambos lados de Bobby pero se apartaron un poco de él durante aquel intercambio de palabras, como si quisieran dejarles espacio.

Yo estaba de pie a la derecha de Skip y estaba observando a Bobby. Se tomó su tiempo para

dar una respuesta, como si tuviera que pensarla cuidadosamente.

—Joder —dijo finalmente—. ¿Por qué lo haría cualquiera? Quería el dinero.

—¿Cuánto te han dado?

—No tanto, a decir verdad.

—¿Cuánto?

—Pues yo quería la tercera parte. Se rieron. Quería diez y dijeron cinco y al final lo dejamos en siete de los grandes. —Extendió las manos—. Soy un negociador pésimo. Soy actor, no me dedico a los negocios. ¿Qué sé yo sobre regateos?

—Me la has jugado por siete mil dólares.

—Escucha, ojalá hubiera sido por más. Créeme.

—No hagas bromas conmigo, hijo de puta.

—Pues entonces no me lo pongas a huevo, gilipollas.

Skip cerró los ojos. Tenía la frente cubierta de sudor y en el cuello se le marcaban los tendones. Apretó los nudos, relajó las manos y volvió a apretarlos. Estaba respirando por la boca como un boxeador entre asalto y asalto.

Preguntó:

—¿Por qué necesitabas el dinero?

—Bueno, resulta que mi hermana pequeña necesita esa operación y...

—Bobby, no bromees conmigo. Te mataré, lo juro.

—¿Ah, sí? Necesitaba el dinero, créeme. Iba a acabar necesitando la operación. Me iban a partir las piernas.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo es que pedí prestados cinco mil dólares, los invertí en un negocio de tráfico de cocaína que se fue a la mierda y tenía que devolver los cinco mil porque no se los había pedido al Chase Manhattan. No tengo un amigo tan bueno. Se lo pedí a un tipo de Woodside que me dijo que la única fianza que le tenía que dar por el préstamo eran mis piernas.

—¿Pero qué coño hacías tú traficando con cocaína?

—Quería ganar pasta, para variar. Quería prosperar en la vida.

—Haces que parezca el sueño americano.

—Fue una jodida pesadilla. El negocio se fue a la mierda, pero yo seguía debiendo el dinero y tenía que lograr reunir cien a la semana para poder seguir pagando los intereses. Ya sabes cómo funciona esto. Pagas cien a la semana durante toda tu vida y sigues debiendo cinco mil. Yo no podía pagarme mis propios gastos, así que no digamos lo de pagar otros cien a la semana. Tenía pagos atrasados, así que tenía intereses sobre los intereses y los siete mil que me dieron Cutler y Atwood pues ya han desaparecido, tío. Le pagué a ese ladrón seis de los grandes para quitármelo de encima para siempre, pagué algunas otras deudas que debía y me metí unos cientos de dólares en la cartera. Eso es lo que me queda. —Se encogió de hombros—. Así como viene se va. ¿Verdad?

Skip se puso un cigarrillo en la boca e intentó torpemente encenderlo con el mechero. Se le cayó y cuando se estiró para recogerlo le dio una patada por accidente y lo metió debajo del escritorio. Kasabian le puso una mano sobre el hombro para tranquilizarlo, encendió una cerilla y le dio fuego. Billie Keegan se tiró al suelo y buscó hasta encontrar el mechero.

Skip le preguntó:

—¿Sabes cuánto me has costado?

—Te he costado veinte mil. A John treinta.

—Nos has costado veinticinco a los dos. Le debo cinco a Johnny, él sabe que lo recuperará.

—Lo que digas.

—Nos has costado cincuenta mil putos dólares para poder quedarte con siete mil.

—Ya te he dicho que no tengo cabeza para hacer negocios.

—Tú no tienes cabeza para nada, Bobby. Si necesitabas dinero, podrías haberle vendido a tus amigos a Tim Pat por diez de los grandes. Él ofrecía esa recompensa y son tres mil dólares más de lo que ellos te han dado.

—No iba a jugársela así.

—No, por supuesto que no. Pero sí podías vendernos a mí y a John y jodernos, ¿verdad?

Bobby se encogió de hombros.

Skip tiró su cigarrillo al suelo y lo piso.

—Si necesitabas dinero —dijo—, ¿por qué no viniste y me lo pediste? ¿Podrías habérmelo dicho? Podrías haber venido a mí antes de acudir a ese ladrón. O si él te estaba presionando y tú necesitabas devolverle el dinero, podrías haber venido a mí entonces.

—No quería pedirte dinero.

—No querías pedírmelo. Así que me lo robas, pero no podías pedírmelo.

Bobby echó la cabeza hacia atrás.

—Sí, eso es, *Arrrrrthur*. No quería pedírtelo a ti.

—¿Alguna vez te he negado algo?

—No.

—¿Alguna vez te he hecho arrastrarte?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Todo el tiempo. Vamos a dejar que el actor trabaje de camarero un tiempo. Vamos a poner al actor detrás de la barra y esperemos que no me arruine el negocio. Es un gran chiste eso de que yo sea actor. Soy tu muñequito a cuerda, soy tu jodida mascota.

—¿No crees que me tomo en serio tu profesión de actor?

—Claro que no.

—No puedo creer que esté escuchando esto. Ese pedazo de mierda en el que estuviste en la Segunda Avenida, el puto Strindberg, ¿a cuántas personas llevé a verlo? Había veinticinco personas en aquel lugar y yo llevé a veinte de ellas.

—Para que vieran a tu mascota. «Ese pedazo de mierda en el que estuviste». Eso es tomarse en serio mi profesión de actor, pequeño Skip. Eso sí que es apoyo de verdad.

—¡Joder! No puedo creerme esto —dijo Skip—. Me odias. —Miró alrededor de la habitación—. Me odia.

Bobby lo miró únicamente a él.

—Lo has hecho para joderme. Eso es todo.

—Lo he hecho por el dinero.

—¡Yo te habría dado el puto dinero!

—No quería que tú me dieras dinero.

—No querías que yo te lo diera. ¿Y quién crees que te lo ha dado, cabronazo? ¿Crees que te lo

ha dado Dios? ¿Crees que te ha llovido del cielo?

—Supongo que me lo gané.

—¿Que tú qué?

Bobby se encogió de hombros.

—Lo que he dicho. Supongo que me lo gané. Trabajé para ello. Estuve contigo, no sé cuántas veces, desde el día que cogí los libros. Estuve el lunes por la noche y todo. Y jamás tuviste la más mínima duda. No creo que sea precisamente la peor interpretación de la historia.

—Así que no fue más que un trabajo de interpretación.

—Podrías verlo de ese modo.

—Judas también lo hizo muy bien. Lo nominaron al Oscar, pero no pudo estar presente en la ceremonia de entrega.

—Tú serías un Jesús demasiado gracioso. No eres apropiado para el papel.

Skip lo miró con dureza.

—No lo entiendo —dijo—. Ni siquiera te avergüenzas de ti mismo.

—¿Eso te haría feliz? ¿Que representara una escenita de vergüenza?

—Crees que está bien, ¿verdad? ¿Hacerle pasar un infierno a tu amigo y costarle tanto dinero? ¿Robarle?

—Tú nunca has robado, ¿verdad, Arthur?

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo conseguiste los veinte mil, Arthur? ¿Qué hiciste? ¿Guardar el dinero para el almuerzo?

—No lo declaramos. Pero eso no es ningún secreto. ¿Quieres decir que se lo robamos al Gobierno? Muéstrame al propietario de algún local en el que se trabaje con dinero en metálico que no lo haga.

—¿Y cómo conseguiste el dinero para abrir el garito? ¿Cómo empezasteis tú y John? ¿También fue evasión de impuestos? ¿Fue el dinero de las propinas no declaradas?

—¿Y si lo fue?

—¡Y una mierda! Trabajaste tras la barra en el bar de Jack Balkin y robaste a dos manos. Hiciste de todo menos llevar los cascos de las botellas a la tienda de ultramarinos para quedarte con el dinero del depósito. Le robaste tanto a Jack que es sorprendente que no tuviera que acabar cerrando el local.

—Él ganaba mucho dinero.

—Sí, y tú también. Tú robaste y John robó donde estaba trabajando y, ¡quién lo iba a decir!, los dos conseguisteis dinero suficiente para abrir vuestro propio bar. Y tú me hablas del sueño americano. Eso sí que es el Sueño Americano. Robarle al jefe hasta que puedes permitirte abrir un negocio y hacerle la competencia.

Skip dijo algo inaudible.

—¿Qué dices? No puedo oírte, Arthur.

—He dicho que los camareros que trabajan detrás de la barra roban. Eso se da por hecho.

—Y eso lo convierte en algo honrado, ¿no?

—Yo no le saqué dinero a Balkin. Le hice ganar dinero. Puedes darle las vueltas que quieras, Bobby, pero no puedes hacerme quedar como lo que tú eres.

—No, tú eres un puto santo, Arthur.

—¡Jesús! —dijo Skip—. No sé qué hacer. No sé qué voy a hacer.

—Yo sí. No vas a hacer nada.

—¿Ah, no?

Bobby sacudió la cabeza.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a sacar la pistola de detrás de la barra, volver aquí y dispararme con ella? No vas a hacer eso.

—Debería.

—Sí, pero eso no va a pasar. ¿Quieres pegarme? Ya ni siquiera estás enfadado, Arthur. Piensas que deberías estar furioso, pero no lo sientes. Tú no sientes nada.

—Yo...

—Escucha, estoy reventado —dijo Bobby—. Hoy no me quedaré hasta tarde si no os importa. Escuchad, chicos, devolveré el dinero uno de estos días. Los cincuenta mil al completo. Cuando sea una estrella, ¿vale? Soy bueno.

—Bobby...

—Nos vemos —dijo él.

Después de que nosotros tres hubiéramos acompañado a Skip a la vuelta de la esquina y nos hubiéramos despedido de él; después de que John Kasabian hubiera parado un taxi y se hubiera marchado en dirección hacia el norte de la ciudad, me quedé en esa esquina con Billie Keegan y le dije que había cometido un error, que no debía haberle dicho a Skip lo que había descubierto.

—No —dijo él—. Tenías que hacerlo.

—Ahora sabe que su mejor amigo lo odia a muerte. —Me giré y miré hacia el Pare Vendôme—. Vive en un piso alto —dije—. Espero que no decida saltar por la ventana.

—Él no es de esos.

—Supongo que no.

—Tenías que decírselo —dijo Billie Keegan—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dejar que siga pensando que Bobby es su amigo? Esa clase de ignorancia no puede hacer ningún bien. Lo que tú has hecho ha sido como sajarle un forúnculo. Ahora mismo duele y jode, pero la herida se curará. Si lo hubieras dejado, habría ido a peor.

—Supongo.

—Dalo por hecho. Si Bobby se hubiera librado esta vez, habría hecho algo más. Habría insistido hasta que Skip se hubiera enterado porque no ha sido suficiente sangrarle con lo del dinero, Bobby también quería restregárselo por las narices. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

—¿Tengo razón?

—Probablemente. Billie, quiero oír esa canción.

—¿Eh?

—El antro sagrado... corta el cerebro en pedazos. La canción que me pusiste.

—*Last Call*.

—¿No te importa?

—*Hey*, venga, sube. Nos tomaremos algo.

La verdad es que no bebimos mucho. Fui con él a su apartamento y puso la canción unas cinco

o seis veces para mí. Charlamos un poco, pero, sobre todo, escuchamos el disco. Cuando me fui, me volvió a decir que había hecho lo correcto al desenmascarar a Bobby Ruslander. Sin embargo, yo no estaba tan seguro de ello.

24

El día siguiente dormí hasta tarde. Aquella noche estuve en Sunnyside Gardens en Queens con Danny Boy Bell y dos amigos suyos del norte de la ciudad. Había un peso medio en el cartel, un chico de Bedford-Stuyvesant que los amigos de Danny Boy tenían interés por ver. Ganó su combate fácilmente, pero yo no creo que él demostrara mucho.

Al día siguiente fue viernes y yo estaba almorzando tarde en el Armstrong's cuando Skip entró y se tomó una cerveza conmigo. Venía del gimnasio y estaba sediento.

—Jesús, hoy me he sentido muy fuerte —dijo él—. Toda la ira se va directa a los músculos. Podría haber levantado el techo del local. ¿Matt? ¿Lo traté con condescendencia?

—¿Qué quieres decir?

—Toda esa mierda de que lo hice mi actor mascota. ¿Eso era verdad?

—Creo que simplemente estaba buscando un modo de justificar lo que hizo.

—No lo sé —dijo—. Tal vez sí que hago lo que él dijo. ¿Recuerdas que te molestaste cuando pagué tu cuenta del bar?

—¿Y?

—A lo mejor con él hice lo mismo. Pero a mayor escala. —Se encendió un cigarrillo y tosió fuerte. Tras reponerse, añadió—: Que lo jodan, ese tío es un cerdo. Ya está. Me voy a olvidar de esto.

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Ojalá lo supiera. Me devolverá el dinero cuando sea rico y famoso; esa parte me gustó. ¿Hay algún modo de que podamos recuperar el dinero de los otros dos cabrones? Sabemos quiénes son.

—¿Con qué puedes amenazarlos?

—No lo sé. Con nada, supongo. La otra noche nos reuniste a todos para un consejo de guerra, pero lo hiciste solo para tener a todo el mundo a mano cuando pusieras la pista sobre Bobby, ¿verdad?

—Me pareció una buena idea.

—Sí. Pero en lo que respecta a celebrar un consejo de guerra, o como quieras llamarlo, y encontrar un modo de forzar por medio de amenazas a esos actores y recuperar el dinero...

—No lo veo claro.

—No, yo tampoco. ¿Qué voy a hacer? ¿Atracar a los atracadores? No es mi estilo. Y el tema es que se trata únicamente de dinero. Quiero decir, eso es todo lo que es. Tenía ese dinero en el banco, un dinero que no me estaba aportando nada, y ahora no lo tengo, así que, ¿qué cambia eso

en mi vida? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Ojalá pudiera olvidarme de esto —dijo—, porque no hago más que darle vueltas y vueltas a la cabeza. Ojalá pudiera olvidarlo.

Aquel fin de semana tenía a mis hijos conmigo. Iba a ser nuestro último fin de semana juntos antes de que se fueran al campamento. Los recogí en la estación de tren el sábado por la mañana y los volví a dejar en el tren el domingo por la noche. Recuerdo que vimos una película y creo que pasamos la mañana del domingo recorriendo Wall Street y el Fulton Fish Market, pero eso también pudo haber ocurrido cualquier otro fin de semana. Me resulta difícil distinguirlos en mi memoria.

Pasé la noche del domingo en el Village y no regresé a mi hotel hasta casi el amanecer. El teléfono me despertó de un sueño frustrante, un ejercicio en acrofobia; intentaba descender de una peligrosa pasarela y no podía alcanzar el suelo.

Cogí el teléfono. Una voz bronca dijo:

—Bueno, no es cómo pensaba que iría, pero al menos no tenemos que preocuparnos de perderlo en los tribunales.

—¿Quién es?

—Jack Diebold. ¿Qué pasa contigo? Suenas como si estuvieras medio dormido.

—Ya estoy despierto —dije—. ¿De qué estabas hablando?

—¿No has visto el periódico?

—Estaba durmiendo. ¿Qué...?

—¿Sabes qué hora es? Es casi mediodía. Tienes el mismo horario que los chulos, hijo de puta.

—¡Jesús! —dije.

—Ve a por el periódico —dijo—. Te llamaré en una hora.

El *News* lo daba en primera plana. «Sospechoso de asesinato se ahorca en su celda», con la historia en la página tres.

Miguelito Cruz se había rasgado la ropa, había atado las tiras de tela entre sí, había colocado su cama de hierro en posición vertical, se había subido a ella, había atado su cuerda de fabricación casera alrededor de una tubería del techo y había saltado de la cama para ir a caer al otro mundo.

Jack Diebold no volvió a llamarme, pero las noticias de las seis de aquella tarde me dieron el resto de la información. Tras ser informado de la muerte de su amigo, Ángel Herrera se había retractado de su historia original y había admitido que él y Cruz habían planeado y ejecutado el robo de los Tillary por cuenta propia. Había sido Miguelito el que oyó ruidos arriba y cogió un cuchillo de la cocina cuando se dispuso a investigar. Había apuñalado a la mujer hasta matarla mientras Herrera miraba horrorizado. Herrera dijo que Miguelito siempre tuvo un temperamento brusco, pero que eran amigos, incluso primos, y que se habían inventado una versión para proteger a Miguelito. Pero ahora que Miguelito estaba muerto, Herrera podía admitir lo que había pasado realmente.

Lo curioso fue que sentí ganas de ir a Sunset Park. Yo ya había terminado con el caso, todo el mundo había terminado con el caso, pero me sentía como si tuviera el deber de estar investigando por los bares de la Cuarta Avenida, pagando copas de ron para algunas señoritas y comiendo bolsas de plátanos fritos.

Por supuesto, no fui allí. Lo cierto es que jamás consideré la posibilidad. Simplemente tenía la sensación de que era algo que tenía que hacer.

Aquella noche estuve en el Armstrong's. Tomé copas, pero no estuve bebiendo especialmente deprisa ni en demasiada cantidad, y entonces en algún momento sobre las diez y media o las once, la puerta se abrió y supe quién sería antes de girarme. Tommy Tillary, muy elegante y con el pelo recién cortado estaba haciendo su primera aparición en el Armstrong's desde el asesinato su mujer.

—Hey, mirad quién ha vuelto —canturreó y marcó esa gran sonrisa. La gente corrió hacia él para estrecharle la mano. Billie estaba detrás de la barra y apenas acababa de servirle una copa de parte de la casa a nuestro héroe cuando Tommy insistió en invitar al bar a una ronda. Fue un gesto caro; debía de haber treinta o cuarenta personas allí, pero creo que le habría dado igual si hubiera habido trescientas o cuatrocientas.

Me quedé donde estaba, dejé que los otros lo asediaran, pero él se dirigió hacia mí y me puso un brazo alrededor de los hombros.

—Aquí está el hombre —anunció—. El mejor jodido detective que ha habido. El dinero de este hombre —le dijo a Billie— esta noche no sirve. No puede pagar una copa, no puede pagar una taza de café y, si habéis puesto lavabos de pago desde la última vez que estuve aquí, sus monedas de diez centavos tampoco sirven.

—El meadero sigue siendo gratis —dijo Billie—, pero no le des ideas a Jimmy.

—Venga, no me digas que él no lo ha pensado ya —dijo Tommy—. Matt, chico, te quiero. Estaba en un aprieto, el mundo se me quería echar encima y tú no me fallaste.

¿Pero qué coño había hecho yo? Yo no había ahorcado a Miguelito Cruz ni le había sacado una confesión a Ángel Herrera. Ni siquiera los había visto a ninguno de los dos. Sin embargo, sí que había cogido el dinero de él y ahora parecía como si tuviera que dejarle que me pagara mis copas.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí. Curiosamente, mi ritmo de bebida descendió a medida que el de Tommy subió. Me pregunté por qué no habría llevado a Carolyn; no creía que él se preocupara demasiado de las apariencias ahora que el caso estaba cerrado para siempre. Y me pregunté si ella entraría en el bar. Después de todo, era el bar de su barrio y se sabía que ella iba por allí sola.

Después de un rato, Tommy me estaba metiendo prisa para irnos del Armstrong's, así que quizá yo no fui el único que se imaginaba que Carolyn pudiera aparecer.

—Es momento de celebraciones —me dijo—. No queremos quedarnos todo el rato en un mismo sitio hasta que nos crezcan raíces. Queremos salir e irnos de juerga.

Tenía el Riviera y me subí. Nos pasamos por varios sitios. Había un ruidoso bar griego en el East Side donde los camareros parecían mafiosos. Había algunos locales de solteros modernos, incluido el que era propiedad de Jack Balkin, donde, al parecer, Skip había robado bastante dinero como para abrir el Miss Kitty's. Finalmente estuvimos en una oscura cueva con olor a

cerveza en el Village; después de un rato me di cuenta de que me recordaba al bar noruego de Sunset Park, el Fiordo. En aquellos días yo conocía bastante bien los bares del Village, pero aquel lugar era nuevo para mí y jamás fui capaz de volver a encontrarlo. Tal vez no estaba en el Village, tal vez estaba en algún punto de Chelsea. Él conducía y yo no le estaba prestando demasiada atención a la geografía.

Estuviera donde estuviera, aquel lugar era tranquilo, para variar, y allí era posible entablar conversación. Me encontré a mí mismo preguntándole qué había hecho yo que mereciera tales generosos elogios. Un hombre se había suicidado y otro había confesado, y ¿cuál había sido mi papel en ambos incidentes?

— Toda esa información que recopilaste — dijo.

— ¿El qué? Debería haberte traído trozos de uñas para que le hubieras encargado a alguien que les hiciera vudú.

— Me refiero a Cruz y a los maricones.

— Estaba acusado de asesinato. No se ahorcó porque tuviera miedo de que lo atacaran por haber dado palizas a maricones cuando él era menor de edad.

Tommy dio un sorbo de güisqui escocés. Dijo:

— Hace unos días, un tipo negro se acerca a Cruz mientras hacen cola para la comida. Un negro enorme, como el Edificio Seagram. «Espera a llegar a Green Haven», le dice. «Allí todos los chicos malos te van a ver como a una novia. El médico va a tener que hacerte un culo nuevo cuando salgas de allí».

No dije nada.

— Kaplan — dijo — habló con alguien que habló con alguien y de ahí viene todo. Cruz consideró la idea de jugar a «tira la pastilla de jabón» para la mitad de los tipos encerrados y lo siguiente que se sabe es que ese cabrón asesino estaba bailando en el aire. ¡Hasta nunca!

Me quedé sin respiración. Pensé en ello mientras Tommy fue a la barra a por otra ronda. No había tocado el vaso que tenía delante de mí, pero le dejé que pidiera copas para los dos.

Cuando volvió, dije:

— Herrera.

— Cambió su historia. Lo confesó todo.

— Y le colgó el asesinato a Cruz.

— ¿Por qué no? Cruz ya no estaba aquí para quejarse. Probablemente Cruz lo hizo, pero quién sabe quién fue en realidad y ¿a quién le importa? El caso es que nos diste la palanca.

— Para Cruz — dije —. Para hacer que se suicidara.

— Y para Herrera. Esos hijos que tiene en Puerto Rico. Drew habló con el abogado de Herrera y el abogado de Herrera habló con Herrera y el mensaje fue: «Mira, te van a acusar de robo hagas lo que hagas y probablemente de asesinato, pero si cuentas la historia apropiada estarás encerrado menos tiempo que si no la cuentas, y sobre todo, ese agradable señor Tillary va a olvidar el pasado y cada mes habrá un bonito cheque para tu mujer y tus niños en Santurce».

En la barra, algunos hombres mayores estaban reviviendo el combate entre Louis y Schmeling. El segundo, el combate en el que Louis deliberadamente castigó al campeón alemán. Uno de esos hombres estaba lanzando puñetazos circulares al aire, haciendo una demostración.

Yo pregunté:

— ¿Quién mató a tu mujer?

—O el uno o el otro. Si tuviera que apostar, diría que Cruz. Él tenía esos ojos pequeños redondos y brillantes; si lo mirabas de cerca podías ver que era un asesino.

—¿Cuándo lo miraste de cerca?

—Cuando estuvieron por casa. La primera vez, cuando limpiaron el sótano y el ático. ¿Te había dicho que habían sacado algunos trastos de mi casa?

—Me lo dijiste.

—No la segunda vez —dijo—, sino cuando estuvieron limpiando juntos.

Sonrió ampliamente, pero lo miré fijamente hasta que su sonrisa vaciló.

—Fue Herrera el que os ayudó en la casa —dije—. Tú nunca conociste a Cruz.

—Cruz se pasó por allí, le echó una mano.

—Eso no lo habías mencionado antes.

—Claro que sí, Matt. O a lo mejor olvidé mencionarlo. De todos modos, ¿qué más da?

—Cruz no era un tipo que hiciera trabajos manuales —dije—. No habría ido a ayudar a sacar trastos de una casa. ¿Cuándo lo miraste a los ojos?

—¡Por Dios santo! A lo mejor fue viendo una foto en el periódico, a lo mejor me lo imagino y me parece que puedo ver sus ojos. Bueno, déjalo, ¿vale? Da igual los ojos que tuviera porque esos ojos ya no pueden ver más.

—¿Quién la mató, Tommy?

—¡Hey! ¿No te he dicho que lo dejes estar?

—Responde a la pregunta.

—Ya la he respondido.

—La mataste tú, ¿verdad?

—¿Es que estás loco? Y baja la voz, por el amor de Dios. La gente puede oírte.

—Mataste a tu mujer.

—Cruz la mató y Herrera lo ha jurado. ¿Es que no te basta? Y tu jodido amigo poli ha investigado mi coartada, no ha parado, ha estado como un mono buscando piojos. No hay forma de que yo hubiera podido matarla.

—Claro que la hay.

—¿Ah, sí?

Una silla cubierta de bordados, una vista del parque Owl's Head. El olor del polvo y, por encima de él, el olor de un ramillete de pequeñas flores blancas.

—Lirios del valle —dije.

—¿Qué?

—Así es cómo lo hiciste.

—¿De qué estás hablando?

—El tercer piso, la habitación en la que vivía su tía. Olí su perfume allí arriba. Creí que el aroma se había quedado fijado en mi nariz por haber estado en su dormitorio antes de subir, pero no fue así. Ella estuvo allí arriba y lo que olí fueron rastros de su perfume. Por eso la habitación me atrajo, sentí su presencia allí, la habitación estaba intentando decirme algo, pero yo no logré captarlo.

—No sé de qué estás hablando. ¿Sabes lo que te pasa, Matt? Que estás un poco borracho, eso es todo. Mañana te despertarás y...

—Te fuiste de la oficina al final de la jornada, corriste a tu casa en Bay Ridge y la escondiste

en el tercer piso. ¿Qué hiciste? ¿Drogaría? Seguramente le echaste algo en su bebida, tal vez la dejaste atada en el tercer piso. La ataste, la amordazaste, la dejaste inconsciente. Luego devolviste tu culo a Manhattan y saliste a cenar con Carolyn.

—No pienso escuchar esta mierda.

—Herrera y Cruz aparecieron sobre medianoche, tal y como lo habías preparado. Pensaron que estaban robando una casa vacía. Tu mujer estaba amordazada y escondida en el tercer piso y ellos no tenían motivos para subir allí. Probablemente cerraste esa puerta con llave para asegurarte de todos modos. Ellos llevaron a cabo su robo y se fueron a casa, pensando que era el dinero ilegal que habían conseguido con más seguridad y facilidad.

Cogí mi vaso. Luego recordé que él había pagado la bebida y comencé a dejarlo sobre la barra. Decidí que era ridículo. Al igual que el dinero no conoce dueño, el güisqui nunca recuerda quién lo ha pagado.

Le di un trago.

Dije:

—Entonces unas horas después, te montaste en tu coche y volviste a toda velocidad a Bay Ridge. A lo mejor echaste algo en la bebida de tu novia para mantenerla alejada. Todo lo que tenías que hacer era encontrar una hora, una hora y media, y hay espacio suficiente en tu coartada como para encontrar noventa minutos de más. El trayecto no debió de llevarte mucho, no a esa hora. Nadie te vería entrar con el coche en tu casa. No tenías más que subir al tercer piso, bajar a tu mujer un tramo de escalera, matarla a puñaladas, deshacerte del cuchillo y volver con tu coche a la ciudad. Así fue como lo hiciste, Tommy. ¿Verdad?

—Estás lleno de mierda, ¿lo sabías?

—Dime que tú no la mataste.

—Ya te lo he dicho.

—Dímelo otra vez.

—Yo no la maté, Matt. Yo no he matado a nadie.

—Otra vez.

—¿Qué pasa contigo? Yo no la maté. ¡Jesús! Tú eres el que me ayudó a demostrarlo y ahora estás intentando darle la vuelta a todo y ponerte en mi contra. Juro por Dios que yo no la maté.

—No te creo.

Un hombre en la barra estaba hablando sobre Rocky Marciano. Decía que era el mejor boxeador que había existido nunca. Él no era guapo, no era elegante, pero lo gracioso era que al final del combate él siempre estaba de pie y el otro tipo no.

—¡Oh, joder! —dijo Tommy.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en sus manos. Suspiró, miró hacia arriba y dijo:

—¿Sabes? Conmigo pasa algo curioso. Por teléfono soy tan buen vendedor como Marciano era un buen luchador. Soy lo mejor que pudieras imaginarte. Juro que podría venderles tierra a los árabes, podría vender hielo en invierno, pero cara a cara no soy nada bueno. Si no fuera por los teléfonos, tendría problemas para ganarme la vida vendiendo. ¿Por qué crees que es eso?

—Dímelo tú.

—Juro que no lo sé. Solía pensar que era mi cara, la zona que rodea mis ojos y mi boca. No sé. Por teléfono es pan comido. Estoy hablando con un extraño, no sé quién es ni cómo es, y él no me está mirando a mí. Cara a cara, con alguien a quien conozco, ya es otra historia. —Me miró,

pero sus ojos no llegaban a toparse con los míos—. Si estuviéramos haciendo esto por teléfono, te tragarías lo que te estoy diciendo.

—Es posible.

—Es la puta verdad. Palabra a palabra, te lo tragarías todo. Matt, imagina que te digo que la maté. Fue un accidente, un impulso, ambos estábamos nerviosos por lo del robo, yo estaba medio borracho y...

—Tú lo planeaste todo, Tommy. Todo estaba preparado.

—Toda esa historia que has contado, el modo en que yo lo preparé todo... no puedes demostrar nada de eso.

Yo no dije nada.

—Y me ayudaste, no olvides esa parte.

—No lo haré.

—Y no me habrían juzgado por ello, ni con tu ayuda ni sin ella, Matt. No habría llegado a los tribunales y, si lo hubiera hecho, yo habría ganado. Lo único que has hecho ha sido ahorrarme líos. Y, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Lo de esta noche no es más que una charla entre copas, tu bebida y la mía, dos botellas de güisqui mientras charlamos el uno con el otro. Eso es todo. Cuando llegue la mañana, podremos olvidar lo que se ha dicho aquí esta noche. Yo no he matado a nadie, tú no has dicho que yo lo hiciera, todo está bien y seguimos siendo colegas. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?

Me limité a mirarlo.

25

Aquello sucedió el lunes por la noche. No recuerdo exactamente cuándo hablé con Jack Diebold, pero debió de ser el martes o el miércoles. Lo llamé a la comisaría, pero acabé localizándolo en su casa. Discutimos un poco y entonces dije:

—¿Sabes? Se me ha ocurrido cómo pudo haberlo hecho.

—¿Dónde has estado? Tenemos uno muerto y el otro ha confesado; todo esto ya es historia.

—Lo sé —dije—, pero escucha. —Y le expliqué, como en un ejercicio de lógica aplicada, cómo Tommy Tillary podría haber asesinado a su mujer. Tuve que repetirlo varias veces antes de que él lo cogiera, pero incluso entonces no se quedó demasiado entusiasmado con mi propuesta.

—No sé —dijo—. Suena bastante complicado. La tiene allí encerrada en el ático durante, ¿cuántas? ¿Ocho horas? Eso es mucho tiempo sin tenerla vigilada. Supón que ella consigue liberarse. Entonces él habría acabado con el culo en el talego, ¿no?

—No por asesinato. Ella puede presentar cargos por atarla, pero ¿cuándo ha sido la última vez que un marido ha acabado en la cárcel por eso?

—Sí, él realmente no corre ningún riesgo hasta que la mata y para entonces ya está muerta. Entiendo lo que quieres decir. Aun así, Matt, es bastante retorcido, ¿no crees?

—Bueno, simplemente estaba pensando en el modo en que podría haber ocurrido.

—Pero esas cosas nunca suceden así en la vida real.

—Supongo que no.

—Y si lo hicieran, no llegarías a ningún lado con ellas. Mira lo que te ha costado explicármelo a mí, y eso que yo estoy metido en este mundo. ¿Quieres probar a explicarlo en un juzgado con algún abogado gilipollas interrumpiéndote cada treinta segundos con alguna objeción? Lo que a un jurado le gusta... a un jurado le gusta alguien con el pelo grasiento, la piel color aceituna y un cuchillo en una mano y sangre en su camisa. Eso es lo que le gusta a un jurado.

—Ya.

—Y, de todos modos, todo esto es historia. ¿Sabes lo que tengo ahora? A esa familia de Borough Park. ¿Lo has leído?

—¿Los judíos ortodoxos?

—Tres judíos ortodoxos: madre, padre e hijo; el padre tiene la barba, el hijo tiene los aladares, están todos sentados en la mesa del comedor y todos reciben un disparo en la cabeza por detrás. Eso es lo que tengo. En lo que respecta a Tommy Tillary, ahora mismo no me importa si mató a Cock Robin y a los dos Kennedy.

—Bueno, no era más que una idea —dije.

—Y es buena, eso no te lo discuto. Pero no es muy realista y, aunque lo fuera, ¿quién tiene un momento que dedicarle?

Supuse que era momento de tomar un trago. Mis dos casos estaban cerrados, aunque no de manera satisfactoria. Mis hijos estaban de camino al campamento. No debía nada en el hotel, todas las cuentas que tenía en los bares estaban abonadas y me quedaban algunos dólares en el banco. Tenía, o eso me parecía, todas las razones del mundo para irme del hotel una semana o así y permanecer borracho.

Pero mi cuerpo parecía saber que aún faltaba algo más por venir y, aunque no me mantuve sobrio, tampoco me lancé a pasarme el día de juerga, aunque me sentía completamente con derecho a ella. Así, un par de días después, tenía entre mis manos un café aderezado con burbon en mi mesa en el Armstrong's cuando *Skip* Devoe entró.

Me saludó con la cabeza desde la puerta. Luego fue hacia la barra y se tomó una rápida allí de pie. Entonces vino hacia mi mesa, cogió una silla y se dejó caer en ella.

—Toma —dijo y puso un sobre marrón de papel manila sobre la mesa, entre los dos. Un sobre pequeño, como los que te dan en los bancos.

Yo dije:

—¿Qué es esto?

—Para ti.

Lo abrí. Estaba lleno de dinero. Saqué un fajo de billetes y lo abrí en forma de abanico.

—Por el amor de Dios —dijo—. No hagas eso, ¿quieres que todo el mundo te siga hasta casa? Guárdalo en el bolsillo y cuéntalo cuando estés en casa.

—¿Qué es?

—Tu parte. Guárdalo, ¿quieres?

—¿Mi parte de qué?

Él suspiró, mostrándose impaciente conmigo. Estaba fumando un cigarrillo y le dio una calada furioso antes de apartar su cabeza para evitar echarme el humo en la cara.

—Tu parte de los diez mil —dijo—. Tú te quedas con la mitad. La mitad de diez de los grandes son cinco de los grandes y cinco de los grandes es lo que hay en el sobre, así que, ¿por qué no nos haces un favor a los dos y lo guardas de una puta vez?

—¿Mi parte de qué, Skip?

—De la recompensa.

—¿Qué recompensa?

Sus ojos me desafiaron.

—Bueno, podía recuperar algo, ¿no? De ningún modo les debía nada a esos cabrones, ¿verdad?

—No sé de lo que me estás hablando.

—Atwood y Cutler —dijo—. Los he delatado ante Tim Pat Morrissey. Por la recompensa.

Lo miré.

—No podía ir a ellos y pedirles que me devolvieran el dinero. No podía sacarle ni diez centavos al cabrón de Ruslander, ya se lo había gastado todo. Fui y me senté con Tim Pat, le pregunté si él y sus hermanos todavía querían pagar esa recompensa. Sus ojos se encendieron

como dos jodidas estrellas. Le di nombres y direcciones, y llegué a pensar que iba a besarme.

Puse el sobre marrón sobre la mesa, en medio de los dos. Lo empujé hacia él y él lo arrastró hacia mí. Dije:

—Esto no me pertenece, Skip.

—Claro que sí. Ya le he dicho a Tim Pat que la mitad de la recompensa es tuya, que tú hiciste todo el trabajo. Cógelo.

—No lo quiero. Ya he cobrado por lo que hice. La información era tuya. Tú la compraste. Si se la vendiste a Tim Pat, la recompensa es para ti.

Le dio una calada al cigarrillo.

—Ya le he dado la mitad a Kasabian. Los cinco mil que le debía. Él tampoco quería cogerlos. Le dije: «Escucha, coge esto y estamos en paz». Lo cogió. Y esto de aquí es tuyo.

—No lo quiero.

—Es dinero. Pero ¿qué coño pasa?

No dije nada.

—Mira —dijo—, cógelo y punto, ¿quieres? Si no quieres quedártelo, no te lo quedas. Quémalo, tíralo, regálalo, me importa una mierda lo que hagas con él. Porque yo no puedo quedármelo. No puedo. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué no?

—Oh, mierda —dijo—. ¡Mierda! ¡Joder! No sé por qué lo he hecho.

—¿De qué estás hablando?

—Pero lo volvería a hacer. Fue una locura. Me está consumiendo, pero si tuviera que hacerlo otra vez, ¡joder que lo haría!

—¿Hacer qué?

Él me miró.

—Le di a Tim Pat tres nombres —dijo— y tres direcciones.

Cogió su cigarrillo entre su pulgar y su dedo índice y lo miró.

—Jamás quiero verte hacer esto —añadió y tiró la colilla dentro de mi taza de café—. Jesús, pero ¿qué estoy haciendo? Todavía te quedaba media taza de café. Estaba pensando que era mi taza y ni siquiera tengo taza. ¿Qué me pasa? Lo siento. Espera, voy a traerte otro café.

—Olvida el café.

—Ha sido un acto reflejo. No estaba pensando, yo...

—Skip, olvídate del café. Siéntate.

—¿Estás seguro de que no quieres...?

—Olvídate del café.

—Sí, vale —dijo. Sacó otro cigarrillo y le dio unos golpecitos contra el reverso de su muñeca.

Yo dije:

—Le diste tres nombres a Tim Pat.

—Sí.

—Atwood, Cutler y...

—Y Bobby —dijo—. He vendido a Bobby Ruslander.

Se puso el cigarrillo en la boca, sacó su mechero y lo encendió. Con los ojos medio cerrados por el humo añadió:

—Lo he delatado, Matt. A mi mejor amigo, aunque resulta que no es mi amigo, y he ido y lo he delatado. Le dije a Tim Pat que Bobby fue el que lo organizó. —Me miró—. ¿Crees que soy un cabrón?

—Yo no creo nada.

—Era algo que tenía que hacer.

—Vale.

—Pero puedes entender que no puedo quedarme con el dinero.

—Sí, supongo que puedo entenderlo.

—Él podría librarse, ¿sabes? Es muy bueno escurriendo el bulto. La otra noche, ¡joder!, salió de la oficina de mi bar como si el local fuera suyo. El actor, veamos cómo sale de esta, ¿eh?

No dije nada.

—Podría ocurrir. Podría lograrlo.

—Podría.

Se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Quería a ese tío —dijo—. Creía, creía que él me quería a mí. —Respiró hondo y soltó el aire—. De aquí en adelante —dijo—, no querré a nadie. —Se levantó—. Creo que tiene bastantes posibilidades, de todos modos. A lo mejor sale de esta.

—A lo mejor.

Pero no lo hizo. Ninguno de ellos lo hizo. Para cuando llegó el fin de semana, habían aparecido en los periódicos: Gary Michael Atwood, Lee David Cutler, Robert Joel Ruslander; los tres encontrados en distintas partes de la ciudad, con sus cabezas cubiertas por capuchas negras, las manos atadas a sus espaldas con alambre y cada uno con un disparo en la nuca de una automática del calibre 25. Rita Donegian fue encontrada con Cutler, también encapuchada, atada y con el disparo. Supongo que ella estorbaba.

Cuando lo leí aún tenía el dinero en el sobre marrón del banco. Aún no había decidido qué hacer con él. No sé si tomé alguna decisión al respecto estando consciente, pero al día siguiente doné quinientos dólares para los pobres en la iglesia de San Pablo. Después de todo, tenía muchas velas que encender. Y algo del dinero fue a Anita, otra parte de él al banco y en algún punto dejó de ser dinero manchado de sangre para convertirse en... bueno, dinero nada más.

Supuse que era el final. Pero seguí suponiéndolo y seguí equivocándome.

La llamada se produjo en mitad de la noche. Llevaba dormido un par de horas, pero el teléfono me despertó y lo busqué a tientas. Me llevó un minuto reconocer la voz al otro lado de la línea.

Era Carolyn Cheatham.

—Tenía que llamarte —dijo— dado que eres bebedor de burbon y un caballero. Te debía una llamada.

—¿Qué ocurre?

—Nuestro amigo en común me ha dejado —dijo— y ha hecho que me despidan de Tannahill & Co., así que ya no tendrá que buscarme por la oficina. Una vez que no me necesitó, ha roto la cuerda y ¿sabes que lo ha hecho por teléfono?

—Carolyn...

—Todo está en la nota —dijo ella—. He dejado una nota.

—Mira, no hagas nada todavía —dije. Ya había salido de la cama y estaba buscando a tientas mi ropa—. Estoy allí enseguida. Nos sentaremos y hablaremos de ello.

—No puedes detenerme, Matthew.

—No voy a intentar detenerte. Hablaremos un poco y entonces podrás hacer lo que quieras.

Oí el *clic* del teléfono al colgar.

Me puse la ropa, salí corriendo de allí, esperando que fuera a utilizar pastillas, ya que tardan en hacer efecto. Rompí un pequeño cristal en las escaleras de abajo y entré; luego usé una tarjeta de crédito vieja para hacer resbalar el pestillo de su cerradura. Si hubiera echado el candado, habría tenido que derribar la puerta, pero no lo había hecho y eso me facilitó las cosas.

Olí la cordita antes de haber abierto la puerta. Dentro, la habitación apestaba. Ella estaba tirada en el sofá, con la cabeza colgando de un lado. La pistola seguía en su mano sin vida y había un agujero bordeado de negro en su sien.

También había una nota; una hoja arrancada de un cuaderno de espiral y sujeta a la mesa de café con una botella vacía de burbon Maker's Mark. Había un vaso vacío junto a la botella vacía. En su letra se notaban los efectos del alcohol y también en la sombría redacción de su nota de suicidio.

Leí la nota. Me quedé allí unos minutos, no demasiados, y luego cogí un paño de la cocina y lo pasé por la botella y por el vaso. Cogí otro vaso, lo aclaré, lo sequé y lo puse en el escurrerplatos sobre la encimera.

Me metí la nota en mi bolsillo. Le quité la pequeña pistola de entre los dedos, le comprobé el pulso de manera automática y luego envolví una almohada del sofá cama alrededor de la pistola para amortiguar su detonación.

Disparé sobre el suave tejido bajo su tórax y también dentro de su boca abierta.

Me metí la pistola en un bolsillo y salí de allí.

Encontraron la pistola en la casa de Tommy Tillary en Colonial Road, metida entre los cojines del sofá del salón. Se le habían limpiado las huellas a la superficie de la pistola, pero encontraron una huella identificable dentro, en el clip, y resultó ser de Tommy.

Los de balística dieron en el clavo. Las balas pueden hacerse añicos cuando dan en un hueso, pero el disparo dentro de su abdomen no dio en ningún hueso y se recuperó intacta.

Después de que la historia llegara a los periódicos, cogí el teléfono y llamé a Drew Kaplan.

—No lo entiendo —dije—. Estaba libre y había quedado limpio, ¿por qué coño fue y mató a la chica?

—Pregúntaselo tú —dijo Kaplan. No parecía muy contento—. Si quieres mi opinión, es un lunático. De verdad que no pensaba que lo fuera. Me imaginé que tal vez había matado a su mujer, o que tal vez no, mi trabajo no era juzgarlo, ¿sabes? Pero no creía que el muy hijo de puta fuera a ser un maníaco homicida.

—¿No hay duda de que él mató a la chica?

—Que yo sepa, no la hay. La pistola es una prueba bastante contundente. A veces se encuentra a alguien con la prueba del delito en la mano y en este caso se ha encontrado en el sofá de Tommy.

¡El muy imbécil!

—Es curioso que se la quedara.

—A lo mejor quería disparar a más gente. Supón que está loco. No, la pistola es una jodida evidencia, y alguien llamó para dar parte del tiroteo; dijo que vio a un hombre salir corriendo del edificio y dio una descripción que encajaba a la perfección con Tommy. Describió su ropa. Esa hortera bléiser roja que le hace parecer un acomodador del viejo Brooklyn Paramount.

—Parece que va a ser difícil defenderlo.

—Bueno, alguien tendrá que intentarlo —dijo Kaplan—. Yo le he dicho que no sería conveniente para mí defenderlo esta vez. En resumidas cuentas, que me lavo las manos en esto.

Pensé en todo esto justo cuando el otro día leí que Ángel Herrera había salido. Cumplió diez años de una pena de entre cinco y diez porque dentro de aquellas paredes había sido tan bueno metiéndose en problemas como lo había sido fuera.

Alguien mató a Tommy Tillary con un cuchillo improvisado después de haber cumplido dos años y tres meses por homicidio sin premeditación. En aquel momento me pregunté si habría sido una venganza de Herrera y supongo que jamás lo sabré. A lo mejor dejaron de recibirse los cheques en Santurce y Herrera se lo tomó mal. O a lo mejor Tommy le hizo algún comentario desafortunado a algún chiflado y lo hizo cara a cara en lugar de hacerlo por teléfono.

Tantas cosas han cambiado y hay tantas personas que ya no están...

Antares & Spiro's, el bar griego de la esquina, ya no está. Ahora es una frutería coreana. El Polly's Cage es ahora el Café 57; ha pasado de sórdido a elegante y ya no están ni el papel de pared rojo ni el loro de neón. El Red Flame ha desaparecido y también el Blue Jay. Hay un restaurante especializado en carnes llamado Desmond's donde antes estaba el McGovern's. El Miss Kitty's cerró como un año y medio después de comprar sus libros. John y Skip lo traspasaron y se marcharon. Los nuevos propietarios abrieron un club gay llamado Kid Gloves y dos años después lo cerraron y pusieron allí otra cosa.

El gimnasio donde vi a Skip haciendo un montón de poleas en la máquina de dorsales cerró al año. Un estudio de danza moderna ocupó el local y luego, hace un par de años, derribaron el edificio entero y se construyó uno nuevo. De los dos restaurantes franceses que había puerta con puerta, ha cerrado aquel en el que cené con Fran y el último arrendatario es un lujoso restaurante indio. El otro local francés sigue allí y aún no he comido en él.

¡Qué de cambios!

Jack Diebold está muerto. Un infarto al corazón. Murió seis meses antes de que yo me enterara, pero lo cierto es que no tuvimos mucho contacto después del incidente de Tillary.

John Kasabian se marchó de la ciudad después de que él y Skip traspasaran el Miss Kitty's. Abrió un garito similar en los Hamptons y luego oí que se había casado.

El Morrissey's cerró a finales del 7. Tim Pat huyó cuando estaba en libertad bajo fianza por un cargo federal de tráfico de armas y sus hermanos desaparecieron. El teatro de la planta baja sigue funcionando, por extraño que parezca.

Skip está muerto. Después del cierre del Miss Kitty's, se pasó todo el tiempo solo metido en su apartamento. Un día tuvo un ataque de pancreatitis aguda y murió en la mesa de operaciones en el Roosevelt.

Billie Keegan dejó el Armstrong's a comienzos del 76, si no recuerdo mal. Dejó el Armstrong's y también dejó Nueva York. Lo último que oí fue que había salido completamente de la bebida, que vivía en el norte de San Francisco y que hacía velas o flores de seda o algo igual de inverosímil. Y hace un mes o así me encontré con Dennis en una librería de la zona sur de la Quinta Avenida, llena de extraños libros sobre yoga, temas espirituales y sanación holística.

Eddie Koehler se retiró del Departamento de Policía de Nueva York hace unos años. Las primeras dos Navidades recibí unas postales suyas enviadas desde un pequeño pueblo pesquero en el noroeste de Florida; el año pasado no supe nada de él, lo cual probablemente significa que me ha borrado de la lista, cosa que le ocurre a la gente que recibe felicitaciones de Navidad y no las devuelve.

¡Jesús! ¿Adónde se han ido estos diez años? Tengo un hijo en la universidad ahora y otro en el ejército. No podría decirnos cuándo fue la última vez que fuimos a un partido juntos, así que no digamos a un museo.

Anita se ha vuelto a casar. Sigue viviendo en Syosset, pero ya no envío dinero allí.

Cuántos cambios minando el mundo. Por el amor de Dios, el verano pasado el antro sagrado cerró, si queréis llamarlo así. Venció el contrato del Armstrong's, Jimmy se fue y ahora hay otro jodido restaurante chino donde antes estaba el viejo garito. Él abrió otro una manzana más al oeste, en la esquina de la calle Cincuenta y Siete con la Décima, pero ese bar ya me queda un poco lejos ahora.

Y lo digo en más de un sentido. Porque ya no bebo, en ningún momento del día, y por eso no tengo nada que hacer en antros, ya sean sagrados o profanos. Paso menos tiempo encendiendo velas y más en los sótanos de las iglesias, bebiendo café sin burbon en vasos de Styrofoam.

De modo que cuando miro diez años atrás puedo decir que, con mucha probabilidad, habría llevado las cosas de otra manera, pero ahora todo es distinto. Todo. Todo ha cambiado; ha cambiado completamente. Vivo en el mismo hotel, camino por las mismas calles, voy a ver combates y partidos como siempre hacía, pero hace diez años siempre estaba bebiendo y ahora no bebo nada. No me arrepiento de una sola copa de las que me tomé y le pido a Dios que jamás vuelva a tomarme otra.

Porque ¿sabéis? Esa carretera poco transitada en la que me encuentro estos días es la que lo ha cambiado todo. Oh, sí. Todo.



LAWRENCE BLOCK, (Búfalo, Nueva York, Estados Unidos, 24-06-1938) es un veterano escritor de novela negra estadounidense internacionalmente conocido por sus dos sagas de ficción cuya acción se desarrolla en las calles de Nueva York: La del investigador privado y exalcohólico Matthew Scudder y la del ladrón de refinados modales Bernie Rhodenbarr. Nombrado en 1993 Gran Maestro por la prestigiosa Asociación de Escritores de Misterio de América, tiene en su haber más de sesenta obras de ficción y ensayos acerca del oficio de escritor, además de un centenar de relatos breves también de género criminal. En 2005 le fue concedido un reconocimiento a toda su trayectoria profesional en los Premios Gumshoe, organizados por la revista literaria *Mystery Ink*.

Notas

[1]: Posible referencia al poema *A Lost Chord*, de Adelaida Arme Procter que también ha inspirado varias canciones. (N. del T.) <<

[2] Refrán de origen tejano «*"Almost only" counts in horseshoes and hand grenades*» que significa que el «casi» o el fallar por poco únicamente vale en el juego de las herraduras y al lanzar una granada. (*N. del T.*) <<

[3] se traduciría por «Gilipollecés y trabajos manuales.» (*N. del T.*) <<

[4] Serie del oeste emitida de 1955 a 1975. Una de los protagonistas era Miss Kitty, propietaria de un bar. (*N. del T.*) <<

[5] Aquí la palabra *slope*, además de formar parte del nombre de un barrio acomodado de Brooklyn, es un término peyorativo con el que se designa a los asiáticos. (*N. del T.*) <<

[6] Nombre de la residencia oficial del alcalde de la ciudad de Nueva York. (*N. del T.*) <<

[7] En inglés se emplea el verbo *skip* para indicar, entre otras cosas, «saltarse» o «pasar de». (*N. del T.*) <<

[8] Patrón. (*N. del T.*) <<

[9] En el original, el autor ha empleado la palabra «hondle», cuya pronunciación se asemeja mucho a la de Handel. (*N. del T.*) <<

[10] Compuesto a base de anfetaminas y barbitúricos que se comercializó en los años cincuenta para tratar la depresión y los trastornos funcionales. (*N. del T.*) <<

[11] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[12] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[13] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[14] En castellano en el original, al igual que «iglesia», una línea más abajo. (*N. del T.*) <<

[15] Actor y cómico estadounidense (1879-1946). Sus frases eran célebres, pero ninguna lo fue tanto como la que pronunció en su lecho de muerte, víctima del alcoholismo: «He bebido a la salud de tanta gente que he terminado por perder la mía». (*N. del T.*) <<

[16] En el original el autor dice textualmente: «leerles el Miranda-Escobedo». (*N. del T.*) <<

[17] Se refiere al acento de Carolina del Norte. (*N. del T.*) <<

[18] Detroit es conocida como la «capital del automóvil» al ser la sede central de los tres grandes del motor en Estados Unidos: General Motors, Ford y Chrysler. (*N. del T.*) <<

[19] En inglés, «The Troubles.» Se refiere al conflicto violento entre grupos paramilitares en Irlanda del Norte que comenzó en 1969. (*N. del T.*) <<